
Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El nacimiento de Jesús en un corazón roto

Cuando era aún una adolescente de 16 años, Raquel tuvo un desliz con un chico y se quedó embarazada. Su mundo se le vino abajo. No quería tener un hijo, ni se sentía preparada para ello. Y menos aún quería casarse con aquel chico. Además, tenía un miedo atroz a cómo podría reaccionar su familia si se enteraba de lo que le había pasado. Así que, acorralada por la impotencia, decidió tomar la decisión más práctica: abortar.

Y así lo hizo. Al principio respiró tranquila. Sentía que se había quitado un gran peso de encima. Pero después, a raíz de que su hermana mayor se casara y tuviera un bebé, empezó a pensar en aquel hijo suyo que fue a parar al cubo de basura en la clínica abortiva.

A medida que Raquel fue madurando como persona, poco a poco se fue haciendo plenamente consciente del gran error que había cometido. Y llegó un momento en que todos los días se imaginaba a su hijo yendo al colegio o jugando con sus amigos.

Aunque su hijo estaba muerto, crecía imaginariamente en su corazón...

Aquello le impedía tener cualquier tipo de relación con chicos. Estaba bloqueada afectivamente, pues sentía que había traicionado de la peor manera a su querido hijo.

Raquel no era nada religiosa. Aunque estaba bautizada y había hecho la Primera Comuni3n, ni creía ni dejaba de creer en Dios, simplemente no pensaba en esas cosas. Las fiestas religiosas no significaban nada para ella. La Navidad no era m3s que una buena ocasi3n para cenar con su familia y despu3s salir de fiesta con sus amigas. Este tipo de distracciones le ayudaban a sobrellevar la dura carga que llevaba en su coraz3n.

Una Navidad, a causa de varias circunstancias, no pudo quedar con sus amigas por la noche, as3 que, tras la cena familiar, se qued3 un poco descolocada. Una t3a suya le anim3 a ir con ella a la Misa del Gallo que se celebraba en la capilla de unas monjas muy simp3ticas del barrio. Y como no ten3a nada que hacer, all3 fue con su t3a.

Nada m3s entrar en la capilla de las monjas, Raquel sinti3 dentro de ella una bocanada de paz y tranquilidad. La Misa todav3a no hab3a empezado y la capilla estaba silenciosa y en penumbra, con un suave aroma a incienso. Entrevi3 que unas monjas estaban sentadas, otras de pie y otras arrodilladas. Pero pod3a sentir c3mo todas ellas estaban sumidas en una profunda oraci3n.

Raquel hab3a ido a muy pocas Misas a lo largo de su vida y casi todas ellas hab3an sido bautizos, funerales

o bodas, dichas de forma ritual y anodina. Por eso le llamó tanto la atención aquella Misa del Gallo celebrada en aquella capilla. La belleza de la liturgia y la alegría de los cantos le mostraban claramente que ellas estaban viviendo algo importante: el nacimiento del Niño Jesús, el Hijo de Dios, y que lo celebraban de verdad.

Hasta entonces, todo nacimiento de un niño le había traído a Raquel duros recuerdos de su difunto hijo, pero aquella Misa le llenó el corazón de amor y esperanza. Cuando acabó, Raquel estaba interiormente muy conmovida. No quería salir de la capilla para regresar a su casa. Deseaba que aquella celebración hubiese durado toda la vida...

Así que, a los pocos días, se pasó por aquel monasterio buscando algo, aunque no sabía muy bien el qué. Vio que había una puerta abierta, se metió y se encontró con una anciana monja que vendía pastas tras unas rejas. Y Raquel, un poco cohibida, se limitó a comprar una caja de pastas. Pero el cariño y la sonrisa de aquella monja le hicieron ver que no se trataba de una simple dependienta, sino de alguien que tenía algo muy especial que compartir.

La siguiente semana fue otra vez a la tienda del monasterio a comprar otra caja de pastas, pero esta vez la monja entabló conversación con ella. El diálogo fue sumamente banal, pero Raquel intuyó que aquella anciana le transmitía algo muy valioso, algo que ella necesitaba. Por ello tomó la costumbre de ir cada semana al monasterio a una hora en la que sabía que podía hablar a solas con aquella sabia monja. Y

poco a poco Raquel le fue abriendo su corazón y acabó por contarle todo lo que había hecho y lo mucho que le dolía.

La monja le habló comprensivamente y le animó a que dejase nacer en su corazón a Jesús, pues sólo Él podía sanarla y perdonarla. Le dijo que *el amor de Jesús es todopoderoso, y está por encima de nuestros peores errores y pecados. Cuando su amor nace en nuestro corazón, toda nuestra persona se transforma, se libera..., se enamora.*

Por consejo de la monja, Raquel se confesó y comenzó a ir diariamente a Misa. Casi siempre iba a la de las monjas, pues la sentía muy suya. Y no sólo eso, después comenzó a participar en todas las oraciones monásticas que el horario de trabajo le permitía. Sobre todo le gustaba la oración de completas. Tras ella iba a casa a dormir llena de paz.

Ahora, pasados los años, sor Raquel es la priora de aquel monasterio. Se siente muy feliz. Y todos los días le da gracias a su querido Dios porque le ha perdonado y ha permitido que su Hijo naciera en su corazón.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIOS

El valor de la esperanza

Colgada de los brazos de sus hermanas mayores, la fe y la caridad, la pequeña esperanza avanza y aparenta dejarse arrastrar; pero en realidad es ella la que hace andar a las otras dos (Charles Péguy).

APOSTAR POR LA ESPERANZA

Cuentan que, durante la Edad Media, un ciego paseaba con un farol por las calles de su ciudad en las noches más oscuras del invierno. Un amigo suyo le preguntó un día: «¿Por qué paseas con un farol si eres ciego?». Y él respondió: «A mí no me hace falta, pero las personas que tienen que transitar por estas calles agradecen la luz de mi farol».

Muchos pensadores afirman que la esperanza se encuentra hoy marchita, que está padeciendo un duro invierno en las sociedades desarrolladas de Occidente. Por eso son muy pocos los valientes que, como el ciego del farol, salen a las calles y plazas a dar razón de su esperanza. De vez en cuando nos encontramos con alguna sorpresa, como la Encíclica «Spe salvi» de Benedicto XVI; pero la mayoría de las personas creyentes parecen haberse refugiado en casa hasta que pase el temporal. De ahí que haya crecido el número de «los que consideran a los cristianos como social-

mente conformistas, evangélicamente tibios y un tanto perdidos en el mundo actual»¹.

Una esperanza amenazada

Parece evidente que hoy ya no resulta fácil confiar en el futuro. Las guerras mundiales, especialmente la última, con Auschwitz e Hiroshima como símbolos de la misma, el hambre que asola a muchos pueblos de la tierra, las crisis económicas que cíclicamente hacen su aparición dejando millones de parados o la amenaza de un holocausto nuclear han provocado el desmoronamiento de las utopías. Las expectativas e ilusiones que se forjaron en la modernidad, pensando que la ciencia y la técnica resolverían todos nuestros problemas, se han esfumado y han dado paso al desencanto: nuestro mundo sigue plagado de injusticias, drogadicción y enfermedades como el sida y el cáncer.

Por otra parte, la globalización del sistema neocapitalista ha hecho que la mayoría de los seres humanos se conviertan en «espectadores» de un engranaje que no ha sido promovido por ellos, pero que los arrastra y no saben hacia dónde les pueda llevar².

Una atmósfera cultural atosigante

M. Kundera, en «La insoportable levedad del ser», retrata certeramente la nueva atmósfera cultural que

1. JUAN MARÍA URIARTE, *La esperanza vence al miedo* (cfr. 1 Jn 4, 17-18). Carta Pastoral de Adviento 2007, n.º 3.

2. JOSÉ ANTONIO PAGOLA, «Esperar: creatividad enraizada», *Sal Terrae* (1993) 264-265

nos rodea. Una atmósfera en la que no hay cabida para las utopías, ni ilusiones capaces de llenar una vida, ni retos que merezcan todo nuestro empeño. El hombre debe caminar bien pegado a la tierra y al momento presente porque no hay nada más. De ahí que la preocupación del hombre postmoderno sea consumir y disfrutar a tope. Todos sus sueños se reducen a la conquista de la propia seguridad, la búsqueda de placer y refugiarse en la vida privada. Envueltos por una cultura hedonista y narcisista, cada uno sólo se preocupa de sí, de resolver sus propios problemas, y pasa indiferente ante los problemas comunes, que en otro tiempo despertaban enormes pasiones e ilusiones.

Mientras tanto crece el desprestigio de todas las instituciones sociales y la imagen de la Iglesia tampoco queda mejor parada: la práctica religiosa disminuye a ojos vistas, la doctrina eclesial en cuestiones de moral ya no se discute o cuestiona, simplemente se rechaza por rígida o anticuada y ciertos escándalos han suscitado muchos interrogantes en la gente sencilla.

Signos de esperanza

Sin embargo, no todo es negativo. La imagen bosquejada olvida signos importantes de esperanza tanto en el mundo como en la Iglesia. Juan Pablo II recoge algunos signos del mundo: «Los progresos realizados por la ciencia, la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana, un sentido más vivo de responsabilidad con el medio ambiente, los esfuerzos desplegados con relación a la paz, la justicia y la

solidaridad entre los pueblos»³. También la Iglesia se muestra «cada día más cerca de los sufrientes, excluidos e inmigrantes; cultiva una sensibilidad creciente hacia los pueblos marginados; mantiene una admirable presencia misionera y sigue siendo propuesta de sentido al ofrecer al Dios de Jesús como Futuro Absoluto del ser humano»⁴.

ESPERANZA HUMANA

Fe, esperanza y amor, antes de llegar a ser virtudes teológicas, son parte constitutiva del ser humano, componentes de su núcleo vital. Sólo se vive como persona en la medida en que ellas germinan y florecen en la existencia humana. El ser humano tiene una necesidad innata de creer en los demás para poder desplegar su vida y realizarse como persona. En un ambiente donde no se pueda confiar en los otros, la vida se verá como truncada y acabará resultando traumática. La fe en los otros es, además, el quicio en el que se apoyan todas las instituciones humanas, desde el matrimonio y la familia hasta la organización política, y de todos los servicios que recibimos o damos, sea la educación, la medicina o del mecánico.

Esperar no sólo es bueno para el hombre, sino que su misma existencia está estructurada bajo el signo de la esperanza. Toda obra humana, aun la más pequeña, acontece si se ve espoleada por la esperanza. En un plano más profundo, la esperanza instaure entre los

3. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, n.º 46.

4. J. M.^a URIARTE, *op. cit.*, n.º 3.

hombres una comunión de destino sin la cual no habría solidaridad. La falta de esperanza hace que el ser humano se marchite. Hasta puede decirse que la verdadera muerte de una persona consiste en la muerte de sus esperanzas.

La vida resulta inconcebible sin amor. Desde que nace hasta que muere, la necesidad más profunda de la persona es ser amado y amar a otros. El amor es lo que ilumina y colorea la vida haciéndola verdaderamente humana. La persona que se siente amada encuentra fuerza para realizarse, afirmarse a sí misma y afirmar el valor de los otros y de las cosas de este mundo. Toda nuestra vida sólo vale en proporción al amor que damos o recibimos en ella.

Como dice J. R. Flecha, «creer en algo es necesario para sobrevivir, pero creer en alguien es necesario para ser persona. Esperar algo refleja nuestra finitud y temporalidad, pero esperar en alguien refleja nuestra apertura al diálogo en gratuidad y gratitud. Amar algo define la inclinación a la bondad objetiva, pero amar a alguien significa y realiza la oblatividad y la capacidad de autodonación que es lo que de verdad constituye al ser humano»⁵.

El anhelo de felicidad

Si la esperanza impulsa al hombre hacia la consecución de un bien futuro arduo, ningún estímulo mayor para el pensamiento y los esfuerzos de los hombres

5. AA.VV., *En esperanza fuimos salvados*, Charlas cuaresmales 2008, UPSA, Salamanca 2008, p. 16.

que el anhelo de felicidad: «El hombre quiere ser feliz y no quiere no ser feliz y no puede dejar de querer ser feliz» (Pascal). Al verse a sí mismo como un proyecto a realizar, el hombre sale al camino de la vida con la esperanza de colmar su anhelo de felicidad, para lo cual debe comenzar a actuar, pues sólo en la acción podrá ver cumplidas sus aspiraciones; pero desde el momento que comienza a actuar entra necesariamente en relación con los otros y con el mundo, lo cual le hará experimentar su propia fragilidad, las limitaciones de su libertad y la necesidad de acompasar sus anhelos a la realidad para no correr tras vanas ilusiones; sin embargo, la esperanza le hace capaz de afrontar todos esos retos.

En su relación con los otros, el hombre descubre que la dimensión comunitaria de la existencia humana es tan primordial que no podría avanzar hacia cotas de mayor creatividad, felicidad y riqueza personal sino es dándose a los otros y recibiendo de ellos. La llamada de la esperanza es una llamada a esperar para sí y para los otros⁶; pues sólo hay felicidad cuando es compartida o ayudamos a los otros a ser felices.

La relación con el mundo se realiza a través del propio trabajo, tarea que se le impone al hombre como una necesidad, pues sólo transformando el mundo podrá perfeccionarse a sí mismo y alcanzar cotas cada vez mayores de humanidad y satisfacción personal. Mas ninguna conquista de su obrar sobre el mundo, por grande que sea, logra satisfacer plenamente su anhelo. Al poco tiempo de alcanzar una meta surge en

6. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n.º 13-15.

el hombre la inquietud por lograr una meta mayor. El deseo de plenitud «le hace vivir todo resultado concreto de su acción en el mundo como realización inacabada de sí mismo y por eso le empuja a la superación indefinida de toda meta lograda». «Su esperanza va siempre más allá de sus esperanzas; camina delante de ellas»⁷.

Llega un momento en que el hombre observa el horizonte de su existencia cada vez más próximo y de que no podrá conseguir colmar sus anhelos de felicidad dentro de la realidad de este mundo. Al preguntarse por el sentido global de su vida se topa con el hecho inevitable de la muerte. La muerte amenaza con truncar su anhelo de inmortalidad y se presenta como la quiebra de todas sus esperanzas. Ante esta tesitura, al hombre sólo le quedan dos opciones: o encerrar el sentido de su vida dentro de los límites de este mundo o abrirse confiadamente a la novedad de un futuro que él no puede conquistar sino sólo recibir como don.

LA ESPERANZA CRISTIANA

Los rasgos y la dinámica de la esperanza se asemejan a los de la misma vida humana. Toda realización personal tiene que contar con lo que los otros le aportan y lo que ella puede aportar a los demás; también la vida cristiana es un vivir con otros para poder recibir y dar. La esperanza, para que sea creíble, requiere ser comunicada o proclamada públicamente. Los

7. JUAN ALFARO, *Esperanza cristiana y liberación del hombre*, Herder, Barcelona 1972, pp. 27 y 19.

cristianos, en medio de la sociedad y de la cultura que les rodea, tienen que atreverse a explicar las razones y motivaciones que tienen para esperar, pues la simple creencia y el mero cumplimiento sin comunicación no son capaces de generar amor y esperanza.

Siempre en compañía

La esperanza va siempre acompañada de las otras virtudes teologales; de tal manera que el florecimiento de cada una depende de las otras dos. La esperanza recibe su objetivo exclusivamente de la fe; pero confiere a ésta la fuerza que capacita al hombre para seguir caminando con la mirada puesta en el futuro prometido. «Sin el conocimiento de la fe, la esperanza se convierte en utopía que se pierde en el vacío. Pero sin esperanza, la fe se transforma en pusilanimidad y, por fin, en fe muerta»⁸. Acontece así mismo que cuanto más grande sea el bien o el amor que entrañe el futuro prometido mayor será el vigor de la esperanza. «Donde no hay corazón no crece la esperanza» (Pagola).

La íntima vinculación entre las tres virtudes ha sido una constante en el pensamiento cristiano: «El amor todo lo cree, todo lo espera» (1 Cor 13,7). Para S. Agustín, «no hay amor sin esperanza, ni esperanza sin amor; pero tampoco puede haber esperanza y amor sin fe»⁹. La vida cristiana es, según Sto. Tomás, como un edificio, en el que la fe se comporta como los cimientos,

8. JÜRGEN MOLTMANN, *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1996 (3.ª edic.), p. 26.

9. SAN AGUSTÍN, *Enchiridion*, VIII, 2.

la esperanza realiza la función de las paredes y la caridad cubre todo a modo de tejado (*De Spe*, 4, obj. 14.).

Una expectación gozosa

El rasgo característico de la esperanza teologal es, según Sto. Tomás, la expectación, la cual implica un intenso deseo del bien que se espera y la ayuda o auxilio de alguien para poder alcanzar lo esperado¹⁰.

El deseo aparece como un componente de toda auténtica esperanza, pues de él brota toda aspiración y esfuerzo. También es parte esencial de la virtud de la esperanza. Por eso, si el hombre anhelaba humanamente ser feliz, la esperanza teologal conlleva un ardiente deseo de conseguir «la gloria» (Rom 8,18). Mas la consecución de «la gloria» no será ya simple conquista humana sino consecuencia del encuentro con Dios. De ahí que la meta de la esperanza teologal sea Dios, pues sólo Él podrá colmar la plenitud que el hombre ansía, su glorificación. El deseo de Dios recorre la Biblia y la espiritualidad cristiana, como ponen de manifiesto estos dos ejemplos:

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; en pos de ti languidece mi carne, cual tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62,1).

«¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti y arde en deseos

10. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* I-II, q.40 a.2 ad 1.

de encontrarte, pero ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro... Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca» (S. Anselmo).

El deseo sin confianza se convierte en pura quimera, por eso el otro componente de la esperanza teológica es la confianza, pues sólo el que confía puede recibir la ayuda o el auxilio que necesita. Dado que la meta de la esperanza es el encuentro con Dios, que el hombre no puede merecer con sus obras ni conseguir con sus fuerzas, entonces sólo con la gracia o auxilio divino podrá ver colmada su esperanza. Como bellamente dice S. Pablo: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, cómo no nos dará con él gratuitamente todas las cosas?» (Rm 8, 31-32). La confianza es también el resorte de toda oración, pues al orar estamos reconociendo que Dios quiere y puede salvarnos: «De Dios viene mi salvación y mi gloria, Él es mi refugio y mi esperanza» (Sal 61,8).

Finalmente, la esperanza entraña una expectación gozosa porque aspira a conseguir un bien o algo que ama, lo cual comporta siempre cierta alegría. «No hay esperanza que no contenga un elemento de alegría. Quizás la alegría no sea un elemento inherente a la esperanza, pero en todo caso, es su constante compañera, porque la esperanza orienta hacia la deparación de algo bueno o de algo amado»¹¹. Esta alegría de la esperanza es la que predispone a mantener un tono vital optimis-

11. Josef PIEPER, *Esperanza e historia*, Salamanca 1968, p. 20.

ta y a poner de relieve los aspectos positivos de la vida. «Vivid con la alegría de la esperanza» (Rom 12,12).

EL DIOS DE NUESTRA ESPERANZA

«La originalidad de la Biblia consiste en dar testimonio no ya de la esperanza de los hombres, sino de la esperanza de Dios para nosotros. Dios no es simplemente nuestra esperanza, nosotros somos su esperanza. El creyente no inventa su esperanza, sino que ésta le viene dada porque procede de la promesa de Dios»¹². El Dios de nuestra esperanza, por tanto, es el Dios de la promesa, un Dios que es fiel.

El Dios de la promesa

La promesa divina es el hilo con el que está tejida la historia bíblica y es también la fuente de la que brota la esperanza que saca al hombre a recorrer el camino hacia el futuro: «Sal de tu casa y de tu tierra y vete hacia la tierra que yo te mostraré, pues de ti haré un pueblo grande» (Gn 12,1-2). Mas la promesa entraña para el hombre una tarea o misión no exenta de dificultades, que pueden hacer que se vea atrapado por la tristeza, el desaliento o la añoranza del pasado, hasta el punto de convertirse en una estatua de sal incapaz de seguir adelante, de no querer llegar a ser aquello que Dios espera de él. «El pecado que más hondamente amenaza al creyente no es el mal que hace, sino el bien que deja de hacer» (Moltmann).

12. H. MOTTU, «Esperanza y lucidez», en AA.VV., *Iniciación a la práctica de la teología*, 5 vols., Cristiandad, Madrid 1985, vol. IV, p. 306.

Dios no quita al hombre las dificultades del camino de la vida en este mundo; siempre espera que el hombre, confiando en la promesa divina, sea capaz de superarlas y de proseguir su camino hacia el futuro, hacia su continua superación. Dios promete, sin embargo, su presencia y proximidad a quienes se arriesgan a seguir caminando: «Yahvé iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen caminar de día y de noche» (Ex 13,21).

Las promesas divinas, que comienzan con la propiedad de una tierra y la descendencia, van abriendo horizontes cada vez más amplios y contenidos más profundos a lo largo de la Biblia, como esperando que el hombre llegue a ser capaz de atisbar que Dios es el futuro del hombre, que lo que Dios promete es Dios mismo como supremo Bien del hombre: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Lv 26,12), «Yo seré para vosotros un padre y vosotros seréis para mí mis hijos, dice el Señor» (Hb 6,18). Y Jesús añade: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; voy a prepararos una para que donde esté yo estéis también vosotros» (Jn 14,2-3).

Un Dios fiel

La fidelidad de Dios es el fundamento y garantía de nuestra esperanza. La posibilidad de alcanzar el bien futuro arduo al que tiende la esperanza teologal viene garantizada por la revelación de un Dios que es fiel, que cumple siempre su palabra: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14), el que ha cumplido las promesas hechas a vuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, como habéis

visto, y el que cumplirá lo mismo con vosotros como os mostraré. La larga experiencia que tuvo el pueblo de Israel de la fidelidad de Dios le hace exclamar agradecido: «Yo te amo, Yahvé, mi fortaleza, mi roca y mi alcázar, mi salvador y mi Dios» (Sal 18,3). La fidelidad divina, aun en los tiempos más oscuros y desoladores, es tan incommovible como una roca o fortaleza.

Fidelidad y misericordia son los dos atributos divinos más profusamente presentes a lo largo de la Biblia y resuenan como un eco en todos los salmos. Dios mismo se nos ha retratado así: «Yahvé es un Dios compasivo y paciente, rico en amor y fidelidad» (Ex 34,6). La fidelidad de Dios se nos ha revelado plena y definitivamente en Jesucristo: «En Cristo Jesús, todo ha sido un sí, pues Dios ha cumplido en Él todas sus promesas» (2 Col 1,19-20).

El amor de Dios, fundamento de nuestra esperanza

Promesa y fidelidad brotan del amor de Dios. Un amor que comienza a manifestarse con la creación, pues el misterio y la razón de la creación es el amor de Dios: «Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces. ¿Cómo subsistiría algo si no hubieses querido? Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor que amas la vida» (Sb 11,24-26). «Porque Dios ama a los seres humanos; porque cada persona es para Dios una delicia (cf. Pr 8,31), resulta posible esperararlo todo de su amor, pues el auténtico amor da todo lo que tiene y puede»¹³.

13. Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios: vida teologal*, Edibesa, Madrid 2002, p. 193.

El amor de Dios aparece así mismo en el camino de la salvación liberando a su pueblo y sellando una Alianza con él: «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros, sino por el amor que os tiene; por eso os ha librado del poder del Faraón» (Dt 7,7-8). La manifestación del amor de Dios culmina de forma definitiva en Jesucristo, en él hemos descubierto que «Dios es amor» (1 Jn 4,8). De ahí la certeza inquebrantable de la esperanza, pues Dios nos ama en Jesucristo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La persecución?, ¿la angustia?, ¿el hambre?... Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (Rm 9,35-37).

CRISTO, NUESTRA ESPERANZA

El rostro de nuestra esperanza es Cristo resucitado, pues sólo desde él podemos contemplar la meta que espera al hombre, el camino que conduce a su plenitud y la garantía de que ni el sufrimiento, la injusticia, el pecado o la muerte serán el horizonte último de nuestra historia, de que la última palabra sobre el hombre la tendrá el Dios de la vida: «Dios, que resucitó a Jesús, nos resucitará también a nosotros mediante su poder» (1 Cor 6,14). Cristo resucitado se convierte en el signo anticipador de nuestro futuro, pues «Él es el primero que ha resucitado de entre los muertos» (Col 1,18).

En la resurrección, Dios se muestra como el que da la razón a Jesús, confirmando que su camino es el único que tiene futuro, el único que conduce a la vida. La esperanza en la resurrección significa creer que hay

un camino que tiene valor aquí y ahora: es el camino del seguimiento de Jesús, pues sólo desde el seguimiento y la fidelidad comulgamos con su Espíritu y se puede experimentar la validez de la esperanza¹⁴. Por eso la esperanza cristiana no es un aguardar pasivamente la felicidad eterna, sino que se preocupa de la realización del presente, de trabajar por perfeccionar este mundo en virtud de aquello que esperamos: «La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos para su ejercicio» (GS 21).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Debemos poner punto final, aunque nada hemos dicho sobre el cuidado o cultivo de la esperanza, de sus frutos, peligros y retos más importantes. Termino con una cita del Concilio en la que Cristo, la eucaristía, la naturaleza, el trabajo y la fraternidad aparecen concatenados por la esperanza: «El Señor dejó a los suyos una prenda de esta esperanza y una ayuda para el camino en el sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en su cuerpo y sangre gloriosos, en la cena de comunión fraterna y en pregustación del convite celestial» (GS 38).

FRAY GASPAR ORTEGA VILLAIZÁN, O.P.
La Virgen del Camino (España)

14. *Ibid.*, p. 197.

Abraham, amigo de Dios

«Por la fe, Abraham,
al ser llamado por Dios,
obedeció y salió...,
y salió sin saber a dónde iba» (Hb 11,8).

Con Abraham comienza realmente la historia de experiencias personales de oración. La oración de Abraham, en general, se puede calificar de *diálogo entre amigos*, fácil y sereno. La Escritura da fe de que la tradición judía ha considerado a Abraham como el «amigo de Dios» (Is 41,8; 2 Cr 20,7). Pero para que Abraham llegara a experimentarse en relación de amistad con Dios tuvo que hacer un salto al monoteísmo.

Para descubrir la experiencia religiosa que vive Abraham antes de conocer a Dios, según la historia documentada, hemos de volver a la experiencia de lo sagrado que vive el hombre del neolítico. Abraham es un hombre sensible a lo sagrado. El autor del libro del Eclesiástico (o del Sirácida) nos dice que Abraham «en su carne grabó la alianza» (Eclo 44,20) hecha con Dios, lo cual nos indica que ese *pacto* no es sólo un acto jurídico sino que hay en él un entramado *íntimo y de unión de voluntades*, que sólo se pueden dar en un hombre con un corazón dispuesto al *encuentro con Dios*. Por eso, el autor de la carta a los Hebreos recoge en unas líneas el punto neurálgico de la fe de Abraham: la con-

fianza absoluta (cf. Hb 11,8), confianza que se pone de manifiesto en esta expresión: «y *salió* sin saber a dónde iba» (Hb 11,8).

Abraham hace una síntesis vital entre su conciencia de dependencia ontológica de la divinidad (más fácil en los hombres primitivos que en el hombre moderno) y la fe en un Dios al que no conoce, pero que se ha fijado en él y le promete una descendencia y una tierra que mana leche y miel.

«El Señor dijo a Abram: “Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición...”. Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho el Señor; y con él marchó Lot. Tenía Abram 75 años cuando salió de Jarán... Llegaron a Canaán, y Abram atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquem, hasta la encina de Moré... El Señor se apareció a Abram y le dijo: “A tu descendencia he de dar esta tierra”. Entonces él edificó allí un altar al Señor que se le había aparecido» (Gn 12,1-7).

Después de haber leído este relato al que se le denomina la «vocación de Abraham», quisiera que notáramos un pequeño pero significativo detalle, que muchas veces pasamos por alto: Dios se le aparece y lo llama (luego desaparece); Abraham sale de su tierra; pero Dios no vuelve a aparecer sino hasta cuando Abraham ha llegado ya a la tierra prometida. La cuestión está en ¿cómo vivió Abraham ese tramo del camino, o mejor dicho de su vida, en el que Dios parece estar ausente?

Muchas veces nuestra oración toma un colorido efervescente al inicio de un camino espiritual, pero

luego se suele teñir de colores oscuros cuando el día a día se nos hace cuesta arriba y es difícil perseverar en ella. La oración se nos torna en experiencia de ausencia de Dios. Lo que en boca de algunos místicos se acuñó como *noche oscura*. Lo único que sostiene a Abraham entre Ur y Canaán es el débil hilo de un llamado interior a salir de su tierra y la promesa de Dios. Luego no hay manifestaciones. La única actitud profunda que podemos denotar en Abraham entonces es la docilidad.

En esa docilidad de Abram se va precisando, desvelando, la presencia de Dios; presencia que suscita en Abram una respuesta reverente: «alzó allí un altar» (Gn 12,7). Abraham da un nuevo salto cualitativo y pasa de la docilidad a Dios (que podríamos considerar como un modo de oración existencial-vital, casi sin palabras) a la experiencia de culto, la oración explícita (cf. Gn 12,8b; 13,4.18).

Todo es como muy suave en la vida de Abraham. Siendo lo contrario si se lo considera desde un punto de vista humano. Abraham es el hombre materialmente «pendiente de Dios», pero no por ello desligado de las necesidades humanas (por ejemplo: la guerra por la liberación de Lot, en Gn 14). A esta sensibilidad religiosa de Abraham, el Señor responde con la abundancia de su presencia y su promesa (cf. Gn 15,1; 17,1; 18,1; 21,12).

En la vida de Abraham, la oración explícita, el diálogo con Dios, es siempre en el tono de cordial familiaridad, de íntima amistad, por ejemplo: cuando Abraham expone su inquietud, con un aire de humilde

confianza, de exigencia cariñosa (cf. Gn 15,2-3); o, cuando el mismo Dios le dice, como si de un amigo muy querido se tratara: «¿Puedo ocultarle a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn 18,17); y, como sucede con los amigos, es el clamor de la audacia el más grande *abuso de confianza* (cf. Gn 18,23-33). A cada aparición de Dios le siguen diálogos largos, amistosos, casi monólogos, en los que parece que Dios se desahoga con Abraham, mientras que éste hace de interlocutor silencioso.

Abraham es capaz de expresar un deseo, pero es más fuerte en él la conformidad con la voluntad de Dios (cf. Gn 17,18). Su oración es de entrega, siempre de disponibilidad: «Heme aquí» (Gn 22,1.11). A la oración de Abraham, más que las palabras, lo que la caracteriza es un gesto: «cayó rostro en tierra» (Gn 17,3.17), como la postura de los grandes orantes, una postura muy arraigada en la tradición judía (cf. 1 Mac 4,40.55; 2 Cr 7,3; 2 Cr 20,28; Lv 9,24; Nm 16,4.22; 20,6; Ne 8,6; Ap 7,11; 11,16). El estar «rostro en tierra» es una postura de adoración, de reconocimiento del Otro más grande que yo y de mi pequeñez ante él; es una postura a la que le suele acompañar sobre todo el *silencio* (cf. Dn 10,15).

Las apariciones de Dios manifiestan su revelación más patente en el comienzo del camino espiritual de Abraham, de su conocimiento de Dios. Del conocimiento brota la adoración, el hundirse en la nada humana ante el todo de Dios. Pero la postración, el permanecer «rostro en tierra» de Abraham, no significa in-acción o pasividad negativa; al contrario, la vida de oración de Abraham es la respuesta más dinámica y comprometida que se pueda dar a Dios.

La característica en la experiencia de Dios en la vida de Abraham, la nota constante en la melodía de su oración, es la obediencia; pero no una obediencia ciega, nacida del temor, sino activa y comprometida, fruto de la confianza y la intimidad; es el dejarse en manos de Aquel que le sale al encuentro y hace de cada «encuentro» una experiencia de desbordamiento de sí mismo, Dios dándose sin medida, y que hace del otro una bendición (cf. Gn 12,2-3).

¿Cómo es tu oración? ¿Cómo es tu forma de relacionarte íntimamente con él? ¿Eres capaz de entregarle todo, de confiarle todo, o le ofreces sólo retazos?

Para tu oración personal te ofrezco esta hermosa alabanza de san Anselmo¹; con ella expresa tus más profundos sentimientos de búsqueda de Dios, de deseo de ver su rostro, de acoger su presencia, a ejemplo del patriarca Abraham:

*¡Oh, mortal...
vuelve un poco el pensamiento a Dios
y en él descansa!*

*Entra en lo íntimo de tu alma,
aleja de ella todo aquello que no es Dios
y que no te ayuda a buscarlo
y, cerrada la puerta, búscalo.*

*¡Oh mi corazón,
di ahora con todo tu ser,*

1. ANSELMO DE AOSTA, *Proslogion*, 1; PL 158, 225-226.

*dile ahora a Dios: «busco tu rostro»!
Tu rostro, Señor, es lo que busco.*

*Te suplico, Señor Dios mío,
enseña a mi corazón,
dónde y cómo debe buscarte,
dónde y cómo podrá encontrarte.*

*Señor, si tú no estás aquí,
¿dónde iré a buscarte?
Si estás en todas partes,
¿por qué no te puedo ver?*

*Oh Señor, Dios mío,
no te he visto jamás,
no conozco tu rostro.
¿Qué haré lejos de ti, oh Dios altísimo?*

*Deseo ardientemente poder verte,
y tu rostro se me hace tan lejano.
Quiero encontrarte, y no conozco dónde vives.
Anhelo buscarte e ignoro tu semblanza.*

*Mas, como tú me has creado y recreado,
me has colmado de todo bien.
Me has creado para que pueda verte,
pero aún no he llegado plenamente
para lo que he recibido la vida.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)

Mirada contemplativa y cine contemporáneo

3. Dogma 95

En la primera parte de este estudio hemos hecho una breve introducción sobre la mirada contemplativa en el cine y en la siguiente hemos abordado el nuevo cine americano. A continuación nos adentraremos en «Dogma 95».

Efectivamente, no podemos dejar de dar cuenta de este movimiento, el autodenominado *Dogma 95*, que, viniendo contracorriente del mismo, ha supuesto un revulsivo para el cine de los últimos 15 años.

Este movimiento nace, precisamente, con la intención de renovar el lenguaje cinematográfico realizando películas más simples, despojadas de lo artificial y superficial así como de toda manipulación técnica. Para ello un grupo de directores daneses, entre los que se encuentran Lars Von Traer, Thomas Vinterberg o Soren Kragh-Jacobsen, firmó y lanzó el manifiesto que da nombre al movimiento.

Quienes quieran que su película sea incluida dentro del movimiento *Dogma 95* han de cumplir una serie de condiciones. Ese conjunto de reglas se llama, en su conjunto, *voto de castidad*. ¿Cuáles son estas reglas? Las siguientes:

1. El rodaje debe realizarse en exteriores. Accesorios y decorados no pueden ser introducidos (si un accesorio en concreto es necesario para la historia, será preciso elegir uno de los exteriores en los que se encuentre este accesorio).
2. El sonido no debe ser producido separado de las imágenes y viceversa (no se puede utilizar música, salvo si está presente en la escena en la que se rueda).
3. La cámara debe sostenerse en la mano. Cualquier movimiento –o inmovilidad– conseguido con la mano están autorizados.
4. La película tiene que ser en color. La iluminación especial no es aceptada (si hay poca luz, la escena debe ser cortada, o bien se puede montar sólo una luz sobre la cámara).
5. Los trucajes y filtros están prohibidos.
6. La película no debe contener ninguna acción superficial (muertos, armas, etc., en ningún caso).
7. Los cambios temporales y geográficos están prohibidos (es decir, que la película sucede aquí y ahora).
8. Las películas de género no son válidas.
9. El formato de la película debe ser en 35 mm.
10. El director no debe aparecer en los créditos.

Este manifiesto concluye así:

«¡Además, juro que como director me abstendré de todo gusto personal! Ya no soy un artista. Juro que me abstendré de crear una obra, porque considero

que el instante es mucho más importante que la totalidad. Mi fin supremo será hacer que la verdad salga de mis personajes y del cuadro de la acción. Juro hacer esto por todos los medios posibles y al precio del buen gusto y de todo tipo de consideraciones estéticas».

1. Hemos considerado oportuno reproducir el manifiesto porque sobre él y las mismas películas *Dogma 95* pueden realizarse reflexiones interesantes a la hora de acercarnos al cine con una actitud contemplativa.

Llama la atención el lenguaje empleado en la formulación de este nuevo modo de hacer cine. Constatamos un lenguaje religioso y teológico, como el de los términos «dogma» o «voto de castidad». Si bien con un sentido y una finalidad bien distinta, nos parece intuir que este lenguaje responde a la intención de establecer una «verdad» cinematográfica que «salve» una película de la falacia, la superficialidad, la vanidad, la impureza y el narcisismo a los que gran parte del cine actual, especialmente el comercial, está sometido.

Este lenguaje religioso y teológico, transvasado al contexto cinematográfico, puede parecernos un vaciamiento de su sentido original. Pero la intención cinematográfica en nada mira subvertir el lenguaje religioso o adulterarlo, sino que, con intención más bien ascética y purificadora, intenta incidir en el quehacer cinematográfico invitándolo a una mayor verdad y pureza en medio de tanta falacia.

Posiblemente estemos ante un signo de los tiempos artísticos, no un signo grandilocuente ni mayoritario,

pero sí muy intenso y significativo; un signo que consiste en dejar entrever un cierto hartazgo de la cultura del espectáculo, del «todo vale» más peyorativo, del relativismo artístico. Podemos ver en ello una pista que apunta a que, en determinados círculos intelectuales y artísticos, se va dejando notar un cansancio ante la saturación, acompañado de una aspiración a una verdad en medio de un cierto relativismo. Utilizar un lenguaje dogmático es, en tiempos de incertidumbre cultural, algo contracultural y rebelde en sí mismo. Sólo que aquí esta contraculturalidad y rebeldía revisite el interés de provenir, precisamente, del interior mismo –y no precisamente religioso– del mundo artístico. Ahí su valor.

2. El carácter ascético de los postulados *Dogma 95*. En efecto: en el manifiesto reproducido late un espíritu ascético y *negativo* –en el sentido de desprendimiento, austeridad visual, argumental y conceptual–. Casi presenta el proceso de filmar una película como un proceso de ascesis y purificación. Y ésta es una significativa aportación que debe acompañarnos al ver una película *Dogma 95*: estamos ante el intento de crear una obra de arte lo más pura posible. Una forma de asomarse a la realidad con la mirada lo más limpia posible. Y eso, en todo caso, es un buen ejercicio para la mirada contemplativa, para el acercamiento sencillo y limpio del contemplativo al mundo de hoy, para aprender –ascética y contemplativamente– a mirar desenmascarando la mentira, ahondando en los aspectos más profundos y espirituales de la realidad, y para, vueltos a las profundidades de nuestro propio ser contemplativos, mirarnos a nosotros de la manera más

limpia, sencilla y desenmascaradora de todo ídolo o ideología, de toda automentira, la cual es siempre una adulteración para nuestra relación con Dios.

3. El final del manifiesto sorprende con un rotundo «ya no soy un artista», postulado que nos parece que podemos interpretar en un triple nivel:

- a) Primero, como reacción frente a la figura del artista como ser especial y total, endiosado o mitificado. En cierto modo es una reacción frente al «*star system*» y el sistema publicitario que hace recaer gran parte de la atención de una película sobre la fama de la firma del director y de los participantes (guionistas, actores, técnicos) en una producción. Es una reacción contra una desviación que afecta a todo el panorama artístico (pintura, arquitectura, moda) y según la cual una obra de arte cotiza más al alza y es más valiosamente considerada dependiendo más de quien la ha realizado que de la obra en sí. Es una perversión del mercado y una engañifa para el espectador. Es, igualmente, una invasión del sistema mercantil y del «*trade brand*» (sistema de marcas y sistema publicitario) que convierte el arte en un mero negocio para el que, lógicamente, lo que importa es la promoción y la rentabilidad.
- b. En segundo lugar, es una reacción frente a los excesos de la modernidad y su absolutización del individuo. Es con los albores del Renacimiento –que en el terreno artístico son los

albores de la modernidad— cuando empiezan las obras de arte a ser firmadas. Hasta entonces la subjetividad del artista era secundaria: no importaba tanto su nombre ni su personalidad como subjetividad individual desplegada y como creatividad proyectada.

El manifiesto *Dogma 95* viene a reaccionar contra el carácter proyectivo y racionalista del artista desde cuya subjetividad, iluminada por un especial talento, se concibe, se plantea y se construye una obra cinematográfica.

En este sentido, se atisba en el movimiento *Dogma 95* una preferencia por la realidad antes que por la subjetividad en sus versiones racionalista o creativa. Se trata de una reacción contra el carácter impositivo y ególatra de la mente del artista, cuya personalidad acaba siendo más decisiva que la realidad misma, hasta el punto de que la obra filmada no refleje lo que la realidad misma da de sí, sino lo que el artista quiere decir sirviéndose de una realidad que pierde su esencia en aras de convertirse en mero instrumento al servicio de la visión que emana de su mente.

Es, en el fondo, un posicionamiento frente a la pregunta: ¿dejar ser a las cosas y la realidad, o servirse de las cosas para elaborar nuestro discurso? *Dogma 95* se sitúa decididamente del lado del primer término de la cuestión. Cuestión que nos lleva a esta otra: ¿de dónde brota la verdad: de la realidad y la vida con-

templada o de la razón y la mirada del artista creador? Disyuntiva ante la cual *Dogma 95* se sitúa, igualmente, a favor del primer término.

- c. En tercer lugar, el proceso por el que una película es reconocida dentro del movimiento *Dogma 95* nos remite al carácter colectivo de una obra de arte. Frente a la exaltación de lo individual, un film de las características de *Dogma 95* se presenta más como fruto del colectivo que comparte esos postulados que como producto de un ser aislado. Nos recuerda que la obra de arte es expresión de una colectividad porque a ella se dirige y porque, en el fondo, aun cuando personal, la mirada artística realiza su personalidad en la relación con los otros. E, indirectamente, se apunta al hecho de que son la realidad y el colectivo elementos constitutivos de la misma obra de arte.

Todas estas características tienen elementos comunes con la actitud contemplativa. Desgranémoslos.

1. *Dogma 95* nos lanza una llamada a buscar y profundizar en la verdad más allá y por encima de las apariencias, de las máscaras, del maquillaje de la realidad, algo que se hace necesario para la mirada contemplativa.

2. La afirmación «mi fin supremo será hacer que la verdad salga de mis personajes y del cuadro de la acción» es interesante porque, frente a una posmoderna generalización de la idea de que no existe una verdad o de que ésta, de existir, es, en todo caso, rela-

tiva y puramente subjetiva, *Dogma 95* nos vuelve a poner en primer plano la categoría de «verdad» como finalidad y como forma de una obra de arte.

Refiriendo esto ahora a la perspectiva contemplativa, hay que señalar que la contemplación es también contemplación de la «verdad última», la cual nos viene indisolublemente unida a la contemplación de la belleza y la bondad de Dios. Para la actitud contemplativa puede suponer un fructífero entrenamiento la costumbre de familiarizarse con películas en las que se intente enfocar los aspectos esenciales, las verdades desnudas y fundantes por las que el hombre se mueve.

3. El modo casi ascético de filmar propuesto por *Dogma 95* se convierte en un ejercicio de desprendimiento que proporciona a la mirada contemplativa pistas para, sobre la propia vida del contemplativo, aprender a prescindir de aspectos secundarios, lo cual redundará en beneficio de que los aspectos esenciales cobren más protagonismo y, en progresivo proceso espiritual, hagan más íntima la unión entre espíritu y cuerpo, pensamiento y acción, palabras y obras. Es, en el fondo, un camino hacia la mayor unidad de la propia existencia, la mayor integración entre forma y contenido vital y espiritual.

4. La mencionada «metodología» ascética de *Dogma 95* muestra un camino semejante al camino de liberación contemplativa. Cuanto menos se necesita de palabras superfluas, de trucos técnicos, de adornos que traten de enmascarar la ausencia de verdad, más crece la libertad. Más se muestra a la mirada contemplativa de cuántas cosas puedo prescindir y, por lo

tanto, a cuántas cosas perentorias menos me debo, con el consecuente desarrollo de la libertad contemplativa.

5. Al hilo de las dos anteriores ideas, el proceso ascético y de liberación en que se relacionan *Dogma 95* y la mirada contemplativa tiene su consecuente equivalencia en una especie de *teología espiritual negativa*.

Esta teología negativa podemos definirla, en su modo más sencillo, como una teología en la que, progresivamente, vamos acercándonos místicamente a Dios en la medida que descubrimos *qué no es Dios*. Pongamos un ejemplo: si lo llamamos «Padre» habremos de proceder despojándolo de aquellos aspectos que provienen de nuestra experiencia de lo que es la paternidad para comprender mejor el modo en que Dios es *Padre*: no lo es, efectivamente, en sentido sexual; no lo será tampoco con las connotaciones antropológicas y culturales en que la paternidad se entiende en determinados contextos; habremos de despojarlo, por ejemplo, de los aspectos machistas que pueda connotar; igualmente, de los elementos de privilegio y discriminación patriarcal; habremos de despojar la idea de paternidad para referirla a Dios, ahora de forma más personal y contemplativa, de los aspectos negativos o incluso violentos que en una experiencia personal concreta la paternidad pudiera revestir.

Habrà que contemplar a Dios a la luz de su propia luz, valga la redundancia. Proceso que encuentra bastantes similitudes con el manifiesto *Dogma 95* (ni luces, ni sonido, ni trucos, ni filtros, ni efectos, ni decorados, ni saltos en el tiempo o espacio añadidos innecesariamente). La verdad de la historia filmada se halla

más auténticamente prescindiendo de las tramas secundarias y de los elementos de pura distracción. Es una manera de acostumbrar la mirada y ayudar con ello a la progresiva limpieza de la mirada contemplativa: bienaventurados los que tienen el corazón limpio, porque ellos verán a Dios (cf. Mt 5,8).

Se trata, sobre todo, de dejar a Dios ser Dios por encima de nuestras proyecciones, intereses y resabios interesados, así como de las pretensiones demasiado personalistas de un ego artístico hipertrofiado.

6. La aversión de *Dogma 95* a cualquier tipo de individualismo nos previene, desde el plano artístico, del riesgo del ego, la pujanza narcisista del yo que continuamente amenaza con imponer su criterio, su visión y su discurso sobre la realidad contemplada y mostrada. En el camino a la unión mística, la continua incursión del yo supone una continua interferencia para la unión y fusión con la Realidad última a la que todo nuestro ser se dirige.

Pero, además, ocurre que el yo se convierte, paradójicamente, en una reducción de nuestro ser total y más profundo. El yo no es sino una imagen de lo que somos, pues lo que somos ha de aparecer, esa es su vocación, precisamente en el encuentro con aquello que nos es más diferente y, en última instancia, con *el totalmente diferente*.

La sobriedad fílmica se convierte, en este caso, en una condición para el encuentro, aspecto perfectamente extrapolable a la experiencia contemplativa.

7. El carácter colectivo con que *Dogma 95* concibe una película nos recuerda –siempre en el plano artís-

tico– ese otro carácter colectivo –o más bien habría que llamarlo comunitario– que corresponde al ser contemplativo. En efecto: la mirada, la experiencia de los otros, forma parte del ser contemplativo, que no camina solo ni tampoco está aislado de una tradición, de una comunidad de hermanos, de una llamada a llevar en su corazón la vocación de toda la humanidad a la unión con Dios. Igualmente, lo contemplado (*contemplata*) ha de verter su fruto en beneficio de la fraternidad universal, hacia los otros (...*aliis tradere*). Algo, por otro lado, que emana del carácter difusivo del bien de la realidad misma contemplada.

8. En la dialéctica objetividad-subjetividad, si bien reconociendo que son dos elementos indisociables, parece oportuno poner el acento en el carácter objetivo. Según esto, en la priorización de la realidad dada y extra-sujeto, que es algo sugerido en el manifiesto *Dogma 95*, creemos ver algo que tiene relación con el carácter *extático* de la experiencia mística en cuanto experiencia que impele al sujeto a salir de sí, o mejor dicho, que hace al sujeto salir de sí en dirección al encuentro con otra realidad totalmente otra en la cual se encuentra a sí mismo de forma diferente y nunca cerrada, siempre nueva, dinámica, sorprendente... como corresponde a una experiencia que encuentra en el binomio «experiencia de amor» su mejor definición.

ROMPIENDO LAS OLAS, UN ANTECEDENTE DOGMA 95

Apliquemos ahora lo dicho respecto a *Dogma 95* a una película concreta. Hemos elegido *Rompiendo las olas* (Lars Von Trier. Dinamarca, 1996).

Lo primero que hemos de señalar es que ésta no es una película *Dogma 95* propiamente hablando, pero, si la hemos elegido, es porque allí ya se anticipaban muchas de las características que se concretarán en el movimiento *Dogma 95* y porque se trata de una película cuyo atrevido planteamiento está lleno de referencias a los elementos más constitutivos de la experiencia cristiana, tales como la fe, la opción radical por el otro, el sacrificio, la salvación, el milagro, la oración y, muy especialmente, la caridad, convirtiéndose esta cinta, en el fondo, en algo más que una metáfora sobre los límites de la caridad. Y ello de forma nada convencional, sino quizá hasta inquietante, pero que nos abre una brecha plagada de interrogantes.

La historia transcurre durante los primeros años de los 70. La protagonista es una mujer joven que pertenece a una comunidad de Escocia donde se practica una religiosidad de fuerte impronta calvinista, extremadamente puritana y patriarcal. Las mujeres no pueden hablar en la iglesia ni participar de ciertas ceremonias. La película comienza cuando el Consejo de la Iglesia se reúne para «autorizar» o no la boda de la protagonista, Bess, con un extraño, Jan, un noruego que trabaja en una plataforma extractora de petróleo. Los ancianos autorizan, con reservas, el casamiento de Bess.

El día del casamiento hay una fiesta de bodas en la que los amigos del novio, juerguistas y bebedores, contrastan con la contención de los aldeanos calvinistas. Bess está pletóricamente feliz. Una gozosa sexualidad se instala entre ella –virgen– y su esposo. Al poco tiempo Jan debe volver a su trabajo en medio del océano.

La desesperación de Bess es enorme y, tras llantos y angustias, llega una ansiosa espera del regreso, que se cumplirá al cabo de algunas semanas.

Antes de conocer a Jan, a raíz de la muerte de su hermano, Bess había sufrido una crisis por la que fue hospitalizada. La viuda de este hermano, forastera, decidió quedarse a vivir allí para cuidarla y acompañarla.

En la angustiada espera del regreso, descubrimos que Bess tiene una particular relación con un Dios muy severo con el que mantiene diálogos imaginarios en los que ella hace las dos voces. Ella se habla en nombre de Dios.

Pero acontece que Jan sufre un terrible accidente que lo deja inválido y Bess debe cuidar de él, lo que pondrá a prueba su amor y su capacidad de superación, pues para sanar a su marido ella deberá hacer cosas mal vistas por la comunidad calvinista e, incluso, dar su vida. Y, así, Jan sana definitiva y milagrosamente.

La comunidad da a Bess el funeral propio de una pecadora. Sin embargo, en el ataúd no está su cuerpo: sólo hay arena que han puesto los amigos de Jan, los cuales, junto con su esposo, lo habían rescatado y lanzado al mar en gesto de dignidad y amor.

En esta película se deja sentir más fuertemente el influjo de Carl Theodor Dreyer sobre Lars Von Trier. La fuerza de la fe, aunque en este caso desde una vivencia personal extremadamente peculiar, impregna la cinta que, al final, nos deja flotando varios interrogantes: ¿hasta dónde puede llevarnos la caridad en situaciones

límite?, ¿tiene la fe fuerza como para realizar milagros?, ¿hasta qué punto las iglesias oficiales y las instituciones religiosas son incapaces de comprender determinadas experiencias de fe personal?, ¿dónde están los límites entre una experiencia mental alterada y la fe?

La película y las brechas que abre *Rompiendo las olas* pueden ser heterodoxas, pero nos sorprenden invitándonos a experimentar la extrañeza como un lugar desde el que contemplar la realidad y contemplar a Dios. Es una propuesta para la contemplación desde los extrarradios y las afueras de la lógica, la cordura y la mirada convencional. Un verdadero reto reflexivo y un ejercicio de contemplación arduo.

La última parte de este estudio nos conducirá al cine europeo.

FRAY ANTONIO PRAENA, O.P.
Granada-Valencia (España)

El silencio es sendero de Encarnación

«Vengo pronto» (Ap 22,12)

La Navidad es siempre una invitación a la soledad interior, a una soledad grande. Y no es bueno cambiarla por cualquier compañía. A veces esta soledad es dolorosa como lo es un nacimiento. Y hay que sobrellevarla.

El Niño anda a solas consigo mismo, horas y horas, sin hallar a nadie, pues los adultos están desinteresados de su propia soledad interior, sin enterarse... entretenidos en otras cosas que juzgan muy sobresalientes y preferenciales.

Es en la soledad y en el silencio donde estamos como abandonados al reclamo de una maravillosa cita en el interior del corazón. ¡Es Navidad!

Y nace Jesús aproximándose a la naturaleza, en un establo. No nos desamparan ni el viento, ni el bosque, ni el mar, ni las estrellas, ni las montañas.

Jesús inaugura la vida no en medio de una multitud, sino en una gran soledad interior, y convive con lo creado.

Navidad. Jesús es siempre el que nace, el que viene. Cada hora viene. Es el inefable, el indecible, el inago-

table. Viene... y no acaba de venir del todo. Y viene de adentro, de la profundidad secreta y oculta.

Lo menos –lo único también– que podemos hacer es no obstaculizar su venida, no negar su visita, no amenazar su alumbramiento interior.

Así como la tierra, el cosmos, no se resisten a ninguna estación, ni a la primavera, ni al otoño, ni al invierno... no te resistas a que Él venga. No te endurezcas, no te opongas a la Navidad.

El sendero de su venida es la soledad, el silencio interior.

Jesús siempre es el que viene: ¡Vengo pronto, vengo ya! (cf. Ap 22,12).

Navidad... Nacimiento... Pero la verdad es que no hay verdadero nacimiento mientras no se corten los cordones umbilicales y nos animemos a vivir, no a costa de otros, sino de sí mismos. No a expensas del exterior, sino del interior.

Otra vez Navidad... Viene, sí... Él viene de dentro.

¿Pero cómo va a venir de lo hondo si siempre estamos exteriorizados, asomados a un afuera asfixiante?

¡Cuántas veces nos sentimos atraídos, atrapados y acosados por lo superficial de la vida! Eso no nos centra, no nos serena. Nos desajusta más que otra cosa.

Él viene. Y es amor. El amor de dos silencios, de dos soledades que se aman y se hermanan.

Navidad es la feliz comunidad, la colmada unidad.

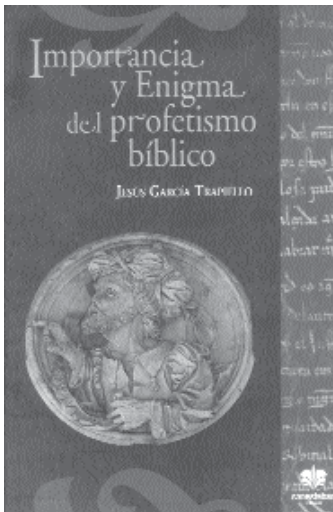
No, Dios no se ha perdido. No se ha extraviado. Está viniendo. Viene de tu silencio interior, como un

alumbramiento. Siempre es un alumbramiento. En el dar a luz siempre hay una gran soledad, un gran silencio.

A Dios le buscan mis manos, mis pensamientos, mis emociones. Pero sólo el silencio y la soledad me devolverán a Dios.

Sólo en el silencio interior se da el camino de una venida fértil, rebosante. Sólo el silencio, sólo la soledad es sendero de Encarnación.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

El consuelo de Artabán

(Basado en la leyenda «El cuarto rey mago»)

Cierta noche, brilló una estrella en el cielo, indicando dónde había nacido el Niño Dios, el Mesías prometido. Un joven mago europeo llamado Artabán, conocedor de las antiguas profecías hebreas, decidió seguir la estrella para adorar al recién nacido Mesías, a quien ya había nombrado Rey de su corazón, y cambió toda su fortuna por un zafiro, un rubí y una perla, como ofrendas preciosas para el Hijo de Dios que se hacía hombre, partiendo después a ultramar, en la dirección que la estrella le marcaba. Pero Artabán se fue dejando impregnar del sufrimiento de cuantos por el camino le pedían ayuda y esto fue retrasando cada vez más y más su viaje, por mucho que cabalgara sin descanso.

Pasado un año, mientras viajaba por el camino de Jericó en dirección a Jerusalén, se tropezó con un hombre agonizante y desnudo. Se trataba de un comerciante que había sido desvalijado y golpeado hasta la extenuación por unos ladrones. Artabán se apiadó de él y retrasó su camino durante varios días; lavó con vino sus heridas, entablilló sus huesos rotos y, cuando volvió en sí, lo llevó a una posada y le regaló el zafiro que guardaba para el Salvador, para que pudiera hacer frente a los gastos de su convalecencia, hasta que se repusiera.

Cuando, harapiento y famélico, llegó por fin a Belén, el aspecto de la pequeña aldea era desolador, decenas de niños menores de dos años yacían envueltos en sangre y en los llantos de sus impotentes madres y los soldados de Herodes se ensañaban todavía en el cumplimiento de aquella lúgubre matanza. Lleno de espanto, Artabán se interpuso entre un soldado y su víctima y le ofreció, a cambio de su vida, el rubí que tenía guardado para el Salvador. La madre del niño, agradecida, le dijo que el Niño al que buscaba había huido a Egipto con sus padres la noche anterior. Artabán se alegró por ello y, aunque estaba agotado, decidió partir en su busca.

Tras un largo viaje en el que fue asistiendo a cuantos le necesitaban, Artabán llegó por fin a las tierras del Nilo, con el sentimiento de que había perdido su camino y no sabía dónde buscar al Rey de su corazón. Cuando ya desesperaba, se topó con un anciano que había conocido a aquella familia de Belén y le aconsejó que no la buscara entre los ricos, sino, más bien, entre los pobres. Artabán le hizo caso y se pasó varios años entre aquellas gentes, curándolas y enseñándolas cuanto sabía, para que pudieran llevar una vida digna, mientras buscaba al Salvador. Ya anciano y enfermo, cuando pensaba que no tendría oportunidad de ver al Rey de su corazón oyó hablar a un judío venido de Jerusalén de las maravillas de Jesús, un joven predicador de Galilea y, a pesar de los achaques de su edad, decidió ponerse en camino.

Tras dos largos años de viaje, Artabán llegó por fin a Jerusalén, pero al entrar en la ciudad oyó decir que

el Maestro al que buscaba había sido condenado a morir en una cruz. Con el alma en vilo, salió en dirección al lugar de la crucifixión, pensando que con su última posesión, la perla, podría comprar la libertad de Cristo. Mas, por el camino, se encontró con un tipo que golpeaba sin piedad a una mujer; amenazando con matarla si no pagaba las deudas de su padre; Artabán, lloroso, le ofreció su última posesión a cambio de la vida de aquella mujer y ella, en agradecimiento, besó las arrugas de su cara. Ahora ya no le quedaba nada. Todo lo que tuvo intención de entregar en adoración al Redentor lo había dado al servicio de los necesitados.

Cuando por fin llegó al Calvario, entre temblores de tierra, sepulcros que se abrían y rumores de que el velo del Templo se había rasgado, se dio cuenta de que Jesús ya había muerto y que alguien le había abierto el costado. Artabán lloró impotente. Su esfuerzo había sido en vano. Había tirado su vida, si no se hubiera entretenido tanto... Cayó profundamente enfermo y, sin nada en las manos y sin nadie a su lado, se acurrucó en el hueco de una tumba, y se dispuso a morir.

Al tercer día, recién resucitado, el Mesías glorioso se apareció ante él. Agonizante, Artabán le preguntó: «¿Eres Tú, mi Señor? ¿No has muerto? Toda mi vida te he buscado sin poderte encontrar». Jesús contestó: «No necesitabas buscarme, porque tú siempre estuviste a mi lado». Artabán contempló las facciones pacíficas de aquel hombre resplandeciente y escuchó su voz que descendía sobre él como un bálsamo: «Porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me

diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, estuve enfermo y me curaste, me hicieron prisionero y me liberaste».

Artabán, parpadeando, perplejo o desmemoriado, mientras se miraba las manos vacías de zafiros, rubíes y perlas, preguntó a punto de desfallecer: «Señor, ¿cuándo hice yo esas cosas?». La muerte ya le borraba la respiración cuando aquel Hombre con voz de bálsamo le susurró al oído: «Cuanto hiciste por mis hermanos, lo has hecho por Mí. Creíste que todos tus esfuerzos y sacrificios eran un obstáculo para llegar hasta Mí, sin darte cuenta de que en todo lo que hiciste, en todos aquellos a quienes ayudaste..., me estabas ayudando a Mí, por eso Yo te digo ahora: Recibe el gozo de tu Señor: hoy estarás conmigo, en el Paraíso...» Y ya sin pesares, cerrando los ojos, Artabán le entregó a Jesús su último y mejor tesoro: su propia alma.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Salamanca (España)

Luz que transforma

La adoración de los Reyes Magos (Mt 2,1-12)

Hacía frío. Hacía mucho frío en Belén. Las sombras de la noche se aferraban a la tierra adormecida, pero esa oscuridad iba a ser herida por la Luz.

José y María no hallaban un lugar adecuado para acoger esa Luz y buscaban un refugio, un sitio de silencio y de paz que no profanase el misterio. O más bien, era Dios quien iba a conducirlos a una gruta de las afueras del pueblo, lejos del tumulto y el ruido de los peregrinos que iban a empadronarse. «La llevaré al desierto y le hablaré al corazón» había dicho el profeta Oseas (2,16). Y es que Él –Dios– les preparaba un lugar solitario para hablarles o entregarles su Palabra, a fin de que pudieran saborearla y adorarla. Sí, la gruta de Belén era el lugar adecuado para sumergirse en el misterio de Luz que iba a iluminar al mundo.

Para poder adorar y dejarse deslumbrar por el resplandor de un Niño, que es Luz, es además imprescindible poseer un corazón sencillo, un corazón de pobre. Por eso, los primeros que conocen el misterio, después de María y José, son los humildes pastores. Ellos acogen el anuncio de los ángeles, confían, se ponen en camino y adoran al recién nacido porque descubren en Él al Mesías esperado. La luz ha irrumpido en sus vidas.

Mucho más lejos existen unos sabios escrutadores de los astros que también tienen un corazón sencillo, que descubren una estrella misteriosa presagio del nacimiento de un rey y, a impulsos de ese corazón humilde y de una llamada interior, esperan encontrarlo y se ponen en camino sorteando los peligros e incomodidades de un largo viaje. La estrella misteriosa les guía, pero más aún la luz que Dios ha encendido en su corazón.

Después de un largo recorrido y de consultar a Herodes cuando no parecen percibir la estrella, ésta vuelve a aparecer fulgurante y los conduce a Belén donde se encuentra el Niño.

¿Qué ocurre ante la presencia de ese Pequeño en apariencia débil e indefenso? Dice San León Magno en su Primer Sermón sobre la Epifanía: «Los Magos ven realizado su deseo y llegan, conducidos por la estrella, hacia el Niño, el Señor Jesucristo. En la carne adoran al Verbo; en la infancia a la Sabiduría; en la debilidad a la Omnipotencia; en la realidad de un hombre, al Señor de la majestad. Y para manifestar exteriormente el misterio que ellos creen y entienden, atestiguan por los dones lo que ellos creen en su corazón. A Dios le ofrecen incienso, al Hombre mirra y al Rey oro, sabiendo que honran, en la unidad, las naturalezas divina y humana».

El papa Benedicto XVI, por su parte, pronunció en Colonia durante la Jornada Mundial de la Juventud estas palabras: «Los Magos debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre, y, con ello, cambiar también ellos mismos. Ahora habían visto que

el poder de Dios es diferente al poder de los grandes de este mundo... Al poder estridente y pomposo de este mundo, Él contrapone el poder inerme del amor».

Ciertamente, después de adorar y presentar sus dones, ya no eran los mismos, habían encontrado la Luz verdadera, habían sido iluminados y volvieron a su tierra por otro camino. Se encontraron con un Niño que era Dios porque algo nuevo había surgido en ellos. Le hallaron siguiendo la llamada interior. Gracias a esa llamada, porque las iniciativas siempre son de Dios, siendo gentiles fueron conducidos, igual que los pastores israelitas, al conocimiento del misterio.

En los Magos estamos representados todos los que no pertenecemos al Pueblo de Israel. Jesús ha venido para todos y ha llamado a todos. También nosotros podemos acoger cada vez más esa Luz que Él nos brinda, viviendo intensamente este misterio de la Navidad. También podemos ser iluminados como los Magos de Oriente.

A Él, a Jesús nacido para nosotros, le pedimos que nos regale un corazón sencillo y pobre que nos ayude a descubrirle y nos enseñe a adorarle. Para ello le decimos:

Señor, que sepamos descubrir la riqueza de tu pobreza.

La fuerza de tu debilidad.

La omnipotencia de tu pequeñez.

La Palabra de tu silencio.

¡El Amor que te ha traído a la tierra!

¡Feliz Navidad!

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

9. Dios es «tres veces santo»

(EL SANTO)

Ésta es la aclamación más importante de la Plegaria eucarística, conectando con la acción de gracias ofrecida en el *Prefacio*. Toda la asamblea canta este himno de alabanza.

Podemos interpretarlo –en su triple proclamación de Dios como *santo*– referido a la santidad de cada Persona de la santísima Trinidad: es válido hacerlo. Pero, sin adentrarnos en sesudas especulaciones sino, por el contrario, apoyándonos en nuestra experiencia espiritual, no nos basta decirle una sola vez a Dios que es *santo*. Ni siquiera las tres que cantamos pueden agotar –en el orden de la expresión– lo que Dios es:

- Un Dios que ha creado todas las cosas.
- Un Dios que ejerce su soberanía sobre el universo entero.
- Un Dios que ha participado su gloria a cielos y tierra.

El Dios en quien creemos es fecundo y expansivo, un Dios-comunión y santidad, un Dios cuya transparencia va lejos, más allá de lo que podamos imaginar.

Nuestro Dios no es la yuxtaposición y suma de las perfecciones que encontramos en la Creación, sino el Autor y Causa de dichas perfecciones, que llegan al *summum* en el hombre, «pequeño mundo», síntesis de todo lo creado.

DIOS EN SÍ Y DIOS EN MÍ...

Cantar las maravillas de Dios y su santidad, es lo mismo que cantar las maravillas de Dios *en su Hijo, Jesucristo*, y también *en cada uno de nosotros*, pues somos el Cuerpo del Señor.

El mundo nació bueno de las manos de Dios. Nosotros torcimos su proyecto y devaluamos a la Creación sacándola de su vocación primera. Nos enemistamos con Dios, y por ello la Creación nos declaró la guerra... El mundo era «útil», nos servía, nos regalaba «servicios», éramos sus señores. Al querer ser como Dios, no lo respetamos ni aceptamos ser servidores de su plan: quisimos ser «dominadores». Nos volvimos ciegos y esa ceguera nos impidió ver en nosotros «su imagen y semejanza» y, en las cosas, «la huella» del Creador. Nos declaramos así necesitados de un injerto de ojos nuevos, para volver a ver, dejando atrás la oscuridad y cerrazón. Todo gritó, herido por nuestro pecado. Todo lloró ante la tristeza de haber sido expulsados del Paraíso, donde Dios era familiar nuestro.

En ese momento, comenzó la gestación del hombre nuevo. Esa gestación tuvo un fin. Tuvo también un nombre, Jesús, nuevo Adán. La gloria de Dios iluminó las

tinieblas del hombre, esclavo de sí mismo, perseguidor de sí mismo, enemigo de sí mismo...

Ahora, los cielos y la tierra, «llenos de la gloria de Dios», vuelven a cantar, felices ante la nueva creación.

¿QUÉ CANTAN LOS CIELOS Y LA TIERRA...?

«¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en el cielo!» (Mc 11,9).

Se logró la reconciliación y «decimos buenas cosas» del Mesías, alabando su presencia restauradora. Ahora podemos contarle al mundo que el hombre nuevo es más bello que el hombre-viejo, y todo porque Dios es bello, bellas son sus obras y hermoso su perdón, donde Él se muestra poderoso.

Para recordarnos nuestra vocación, esa voz que pudiera sonar lejana, nos es pronunciada, día a día, por un Dios-prójimo que nos habla no sólo al oído, sino también al corazón y a la inteligencia, como quien quiere susurrarnos una intimidad.

Cuando Jesús ingresó –triunfante– en Jerusalén, fue recibido por el pueblo con estas alabanzas: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Lc 19,38).

Poco más tarde, otros hombres y mujeres del mismo pueblo, acallarían el canto y nacería el grito: «¡Crucifícale... Crucifícale!» (Lc 23,21).

El bendito por excelencia, se convierte en maldito.

El que sufre y muere en la cruz, inaugura –por su sangre– el canto de alabanza, himno donde aflora la incondicional confianza al Padre.

Nosotros, cuando en este momento de la Misa cantamos el *Santo*, adoramos a Dios en su santidad. Le estamos dando gracias por ser El-que-es y porque hace-lo-que-hace...

Le pedimos ser perfectos como Él lo es y porque Él lo es.

Nos preparamos para ver, en el rostro humano de Cristo, *el rostro de Dios*.

Si nuestra imaginación lograra vislumbrar la santidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... ¡moriríamos!

Ahora entendemos por qué los hijos del Pueblo elegido afirmaban que era imposible ver a Dios y no morir ante esa visión (cf. Ex 33,20). Por eso, ante ciertas visiones experimentadas, los hijos de Israel se postraban, rostro en tierra, para no morir ante la gloria de Dios (cf. Sal 99,5).

Algún día estaremos cara-a-cara ante Dios, pero no para morir, sino para vivir. Seremos plenificados por la santidad del Dios «tres veces santo», cuando formemos parte del grupo de los elegidos.

Por el momento, sólo podemos cantar... «*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...*» (Ap 4,8), confiando en que –por puro regalo y gracia– participaremos de ese obsequio.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

La Palabra de Dios con olor a pueblo llano

Reflexiones a partir del Salmo 12

En el contexto del poema el salmista está angustiado. Observa que la ética social va desapareciendo (cf. v. 2a). Testimonia un sector que construye riqueza a partir de palabras engañosas. Este segmento social pretende dominar a través de la lengua (cf. v. 5). El salmista constata que van escaseando las personas leales (cf. v. 2b) y que algunas relaciones comunitarias se edifican con falsedad, engaño, duplicidad y trampas (cf. v. 4).

En ese ambiente, donde la palabra humana va perdiendo crédito es pronunciada la Palabra de Dios: *«por la opresión de los humildes, por el gemido de los pobres, ahora me alzo yo, auxilio traigo a quien por él suspira»* (v. 6). Todo indica que en el contexto del Salmo los pobres no tienen oportunidad de pronunciarse. Pero, su manera de hablar es a través de la oración y del grito, gemido que Dios entiende muy bien. Les da una esperanza, en la cual se abrazan los pequeños para resistir y luchar (cf. v. 8.9).

Esta Palabra está en la historia, en la vida, parte de la realidad de los que sufren y se transforma en consuelo. Dios ofrece su Palabra a los pobres para curar-

los (cf. Sal 107,20), defenderlos y hacerles justicia instaurando un nuevo orden social favorable para todos (cf. Sal 82,3-4). Así se entiende que la Palabra de Dios sea antecedida por un fuego abrasador (cf. Sal 50,3). Ella transforma todo. El salmista, sabiendo eso, concluye:

«Las Palabras del Señor son Palabras sinceras, plata pura a ras de tierra, siete veces purgada» (v. 7). Ellas no tienen mezcla, son dignas de crédito, no tienen rastro de falsedad. Si en la época ya existían ritos de purificación para personas y metales (cf. Nm 8,5-22; Lv 11,32), el Salmo 12 informa de que la verdadera transformación personal emana de la acogida a la Palabra de Dios. Por eso, estamos ante un texto para ser usado en el templo, mas con una teología dinámica y en movimiento, también reflejada en el Salmo 119: *«Para mis pies antorcha es tu Palabra, luz para mi sendero»* (v. 105).

Obsérvese que la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento es confiada a las profetisas y a los profetas: las mujeres bíblicas recurren a diversos métodos para transmitirla (cf. Jue 5); Ella los nutre (cf. Ez 2,9-3,3), en su seno se convierte en fuego devorador que se encierra en los huesos (cf. Jr 20,9). Por esta razón Amós es expulsado de su actividad: *«ya no puede la tierra soportar más sus palabras»* (cf. Am 7,10). Es que la Palabra cae como piedra para los «poderosos». Ella no queda sin producir su efecto, sin ejecutar la voluntad de Dios y cumplir su misión (cf. Is 55,11). Y, así, el Salmo 12 puede ser analizado a partir de esta tradición profético-sapiencial.

En el mundo bíblico, la Palabra de Dios habita entre los pobres. Jesús fue la Palabra Pobre de Nazaret hecha misericordia. La Palabra caminó, convivió entre los socialmente insignificantes. Los apóstoles fueron servidores de esta Palabra y a nosotros ha sido confiada para que circule con ritmo itinerante.

Medite con las Sagradas Escrituras. Rúmielas. No ponga resistencia al Espíritu. Vaya al encuentro de los sencillos y déjelos también entrar en su casa, sentarse en su mesa, compartir su pan.

No quede sin olor a pueblo llano, el espacio de la Palabra encarnada.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

Cinco cantos navideños

«CANTO DE LO ALTO»

Llanto del Bebé-Dios, canto de lo alto.
Aleteo de mil ángeles,
–rocío matinal,
escarcha temprana...

Una Virgen niña. Una Virgen madre.
Ojos sorprendidos. Un buey contemplativo:
–noche transfigurada.

Horizonte del octavo día.
Nace una estrella.
Revolución en las galaxias:
–Nuevo Adán. Luz en las entrañas.
Soles astillados. Límpida montaña.
Lluvia en el desierto. Brote tierno en tierra árida.

Un ciego salta y corre
con nueva ceguera,
por el sol del mediodía...

«BALADA DE UN NACIMIENTO»

El viento de diciembre despunta olores de miel
y canto de panales
-voces del calor y el color...

El anuncio maduro de un «hágase» engañó a demonios incrédulos que no confían en la leche y en la miel
-virginidad del calor y del arco iris.

Una niña canta rondas y espera el susurro
de voces mágicas
-incensario de oro, culminación de la espera.

Y yo lleno mi casa con el verso del Poeta:
¡El dador alegre fue amado!

Y yo abrazo el fin de caminos de fe:
la Palabra fue pronunciada por gritos de hueso y piel.

Y el «No» desapareció, ante el silencio del Misterio:
-y el fuego y el color habitaron la casa del Nacimiento...

«IN NATALE DOMINI»

Ha nacido el nuevo sol, un Sol-Niño,
all, en tierras lejanas que manan leche y miel,
allí donde los viejos cuentan la gesta de Moisés y los
[cánticos de David;
allí donde soplan vientos locuaces, plenos de guarda-
[dos y antiguos secretos,
donde el horizonte de Oriente estalla en arco iris multicolor,
mientras las sombras huyen, dejando sus sandalias olvidadas en el desierto.

Ha nacido el nuevo sol, un Sol-Rey
¡chispa en el corazón de la piedra!

Y sus rayos roban la luz a mis ojos
paradoja de claridades y destellos que me enceguecen
y convierten en peregrinos-con-bastón-blanco,
balbuceando pasos hacia no sé dónde...

El ejército de los ciegos me grita:
–¡Hazte amigo del crepúsculo, esposo de la noche oscura
y del manto de tinieblas, hijo de las sombras que llenan
escondrijos y cavernas!

Y respondo:
–Sólo ahora, cuenco de lágrimas y quejas, con la añoranza del color,
nostalgioso del despertar de lunas y estrellas y del baile de las olas,
con los ojos en la piel de mis dedos;
sólo ahora, quemadas mis pupilas, herido y ciego por tanta luz,
puedo ver al sol dentro de mis entrañas...

«ALELUIA DE UN PARTO AQUÍ Y ALLÍ»

Aleluia, Aleluia...

Gloria a Belén-geografía, capital de los coros-de-arriba
y de las voces de polvo y agua.

Sí. Aleluia...

El pesebre de pajas y luna:
templo nuevo de la Voz...
El burro y la vaca y las gallinas
Visitadas por la luz.

Aleluia. Sí...

Gloria a trompetas infladas de viento
Bronces y miel
-rayos de paz esperada.

Sí. Aleluia...

Los trigales y las cañas,
los mares y las acequias,
los tarcos y los cardos,
el pedregal y las arenas

-Aleluia tres veces, tres veces sí...;
las nubes y los planetas,
las sequías y las lluvias,
el otoño y el estío,
los úteros de nueve meses cargados
y el parto en la plenitud de las horas,
canten un Sí a los tiempos de allí,
Aleluia de aquí...

«LLEGÓ EL ESPERADO»

La esperanza se puso ropa de carne
y habitó entre nosotros.

Los siglos pasados, insufriblemente lentos,
cantaron sus campanas
llevando a término el cronograma profetizado.

Los Profetas renacieron en Jerusalén.
Belén vivió la sorpresa de los pastores y,
ángeles sin lengua, cantaron glorias a lo alto.

Las estériles perdieron su vergüenza
y la fecundidad se adueñó de los bailes en las plazas.

Los soles estallaron en la noche oscura,
y el Sol-Niño lloraba,
pequeño como la luz de una luciérnaga.

¡Se acabó la espera...!

Mis ojos se cierran, lentamente...
Reposan, serenos, mis pies cansados
–Llagas y sangre,
sudor y desierto,
frenan su peregrinar.

Señor, todo está cumplido...
Deja a tu servidor irse en paz...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

ESCUELA DE VIDA

Vita Christi:

3. La vida pública de Nuestro Señor¹

BAUTISMO DEL SEÑOR

Llegados pues a los treinta años de su edad, caminó el Señor al río Jordán a ser allí bautizado por san Juan junto a publicanos y pecadores (cf. Mc 1,9-11).

Mira pues con cuanta humildad y mansedumbre y con qué habito y semblante tan humilde se junta el Señor de los ángeles con los publicanos y pecadores, para recibir el remedio y el lavatorio de los pecados.

¡Oh hermosura del cielo, oh fuente de limpieza y de vida! ¿Qué a ti con el lavatorio de las inmundicias? ¿Qué a ti con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado? No era razón que tan grande humildad como ésta pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condición del Señor es humillar a los soberbios y glorificar a los humildes. Y así acaeció en este paso, porque allí se abrieron los cielos, y bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre que decía: «*Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrade, a Él oíd*» (Mc 1,7; cf. 9,11).

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 375-380.381-382. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.

Y generalmente acaeció esto en todos los pasos de la vida de este Señor, que dondequiera que Él más se humilló, ahí fue más particularmente glorificado de Dios. Nace en un establo, y ahí es alabado y cantado en el cielo. Es circuncidado como pecador, y ahí le ponen por nombre «Jesús», que quiere decir «Salvador de pecadores». Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se oscurecieron los cielos, y tembló la tierra, y se rasgaron las piedras, y resucitaron los muertos, y se alteró todo el mundo. Pues así, en este misterio, por una parte es bautizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado como Hijo de Dios, para que por aquí vean todos los que fueren miembros suyos, que nunca jamás se humillarán por amor a Dios, que no sean por esta causa glorificados y honrados por el mismo Dios.

EL AYUNO Y LA TENTACIÓN

Acabado el bautismo, fue llevado el Señor por el Espíritu Santo al desierto, donde estuvo cuarenta días ayunando, y orando, y padeciendo diversas tentaciones del enemigo (cf. Mc 1,12-13).

Todo esto es nuestro, y todo para nuestro bien: la soledad para nuestro ejemplo, la oración para nuestro remedio, el ayuno para la satisfacción de nuestras deudas, y la pelea con el enemigo para dejar vencido y debilitado nuestro adversario.

Acompaña pues tú, hermano mío, al Señor en todos estos ejercicios y sufrimientos tomados por tu causa, pues aquí se están haciendo tus ganancias y pagándose

tus delitos. Imita en todo lo que pudieres a este Señor: ora con Él, ayuna con Él, pelea con Él, mora a tiempos en la soledad con Él, y junta tus sufrimientos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos más agradables a Dios.

TRANSFIGURACIÓN

De esta soledad camina para otra soledad y de este monte a otro monte, esto es, del monte de la penitencia al monte de la gloria, y del monte del ayuno y oración al monte de la transfiguración –pues el uno es camino para el otro– donde verás al Señor en presencia de los tres amados discípulos transfigurado, resplandeciendo su rostro como el sol y sus vestiduras como la nieve. Donde en la voz del cielo conocerás al Padre, y en la nube al Espíritu Santo –que templa con su gracia los ardores de nuestra concupiscencia– y donde verás a Moisés y Elías en medio de aquella gloria tratar con el Señor de los dolores y tormentos de su pasión. Oye también la voz de Pedro que dice –sin saber lo que decía–: «Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os place, hagamos aquí tres moradas, una para Vos, y otra para Moisés, y otra para Elías» (cf. Mc 9,2-10).

Por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro, porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo de ellos, sabe a su tiempo consolarlos, y visitarlos, y darles algunas veces en esta vida a probar las primicias de la gloria advenidera, para que no caigan con la carga ni se desmayen en la jornada, antes se esfuercen para el sufrimiento que les queda.

Y cuán grandes sean estos deleites san Pedro nos lo da a entender, pues tan alienado y tan fuera de sí estaba en aquel tiempo, que no sabía lo que se decía, ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza del gusto que allí sentía, ni quisiera él jamás apartarse de aquel lugar ni dejar de estar bebiendo siempre de aquel suavísimo licor.

Mira también que –como dice san Marcos– estando el Señor en oración, fue de esta manera transfigurado, para que por aquí entiendas cómo en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida, y finalmente un corazón tan esforzado y tan otro, que no parece que es el mismo que antes era, por haberlo de esta manera transfigurado el Señor.

Y mira también lo que se trata en medio de estos tan grandes favores, que es de los sufrimientos que se han de padecer en Jerusalén, para que por aquí entiendas el fin para el que hace nuestro Señor estas mercedes y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de tener el siervo de Dios en este tiempo, que han de ser determinaciones y deseos de padecer y poner la vida por Aquel que tan dulce se le ha mostrado, y tan digno de que todo esto y mucho más se haga por su servicio. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que por Él ha de padecer.

LA PREDICACIÓN DE CRISTO Y SUS MILAGROS

Después de esto considera cómo llegado ya el Señor a edad perfecta, comenzó a entender en el oficio de la predicación y salvación de las ánimas. Donde se te ofrece materia de considerar con cuánto celo de la honra de Dios y con cuanto deseo de la salud de los hombres discurría este Señor por toda aquella tierra, de ciudad en ciudad y de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria, predicando y haciendo tantos beneficios a los hombres, curando los enfermos, expulsando los demonios, enseñando a los simples, recibiendo y perdonando a los pecadores.

Mira, pues, con cuánta caridad aquel buen Pastor andaba por montes y valles buscando la oveja perdida para traerla sobre sus hombros a la manada, y cuántos sufrimientos, pobreza, fríos, calores, persecuciones, contradicciones y calumnias de fariseos padeció andando en esto, predicando de día, y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero padre, pastor, salvador y remediador nuestro.

Mira también aquí cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversación y remediarlos con su doctrina. Testigo de esta misericordia es Mateo el publicano (cf. Mt 9,9-13). Testigo, Zaqueo, príncipe de los publicanos (cf. Lc 19,1-10). Testigo, aquella mujer pecadora que a sus pies fue recibida (cf. Lc 7,36-50). Y testigo, la mujer adúltera que tan benignamente fue perdonada (cf. Jn 8,1-11).

Sigue pues, oh ánima mía, a este Señor con Mateo, y recíbelo en la posada de tu ánima con Zaqueo, y lava sus pies con lágrimas con la mujer pecadora, para que con ella también merezcas oír aquella dulce palabra: «*Tus pecados lo son perdonados*» (Lc 7,48).

LA ENTRADA EN JERUSALÉN CON LOS RAMOS

Acabados los discursos y oficio de la predicación del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la Pasión, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar de la Pasión, donde había de dar cabo a la redención del género humano. Y para que se viese con cuánta caridad y alegría de ánimo iba a beber por nosotros este cáliz, quiso ser recibido este día con grande fiesta, saliéndole a recibir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivo y palmas en las manos, y extendiendo muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos a una voz y diciendo: «¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!, ¡sálvanos en las alturas!» (cf. Mt 21,1-11).

Junta pues, hermano mío, tus voces con estas voces y tus alabanzas con estas alabanzas, y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí lo hace, y por el amor con que lo hace. Porque aunque le debes mucho por lo que por ti padeció, mucho más le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su Pasión, mucho mayor fue el amor de su corazón, y así más amó que padeció, y mucho más padeciera si nos fuera necesario.

Sal, pues, al camino a recibir a este noble triunfador, y recíbelo con voces de alabanza y con ramos de olivos y palmas en las manos, y extendiendo tus propias vestiduras por tierra para celebrar la fiesta de esta entrada. Las voces de alabanza son la oración y la acción de gracias; los ramos de olivo: las obras de misericordia; y las palmas: la mortificación y la victoria sobre las pasiones; y el extender las ropas por tierra: el castigo y maltratamiento de nuestra carne. Persevera pues en oración para glorificar a Dios, y usa de misericordia para socorrer al prójimo, y con esto mortifica tus pasiones y castiga tu carne, y de esta manera recibirás en ti al Hijo de Dios.

Aquí también tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo tras el que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos excesos. ¿Quieres, pues, ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo a este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí a cinco días lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dio contra Él voces, diciendo: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» (Lc 23,21). De manera que el que hoy predicaba como hijo de David –que es por el más santo de los santos– mañana se le tiene por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás.

Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus pareceres que el juicio y testimonio

de este mundo? Hoy dice, y mañana desdice. Hoy alaba, y mañana blasfema. Hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos. Hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabás.

Tal es el juicio de esta bestia de muchas cabezas y de este engañoso monstruo que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su propio interés. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano. Y no es malo sino el que le trata como él merece, aunque haga milagros. Porque no tiene otro peso para medir la virtud sino sólo el interés.

Pues ¿qué diré de sus mentiras y de sus engaños? ¿A quién jamás guardó fielmente su palabra? ¿A quién dio lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿A quién conservó mucho tiempo lo que dio? ¿A quién jamás vendió vino, que no se lo diese aguada con mil zozobras? Solo esto tiene de fiel, que a ninguno fue fiel.

Éste es aquel falso Judas, que besando a sus amigos los entrega a la muerte (cf. Mc 14,45). Éste, aquel traidor de Joab, que abrazando al que le saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo (cf. 2 Sam 20,10). Pregonar vino, y vender vinagre. Promete paz, y tiene en secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar. Peligroso para tener, y dificultoso de dejar. ¡Oh mundo perverso, prometedora falsa, engañadora cierta, amiga fingida; enemigo verdadero, lisonjeador público; traidor secreto; en los principios: dulce, en los finales: amargo; en la

cara: blando, en las manos: cruel; en las dádivas: escaso, en los dolores: pródigo; en apariencia: algo, por dentro: vacío; por fuera: florido, y debajo de la flor: espinoso!

LA CENA DEL SEÑOR Y EL LAVATORIO DE LOS PIES

Entre todas las obras memorables que obró nuestro Salvador en este mundo, una de las más dignas de perpetua recordación es aquella postrera cena que cenó con sus discípulos. Donde no solamente se cenó aquel cordero figurativo que mandaba la Ley, sino el mismo Cordero sin mancha, que era figurado por la Ley (cf. Mc 14,17-31; Jn 13,1-20).

En el cual convite resplandece primeramente una maravillosa suavidad y dulzura de Cristo, en haber querido sentarse a una mesa con aquella pobre escuela –que es con aquellos pobres pescadores– y juntamente con el traidor que lo había de vender, y comer con ellos en un mismo plato.

Resplandece también qué gran humildad, cuando el Rey de la gloria se levantó de la mesa y ceñido con un lienzo a manera de siervo, echó agua en un baño, y postrado en tierra, comenzó a lavar los pies de los discípulos, sin excluir de ellos al mismo Judas que lo había vendido.

Y resplandece sobre todo esto una inmensa liberalidad y magnificencia de este Señor, cuando a aquellos primeros sacerdotes –y en aquellos, a toda la Iglesia– dio su sacratísimo Cuerpo en manjar, y su Sangre en bebida. Para que lo que había de ser al día siguiente

sacrificio y precio inestimable de mundo, fuese nuestro perpetuo viático y mantenimiento, y también nuestro sacrificio cotidiano.

Mas ¿quién podrá explicar los efectos y virtudes de este nobilísimo Sacramento? Porque con él por una manera maravillosa es unida el ánima con su esposo, con él se alumbra el entendimiento, avívase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acresciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adorméscense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.

Oh maravilloso Sacramento, ¿qué diré de ti? ¿Con qué palabras te alabare? Tú eres vida de nuestras animas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros sufrimientos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, legado preciosísimo de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del divino amor y prenda y tesoro de la vida cristiana.

¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas, viendo a Dios corporalmente unido consigo? Faltan las palabras y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes de este soberano misterio, mas nunca debe faltar en nuestras ánimas el uso, el agradecimiento de él.

FRAY LUIS DE GRANADA

INFORMACIONES

Todos somos responsables de Vida Sobrenatural

Estimados amigos, ustedes mejor que nadie saben que el fin que nos anima a publicar esta revista es puramente evangélico: deseamos ayudar a nuestros lectores a que se formen espiritualmente para poder así avanzar en su camino hacia Dios. Y a ello dedicamos mucho tiempo y esfuerzo los frailes que formamos el equipo de redacción de esta revista y nuestros colaboradores. Y todos lo hacemos de forma totalmente gratuita, que es la mejor manera de hacer un trabajo tan evangélico.

Pero publicar la revista tiene unos costes elevados, pues maquetarla, imprimirla y enviarla cuesta mucho dinero. Por eso no es gratuita, y bien que nos gustaría que lo fuese, al menos para aquellas personas y comunidades religiosas que están pasando por momentos difíciles y que son, precisamente, las que más necesitan Vida Sobrenatural.

Estamos enviando la revista gratuitamente –o a un precio más barato– a personas y comunidades necesitadas. Pero sabemos que hay muchas más. Y se nos llena el corazón de tristeza e impotencia al ver lo escasos que son nuestros recursos económicos.

Por eso nos atrevemos a pedirles que si de verdad consideran que Vida Sobrenatural es una buena revista

espiritual, nos ayuden económicamente a que llegue a más personas y comunidades, aportando ustedes al año más dinero del que está estipulado en la cuota.

También pedimos a los suscriptores que ahora no están pagando, que mediten si realmente podrían hacer un esfuerzo para pagar al menos una parte de la cuota. Lo decimos porque hay personas y comunidades religiosas que reciben gratuitamente Vida Sobrenatural pues eran muy pobres cuando se suscribieron, años atrás, pero quizás ahora su economía les permite pagar la revista e incluso ayudar económicamente a otras personas y comunidades de su país que no tienen recursos para pagarla.

Qué bueno sería que las comunidades y personas con recursos económicos financiaran la suscripción de Vida Sobrenatural a las que no los tienen.

El pago desde el extranjero se puede efectuar por giro postal, Western Union, tarjeta de crédito, transferencia bancaria (cuando la cantidad supera los 100 \$) o haciendo que una persona de confianza nos lo haga llegar al convento de San Esteban.

El que Vida Sobrenatural sea un buen medio de evangelización es responsabilidad de todos: de ustedes y de nosotros.

Muchas gracias por su generosidad. Será ampliamente recompensada...

EQUIPO DE REDACCIÓN
Salamanca (España)

Bibliografía

JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO, *Ejercicios espirituales con el hermano Rafael*.

Editorial Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2010. 189 pp.

Los escritos de San Rafael Arnáiz Barón, monje trapense del monasterio de San Isidro de Dueñas, se leyeron con entusiasmo y fueron una de las guías espirituales más meditadas en los poblados noviciados de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. En su breve, pero intensa vida religiosa –15 de enero de 1934 a 26 de abril de 1938–, se consagró –en palabras del P. Royo Marín, O.P.–, como «*uno de los grandes místicos del siglo XX*». Su generoso seguimiento a Jesús a través de una dura enfermedad y una serie de fuertes pruebas espirituales, ha sido reconocido por la Iglesia canonizándole el año 2009.

El libro que hoy nos presenta la Biblioteca de Autores Cristianos ha sido estructurado en torno a una selección de los mejores pensamientos del Hermano Rafael, bajo el epígrafe de las claves fundamentales de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Juan Antonio Martínez Camino, obispo auxiliar de Madrid y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, profundo conocedor de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola y de los escritos de San Rafael Arnáiz, partiendo del *acorde inicial*

ignaciano, *Principio y Fundamento: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor»*, ha hecho una atractiva y práctica síntesis de los puntos claves de los ejercicios ignacianos y de las meditaciones del santo trapense, recogidas en este sugerente libro titulado *Ejercicios Espirituales con el Hermano Rafael*.

Este libro de fácil y atractiva lectura, en la línea de la mística más tradicional y realista, bien puede valer como un buen recurso para todos aquellos que no puedan acudir a una tanda normal de ejercicios espirituales, o simplemente para hacer una profunda y sencilla meditación espiritual.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

EUGEN DREWERMANN, *Sendas de salvación*.
Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2010. 123 pp.

El autor es un polémico teólogo y psicoanalista, a quien la Iglesia Católica le ha retirado la autorización para enseñar Teología y ejercer el sacerdocio, debido a determinadas interpretaciones bíblicas que no se ajustan a la doctrina.

Como era de esperar, en este libro el autor no habla desde la postura eclesial sino desde la suya propia, mostrándose crítico en algunas ocasiones con la Iglesia. El tema central es la salvación desde este punto de vista que expresa el propio autor: «Las ideas que presentamos en este libro intentan dejar claro lo siguiente: *no es posible* asistir a los hombres

recurriendo a la *moral*. Ninguno de los problemas reales que afectan a la vida humana se resuelve con un “debes” o “no debes”» (pp. 10-11). Y, así, capítulo a capítulo, nos va exponiendo siete sendas de salvación que giran en torno a temas morales y en los que Dios aparece como Alguien infinitamente tierno y comprensivo.

De fácil lectura, el libro resulta ameno e interesante, aunque hay que leerlo con sentido crítico. El autor entrelaza en el texto casos reales de personas que él conoce y reflexiona sobre cómo resolver esos problemas con vistas a alcanzar la salvación.

No es un libro tanto para hallar respuestas, sino más bien para confrontar nuestra fe y sentido común.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MARÍA CHIAPA y FRANCO INCAMPO (eds.), *Historias de amistades espirituales*.
Editorial San Pablo, Madrid 2011, 367 pp.

La amistad es una de las más nobles y extraordinarias aventuras humanas. En el presente libro se pone por escrito el ciclo de conferencias desarrollado en la Cripta Santa Lucía de Gonfalone (Roma) en el que se analizó durante un año la realidad de la amistad entre cristianos, dando preferencia, ante todo, al encuentro hombre-mujer.

El primer capítulo estudia algunas amistades célebres de la antigüedad cristiana: la amistad entre san Jerónimo y santa Paula, y la amistad entre san Juan

Crisóstomo y santa Olimpia. Los tres siguientes capítulos tratan sucesivamente de la amistad entre Eloísa y Abelardo, Clara y Francisco de Asís, y Jordán de Sajonia y Diana de Andaló. Los dos capítulos siguientes estudian la amistad entre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y la de Juana de Chantal y Francisco de Sales. Los siguientes capítulos nos presentan la amistad entre personajes célebres del siglo XX: Raïssa y Jacques Maritain, Adienne von Speyr y Hans Urs von Balthasar, S. N. Bulgakov y Pavel Florenskij. Este último caso es la única excepción en todo el libro que rompe con el criterio centrado en la amistad entre un hombre y una mujer. El último capítulo nos ofrece una reflexión sobre lo masculino y lo femenino, recorriendo de forma muy sintética la historia del cristianismo, y dedicando una especial atención al pensamiento de Gertrud von Le Fort, Edith Stein y, sobre todo, al papa Juan Pablo II.

Estos estudios, aunque desiguales, nos abren interesantes perspectivas sobre un tema tan importante, y contienen numerosas notas que nos permiten apreciar la calidad de la reflexión.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

JAVIER BARRACA MAIRAL, *Vivir la humildad. Ensayos contra la soberbia.*

Editorial San Pablo, Madrid 2011, 140 pp.

La humildad es una virtud eminentemente cristiana, y aunque resulta marginal en un mundo en el que

priman la soberbia, las apariencias y la vanidad, sin embargo constituye una joya ética o de libertad, excepcional y preciosa.

Javier Barraca Mairal, profesor titular de Filosofía en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, nos ofrece en estas páginas unas interesantes reflexiones sobre la humildad, ordenadas en forma de ensayos. Su propósito es salir en busca de la humildad con la misma actitud con la que se acerca un sediento a un manantial. El autor se muestra deudor del pensador judío contemporáneo E. Lévinas.

No pretende aquí escribir un tratado grandilocuente sobre esta virtud, sino llevar a cabo una aproximación, invitando a otros mejores a aventurarse a adentrarse más profundamente en ella. En este libro encontramos citas de varios autores cristianos de diferentes épocas, y máximas que nos permiten calar la importancia de la humildad en la vida humana y cristiana.

La primera parte del libro se centra en los fundamentos, mientras la segunda nos ofrece una serie de aplicaciones de gran interés. En esta segunda parte relaciona la humildad de modo original con la felicidad, el perdón, el trabajo en equipo y la propia vocación. Se trata de un libro de fácil lectura y recomendable para jóvenes y adultos.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *La inteligencia espiritual o el sentido de los sagrado*.

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2011.

José Luis Vázquez Borau es un prolífico autor que se define como «filósofo y teólogo personalista dialógico». Es miembro de la familia espiritual de Carlos de Foucauld y presidente del Instituto Emmanuel Mounier de Cataluña. Nos ofrece esta interesante y enriquecedora obra que versa sobre antropología espiritual.

El libro consta de tres grandes partes. Tras hablar-nos brevemente de la «inteligencia racional», la «inteligencia emocional» y la «inteligencia espiritual» en la primera parte, en la segunda nos presenta la inteligencia espiritual como respuesta a la crisis de sentido y en la tercera trata sobre la mirada contemplativa que ésta aporta. En las dos primeras partes el autor se apoya en la psicología humanista y, sobre todo, en la filosofía personalista y en la tercera el autor habla más como creyente y se apoya en teólogos.

En el libro aparecen definidos así los tres tipos de inteligencias: la *inteligencia racional* es lo que en psicología se define como «la capacidad de adquirir conocimiento o entendimiento y de utilizarlo en situaciones novedosas» (p. 27); la *inteligencia emocional* es «la capacidad de reconocer sentimientos propios y ajenos, y la habilidad para manejarlos» (p. 34); y la *inteligencia espiritual* abarca «la capacidad de transcendencia del ser humano, el sentido de lo sagrado o los comportamientos virtuosos que son exclusivamente humanos, como el perdón, la gratitud, la humildad o la compa-

sión» (p. 39). José Luis Vázquez Borau tiene la habilidad de expresarse con rigor científico, pero siendo a su vez comprensible para el gran público.

Este libro me ha resultado muy enriquecedor y una buena ayuda para conocer al ser humano. Recuerden que muchos místicos, entre ellos santa Catalina de Siena, insisten en que si queremos progresar espiritualmente en nuestro camino hacia la unión con Dios, es necesario conocernos a nosotros mismos. Pues bien, para eso sirve este libro, para que reflexionemos y valoremos nuestras dimensiones intelectual, emotiva y, sobre todo, la espiritual, que es, básicamente, lo que actualmente en antropología espiritual se llama «alma», es decir, la capacidad que todos tenemos para abrirnos a Dios.

José Luis Vázquez Borau nos anima a que desarrollemos nuestra inteligencia espiritual para que así tengamos por norma y pasión ser generosos y bondadosos en grado sumo, sinceros y veraces. En definitiva, nos anima a ser buenas personas.

FRAY JULIÁN DE COS, OP.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Sobre el rigorismo y la vía mística

Cuentan de una Hermandad monástica que estaba constituida por quince monasterios. En su mayoría se trataba de comunidades boyantes, con numerosos y piadosos jóvenes que habían entrado en la vida contemplativa para alabar y bendecir a Dios.

Pero, curiosamente, el monasterio que tenía fama de ser el más riguroso y ascético, hacía años que sufría una profunda crisis. Ya habían olvidado aquellos tiempos cuando los monjes oraban alegremente y se respiraba amor en el ambiente comunitario. Desde hacía mucho tiempo no ingresaban nuevas vocaciones.

A pesar de eso, este monasterio destacaba por ir un poco por libre dentro de la Hermandad, pues consideraba que el resto de los monasterios se habían alejado del carisma fundacional. Pero dada su agónica situación, llegó un momento en el que la comunidad reunida en Capítulo decidió abrirse a la Hermandad y pidió que les enviara algunos monjes voluntarios que pudieran hacerse cargo de ciertos servicios comuni-

tarios. Después invitaron al Hermano Mayor a asistir a un Capítulo para que en él les expresara la respuesta de la Hermandad.

El Hermano Mayor acudió amablemente al Capítulo. Se trataba de un monje muy anciano que tenía fama de sabio, por eso no se esperaban de él esta sorprendente respuesta: *«Hermanos, vuestra soberbia os ha conducido a esta calamitosa situación. Es la soberbia del fariseo de la parábola, que mira con desprecio al publicano en el Templo. Pensabais que con vuestra rigurosa vida ascética llegarías más cerca de Dios que nadie, y sin embargo, ya lo veis, os habéis quedado a medio camino, mientras otros monasterios son un verdadero signo del Reino de Dios.*

La ascesis es buena e importante. Sin ella, sin el esfuerzo personal, no es posible seguir a Cristo. Pero, hermanos, la ascesis ha de ayudar a la mística, no ahogarla. Estabais tan preocupados en marcar los rigores de vuestro camino, que os olvidasteis de que Jesús es el verdadero Camino. Vuestra rigurosa ascesis os ha llevado hasta donde vuestras fuerzas humanas han alcanzado, mientras que la mística ha llevado a otras comunidades a ser un signo del Reino de Dios. Sabéis que la vida monástica no consiste en hacer nuestra propia voluntad, aunque ésta sea muy recta y piadosa, sino la voluntad de Dios, aunque a veces resulte misteriosa.

Los monjes somos ante todo místicos, es decir, personas dóciles a la voluntad divina, personas que siguen mansamente a Jesús. Eso requiere ascesis, pero sólo la justa. Sin embargo vosotros, con vuestra prepotente rigurosidad, habéis pretendido decir a Jesús por dónde había que caminar. Y os habéis extraviado.

Pedís ayuda a la Hermandad, y ésta os la dará, pero no la que vosotros pedís, sino la que considera que más se acomoda al Evangelio. Tras un profundo discernimiento de la voluntad de Dios, el Consejo de la Hermandad ha decidido enviaros monjes, pero no “voluntarios» sino sólo aquellos que nosotros consideremos más oportunos, no para hacer “ciertos servicios”, sino para tomar las riendas del monasterio. Hermanos, si queréis ayuda tendréis que aceptar que se os envíe un Abad, un maestro de novicios, un ecónomo y un encargado de la liturgia.

A una comunidad que está en una profunda crisis no se pueden enviar “voluntarios”, pues éstos acabarían también hundidos en la crisis, sino sólo a aquellos monjes que el Consejo de la Hermandad considere que son los más apropiados para los puestos de responsabilidad. Es decir, hermanos, os estamos ofreciendo el camino místico, el camino de la docilidad. Es un camino doloroso, lo sabemos, pero sólo él os llevará a las más altas cumbres espirituales».

La comunidad de monjes se quedó atónita ante tal respuesta. No la esperaban. Se sentían profundamente humillados, heridos e insultados. Según salió del Capítulo el Hermano Mayor, la comunidad quedó en silencio. Y el Abad decidió aplazar para el siguiente Capítulo la decisión que la comunidad debía adoptar al respecto.

Llegó el Capítulo y, como se esperaba, fue tremendamente crispado. Algunos monjes daban golpes en la mesa y vociferaban diciendo que aceptar la propuesta de la Hermandad sería la muerte para el monasterio.

Entonces el cocinero tomó la palabra y dijo con voz muy tranquila: «*Hermanos, ¿qué hizo nuestro Señor cuando su Padre le pidió que diera su vida en la cruz? Sabéis que no le gustó ese camino. Sudó sangre y suplicó no tener que beber de ese cáliz, pero al final prefirió que se hiciera la voluntad del Padre, no la suya. ¿Hay algo más humillante y doloroso que morir en la cruz...? Pero, hermanos, recordad que Jesucristo después resucitó*».

De nuevo la comunidad se quedó en silencio. Entonces el Abad decidió que era el momento de votar, y la comunidad votó mayoritariamente aceptar la propuesta de la Hermandad.

El Consejo de la Hermandad cumplió con su promesa y les envió a los monjes más capacitados. Éstos cambiaron las costumbres y la espiritualidad de la comunidad. Al principio fue dolorosísimo, pero poco a poco todo cambió.

Y el monasterio resucitó, y pasó a ser, verdaderamente, un ejemplo para el resto de la Hermandad.

Jesús nos pide a todos docilidad interior. Aceptar pasivamente que Él nos lleve a donde quiere. Es el camino místico. Un camino que nos introduce en una densa tiniebla, en un oscuro túnel. Por eso muchos deciden dar media vuelta y seguir donde estaban, seguros en su propio camino. Pero algunos valientes se abrazan a su cruz y, con ayuda de Dios, llegan hasta el final del túnel. Sólo éstos experimentan la unión con Dios. Sólo éstos experimentan la resurrección interior.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIOS

Hablar de Dios y con Dios desde el sufrimiento

HABLAR DESDE EL SUFRIMIENTO

Las palabras contienen y transmiten una realidad y a la vez son el medio que canaliza esa realidad entre dos interlocutores. Todos sabemos de la dificultad que existe cuando deseamos expresar una realidad que es abstracta o que trasciende lo que es alcanzable por los sentidos humanos. El lenguaje místico es el que más sabe de esta dificultad, pero, sin embargo, podemos considerarlo el más comunicativo y significativo. Las palabras tienen la misión fundamental de abrir el camino a la comunicación y la comunicación abre caminos a la unidad (o comunión); por eso la búsqueda de palabras significativas que puedan servir de puente entre la realidad de Dios y la experiencia del hombre es fundamental.

Sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos más significativos –y en los que más se espera una palabra certera– es el sufrimiento humano. El sufrimiento es la experiencia humana que inevitablemente lanza una pregunta, y demanda y exige una respuesta. En este marco se encuadra la temática del libro de Job: la trascendencia de Dios, el problema del mal, el sufrimiento humano, la cuestión de la retribución, la amistad; y todo esto influye sobre el «cómo hablar de Dios». Las

primeras cuestiones que nos puede plantear la historia de Job son: ¿puede el hombre creer y por eso hablar de Dios en forma desinteresada, sin esperar recompensa o temer al castigo?, ¿existe alguien que desde el sufrimiento sea capaz de afirmar su fe en Dios y hablar de él, gratuitamente?

Desde la perspectiva del «hablar de Dios» podríamos señalar que todo el libro de Job se encuentra centrado en la cuestión del *mal-decir* y el *bien-decir* sobre Dios. La primera escena del drama nos sirve de introducción. Dios se siente orgulloso de su siervo Job, y dice de él (*bien-dice, bendice*): «Es un hombre cabal, recto, que teme a Dios y se aparta del mal» (Job 1,8); a lo que Satán responde, invitando a la duda: «¿Es que Job teme a Dios de balde? [...] Extiende tu mano y toca sus bienes, ¡verás si no te *maldice* a la cara!» (Job 1,9.11). ¿Por qué, parece, que siempre que hablamos de Dios lo hacemos desde la experiencia de *lo que nos da o nos deja de dar*? ¿Acaso Dios es o deja de ser por lo que nosotros recibimos o no recibimos de él?

Quizás, nuestro pensar y hablar de Dios está demasiado infectado de egoísmo interesado. Según parece, el autor del libro desea remarcar la actitud del hombre con respecto a la cuestión de la retribución, subrayando la actitud de *gratuidad* en la fe en Dios, y hace decir a Job: «Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré. El Señor dio, el Señor quitó. ¡Sea bendito el nombre del Señor!» (Job 1,21). Dios cree en la gratuidad de la rectitud de Job, por eso acepta el desafío de Satán.

En medio de la adversidad, Job se mantiene íntegro en su *bendecir* a Dios, aunque sea tentado a todo

lo contrario: su esposa misma, afectada también por la desgracia y solidaria con su esposo ante la aparente injusticia, le dice «todavía persistes en tu honradez, *maldice* a Dios y muérete» (Job 2,9); pero Job es consciente de que no sirve de nada hablar mal de Dios, que eso no le añade ni le resta nada a su divina voluntad y a su inmensa bondad. Entonces responde a su mujer diciendo: «Hablas como una necia cualquiera. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar el mal?» (Job 2,10).

La necedad –en hebreo: *nābal*– califica en la Escritura al que niega a Dios, por eso dice el salmo: «piensa el necio en su interior: “No hay Dios”» (Sal 14,1). Se trata de una negación práctica, del rechazo de su justo gobierno sobre el mundo. Pues bien, Job no se sumará a esa clase de necedad; de ahí que el autor del libro apunta: «a pesar de todo, Job no pecó con sus labios» (Job 2,10). Job no habló mal porque su religiosidad no es interesada, se siente ante Dios un libre adorador, que lo espera todo de Él, pero nada le exige porque sabe que Dios no puede querer su mal sino todo su bien, porque no puede contradecirse a sí mismo (fuente de todo bien).

En el drama aparecen también tres amigos de Job (Elifaz, Bildad y Sofar) que se acercan a él para brindarle una palabra de condolencia y de consuelo (cf. Job 2,11). Los consoladores inoportunos le presentan a Job la teología tradicional, según la cual, en realidad, Job sí ha pecado, y por eso Dios lo ha castigado; ha pecado de presunción, por creerse inocente cuando en realidad no lo es; por eso necesitan la maldición del irreverente Job para que Dios no tenga en cuenta su

temeridad –en hebreo: *nēbālah*, con la misma raíz de *necedad*, con un matiz cercano a *blasfemia*–.

Los amigos, con sus elaborados discursos teológicos, no han superado el nivel de una reacción primaria y necia. De hecho, Dios mismo los acusa, al final de la obra, cuando dice a Elifaz: «Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis *hablado con verdad* de mí, como mi siervo Job» (Job 42,7). Los amigos de Job habían acudido a un consuelo falso, porque no hicieron más que acusar a Job y a Dios, sin tener en cuenta la omnipotencia divina y su voluntad.

Al autor del libro de Job, el drama de su personaje le ha servido para poner de manifiesto los puntos débiles de la religión tradicional judía y sobre todo la autenticidad de la relación entre el hombre y Dios. Para su historia ha tomado como marco la situación límite del sufrimiento humano, puesto que es en el sufrimiento cuando, al parecer, más nos acordamos de Dios y de los *porqués*, cuyas respuestas pueden abrirnos un horizonte de esperanza. También le ha servido para despertar un nuevo lenguaje sobre Dios, despertando la inquietud del «cómo hablar de Él» en relación a nuestros dramas humanos.

Quizás desde la relectura de nuestra historia, sobre todo de la historia de nuestro sufrimiento, con los ojos de la fe (esto es, desde una actitud creyente y abierta hacia Dios) podamos descubrir cómo hablar mejor sobre Dios; de modo que cuando decimos «Dios» no hablemos de algo abstracto, sino de una persona concreta con la que nos relacionamos y que comparte

nuestro ser humano, y que nuestro hablar de Dios no esté infectado de egoísmo, sino de una respetuosa gratitud. Sólo desde la fe, desde la confianza en Dios, desde el reconocimiento reverente, nuestros *porqués* tienen una fuente donde beber del auténtico consuelo que necesitamos para aceptar y vivir nuestro sufrimiento.

HABLAR DE DIOS A PESAR DEL SUFRIMIENTO

El interlocutor privilegiado de la teología actual es el hombre sufriente y concreto de la realidad cotidiana, un hombre cuyo rostro se encuentra tan desfigurado, que a veces parece casi imposible descubrirlo como hombre. Para el hombre bajo la experiencia del sufrimiento, de la opresión, de la injusticia, del peso de la enfermedad, de la amenaza de alienación y del sinsentido, para el hombre concreto e histórico, no tiene mucha fuerza hablar de un Dios que es insensible a sus gritos sufrientes, hablar de un Dios que es incapaz de sentirse afectado por el dolor humano, ajeno a la compasión. Por el contrario, «la idea de un Dios que sufre en solidaridad con el hombre y que ofrece una posibilidad de liberación, le resulta al hombre contemporáneo Alguien más cercano, moralmente creíble y aceptable»¹.

Es evidente y conocido por todos que la pregunta sobre Dios pasa hoy desapercibida para muchas

1. S. DEL CURA ELENA, «El sufrimiento de Dios en el trasfondo de la pregunta por el mal. Planteamientos teológicos actuales», *Revista Española de Teología* 51 (1990) 337.

gentes, que se ven inmersas en una especie de enfriamiento de las cuestiones sobre Dios; no obstante, una especie de «espiritualismo a la carta» pone de manifiesto que, aunque no se hable de Dios, el corazón del hombre sigue *inquieto* y en búsqueda. «Es justo y necesario echar una mirada retrospectiva sobre la misma casa y reconocer objetivamente que en ella vivimos una especie de *ateísmo eclesial* fruto de una visión teológica más centrada en “un Dios en sí” que en un “Dios por nosotros y con nosotros”, un Dios que sirve más de pantalla y protección y que nos ahorra la confrontación»².

Con razón, en algunas etapas de la historia hemos intentado defender la verdad revelada (apología), pero, al formularla, el dogma la convirtió, para muchos, en algo rígido, creando una especie de Dios estático, demasiado trascendente y encarcelado en una nube de conceptos³. Con lo cual todo nuestro lenguaje, nuestras palabras y nuestro hablar sobre Dios, se transforma en un «cómo no hablar»⁴.

Los postulados postmodernos no sólo se contentaron con liquidar la cuestión sobre Dios («Dios ha muerto», proclamó Nietzsche) sino también en hacer desaparecer toda verdad objetiva. Así, las posibilidades de acercarnos a ella se reducen hoy al ámbito de

2. S. DEL CURA ELENA, *A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo*, Facultad de Teología del Norte de España (Burgos 2001), 27.

3. Cf. S. DEL CURA ELENA, «Interpretación y vigencia del dogma cristiano», *Burgense* 36 (1995) 294.

4. Cf. J. DERRIDA, *Cómo no hablar. Y otros textos*, Proyecto (1986) 13-58.

las opiniones. La nefasta consecuencia de esto es la decadencia de la experiencia religiosa, su degradación a una especie de espiritualismo, donde la experiencia personal (individualista) es el único y último criterio de discernimiento de verdad y de actuación. Pero hay que decir, sin lugar a dudas, que la razón y la libertad humanas no pueden, sólo ellas, delinear un horizonte de posibilidades a las que el hombre se entregue con los ojos vendados; porque el poder de la razón y de la libertad debe ir acompañado por la apertura a la fuerza salvadora de la fe y por el discernimiento bajo una verdad objetiva.

Si se aceptan los postulados postmodernos de que no hay verdad objetiva ni posibilidad alguna de acceso a ella, entonces quedamos remitidos al ámbito de la mera opinión, y si esto es así, ¿hemos de aceptar que todo se reduce a la ley de lo que las mayorías opinan? O, ¿serán las necesidades, los gustos, las preferencias subjetivas del individuo y las experiencias «personales» las que sugieran y establezcan el «para mí» como criterio último de discernimiento de la verdad? Este marco del hombre contemporáneo, dibujado bajo el pincel del tecnicismo, el materialismo y el consumismo, nos provoca ante la cuestión del «cómo hablar de Dios». Al parecer, la experiencia generalizada es que hablar de Dios hoy parece algo *in-útil*: ¿dónde está la utilidad de un discurso sobre Dios, si de él no se puede decir nada? ¿Dios ha perdido novedad?

La religión pierde su sentido cuando se aleja de una relación personal con Dios, y desde ahí, se puede hablar de un Dios hecho a imagen y semejanza del hombre. Parece que en la sociedad actual sólo resulta admisible

el «Dios» que encaje con las propias necesidades o deseos, un «Dios» hecho a la medida y según los criterios personales-individuales. La consecuencia de esta religiosidad del hombre contemporáneo, que lo conduce a desligarse de la experiencia comunitaria y a religarse con la «sacristía» de su propia subjetividad, afecta directamente a su forma de vivir la fe (entendida como relación personal con Dios). «En líneas generales, hoy la increencia tiene prevalencia sobre la fe y reclama mayor vigencia social [...]. No es que hayan aparecido nuevas razones para dejar de creer [...]. Justamente ocurre lo contrario: hoy los grandes pensadores han llegado a ese grado de lucidez que consiste en no identificar una pregunta metafísica y religiosa (origen de la realidad y sentido sagrado de ella) con una pregunta física»⁵.

Tal vez, para poder hablar de Dios habrá primero que hablar del hombre, de su forma de «preguntar y preguntarse», y de cómo puede reconducir su espíritu religioso hacia una verdad más objetiva y más comunitaria; hablar de cómo puede salir de su aislamiento individualista y transformar los gestos de «solidaridad» en gestos de auténtica humanidad. Hablar de Dios, como fuente de verdad, como origen y horizonte de sentido, será la forma de reconducir el deseo humano y su necesidad de armonía, dándole su justa medida a la corporeidad, a la unidad con la naturaleza y a la preocupación por un mundo mejor. Y lo lograremos por dos vías: admitiendo que Dios no es un dios

5. O. GONZÁLEZ DE CARDENAL, *La gloria del hombre*, BAC, Madrid 1985, 126.

sustituible y de recambio, y volviendo a las fuentes de la revelación: la Sagrada Escritura.

DIOS NOS HABLA EN EL SUFRIMIENTO Y NOSOTROS PODEMOS HABLAR CON ÉL

Es propio de todo cristiano, y su cometido, revalorizar el mundo del sufrimiento como lugar teológico y espacio de verdad en el que el Dios revelado por Jesucristo constituye un horizonte de esperanza y de fortaleza interior, que levanta al que está caído y da sentido y valor en la soledad. Desde esta perspectiva, Dios no puede ser sustituible, sino que es un «Dios-con-nosotros», compasivo –por eso quiso hacerse uno de nosotros (cf. Hb 4,15)–. «En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad y la forma de sufrir»⁶, de tal modo que el sufrimiento no sea para el hombre una realidad decisiva, sino un medio para la superación de sí mismo, haciéndose ofrecimiento gratuito. Esta *gratuidad ofertorial*, unida a la de Cristo, pone de manifiesto, por una parte, el proceso real y la salvación efectiva de la solidaridad de Dios y, por otra parte, su sintonía con el sufrimiento humano.

Después de Jesucristo, el sufrimiento humano no es más una objeción –una «no palabra»– contra Dios. Si Dios mismo padece, no quiere decir que haya divinizado el sufrimiento, ni que lo quiera en sí mismo, sino que lo ha llenado de sentido y le ha abierto como

6. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 39.

horizonte de esperanza. Pues, el sufrimiento de Dios, que nace de sus entrañas amorosas y de su voluntad, triunfa sobre la fatalidad y el sometimiento en los que nos veíamos inmersos. «Así la omnipotencia del amor de Dios supera la impotencia del sufrimiento. El sufrimiento, en la cruz y en el Crucificado, está ya vencido; no es que quede ya abolido, sino que es transformado desde dentro, germinado de consolación. Con Cristo, muerto y resucitado, brilla para nosotros, para el hombre que sufre, no ya el sufrimiento y la desolación, sino la exaltación y la transfiguración»⁷.

Se hace necesario rehabilitar las raíces antropológicas de la esperanza, los fundamentos que la realimentan y la sostienen. Afirmar, salvar y amar frente a la muerte, contra la muerte y sobre la muerte, eso es lo que espera ante todo y sobre todo el hombre (redención). Por eso no es capaz el hombre de lograrlo desde sus propias fuerzas, desde su soledad. Sólo lo puede esperar de quien es superior a la muerte, de quien se llama a sí mismo «la Vida» (Jn 14,6), de quien ha dicho de sí mismo que vino a este mundo a traernos Vida, y vida eterna (cf. Jn 3,15.36; 5,21; 10,10.28). Hay esperanza porque Dios se ha manifestado a sí mismo como benevolencia y misericordia. Por eso el problema fundamental de la esperanza no es saber si Dios existe, sino saber quién es y cómo es respecto de nosotros; de ahí que la cruz del Resucitado sea el signo del amor victorioso sobre la muerte, el signo de la esperanza firme y la consolación absoluta.

7. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1998, 228.

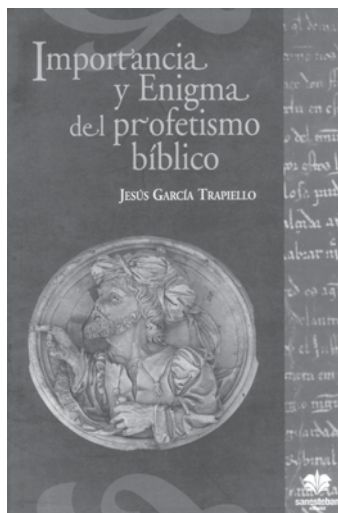
El hombre sólo puede plantearse la cuestión sobre Dios y sobre su consuelo si está abierto a la pregunta sobre Dios. Sólo aceptando la ofrenda que Dios hace de sí mismo, invitándonos a la participación de su propia vida, podremos alcanzar una esperanza firme y una consolación permanente. «Mientras el hombre se mantenga abierto al movimiento hacia lo que constituye su fundamento, su lenguaje se ve constantemente enriquecido por el cielo y por la tierra. En la apertura a ambos se le revela el misterio único de su fundamento, de su ser: la incomprensible diferencia entre el *ser* y el *ente*, entre lo que fundamenta y lo que es fundamentado. En la iluminación de este misterio adquiere el lenguaje su profundidad, su infinita significación, la espléndida fuerza de su uso»⁸.

Es Dios quien nos indica el camino para orientar nuestras preguntas sobre Él mismo y nos muestra su rostro a través de su Hijo, la Palabra hecha uno de nosotros. Cuando Dios se manifiesta, se dice a sí mismo en su Palabra, se da a conocer, muestra su rostro, se implica con el hombre y lo invita a implicarse con él. Hay una línea vinculante entre la palabra «Dios», la palabra «sobre Dios» y la palabra «de Dios»; esta línea es la «palabra» misma, es decir, nuestra capacidad de diálogo, de apertura al otro, de relación interpersonal, que se manifiesta en una pluralidad de dimensiones: búsqueda de la verdad, la inquietud del corazón, la búsqueda de sentido, la intercomunicación con la realidad, etc.

8. H. U. VON BALTHASAR, *El todo en el fragmento. Aspectos de la teología de la historia*, Encuentro, Madrid 2008, 239.

Para la pregunta sobre Dios y la respuesta contamos con la *búsqueda* de Dios. Debemos contar siempre con el *corazón inquieto* del hombre y con su misma inquietud. Nuestro desafío como creyentes y como cristianos está en ayudar a reconducir esa inquietud humana y la búsqueda de vida espiritual. La trascendencia, en nuestra realidad cotidiana, puede que parezca que esté apagada, pero está ahí. El espíritu del hombre no está hecho para vivir en la prisión de la individualidad, sino para buscar y alcanzar a Dios. Nuestro desafío es mantener ese espíritu despierto y reconducirlo. Nuestro «hablar de Dios» tendrá mucho que ver en ello.

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Mirada contemplativa y cine contemporáneo

4. La mirada de Europa: entre la decepción y la esperanza

Llegamos a la última parte de un estudio que nos ha llevado, tras una breve introducción, por el nuevo cine americano y «Dogma 95». Ahora le toca el turno al cine europeo.

La cinematografía europea de las dos últimas décadas da cuenta de una situación lúcidamente en tránsito. En tránsito desde lo que ha sido la historia moderna de Europa y sus consecuencias políticas y sociales hacia otra perspectiva que no es fácil de perfilar y que no acaba de llegar. En tránsito entre la decepción por lo que no ha podido ser, arrojando, más bien, un saldo de violencia e infelicidad, y la esperanza hacia otra luz hacia la cual las lecciones de la historia no pueden quedar baldías.

La decepción proviene de algunas de las consecuencias políticas y sociales de las dos guerras mundiales, del acceso al poder de las manifestaciones deshumanizantes de sistemas totalitarios tales como el fascismo y el comunismo y, finalmente, de la pérdida de una identidad común que antes podía articularse en torno al cristianismo. Estos fenómenos han sido

abundantemente llevados al cine europeo de finales del siglo XX y, a su vez, han generado obras de reflexión importantes dentro de la misma cinematografía europea.

Del primer caso pueden citarse numerosas películas. Pero nuestro interés se va a centrar en el segundo caso, en el de aquellas películas que han reflexionado sobre el ser humano a la luz de las consecuencias de la historia reciente de Europa, sobre los elementos ideológicos y personales de la nueva situación europea y sobre los nuevos horizontes por donde puede amanecer un nuevo camino. Algo, además de para reflexionar, para incorporar a una mirada contemplativa lúcida, amplia y que no excluya la dimensión histórica.

EL DESENGAÑO DE LAS IDEOLOGÍAS: *GOOD BYE, LENIN*

La caída de las ideologías totalitarias del siglo XX ha supuesto algo así como un descascarillarse una capa endurecida que recubría la mirada y le impedía trascender hacia otra visión. Una película representativa de lo dicho es, sin duda, *Good bye, Lenin* (Wolfgang Becker. Alemania, 2003).

La historia transcurre en el Berlín comunista durante el tiempo de la caída del muro. Una activista acérrima del régimen despierta de un coma en el que había caído cuando todavía existía la República Democrática de Alemania. Al despertar, el muro ha caído y el panorama político y social es radicalmente distinto; tanto que, para que el shock no sea muy fuerte y su recuperación no sufra un revés, sus hijos fingen que

todo sigue igual y recrean en torno a ella un ambiente similar al de la época comunista, lo cual da lugar a una serie de situaciones rocambolescas y hasta hilarantes.

Mantienen el engaño, pero, en el transcurso de los acontecimientos, descubren que, durante los años del régimen socialista, la madre había ocultado informaciones reales a sus hijos, en concreto la relativa, a la ausencia de su padre quien, en realidad, había huido al Berlín accidental pero había estado escribiendo cartas a su familia a fin de mantener el contacto y tenerla cerca de él. La madre había ocultado durante años esas cartas. Ella, a la que tratan de no causar un empeoramiento en su enfermedad, ha sido la que en realidad ha mantenido durante años engañados a sus hijos y alejados de su padre.

Todo ello contribuye a reflexionar sobre la mentira y la desinformación que los regímenes totalitarios necesitan para subsistir. Igualmente, sobre las rupturas personales y familiares, sociales y psicológicas que la guerra fría ha dejado a su paso, así como la insostenibilidad de los sistemas que se construyen sobre la privación de libertades.

No hay una mirada religiosa o contemplativa sobre el ser humano, pero sí una lúcida mirada sobre en qué se convierte la vida privada de libertad de pensamiento y movimiento, sobre en qué se convierte la sociedad cuando la ideología y su aparato político se erigen en una nueva religión, así como sobre las heridas que todo ello deja en las personas cuando, finalmente, se imponen los cambios. Esta película tiene además

la virtud de plantear esta reflexión con sentido del humor.

Para una perspectiva contemplativa el mensaje de este film nos advierte también acerca de cómo a veces el ser humano puede esconder sus fracasos humanos detrás de fuertes convicciones ideológicas. En efecto: la madre que aparece en esta película ha fracasado en lo emocional y en su relación de pareja. Sin embargo, compensa su vacío afectivo de fondo con una serie de compromisos políticos que se convierten en una forma de alienación.

Este dato puede suponer un buen aldabonazo para quien quiera estar en el mundo de un modo verdadero y contemplativo: no podemos esconder detrás de ninguna ideología, y mucho menos tampoco detrás de un compromiso religioso y orante, nuestros vacíos existenciales o afectivos. Dios no puede convertirse en la excusa en la que nos refugiamos para llenar nuestros vacíos, sino que, advirtiéndolo y desarticulando esta tentación contemplativamente en nuestra vida, ha de convertirse en motor para enfrentarnos a nuestros vacíos y convertir nuestra opción absoluta por Dios en un verdadero motor para amar, para entregarnos, para luchar.

Dios no es entonces una excusa que justifica nuestra existencia sino un motor que la mueve. Dios no es el simulacro que nos defiende de nuestros miedos sino la fuerza agraciante que nos impele a afrontarlos y vencerlos progresiva pero realmente. Dios no es el relleno de nuestros vacíos personales sino la experiencia que plenifica completamente nuestra vida dándole sentido

y capacitándonos para abrazar otras causas sin entregar a ellas ciegamente nuestra libertad y nuestra afectividad.

CONTEMPLAR EN OTRA MIRADA: *LA VIDA DE LOS OTROS*

Muy relacionada con la cinta anterior estaría la temática de fondo de la película *La vida de los otros* (Florian Henckel-Donnersmarck. Alemania, 2006). Un agente de la temida Stasi, en la Alemania oriental, es destinado a espiar a un conocido escritor sospechoso de conspiración intelectual contra el régimen socialista de su país. La trama se complica, pero quedémonos con el mensaje de fondo de la cinta. Y es que el sentido de esta obra maestra consiste en que, mientras que el agente espía los movimientos, conversaciones y toda la vida del escritor, de su amante y de sus amigos, se da cuenta de que su propia vida está completamente vacía y de que, en realidad, está sirviendo a un régimen injusto, corrupto y equivocado en sus insostenibles cimientos ideológicos y en sus prácticas de control y represión.

Por lo que importa a nuestra mirada contemplativa, hay que subrayar el hecho de que es la escucha y la observación de la vida de los demás lo que hace a este agente redefinir por completo su existencia. Contemplamos la vida de los otros y es la vida de los otros la que dirige a la nuestra su mirada y nos cambia, nos desnuda de mentiras, nos lleva a una verdad más profunda que, siendo a la vez nuestra verdad más honda, se presenta como una verdad más acorde con las aspiraciones del mundo y más abierta a la realidad. En última instancia, es el amor, en este caso espionado,

alterado y hecho fracasar por motivos ideológicos, el que revela que nuestra vida sin amor es nada.

Estamos ante una de las mejores películas de la época. Una mirada profunda a la identidad europea, pero sin discurso racionalizante, sino más bien a través de la historia de seres humanos concretos con libertad concreta y amor concreto, que, a pesar de ser sacrificado históricamente, triunfa precisamente por la repercusión que tiene en la vida de los otros.

A una persona contemplativa este film puede ayudarle a descubrir la vía por la que nos acercamos y contemplamos a Dios en la vida de los demás. Una mirada contemplativa sobre la vida de los otros, a la vez que una vida, la nuestra, contemplada por los otros. Al contemplar y descubrir a Dios en la libertad, amor, sacrificio de la vida de los otros, es Dios quien nos contempla y al contemplarnos sale a nuestro encuentro y, saliendo a nuestro encuentro en esas otras vidas, cambia la nuestra. La revoluciona haciéndola más profunda y, paradójicamente, más abierta, más personal y, en ello mismo, más universal y enraizada en el *completamente otro*: Dios.

CULPA SIN REDENCIÓN: *EXPIACIÓN*

Basada en la novela homónima de Ian McEwan, no estamos, tampoco, ante una película religiosa o explícitamente contemplativa. Sin embargo, queremos decir algo sobre *Expiación* (Joe Wright. Reino Unido, 2007) porque en su mismo título retoma una categoría de origen religioso: la expiación.

Sin detenernos en el argumento, la cinta refleja cómo una culpa, una mentira no aclarada a tiempo, puede arruinar la entera existencia de los demás y hacer que quien la cometió cargue el resto de su vida con ella intentando expiarla de alguna forma que de ningún modo acaba de hacernos sentir redimidos.

Después de contemplada la película, casi se nos hace inevitable plantearnos que quizá sea necesario apelar a una instancia superior, trascendente, como la única capaz de liberarnos y de redimir lo que históricamente no ha podido ser redimido ni expiado desde nuestra sola perspectiva humana. Como en el caso del movimiento *Dogma 95*, llama la atención el hecho de que categorías religiosas vuelvan al primer plano para filmar una reflexión sobre la condición humana, sobre las consecuencias de nuestras acciones, sobre la misma historia de Europa y sus dos guerras mundiales.

No deja de ser significativo que la categoría religiosa de *expiación* sea retomada en el plano literario y cinematográfico. Desamortizada de su sentido religioso, parece que la expiación sobrevive porque expresa algo de la experiencia humana universal. Expiamos, si no religiosamente, sí de una forma u otra, nuestros actos erróneos o nuestras culpas. Y la vida misma se encarga de buscar sus formas de expiación, las cuales, sin esperanza y sin posibilidad de redención sagrada, se convierten en cargas de angustia insoportables. La última mirada de esta película es una mirada que muestra al cine y a la literatura como una forma de expiar nuestras acciones. Una mirada que intenta ser contemplativa, que intenta trascender más allá de la

culpa, pero que no lo puede acabar de ser porque transcurre sobre un horizonte sin salvación.

FE Y SENTIDO DE LA HISTORIA: *ANTES DE LA LLUVIA*

Antes de la lluvia (Milcho Manchevski. Macedonia, 1994) sigue siendo, a pesar del tiempo, una obra imprescindible para agudizar nuestra mirada contemplativa sobre el mundo contemporáneo. Se estructura en tres historias íntimamente relacionadas y con la guerra de los Balcanes al fondo. En la primera, un joven monje ortodoxo acoge y esconde a una joven musulmana albanesa que huye de la venganza de unos hombres macedonios. En la segunda historia, que transcurre en Londres, una periodista vive una extraña historia de amor con un fotógrafo macedonio que decide volver a su país. La tercera historia está protagonizada por este fotógrafo, quien se ve envuelto en el conflicto entre musulmanes y cristianos y, concretamente, en la historia de la joven albanesa.

En la obra, las tres historias se relacionan circularmente. Las decisiones, omisiones y acciones de unos repercuten sobre otros, desarrollándose como en un círculo de violencia y también de redención, cuando ésta no es frustrada, que a veces conlleva la muerte sacrificial de algún personaje. El tiempo no se detiene, viene a ser un lema de la película, y nos envuelve en su espiral sin que podamos hacer mucho por escapar a ella. Parece que sólo una lluvia final, bautismal, purificadora, podrá algún día redimirnos a todos. Pero, mientras tanto, vivimos en la violencia que electriza la atmósfera antes de la lluvia.

Se trata de un trabajo magistral, soberbio, tras cuya visión nuestra mirada se habrá vuelto más aguda para con los pliegues de la historia y para con la condición humana retratada en toda su contradicción, en su mejor y peor parte. Religión, etnia, violencia, política, periodismo, se entremezclan en este escenario violento de la guerra balcánica en el corazón de Europa.

CONTEMPLAR DENTRO DEL MUNDO: *FUERA DEL MUNDO*

El *nuevo cine italiano* –quizá esta obra: *Fuera del mundo* (Giuseppe Piccioni. Italia, 1998) sea en cierto modo precursora de este movimiento– cuaja en esta cinta una de sus obras más maduras. Cuando gran parte de la cinematografía europea aún se entretenía en asuntos posmodernos más banales, nuevos realizadores europeos, especialmente italianos, van más allá y, dejando el regodeo en aspectos meramente formales y estéticos, comerciales o fáciles, se atreven a retomar los grandes interrogantes del ser humano, pero ahora plenamente contextualizados en el mundo contemporáneo.

Giuseppe Piccioni toma como protagonista de esta cinta a una joven religiosa que está atravesando una crisis de madurez vocacional y humana. Dicha situación aflora el día que encuentra un bebé abandonado. En el intento de dar con la madre del bebé y de encontrarle a éste un hogar apropiado, se cruzará con un tipo deprimido que tiene su existencia paralizada, sin esperanza y sin coraje de vivir. Ambos entablarán una sincera amistad en la aventura de averiguar

los orígenes de este bebé y de ese encuentro saldrán con su vida y vocación fortalecidas.

Una lúcida cinta, un soberbio retrato del mundo contemporáneo y las dificultades de identidad, de relación, de amor, de comunicación que afectan al hombre, la mujer, la sociedad occidental. Una forma de plantear la sed contemplativa del ser humano en medio de los problemas del día a día. Aparecen la necesidad de esperanza, el retorno de las preguntas por el sentido de la vida, el compromiso, la llamada y la decisión existencial de la fe... todo ello bien imbricado, ligado al hecho de vivir, sin edulcorantes, sin lenguaje o estética impostados. Contemplación en la realidad del mundo.

CONTEMPLAR CINEMATOGRAFICAMENTE:

EL GRAN SILENCIO

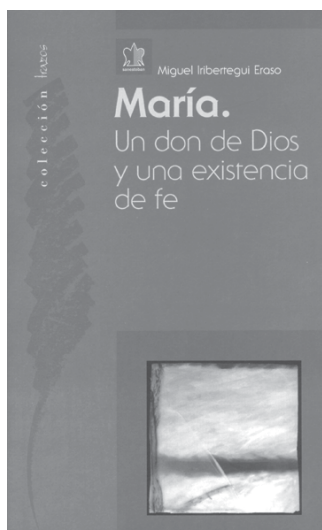
Si hay una película reciente que se haya arrojado por completo a la contemplación, esa es *El gran silencio* (Phillip Gröning. Alemania, 2005). Entre la petición, por parte del director, para rodar en la Gran Cartuja, y el permiso para hacerlo, transcurrieron 17 años. El rodaje se prolongó durante un año. El resultado es esta inusual cinta en la que no hay diálogos, trama, personajes, ni más música que la del mismo canto de los monjes cartujos. No es una película o un documental sobre la vida de los cartujos, ni sobre el silencio; no quiere abordar nada, sino sumergirse en algo. Sumergirse en el silencio mismo, pero no en abstracto –pues no existe el silencio como abstracción– sino en su forma concreta de vida de estos hombres

contemplativos. Intentar que la cámara se vuelva contemplación.

El gran silencio es también una mirada contemplativa sobre el misterio del tiempo que transcurre y que, aunque parece repetirse, es, precisamente en esa sensación de que nada cambia, de que nada ocurre, el lugar de un aguardo y de un encuentro con el misterio que no podemos atrapar ni poseer, pero que es quien nos contiene y nos sostiene.

No estamos ante un documental sobre la vida contemplativa en su expresión más radical, sino en una inmersión en la misma contemplación para hacerla mirada y, a través de la mirada, inocular la contemplación misma en nuestra forma de mirar.

FRAY ANTONIO PRAENA, O.P.
Granada- Valencia (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Reafirmar nuestra esperanza en Cristo resucitado

He vuelto a releer la buena novela de Georges Bernanos: *Diario de un cura rural*. Y aunque, ciertamente, el contexto religioso de los años treinta del pasado siglo no sea el que nos toca vivir en esta primera década del siglo XXI, no cabe la menor duda de que una buena parte de las reflexiones recogidas en su novela acerca de la problemática actividad pastoral de un sacerdote en un pequeño pueblo francés, siguen siendo validas para nuestros días. En esta breve reflexión partiremos de una de sus profundas intuiciones acerca de *la esperanza cristiana*.

Escribe Bernanos: «*El pecado contra la esperanza [...] es el más mortal de todos y, sin embargo, el mejor acogido, el más halagado. Se necesita mucho tiempo para reconocerlo y ¡es tan dulce la tristeza que lo anuncia y lo precede! ¡Es el máspreciado de los elixires del demonio, su ambrosía!*».

«EL PECADO CONTRA LA ESPERANZA...
EL MÁS MORTAL DE TODOS»

Sin duda que perder la esperanza cristiana va contra la entraña del mensaje evangélico. Es lo más mortal que nos puede suceder. La resurrección de Jesús abre una ventana de luz al limitado y oscuro horizonte

humano; acoge las súplicas y gemidos de los más inocentes de la historia; desentraña las injusticias y falsedades que han quedado sin resolver en las oscuras alcantarillas de una manipulada historia, y, sobre todo, anuncia una plenitud de amor y realización humana.

Con absoluta claridad y contundencia lo manifestaba el apóstol Pablo a la Comunidad de los Corintios: «*Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación..., vana es nuestra fe...*» (1 Cor 15,12-19). Nuestros compromisos, apostando por la verdad, por el amor desinteresado, por una solidaridad generosa con los más débiles, quedan muy debilitados o heridos de muerte, si sólo los dejamos reducidos a los estrechos límites de nuestro breve paso por la tierra. Quedan siempre demasiados interrogantes sin responder.

La nueva vida después de la muerte da sentido a toda nuestra peregrinación por la tierra, a todas nuestras luces y sombras. De ahí la rotunda afirmación de Bernanos: «*El pecado contra la esperanza es el más mortal de todos*». Nos deja sin referencia para superar la limitación del ser humano, encerrado en los deseos inmediatos, y siempre insatisfechos, de nuestro inquieto corazón. Dejar al ser humano huérfano de una esperanza eterna, que supere nuestras fronteras, encerrado en tantos límites y limitaciones es deshumanizarle, o mejor dicho, desdivinizarle, dejarle sin su vocación de eternidad. Digamos que es la frustración más profunda del ser humano.

«*La desdicha de nuestro tiempo –decía Kierkegaard– es justamente haberse convertido nada más que en tiempo, en no querer hablar de eternidad*». En fin, quedarnos condenados a un destierro definitivo de pobres horizontes.

«Y, SIN EMBARGO, [EL PECADO CONTRA LA ESPERANZA]
ES EL MÁS ACOGIDO, EL MÁS HALAGADO»

En nuestra civilización de consumo, «*hay una gran y permanente oferta*» de querer instalar la felicidad definitiva del ser humano en nuestro tiempo limitado. Indudablemente los promotores de esta oferta de felicidad pasajera y al alcance de la mano, no son precisamente los benefactores más generosos y desinteresados de la humanidad. Más bien lo contrario: manejan los instintos más primarios y más débiles con el fin de acaparar nuestro radical deseo de felicidad, para fines inconfensables a favor de sus turbios negocios, creando dependencias que menoscaban la dignidad humana. Se nos ofrece una felicidad instantánea, efímera y caduca, a cambió de una renuncia a profundizar en nuestros sentimientos más nobles y trascendentes.

En el diálogo entre Jesús y la samaritana, una mujer que durante su vida había acudido a pozos de aguas oscuras y estancadas buscando saciar los grandes deseos de su corazón, Jesús abre los horizontes más nobles de su espíritu llevándola hacia un manantial de agua limpia, que apagará su sed: «*una fuente que salte hasta la vida eterna*».

En una sociedad que está dejando abandonados a tantos seres humanos fracasados en sus deseos de una felicidad rápida e intensa, las palabras de Jesús son un reclamo urgente: «*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua manarán de sus entrañas*» (Jn 7,37-38).

«ES EL MÁS PRECIADO DE LOS ELIXIRES DEL DEMONIO»

La falta de esperanza para el ser humano, es el arma predilecta del mal, la bebida más envenenada. Un mundo sin trascendencia ética es un mundo difícilmente gobernable por muchas y variadas leyes que se promulguen. Sin una aspiración de eternidad, puede que cumplamos unos mínimos éticos de convivencia en el mejor de los casos, pero la maravillosa aventura de la bondad y generosidad ilimitada fácilmente desaparecerá de nuestras vidas. El egoísmo y la apatía será el aire que respiremos.

Creo que una de las mejores reflexiones sobre este particular la encontré en una de las cartas del Padre Voillaume a los *Hermanitos de Foucauld*:

«La mayoría de las dificultades experimentadas en nuestros días dentro de la vida sacerdotal o religiosa, provienen de que uno quisiera considerar demasiado la profesión de la castidad, de la obediencia y hasta la pobreza, dentro de los límites excesivamente restringidos de nuestro paso por la tierra. En ese caso no es viable y es descorazonador...»

Nos hace falta un tesoro: estará aquí en la tierra o en el más allá. No podemos prescindir de él. Y no obstante, algunos lo intentan en vano. El fundamento de las bienaventuranzas es la espera de Jesús en la otra vida, inmediatamente después de la muerte y en el momento de la resurrección. Los apóstoles no fueron fuertes sino porque esperaban volver a ver a Jesús, y los mártires no fueron fuertes, sino porque iban inmediatamente a encontrar a Dios. Encontrar a Dios, encontrar a Jesús: vosotros no podéis vivir sin esa espera, y la vida

religiosa de un Hermanito es imposible sin la costumbre de esa espera que debe profundizarse en deseo. No hay espíritu de sacrificio posible sin esa espera de la unión con el cuerpo glorificado de Jesús. Sin esa espera cierta, sin el deseo avivado en nosotros de los gozos de la vida futura, las renunciaciones se convierten en contentos estériles e imposibles de mantener...

Ahora bien, un número demasiado elevado de religiosos y sacerdotes viven como si Jesús no hubiera resucitado y no los esperaran: no pueden ser sino los más desgraciados de los hombres, porque en este mundo no habrá contrapartida para aquello de cuyo gozo nos priva nuestra profesión religiosa...».

Nada que añadir al hermoso texto del P. Voillaume, que, aunque ofrecido a su Familia Religiosa, se puede aplicar a cualquiera de los creyentes para ser vivido dentro de la fidelidad a una familia o en la honradez de un trabajo bien hecho. Debe animarnos a poner nuestra mirada en el horizonte de esta gran esperanza la ingente multitud de mujeres y hombres que con la plena confianza en Jesús Resucitado han hecho más bueno y más humano este mundo.

Por último, debemos acudir una y otra vez a estos guías humanos que, como Georges Bernanos, han sabido penetrar en la problemática humana e iluminarla con la seriedad de sus reflexiones y meditaciones, bajo la inspiración de un mensaje evangélico lleno de esperanza para el siempre limitado ser humano.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

La canción de la luz, la canción del árbol

«La luz de Cristo disipa las tinieblas del corazón».
«Por el madero ha venido la alegría al mundo».
–Liturgia de Semana Santa–

A veces las palabras deforman la realidad. Cuando las palabras pretenden expresar a Dios lo ensombrecen, lo aprisionan, lo encapsulan, lo infartan.

El cirio pascual, la llama de la vela de pascua, sugiere, evoca, despierta resonancias adormecidas. Por eso la luz puede decir lo infinito, expresar a Dios mejor que mil palabras.

Jamás la palabra rebasó, sobrepasó, al misterio... al silencio... a Dios.

La luz del cirio y el árbol de la cruz nos son familiares. Son experiencias amadas.

La llama del cirio, tendiendo hacia el cielo, hacia arriba, desencadena nuestra condición vertical, arrastra nuestra tierra hacia lo alto, hacia un más allá, hacia un arriba impensable... pero sí añorado...y deseado.

La llama del cirio está habitada por Uno que no se apaga. Siempre vive. Siempre vive Jesús. Siempre vive dentro del hombre donde arde hacia la cumbre.

«*He venido a traer fuego*» (Lc 12,49). La vida es un fuego. Dios es un fuego. El árbol de la cruz es un fuego.

Un árbol es fuego condensado: el sol que se oculta, que se aloja en un árbol. Un leño, el de la cruz, es morada de la luz del fuego que llamea ahora en un cirio.

La llama es libre. El hombre es libre también, no se deja encerrar, no se deja aprisionar.

El árbol de la cruz es como la génesis del cirio, de la luz. Es una hoguera incandescente.

La cruz es una inmensa lámpara en el calvario, una llamarada que rezuma y destila sin cesar epifanías de resurrección.

El cirio pascual y el árbol de la cruz son uno, son lo mismo. No se apagan, sino que encienden en nosotros una nueva conciencia, un nuevo amanecer. Conciencia de llama, conciencia de árbol, conciencia de verticalidad.

Una luz clarea las noches oscuras del alma. Alboorea, es Pascua.

La lámpara invita a hablar en voz baja, invita al silencio interior. La lámpara sosiega, calma. La lámpara es presencia y recogimiento silencioso.

Hasta la noche se estremece y se asombra al sentir la luz del cirio.

El cirio es presencia y retiro. El cirio es una luz que ora, que besa el cielo, que busca besar lo divino. El cirio va hacia la pura luz... bella luz divina.

La luz se nutre del sebo, de la cera. El árbol se nutre de la tierra. La gracia se nutre de la fragilidad: ¡Quién iba a sospechar que el cielo se volvería luz, que la tierra se volvería un paraíso, que el estercolero iba a florecer, que «*donde abundó el pecado germinó y sobreabundó la gracia*» (Rm 5,20)!

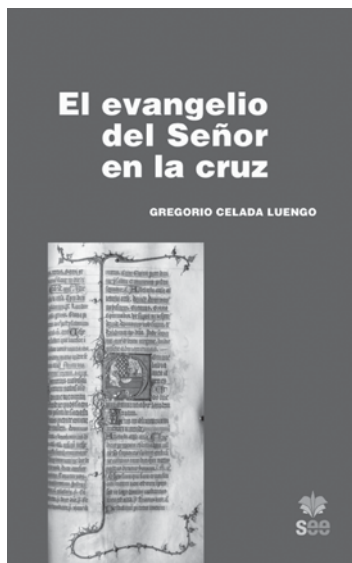
La aventura de la luz, del fuego, del árbol, es la aventura del silencio interior, de la oración.

El árbol desciende a la tierra y asciende al cielo. La llama se enraíza en la cera, en el sebo... y sube al cielo.

En la oración, en el silencio interior, descendemos a lo hondo y ascendemos al cielo. Somos de la tierra y somos del cielo.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.

Escuela del Silencio



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.



www.sanestebaneditorial.com

Historia de un encuentro

Paz a ti, que tienes a bien leer mi carta. Mi nombre es Malco y estaba destinado en la guarnición que la Legión X Ferrata, con base en Siria, tenía en Cesarea marítima, cuando, en la primavera de aquel año, fui destacado a Jerusalén por la fiesta judía de la Pascua, pues el gobernador Poncio Pilato temía desórdenes por parte de los movimientos mesiánicos e independentistas que se daban cita en esas fechas.

Aquel día había ajusticiamientos: tres judíos habían sido condenados a la cruz, dos de ellos por ladrones, el otro... el otro no sé por qué... ¿qué delito pudo cometer «el Rey de los Judíos»?; así rezaba el rótulo, escrito por el propio Pilato. Cierto es que yo no había participado en muchos de estos acontecimientos, pero aquel día... algo pasó que trastocó mi vida.

Los refuerzos llegados de Cesarea habíamos formado cordón de retén a ambos lados de las calles por donde debían pasar los ajusticiados y evitar que la gente se les echara encima, bastante tenían ya con el calor, las cruces, los insultos y salivazos. Las calles eran tortuosas, asfixiantes y estaban atestadas de gente... entonces lo vi llegar, cargando con su cruz.

Llamaba la atención ver una cara noble y serena entre tantas caras feroces, airadas y anónimas, caras envidiosas y llenas de odio que insultaban, escupían y

blasfemaban a su paso, caras ladinas que mordían la mano que un día les hizo el bien, vendidas al mejor postor... ¡el oro del Templo hace milagros!

Venía tambaleándose por el peso de la cruz y la fatiga y, al llegar a mi altura, fue a caer a mis pies. Tres figuras menudas, de mujer, envueltas de pies a cabeza en mantos negros, acechando aquel momento, burlaron la guardia e ignorando al populacho, se adelantaron y cayeron de rodillas ante él. Yo no sabía qué hacer...

Una de ellas trató de abrazarle y de besarle, pero desistió de su empeño, por no añadir mayor dolor al ajusticiado, pues en verdad que estaba completamente llagado y las espinas de su corona no permitían ningún acercamiento, y, tras el fallido intento, impotente, bajó su rostro arrasado en lágrimas; otra sacó un pañuelo para enjugar la sangre que lo cegaba y poder así refrescar su cara, ¡gentil atrevimiento!; la tercera, tan sólo lloró su dolor en silencio.

Por un instante, aquella escena me dejó bloqueado y, ya estaba para intervenir, cuando él habló... él habló y yo le entendí... ¡no sé explicarlo!... ¡yo no sé la lengua de los judíos, pero entendí sus palabras!... y me sentí interpelado por ellas... estaban dichas para aquellas mujeres, pero se referían a mí. Aún las recuerdo:

Le respondió a la primera: «Mamá, ya ha llegado mi hora... ¿ves?, me ocupo en las cosas de mi Padre..., y el Padre se está glorificando en mí y yo me glorifico en mi Padre. Siento que, al verme así, una espada de dolor traspase tu corazón. Madre, cuánto me gustaría abrazarte, pero no puedo... abrazaré esta cruz como

si ella fueras tú... y en ella abrazaré a todo el género humano... y redimiré sus condenas... y les haré hijos de mi Padre y de tu corazón de Madre. Madre... no lo tomes a mal... he ahí a tus hijos..., perdona a los que me están matando, pues no saben lo que hacen, y... ámales como yo les amo».

A la segunda le dijo: «Verónica, querías encontrarte conmigo... y me ofreces tu pañuelo y... tu vida... en blanco, sin límites... dichosa tú, yo te bendigo por ello... no te preocupes, yo la llenaré, también, sin límites... y la dejaré en blanco de toda malicia, de toda injusticia y de todo pecado... Serás imagen mía, pues mi imagen llevarás... que ¿cómo será eso?... ya está, ¿ves?... lleva en ti mi imagen, como la llevas ahora en tu pañuelo».

Y confortó a la tercera, diciendo: «Magdalena, no llores por mí... llora, más bien, por tu pecado, por el pecado de los tuyos, por el pecado de tu pueblo... por el pecado de todos los pueblos, pues si al leño verde le han prendido fuego, ¿qué se hará de vosotras, pobres ramitas secas?... si la vid es arrancada ahora, ¿qué se hará de los sarmientos sueltos?... No, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestro pueblo».

Y, por último, dirigiéndose a todas ellas, les dijo: «Y ahora quedad en paz... e iros, yo os bendigo. Gracias por vuestro llanto... sabed que tomo en mi corazón todas vuestras lágrimas... porque apagan mi sed y me dan fuerzas para seguir... las convertiré en lágrimas reparadoras y después... sólo un poco después... en lágrimas de alegría. ¡Ya lo veréis! Y ahora... no estéis tristes... alzad vuestra cabeza... se acerca vuestra liberación».

Cuando me di cuenta, también yo estaba de rodillas ante él, entre aquellas valientes mujeres, lleno de paz, llorando con un gozo sereno. Me sentía consolado y estaba sobrecogido de saberme hijo suyo y de haber sido bendecido por él... sólo las burlas de mis compañeros consiguieron devolverme a la realidad... a la realidad, ¡qué ironía!... ¡la realidad era la otra!

Me sentí interiormente «levantado» cuando ayudé a aquel hombre a ponerse en pie antes de volver a mi sitio en el perímetro de guardia, sabiendo que aquel ya no era mi sitio y deseando irme tras él y tras aquellas mujeres hasta la cima del Calvario, ahora que su sangre empapaba mis ropas y me sentía libre de toda atadura. A él no le volví a ver ya más. Tras la Pascua, corrieron rumores de que había resucitado de entre los muertos. ¿Extraño, verdad? Y, sin embargo, a mí no me extrañó lo más mínimo.

Simón, llamado Pedro, esta es mi historia. He abandonado el ejército y todo lo que ha sido mi vida hasta ahora, lo he dejado todo y quiero ser de los vuestros. María, su Madre, me acogió en su casa. Si me das el bautismo, seré un hombre nuevo. Espero tu respuesta. Que «el Rey de los Judíos» te proteja... hermano.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Salamanca (España)

Cristo ha resucitado y vive en su Iglesia

El grito vibrante de la Pascua: ¡el Señor ha resucitado!, ¡el Señor vive!, ha llenado la tierra de aleluyas y ha levantado testigos que han dado la vida por defenderlo. La nueva creación ha surgido y todas las cosas renovadas cantan.

Pero, ¿Quién puede comprobar y verificar el hecho de la Resurrección? ¿Quién vio a Jesús alzarse del sepulcro? ¿Quién conoció el día y la hora? ¿Quién pudo asir la luz y aprisionar la llama viva?

Sólo aparecieron signos: sepulcro vacío, lienzos doblados, sudario...

La prueba más fuerte, para nosotros los cristianos, de la Resurrección de Jesús es la existencia de la Comunidad Pascual. Es la experiencia vivida del Resucitado que hace vivir a aquel grupo de discípulos en otra onda, porque hacen falta otros sentidos distintos a los de antes, para percibirle, escucharle y conocerle. Recordemos los peregrinos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) y la aparición a la Magdalena (cf. Jn 20,11-18), que en un primer momento le confunde con el hortelano y sólo llega a conocerle por aquel toque interior que los sentidos no captan.

Jesús pertenece ya a otra esfera, pero es más vivo, más íntimo y real que nunca, si podemos expresarnos

así. Es la eclosión de la luz, el estallido de la primavera, la vida que renace y la muerte que está muerta.

Es una experiencia tan fuerte, que no la podrán apagar las persecuciones ni los dientes de las fieras ni el derramamiento de la sangre. Al contrario, la fuerza expansiva de la Resurrección, impulsada por el Espíritu, recorrerá todos los ámbitos de la tierra pregonando: Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega, suyo es el tiempo y la eternidad.

Sí, Jesús vive en su Iglesia –Comunidad Pascual– y articulándolo todo está María, la Madre.

Ella toma conciencia de que su papel no se llena sino en la Iglesia que es el final de su Hijo, su extensión corporal e histórica.

La Iglesia es el cuerpo pascual de Cristo que mantiene la carne asumida para siempre y queda vivo con la fuerza del Kyrios (M. Iribertegui).

Al retirarse visiblemente Jesús en Pascua, deja sitio a la Iglesia. Su persona se oculta; su cuerpo aparece.

Se sustrae a la visibilidad directa y se muestra en forma de Palabra, Eucaristía, Caridad. El mismo Jesucristo, nuestro Dios, ahora que está con su Padre, es cuando mejor se manifiesta (San Ignacio de Antioquia).

Y la Iglesia reproduce en la vida la imagen de María portadora de Jesús. María arrobada con el Niño, es la imagen de la Iglesia arrobada con el Kyrios (M. Iribertegui).

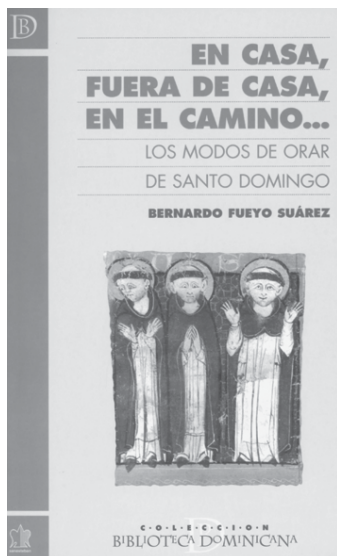
Esta Iglesia resplandece con el máximo esplendor de María porque, como Ella, lleva para siempre el

augusto nombre de Madre y, como Ella, permanece siempre virgen (San Gregorio de Nisa).

Que María, Madre de la Iglesia, icono del amor puro, según la expresión de Juan Pablo II, nos haga profundizar en este misterio de la Resurrección de Jesús. Y que la alegría que inundó su ser al saber que su Hijo vivía para siempre, reverbere en nosotros para cantar el aleluya de Pascua.

¡Cristo vive! ¡Aleluya!

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)



**EN CASA, FUERA DE CASA,
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

10. Que el Espíritu Santo consagre el pan y el vino y a quienes reciban el Cuerpo y la Sangre de Cristo

(EPÍCLESIS CONSECRATORIA Y «DE COMUNIÓN»)

EPÍCLESIS DE CONSAGRACIÓN

Hemos dado gracias a Dios elevando nuestros corazones. Le hemos dicho que es «el Santo» por excelencia. Ahora, en plena Plegaria eucarística, pediremos al Padre que su Espíritu descienda sobre los dones presentados y, así, los convierta en el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

*«Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo
[Espíritu,
estos dones que hemos separado para ti, de manera
que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesu-
[cristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro que nos mandó celebrar
[estos misterios»
(Plegaria III).*

El Espíritu hará presentes las palabras de Jesús y obrará, en la celebración de la Misa, una re-creación análoga a la acción del Verbo en la primera Creación.

El pan y el vino son eso: pan y vino... Pero *este pan y este vino*, han sido separados del resto del pan y del vino: han sido segregados para el Sacrificio.

Ahora pedimos que sean santificados por una nueva presencia del Espíritu, presencia que obrará en las palabras de la Institución eucarística, para que se actualice la Cena del Señor y no estemos alrededor de una mesa común, sino compartiendo el banquete sacrificial de la Víctima pascual.

UNA ESPECIAL IMPOSICIÓN DE MANOS

La imposición de manos es un gesto familiar en la Escritura, tanto para consagrar y bendecir, como para invocar al Espíritu de Dios. Este gesto –unido a una acción sacrificial o a la separación de algunos miembros de la Iglesia para cumplir oficios en la comunidad– arraiga en el Antiguo Testamento, llegando al Nuevo (cf. Ex 29,20; Lv 4,4; Hb 6,6; 13,3).

En la última Cena Jesús dejó a sus discípulos el mandato de celebrar sus misterios, haciendo en memoria suya la Eucaristía, en cumplimiento de su voluntad. Hoy el presidente de la celebración pide al Padre la santificación del pan y el vino. El Espíritu Santo será el agente santificador.

Invocación al Padre para que venga el Espíritu de Vida...

Imposición de manos, en orden a consagrar lo profano...

La cruz del Señor cubriendo con sus trazos el pan y el vino...

Nuestra actitud: de rodillas, como signo de adoración, preparándonos a una presencia santa...

El Espíritu pedido por la Iglesia en este momento, obrará por las palabras de Jesús un cambio maravilloso: el pan común se convertirá en *Pan de vida*, y el vino de todos los días, en *Bebida de salvación*. Entonces se hará verdad una antífona frecuentemente cantada para acompañar al Salmo 103: «¡Oh, Señor, envía tu Espíritu. Que renueve la faz de la tierra!». Lo que era imposible para el hombre, fue posible para el Espíritu de Dios...

EPÍCLESIS DE COMUNIÓN

La anterior invocación fue hecha antes de las palabras de la Institución eucarística.

¿Qué pedimos en este momento a Dios?

*Que mire con bondad la ofrenda de su Iglesia,
en la que se hace presente el sacrificio pascual de
[Cristo
que se nos ha confiado,
y conceda, por la fuerza del Espíritu,
ser contados ahora y siempre
entre el número de los miembros de su Hijo,
cuyo Cuerpo y Sangre comulgamos (cf. Plegaria III).*

Que le sea grata (es decir, *que mire con bondad...*) la ofrenda de la Iglesia, en la que el Misterio pascual de Muerte y Vida del Señor (es decir, *el sacrificio pascual de Cristo...*) se hace presente.

Este sacrificio está en manos de su Iglesia.

Pedimos también que el Espíritu construya la comunión eclesial (es decir, *ser contados... entre el*

número de los miembros de Cristo): éste es el fruto de entrar en comunión con la Eucaristía.

Anteriormente, en la epiclesis *de consagración*, pedimos que el pan dejase de ser pan y el vino, vino: esto lo logra el Espíritu y su poder.

Ahora, en esta nueva invocación, pedimos que ese mismo Espíritu –*por la comunión eucarística*– haga que nos convirtamos en Aquél a quien recibimos.

La Eucaristía es, primariamente, *comida y bebida*. Por lo tanto –sin descartar otros modos de comunión y aceptando lo que comúnmente llamamos «comunión espiritual»–, la perfección de la comunión eucarística se da... ¡comiendo el Pan de Vida y bebiendo la Copa de la salvación!

Además, sabemos que una buena comunión fraterna es también fruto de la Eucaristía, Misterio de unidad y vínculo de caridad.

En esta comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo se hacen verdad las palabras de Jesús: «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21).

La celebración de la Misa, realizada con las disposiciones del alma que surgen de vivir en plenitud el Misterio de unidad, causará en todos nosotros vínculos nuevos y fuertes, vínculos de caridad y amistad y de benevolencia con el Dios que nos ama y envía su Espíritu para hacernos más hijos y más hermanos.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Oración para el camino

Peregrinar con el Salmo 121

El Sal 121 está incluido en el conjunto llamado «salmos de subida» formado por los salmos 120 al 133. Ellos fueron empleados por peregrinos que se dirigían al Templo, en el Monte Sión de Jerusalén. Es posible que su origen provenga de cantos usados en pequeñas comunidades dispersas, posteriormente recopilados para un uso oficial en el santuario. Intentemos aproximarnos al peregrino del texto sin dejar de hacer, al mismo tiempo, nuestro propio camino.

La persona peregrina del Sal 121 es un pobre que sabe hacia dónde va, aunque carece del soporte necesario para enfrentar la travesía. Esta travesía podría ser el espacio geográfico en el cual se dirige, pero también podría aplicarse a la caminata sobre su propia vida. Por eso, levanta los ojos (v.1), acción que expresa la ansiedad de quien no sabe con qué se enfrentará en el camino. También manifiesta su estado de conciencia cargada de expectativas. Y se pregunta o le preguntan: «¿de dónde vendrá mi auxilio?» (v.1).

El v.2 tiene la respuesta: «*mi auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*». El asunto recuerda al libro del *Génesis* en cuyo episodio Dios se manifiesta como agente creador mediante su Palabra. Y

serán las personas gestadas en esta fuente bondadosa las que, solidarias, tornarán eficaz el auxilio del peregrino. La pregunta es la puerta de entrada en la teología del Salmo que presenta a Dios como apoyo del que no tiene privilegio. Si la segunda frase del v.2 ofrece una respuesta, los restantes versículos la justifican.

El soporte del caminante viene de Dios, porque no permite que sus pies resbalen (v.3). O sea, el que confía se dispone a andar y Dios le sustenta en su fragilidad constantemente. En el texto, Dios es llamado «el guardián» (v.3). Un guardián que no duerme ni dormita (v.4), porque, además de criar (v.2), preserva la vida. La acción de vigilar el objeto de su interés indica su autoridad sobre la persona protegida. Se comprende tal poder como el acto espontáneo para garantizar la existencia. Si Dios es apoyo de los justos (Sal 36,17), también son justos los caminos en los que el salmista va sintiéndose seguro. Por eso, cuando él anda en la verdad, también anda en Dios sin ninguna diferencia. Avanzan paso a paso (v.5), sin que intimide el día ni la noche, donde podrían efectuarse las más diversas acciones peligrosas (v.6).

Interesa descubrir la bella teología que el Salmo presenta. El templo es rescatado en su sentido primario como espacio de acogida a los pobres, como lugar de oración y encuentro. Y, a su vez, muestra un Dios itinerante. Lejos de estar estático en el monte, hace del caminante su propio santuario, guardando todos sus pasos, en la salida, en la llegada y para siempre (v.5).

¿Y qué decir del peregrinar de nuestra vida? Dios también es nuestro guardián cuando levantamos la

tienda y emprendemos la caminata tras sueños justos, cuando confiamos en nuestras buenas intuiciones, cargando el pesado miedo en las espaldas sin otro cirineo que la propia fe. Sin embargo, a mayor confianza en Dios demostrada, mayor respuesta recibimos. Dios no defrauda a quienes confían. Seguir la voz del corazón y peregrinar tiene precio y recompensa. ¿Podríamos enumerarlas?

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252 Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.



www.sanestebaneditorial.com

Victimae Paschali Laudes: Secuencia del Domingo de Pascua

Esta meditación versará sobre la bella Secuencia del Domingo de Pascua.

Citaré el texto litúrgico y, a partir del mismo, iremos reflexionando y recogiendo todas las sugerencias que el Espíritu nos proponga.

....

*Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.*

Se trata aquí –una vez más– de *ofrecer*. Se pueden ofrecer víctimas, penas y dolores. Se puede ofrecer el trabajo. Se puede ofrecer el futuro aún no escrito, para que el Señor lo acepte como víctima agradable a sus ojos. Y se pueden ofrecer víctimas espirituales, los sacrificios de alabanza de los que nos habla la liturgia.

Sabemos que una de las dimensiones menos explotadas de la oración, es la alabanza, ese grito elogioso que celebra al Señor por lo que Él es, más que por lo que Él hace. Es esa actitud tan cercana a la adoración: acción de gracias admirada por las bondades provenientes del Maravilloso.

Hoy nos invitan a la ofrenda, para glorificar a la única Víctima grata a Dios: Cristo en la cruz. A la única Víctima que redimió al mundo de su pecado: Cristo en la cruz. A la única Víctima cuya sangre, en vez de manchar, lava, dejándonos más blancos que la nieve blanca.

Pero ese Cristo en la cruz no está más en la cruz. Si bien su Pascua comenzó en el santo Madero, en el nuevo Árbol de la vida nueva, en el verdadero Árbol del futuro cargado de fruto apetecible, culminó en el Sepulcro vacío. En la cruz finaliza un momento y comienza otro. Llega a término el mérito de la humanidad de Jesús y, después de breve sueño, del reposo del Sábado, Jesús se convierte en el Señor, en el *Kyrios* triunfante, para abrirnos los caminos de la victoria.

Ofrezcamos un sentido elogio al Cordero pascual que quitó y quita el pecado del mundo. La Pascua que derrotó a la tristeza nos reclama la ofrenda. Huyen las tinieblas ante la Luz que hizo estallar la losa del sepulcro. Ofrezcamos...

....

*Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.
Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.*

El Cordero salva a las ovejas. Noventa y nueve quedan en el redil y, la pobre extraviada, esa oveja

sola que vale lo que vale el universo, es reconstituida al redil.

Cristo, «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», tiene por nombre «Jesús»: la salvación de Dios o el Dios que salva. Su vocación y misión es salvar; devolver la salud perdida. No nos otorga la redención como quien da un premio a la buena conducta. No... Nos salva porque nos ama. Nos salva porque el Amor no puede dejar de enamorarse.

Pero... ¿puede uno enamorarse de los pecadores? Precisamente, es de ellos de quienes se enamora, pues sus entrañas de misericordia le hacen llegar a los mendigos, a los menesterosos e indigentes. A quienes más lo reclaman porque menos tienen. Sí... El Señor ama a los culpables y los devuelve a la alianza de esposas que traba con aquellos a quienes encontró: se casan el Cordero y la oveja perdida. Estamos invitados a esas nupcias. Se celebran las bodas al precio de sangre y con brindis de sangre.

Es verdad que hoy cantamos a la Resurrección, pero fue inevitable que hace dos días nos vistiéramos de luto. El Viernes, lloramos. Vislumbrábamos que la cruz tenía algo más que madera. Leíamos su interior, la trama de sus fibras, y nos dábamos cuenta de que había sido convertida en el Cristo que sobre ella durmió. Adorábamos a Cristo, adorando su cruz. Hoy cantamos a la Vida, pero... ¡a qué precio! «Lucharon vida y muerte / en singular batalla»: por un momento, cuando la desesperanza nubló nuestro ánimo, creíamos que todo estaba perdido. Cuando, mezclados con algunos discípulos, oíamos las voces necias que pedían

a Cristo que –si era Dios– bajara de la cruz, creíamos desfallecer. Desde el trono de la cruz no hacía caso a las voces-alaridos de las hienas. Pero cuando las fieras lo dejaron, cuando su cuerpo comenzó a ser lavado con las lágrimas de sus amigos; cuando fue llevado a la tumba sin estrenar –la Montaña fue enterrada en el monte–, comenzó el murmullo de la Vida, como un río en crecida, a germinar en el cuerpo dormido de Jesús.

¿Cómo habrá sido la vuelta a la vida? La Escritura nos muestra a Cristo resucitado, pero ¿cómo habrá sido el instante en que las garras de la muerte, perdida la batalla, abandonaban la Presa? Con las armas de la muerte fue vencida la Muerte. En ese momento, Pablo pudo regocijarse y gritar: «Muerte, ¿dónde está tu victoria..., dónde tu aguijón?» (1 Cor 15,55).

En un amanecer de Jerusalén, después de la noche más oscura y silenciosa de la historia, «el Lucero que no tiene ocaso / reventó la losa de la tumba». Desde esa madrugada, «los sepulcros están vacíos, con las puertas abiertas».

....

*¿Qué has visto de camino,
María en la mañana?
–A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras,
mi amor y mi esperanza!*

Es desoladora la turbación de la Magdalena cuando, temprano, no encuentra a su Señor.

¿Dónde lo han puesto?

¿Dónde lo han llevado?

¿Sería posible que Jesús, a quien tanto había amado, no pudiera ser objeto de los desvelos de su misericordia?

El Viernes por la noche lo habían dejado, ungido con áloe y mirra, y envuelto con vendas.

¿Qué había sido de él?

Y María lloró copiosamente.

Estaba agitada. Había corrido. Los hermanos estaban avisados de los acontecimientos. Sólo vio la tumba abandonada. Pero bastó que el Señor pronunciara su nombre, bastó con decir «María», para que la respuesta fuera súbita: «*¡Rabbuni!*» (cf. Jn 20,16).

Desde ese instante, todo cambió. Las lágrimas se trocaron en risas, risas mezcladas con llanto de alegría. La Vida todo lo empapaba. La losa levantada lo decía todo: el sepulcro está vacío. La tumba no fue hecha para el Señor. Los ángeles de luz son testigos. Sí... Los discípulos no robaron a Jesús, sino que la fuerza de Dios se lo quitó al monte y lo devolvió a sus legítimos dueños. La Muerte nos lo había robado y –a su vez– fue robada ella misma.

No es una aparición fantasmal. No es una broma cruel: «Resucitó de veras».

Éste es el fin de la trama, pero ya estaba previsto en la historia del Señor de la Historia –como canta un himno litúrgico pascual para el Sábado santo–: «Descansa el Señor en el sepulcro / y con Él, la muerte ya

vencida». El Señor no ha muerto, sino que duerme el sueño de los justos.

El Justo abandonó los sudarios y la mortaja, y ese día se hizo justicia.

El amor y la esperanza de la Magdalena, nuestro amor y nuestra esperanza, vuelven a recordar a los discípulos que su dicha es más fuerte que las lágrimas de los hombres. Para recordarnos –con la gran lección de los signos–, que la tumba no fue hecha ni para Jesús ni para nosotros. También nuestros nichos quedarán vacíos, porque nada tenemos que ver con la muerte. Somos hijos de la Vida lanzados a la Vida. La muerte es sólo un momento, un instante, otro signo claro de nuestra condición propia: por nuestra realidad de pecadores, nacemos para morir. Por los méritos de la Sangre de Cristo y por su gloriosa resurrección gratuitamente obsequiada al hombre, nacemos para vivir.

....

*Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.*

Las mujeres, asustadas, reciben la orden del ángel de comunicar a los discípulos que el Señor Jesús, resucitado, los precederá en Galilea y que allí los esperaría. Allí donde había tenido tantos y tan tiernos coloquios con sus amigos. Allí donde había predicado y donde la Palabra se había hecho carne en tantos hombres que se convirtieron en buena tierra.

Jesucristo daría comienzo a una serie de apariciones a los suyos, como queriendo postergar el momento de la separación definitiva. Como siempre lo hizo, el Señor los esperaría: «Allí el Señor aguarda». Como siempre lo hizo, el Señor continúa, hoy, esperándonos. ¿Iremos hacia Él para verlo en la gloria de la Pascua? ¿Correremos, como lo hicieron Pedro y Juan? ¿Volveremos a Jerusalén para comunicar el gozo de la Vida renacida? ¿Lo reconoceremos en la fracción del Pan? ¿Seremos desmemoriados, creyendo que el Suceso *ocurrió*, sin caer en la cuenta de que la Pascua de Cristo nos es conjugada siempre en tiempo presente? ¿Obedeceremos la orden de ir a Galilea, o nos quedaremos en nuestras tierras? ¿Nos atraerán la leche y la miel de sus campos ubérrimos o extrañaremos la seguridad de Egipto?

Pero, sólo los suyos verán la gloria. Sólo los de su heredad, los que son carne de su carne. Sólo los que antes no eran su pueblo, pero ahora son hijos del hogar paterno.

El Señor aguarda.

Corramos a su encuentro con las lámparas encendidas...

....

*Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado:
la muerte en ti no manda.*

Cristo es el primero de los resucitados. Así como fue lo primero ofrecido al Padre, del hogar de María

y de José, así es ahora el primero vuelto a la vida. Todos los signos que nos ofrece el Antiguo Testamento no son sino eso: algunos signos anticipativos del cumplimiento acabado de toda figura. Signos proféticos que, de algún modo, adelantan la historia plena.

Pero esa historia aún no había sido escrita. Todavía no había llegado la hora. Todavía se ejercitaba la paciencia de Dios y la esperanza de los justos. Pero ahora, ya no creemos: *sabemos*. Hemos visto al Señor resucitado. Lo hemos palpado, como Tomás metiendo sus dedos en la llaga y en los agujeros de los clavos. Creímos y, porque creímos, llegamos al fruto del conocimiento pleno. Hemos sido confirmados en la fe. Tuvimos la visión. En esa visión de los discípulos, nosotros creemos, para llegar al cara-a-cara en que lo tocaremos y volveremos a oír su voz.

Vimos el sepulcro, vacío. María Magdalena habló con Él (cf. Jn 20,11-18). También lo hicieron los discípulos, camino a Emaús (cf. Lc 24,13-35). Y los suyos en el Cenáculo (cf. Lc 24,36-43). Y los Apóstoles a orillas del lago de Tiberíades (cf. Jn 21,1-23). Y los Once en un monte de Galilea (cf. Mt 28,16-20). Y sus amigos cerca de Betania (cf. Jn 24,50-53), antes de la Ascensión. Y si ellos lo vieron, ¿por qué no lo habríamos de ver también nosotros?

Pero tenemos que ir allí donde Él nos aguarda y reconocerlo como Resucitado. Sin la Resurrección, vana sería nuestra fe (cf. 1 Cor 15,14). En la vuelta de Jesús a la vida se apoya nuestra adhesión a Cristo. La cruz nos lo muestra en la humillación de la muerte y, si bien ésta fue el medio bendito sabiamente elegido

por el Padre para redimirnos, no es la causa de nuestra fe. Sólo la Vida de Cristo resucitado puede movernos a creer que nuestra muerte no será el último momento de nuestras existencias, sino la antesala del Banquete.

Vayamos preparando el traje de bodas...

....

*Rey vencedor, apiadate
de la miseria humana
y da a los fieles parte
en tu victoria santa.*

Cristo, nuestra Víctima pascual, ha sido inmolado sobre la cruz. Ahí se constituyó su trono.

¡Qué rey tan extraño! Su trono: la cruz. Su corona: las espinas. Su cetro: una caña con la que previamente lo habían golpeado.

Cristo es distinto de otros reyes.

Cristo, hoy Rey vencedor, fue el Rey vencido, cruelmente derrotado, pues la cruz es la gran derrota del Señor.

Pero como todo en Él es sabiduría especial para confundir a los inteligentes; lágrimas para confundir a los que sólo saben reír; debilidad para confundir a los fuertes, por eso acepta la derrota, para sacar de ella la mayor victoria de todos los tiempos.

Él es el Rey victorioso y, porque es victorioso habiendo pasado por el anonadamiento de la cruz, por el peso de nuestros pecados y miserias, puede ser elevado en el desierto para que quienes lo miren, queden

sanos (cf. Nm 21,4-9): «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros...». *Kyrie eleison...* «Una sola palabra tuya bastará para sanarme» (Mt 8,8).

En todo momento, el Cordero pascual con cuya sangre han sido marcados los dinteles de nuestras casas, nos está rescatando (cf. Ex 12,12-13). Podrá pasar como viento huracanado el Ángel exterminador de Dios, o el Demonio, pero nada temo, «porque tú, Señor, estás conmigo» (Sal 23,4).

Señor: te presentamos nuestra miseria. Sé para nosotros la Víctima pascual propicia.

Señor, estamos ante Ti como pecadores, como los leprosos a quienes Tú sanaste. Danos la gracia de mostrarnos ante los sacerdotes, y volver a Ti, dándote gracias.

Señor: somos pobres y sin mérito. Sin embargo, sólo porque Tú lo prometiste y porque somos tuyos, queremos tener parte en el Banquete de bodas de tu Reino, donde podremos gozar del vino nuevo.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Vita Christi:

3. La Pasión de Nuestro Señor¹

PREÁMBULO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Conclusión es de todos los doctores que los dolores y tormentos que el Hijo de Dios sufrió en su Pasión, exceden a todos cuantos dolores se han hasta hoy en el mundo padecido. Si preguntas la causa de esto, entre innumerables maneras de causas y conveniencias que para esto hay, la principal fue la grandeza de su caridad y la grandeza de nuestra necesidad. Porque a la grandeza de su caridad pertenecía redimirnos copiosísima y perfectísimamente, y la grandeza de nuestra necesidad pedía esta manera de remedio tan grande.

Porque ¿quién podrá explicar cuán inhábil quedó el hombre por el pecado para todo lo bueno, especialmente para poner todo su amor, temor y esperanza en Dios, y asimismo para las virtudes de la humildad, de la castidad, de la paciencia, de la obediencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, de la aspe-reza de vida, de la victoria de sí mismo, y finalmente para todos los sufrimientos y ejercicios virtuosos? Porque como por el pecado quedó el hombre tan resfriado

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid 1906, 380-381.382-393. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.

en el amor de Dios y tan encendido en el amor de sí mismo, de aquí procedió quedar tan inhábil y tan manco para todo lo bueno.

Pues aquel Señor que vino a remediar todos estos males, convenía que remediase estos dos tan principales, transformando nuestro corazón de tal manera, que lo hiciese arder en el amor que estaba tan frío, y lo enfriase en el que estaba tan fervoroso. Pues esto hizo nuestro benditísimo Salvador y reformador, no solo mereciéndonos y enviándonos al Espíritu Santo para que hiciese esta transfiguración, sino también dejándonos en su vida, y mucho más en su muerte, eficacísimos y potentísimos estímulos para todas estas virtudes.

Para lo cual propondremos ahora los principales pasos y misterios de su sagrada Pasión, en la cual hallará el hombre tan grandes estímulos e incentivos, por una parte para amar, temer y esperar en Dios, y por otra, para las virtudes contrarias a nuestra carne, como son: humildad, paciencia y obediencia, con todas las demás, que no podrá dejar de quedar muchas veces atónito de ver cómo no arde el mundo en amor de tal Dios, y cómo no desea de padecer mil cuentos de martirios por tal Señor, según son grandes los motivos que hallara aquí para lo uno y para lo otro.

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Acabada la sacratísima Cena y ordenados los misterios de nuestra salud, abrió el Salvador la puerta a todas las angustias y dolores de su Pasión, para que todos vinie-

sen a embestir sobre su piadoso corazón, para que primero fuese crucificado y atormentado en el ánimo, antes que lo fuese en su misma carne. Y así dicen los Evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos de los más amados, y comenzando a temer y angustiarse, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: «Triste esta mi ánimo hasta la muerte, esperadme aquí, y velad conmigo». Y Él, apartándose un poco de ellos, fuese a hacer oración, para enseñarnos a recurrir a esta sagrada ancla todas las veces que nos halláremos cercados de alguna grave tribulación. Y la tercera vez que oró, fue tan grande la agonia y tristeza de su ánimo, que comenzó a sudar gotas de sangre, que corrían hasta el suelo, y a decir aquellas palabras: «Padre, si es posible, traspasa este cáliz de mí» (cf. Lc 22,39-46).

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginación suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo –por los cuales padecía– y el desagradecimiento de tantas ánimas que ni habían de reconocer este beneficio, ni aprovecharse de este tan grande y tan costoso remedio, fue su ánimo en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne tiernita se abrió por todas partes y dio lugar a la sangre que manase por toda ella hasta correr en tierra.

Y si la carne –que de solo reflejo padecía estos dolores– tal estaba, ¡qué tal estaría el ánima que derechamente los padecía! Testigos de esto fueron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su sacratísimo cuerpo corrían. Porque una tan extraña manera de sudor como éste, nunca visto en el mundo, declare haber sido éste el mayor de todos los dolores del mundo, como a la verdad lo fue. Pues, oh Salvador y Redentor mío, ¿de dónde a ti tanta congoja y aflicción, pues tan de voluntad te ofreciste por nosotros a beber el cáliz de la Pasión?

Esto hiciste, Señor, para que, mostrándonos en tu persona tan ciertas señales de nuestra humanidad, nos afirmases en la fe. Y descubriéndonos en ti este linaje de escalofríos y dolores, nos esforzases en la esperanza. Y padeciendo por nuestra causa tan terribles tormentos como aquí padeciste, nos encendieses en tu amor.

LA PRISIÓN DEL SALVADOR, Y PRESENTACIÓN ANTE LOS SACERDOTES

Con cuanta prontitud y voluntad se haya ofrecido el Salvador por nosotros al sacrificio de la Pasión, fácilmente se conoce viendo cómo Él mismo salió a recibir a los que le venían a prender, aunque venían tan pertrechados y tan armados con linternas, y hachas, y lanzas. Y para que conociese la presunción humana que ninguna cosa podía contra la omnipotencia divina, antes que le prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra: aunque ellos, como ciegos y obstinados en su malicia, ni con esto quisieron abrir los ojos y conocer su temeridad.

Mas con todo esto, el piadoso Cordero no cerró aun entonces las corrientes de misericordia, ni dejó aquel suavísimo panal de miel de destilar gotas de miel, pues allí sanó la oreja del ministro que san Pedro había cortado, y detuvo sus manos de la justa venganza que en aquel tiempo se pudiera hacer. Maldito sea furor tan pertinaz, pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó (cf. Mc 14,43-52).

Mas ¿quién podrá oír sin gemido la manera en que aquellos crueles carniceros extendieron sus sacrílegas manos y ataron las de aquel mansísimo Cordero –que ni contradecía ni se defendía– y así maniatado como un ladrón o público malhechor le llevaron con grande prisa y vocerío y con gran concurso y tropel de gentes por las calles públicas de Jerusalén? ¿Cuál sería entonces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Señor y Maestro apartado de su compañía y llevado de esta manera, vendido por uno de ellos, pues el mismo traidor que lo vendió, sintió tanto el mal que hizo, que vino a ahorcarse y desesperar?

Preso pues de esta manera el Pastor, descarriáronse las ovejas, aunque Pedro –como más fiel que los otros– seguía desde lejos al piadoso Maestro. Mas entrando dentro de la casa del Sumo Sacerdote, a la voz de una mozueta negó tres veces al Señor con grandes juramentos y protestaciones, diciendo que no lo conocía, ni sabía quién era, ni tenía que ver con Él. Entonces cantó el gallo, y miró el Señor con unos piadosísimos ojos a Pedro, y acordóse Pedro de lo que el Señor le había profetizado, y saliéndose fuera –por no volver a padecer

escándalo a causa del mismo peligro– lloró amargamente su pecado (cf. Mc 14,66-72; Jn 18,2-12).

Oh tu, quienquiera que seas, que a instancia y requerimiento de la mala sierva de tu carne negaste por obra o por voluntad a Dios, quebrantando su ley, acuérdate de la Pasión de este dulcísimo Señor, y sal fuera de esa situación con Pedro, y llora amargamente tu pecado, si por ventura tendrá por bien mirarte Aquel que miró a Pedro, con los mismos ojos que a el miró, para que limpiado y purificado con Pedro, merezcas recibir después con él al Espíritu Santo.

Después de esta negación mira cuán maltratado fue el Señor en casa del Sumo Sacerdote: porque siendo Él conjurado en virtud y nombre del Padre que dijese quien era, y como Él por reverencia de este nombre diese testimonio de la verdad, aquellos que tan indignos eran de oír tan alta respuesta, cegados con el resplandor de tan grande luz, se levantaron furiosísimamente contra Él, y como a blasfemo le comenzaron a escupir y maltratar. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles y venerado de los hombres –el cual con su hermosura alegra toda la corte soberana– es allí por aquellas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonorado con vituperios y cubierto con un velo por escarnio.

Finalmente, el Señor de todo lo creado es allí tratado como un vil esclavo, sacrílego y blasfemo, estando Él por otra parte con un rostro mansísimo y sereno, y así con blandas y comedidas palabras se quejó a uno de aquellos que lo herían, diciendo: «Si mal hablé,

muéstrame en qué, y si no, ¿por qué me hieres?» (cf. Mc 14,53-66; Jn 18,13-14.19-24).

¡Oh dulce y piadoso Jesús! ¿Qué hombre, viendo esto, podrá contener las lágrimas y no partírsele el corazón de dolor?

LA PRESENTACIÓN ANTE PILATO Y HERODES Y LOS AZOTES EN LA COLUMNA

Pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los sacerdotes, al otro día por la mañana llevaron al Señor atado a Pilato, que en aquella provincia por parte de los romanos presidía, pidiendo con grande instancia que lo condenase a muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole y alegando contra Él tantas falsedades y mentiras, y pidiendo que perdonase a Barrabás y crucificase a Cristo, Él entre toda esta barahúnda de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo trasquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder una sola palabra, tanto que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio y tanta serenidad de rostro en medio de tanta confusión y griterío.

Mas aunque el presidente sabía muy bien que toda aquella gente se había movido más con celo de envidia que de justicia, pero vencido con pusilanimidad y temor humano, determinó entregar al piadosísimo Rey en manos del cruel tirano de Herodes, para que él lo sentenciase. El cual vio al Señor, y escarneciendo de Él con toda su corte, y vistiéndolo por escarnio de una vestidura blanca, se lo volvió a remitir.

Entonces Pilato –para satisfacer a la furia y rabia de los acusadores– mandó azotar al inocentísimo Cordero, pareciéndole que con esto se amansaría el furor de sus enemigos. Llegan pues luego los soldados, y desnudan al Señor de sus vestiduras, y atándole fuertemente a una columna, comienzan a azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir llagas a llagas y heridas a heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse con ellos la tierra y teñirse de sangre por todas partes (cf. Lc 23,2-23; Jn 18,28-19,15).

Oh, pues, hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas, ¿cómo no revientas de dolor viendo lo que padece este inocentísimo Cordero, que por tus hurtos es azotado?

Mira también cuán grandes motivos tienes aquí para todas aquellas virtudes que arriba dijimos, especialmente para amar, temer y esperar en Dios. Para amar, viendo lo mucho que este Señor por tu amor padeció. Para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados. Y para esperar, considerando cuán copiosa redención y satisfacción se ofrece aquí a Dios por ellos.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS Y EL ECCE HOMO

Acabado el martirio de los azotes, comenzó de nuevo otro no menos injurioso, que fue la coronación de espinas. Porque vinieron a juntarse allí todos los soldados del presidente a hacer fiesta de los dolores e injurias del Salvador, y tejiendo primeramente una corona de juncos marinos, hincáronla en su sacratísima cabeza, para que

así padeciese con ella por una parte sumo dolor, y por otra suma deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban –como dice san Bernardo– hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado cerebro.

Y no contentos con este tan doloroso linaje de vituperio, vístenle de una purpura vieja y rasgada, y pónenle por cetro real una caña en la mano, e hincándose de rodillas, dábanle bofetadas y escupíanle en la cara, y tomándole la caña de las manos, hiérenle con ella en la cabeza, diciendo: «Dios te salve, Rey de los Judíos».

No parece que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos. Porque cosas eran éstas que si en un mortal enemigo se hicieran, bastarían para enternecer cualquier corazón. Mas como era el demonio el que las inventaba, y Dios el que las padecía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún tormento, según era grande su odio, ni aquella tan grande piedad bastaban todos estos sufrimientos, según era grande su amor (cf. Jn 19,2-3).

Mas tú, ánima mía, deja de considerar ahora la crueldad de los hombres y la malicia de los demonios, y vuelve los ojos a considerar la figura tan lastimera que allí tenía el más hermoso de los hijos de los hombres.

Oh pacientísimo y clementísimo Redentor, ¿qué figura es esa tan dolorosa, qué martirio tan nuevo, qué mudanza tan extraña? ¿Eres Tú Aquel que poco antes discurrías por las ciudades, predicando y haciendo tantas maravillas? ¿Eres Tú Aquel que poco antes en el monte Tabor resplandeciste con figura celestial y vestiduras de nieve? ¿Eres Tú Aquel testificado con

voces del cielo por Hijo de Dios y Maestro del mundo? Pues, ¿cómo se perdió aquella hermosura tan grande? ¿Qué se hizo de aquel resplandor de tu cara? ¿Dónde están las vestiduras de nieve? ¿Qué es de la gloria del Hijo? ¿Qué es de la dignidad y pompa del Rey? ¿Este es el Reino que te tenían aparejado? ¿Esa es la corona, y la púrpura, y el cetro, y las ceremonias de Rey?

Ésta es, Señor, la cura de mi soberbia, ésta la satisfacción de mis atavíos y regalos, éste el dechado de la verdadera paciencia y humildad, éste el camino de la cruz para el Reino, y éste el ejemplo de menosprecio del mundo. Esto me predicán tus llagas, esto me enseñan tus deshonras, esto es lo que leo en el libro de tu Pasión.

Pues como el presidente tuviese claramente conocida la inocencia del Salvador, y viese que no su culpa sino la envidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le pareció bastante medio sacarlo así como estaba a la vista del pueblo furioso: porque Él estaba tal, que bastaba la figura que tenía –según él creyó– para amansar la furia de sus corazones (cf. Jn 19,4-15).

Pues tu, oh ánima mía, procura hallarte presente a este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras, mira con grande atención la figura que trae éste, que es resplandor de la gloria del Padre (cf. Hb 1,3), por restituirte la que tú perdiste cuando pecaste. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes pasados, las manos cruelmente atadas, y todo

encogido y ensangrentado. Mira cuál estaba aquel divino rostro hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rasguñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrada.

Y como el santo Cordero tenía las manos atadas, no podría con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos caían, y así estarían aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre.

Finalmente, tal estaba su figura, que ya ni parecía quien era, y aun apenas parecía hombre, sino un retablo de dolores pintado por manos de aquellos malvados verdugos y de aquel cruel presidente, a fin de que abogase por Él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

DEL LLEVAR LA CRUZ A CUESTAS

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse por sentencia que el Inocente fuese condenado a muerte, y muerte de cruz. Y para que por todas partes creciese su tormento y su deshonra, ordenaron sus enemigos que Él mismo llevase sobre sí el madero en que había de ser ajusticiado. Toman, pues, aquellos crueles carniceros el santo madero –que según se escribe era de quince pies– y cárganlo sobre los hombros del Salvador, el cual –según los sufrimientos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que con los azotes había perdido– apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su propio cuerpo, y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era el peso de la cruz (cf. Jn 19,16-17).

En este paso puedes considerar por una parte la mansedumbre inestimable del Salvador, y por otra la crueldad grande de sus enemigos, porque ni la mansedumbre pudo ser mayor ni tampoco la crueldad.

¿Qué mayor crueldad que desde la hora de la Pasión hasta el punto de la muerte no darle una sola hora de reposo, sino añadir siempre dolores a dolores y tormentos a tormentos? Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la cara, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz a costas, y todos finalmente se ocupan en darle tormento. Vuelven y revuelven, llévanlo y tráenlo de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de sacerdote a sacerdote, como si fuera un loco de atar o un público ladrón.

Pues ¿quién no se moverá a piedad, considerando un hombre tan manso y tan inocente, y que había hecho tantos bienes a los hombres, y curándolos de tantas enfermedades, y predicándoles tan maravillosa doctrina, y después le ve cargar con una cruz a costas por las calles públicas con tanta ignominia?

Oh crueles corazones, ¿cómo no os mueve a piedad tanta mansedumbre? ¿Cómo podéis hacer mal a quien tanto bien os ha hecho? ¿Cómo no miráis siquiera esa tan grande inocencia, pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra vosotros?

¡Quién me diera, oh buen Jesús, que yo te pudiera dar un poco de refrigerio en esa tan grande agonía! Toda la noche has velado y sufrido, y los crueles ver-

dugos a porfía se han ensañado en ti, dándote bofetadas y diciéndote injurias, y después de tan largo martirio, después de enflaquecido ya el cuerpo y desangrado con tantos azotes, cargan la cruz sobre tus delicadísimos hombros y así te llevan a ajusticiar.

Oh delicado cuerpo, ¿qué carga es esa que llevas sobre ti? ¿A dónde caminas con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues, ¿cómo? ¿Tú mismo hablas de llevar a cuestras los instrumentos de tu Pasión?

Aquí, oh ánima mía, lleva el Señor sobre sí toda la carga de tus pecados. Dale gracias por ese tan grande beneficio, y ayúdale a llevar esa cruz por imitación de su ejemplo, y síguelo con las lágrimas de esas piadosas mujeres que le van acompañando, y mira sobre todo esto que si eso se hace en el madero verde: en el seco, ¿qué se hará?

DE CÓMO FUE CRUCIFICADO EL SALVADOR

Llegado el Salvador al monte Calvario, fue allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas a las llagas que los azotes habían dejado en sus espaldas, y al tiempo de quitárselas, harían esto aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad, que volverían a renovarse las heridas pasadas y a manar sangre por todas ellas.

Pues, ¿qué haría el bendito Señor, cuando se viese desollado y desnudo? Es de creer que levantaría entonces los ojos al Padre, y le daría gracias por haber llegado a tal punto, que se viese así tan pobre y tan desnudo por su amor.

Estando pues así ya desnudo, mándanle extender en la cruz –que estaba tendida en el suelo– y obedece Él como cordero a este mandamiento, y acuéstase en esta cama que el mundo tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos a los verdugos para clavarlos en el madero.

Pues cuando el Salvador del mundo se viese así tendido sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué haría? ¿Qué pensaría? ¿Qué diría en este tiempo? Parece que se volvería al Padre y diría así: «Oh Padre Eterno, gracias doy a vuestra infinita bondad por todas las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí. Ahora fenecido ya con vuestra obediencia el número de mis días, vuelvo a Vos no por otro camino que por la cruz. Vos mandaste que yo padeciese esta muerte por amor a los hombres, yo vengo a cumplir esta obediencia y a ofrecer aquí mi vida en sacrificio por amor».

Tendido pues el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comienza a dar golpes con el martillo y a hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador.

Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste sin morir. Verdaderamente aquí fue su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal (cf. Lc 2,35).

Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo lo demás. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el ministro la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que hizo desencajarse los huesos de los pechos y desabrochase toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino, y así quedaron sus huesos tan distintos y señalados, que –como el Profeta dice– los pudieran contar (cf. Sal 21,18). Y de esta misma manera de crueldad usaron cuando le enclavaron sus sagrados pies.

Y para mayor acrecentamiento de ignominia, crucificaron al Señor fuera de la ciudad, en el lugar público de los malhechores y entre dos famosos ladrones. Y los que por allí pasaban, y los que estaban presentes, le escarnecían y ultrajaban diciendo: «A otros hizo salvos, y a sí mismo no puede salvar». Mas el Cordero mansísimo hacía oración al Padre por los unos y por los otros, y ofrecía liberalmente el paraíso al ladrón que le confesaba (cf. Lc 23,35-43).

Después de esto, sabiendo el Señor que ya todo era acabado, para que se cumpliese la Escritura, dijo «Tengo Sed». Y en esta sed le sirvieron para darle a beber vinagre mezclado con hiel, para que pues la causa de nuestra perdición había sido el gusto del árbol vedado (cf. Gn 2,5-3,21), el remedio de ésta fuese el gusto de la hiel y vinagre de Cristo. Y además de esto, no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase libre de tormento, y por esto quiso que la lengua también padeciese su pena, pues todos los otros miembros padecían cada uno su propio dolor (cf. Jn 19,28-29).

Pues, ¿qué sentirías tú en este paso, Virgen bienaventurada? Tú, que asistiendo a todos estos martirios y bebiendo tanta parte de este cáliz, viste con tus propios ojos aquella carne santísima –que tú tan castamente concebiste y tan dulcemente criaste, y que tantas veces reclinaste en el seno y apretaste en tus brazos– ser despedazada con azotes, agujereada con espinas, herida con la caña, injuriada con puñetazos y bofetadas, rasgada con clavos, levantada en un madero y despedazada con su propio peso, e injuriada con tantas deshonras y, por último, amargada con hiel y vinagre.

Y no menos viste con los ojos espirituales aquella ánima santísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya bramando, ya temiendo, ya agonizando, en parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, en parte por las ofensas y pecados de los hombres, en parte por la compasión de nuestras miserias, y en parte por la compasión que de ti –su Madre dulcísima– tenía viéndote asistir presente a todos estos sufrimientos, para cuya consolación y compañía –encomendándote al amado discípulo– dijo: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*» (Jn 19,27).

Después de esto mira cómo el Salvador expiró, haciendo oración por nosotros con gran clamor y lágrimas, encomendando su espíritu en manos del Padre. Entonces el velo del Templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entonces, el más hermoso de los hijos de los hombres, oscurecidos los ojos

y cubierto el rostro de amarillez de muerte, pareció el más feo de todos los hombres, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos para revocar la ira del Padre que tenían merecida (cf. Mc 16,37-38).

Mira pues, oh santo Padre, desde tu santuario en la faz de tu Cristo, mira esta sacratísima Hostia, la cual te ofrece este Sumo Sacerdote por nuestros pecados.

Mira tú también, hombre redimido, cuál y cuán grande es Éste que está colgado en el madero, cuya muerte resucita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos, y la tierra, y hasta las mismas piedras. Pues, ¡oh corazón humano, más duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te mueve la compasión, ni te aflige la compunción, ni te ablanda la piedad!

LA LANZADA DEL SEÑOR Y LA SEPULTURA

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron también los malvados ejecutar su furor en el muerto, y así después de expirado el Señor, uno de los soldados le dio una lanzada en el pecho, de donde salió agua y sangre para lavatorio de nuestros pecados (cf. Jn 19,31-37).

Levántate pues, oh esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como la paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos. Pon aquí también la boca para que bebas aguas de las fuentes del Salvador, porque Éste es aquel río que salió de en medio del paraíso, el cual fecunda, riega y hace fructificar toda la faz de la tierra (cf. Gn 2,10-14).

Finalmente, viniendo después aquel noble centurión José, y con él Nicodemo, teniendo licencia de Pilato, quitando el santo cuerpo de la cruz, lo envolvieron en una sábana limpia con olorosos unguentos, y pusieronlo en un monumento. Donde aquellas santas mujeres que seguían al Señor en la vida, le sirvieron también en la muerte, trayendo unguentos olorosos para ungir su sacratísimo cuerpo (cf. Jn 19,38-42).

Entre las cuales, María Magdalena ardía con tan grande fuego de caridad, que olvidada de la flaqueza mujeril, ni por la oscuridad de las tinieblas, ni por la crueldad de los verdugos se podía apartar de la visitación del sepulcro, antes perseverando en aquel lugar y derramando muchas lágrimas, despidiéndose los discípulos, ella no se despedía, porque era tan grande su amor y la impaciencia de su deseo, que en ninguna otra cosa tomaba gusto sino en llorar la ausencia de su amado, diciendo con el Profeta: «Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen a mi ánima: ¿dónde está tu Dios?» (Sal 41,4; cf. Lc 23,55-56).

Pues, oh buen Jesús, concédeme, Señor –aunque indigno– que ya que entonces no merecí hallarme con el cuerpo presente a estas tan dolorosas exequias, me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazón, y experimentando algo de aquel afecto y compasión que tu inocentísima Madre y la bienaventurada Magdalena experimentaron en este día.

Bibliografía

JOHN DOMINIC CROSSAN, *Cuando oréis, decid: «Padre nuestro...»*

Editorial Sal Terrae, Santander 2011. 221 pp.

Crossan es un conocido biblista irlandés, exsacerdote, afincado en Estados Unidos y cofundador del «Jesus Seminar». Algunas de sus teorías han levantado un cierto revuelo entre los especialistas. Como indica el título, esta obra trata sobre la oración del Padrenuestro, de la que este autor nos da su particular opinión.

La estructura del libro es sencilla: comienza por un prólogo donde habla del Padrenuestro, de la justicia divina y de las líneas maestras que el autor ha seguido para hacer el estudio; después, en el cuerpo principal de la obra, va analizando una por una cada parte del Padrenuestro; y concluye con un epílogo en el que retoma el tema de la especial justicia divina.

Para realizar su estudio, Crossan se apoya en algunos datos bíblicos e históricos que, en su opinión, ayudan a comprender los fundamentos de esta oración. Hay que reconocer que resulta muy interesante seguir los razonamientos de este autor pues es un magnífico pedagogo. De un modo muy entretenido y didáctico nos va adentrando capítulo a capítulo en los entresijos del Padrenuestro, mostrándonos puntos de vista que conducen en ocasiones a conclusiones

sorprendentes que, si bien uno puede no estar de acuerdo con ellas, mueven a la reflexión.

Dice Crossan: «*Y si resulta que la oración del Señor no es una oración judía destinada a los judíos ni es tampoco una oración cristiana destinada a los cristianos? ¿Y si –como este libro sugiere– es una oración que procede de lo más profundo del judaísmo y aflora en los labios del cristianismo para ser la conciencia del mundo? ¿Y si –como este libro sugiere– se trata de un manifiesto radical y un himno de esperanza para toda la humanidad en un lenguaje dirigido a toda la tierra?*» (p. 12). Efectivamente, en el trasfondo de esta obra descubrimos un Dios infinitamente misericordioso que busca distribuir equitativamente su justicia a todos los seres humanos, pero respetando nuestra libertad.

Crossan consigue en este libro hacer un profundo estudio del Padrenuestro al alcance de todos los públicos. Le gusta contar anécdotas, a veces autobiográficas, que hacen ameno y comprensible el texto. Y, además de hablar del Padrenuestro, este autor aporta muchos datos interesantes sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento y sobre la relación que hay entre ambos.

A la hora de leer este libro es importante hacerlo con sentido crítico, pues, aunque habla de la Palabra de Dios, eso no significa que lo que él dice acerca de ella sea «Palabra de Dios», sino, simplemente, su punto de vista personal, con el que podemos estar, o no, de acuerdo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

RICARDO CUADRADO TAPIA, *Reflexiones de luz*,
Imprenta Amábar, Burgos 2010, 270 pp.

El presente libro forma una trilogía juntamente con otros dos del mismo autor: *Vitaminas para oxigenar el corazón* y *Chispazos de luz para el corazón*. El tema en todos ellos es el mismo: los valores humanos y cristianos. Se trata en los tres casos de ofrecer reflexiones cortas que quieren iluminar la vida de toda persona. En concreto, con este libro el autor pretende abrir el entendimiento de sus lectores y motivar sus voluntades a abrazar los valores humanos y cristianos. Como se señala en el prólogo, estas lecciones de luz están sacadas, sobre todo, de presentaciones de internet, de los libros anteriores del propio autor y también de los comentarios y escritos del dominico fr. Manuel Santos.

El libro consta de 150 breves capítulos en los que se tocan numerosos temas; entre ellos podemos mencionar la Navidad, el amor, la amistad, el perdón, el silencio, la reflexión, la dureza de la vida, las tentaciones del hombre actual, el sentido de la vida, etc. El libro cuenta además con una serie de ilustraciones del poeta también dominico Emilio Rodríguez.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Una espiritualidad visible y palpable

Los relatos de la Resurrección insisten en mostrar que Jesús resucitó de forma física, visible y palpable, que no era un espíritu sino alguien de carne y hueso, con el que se podía almorzar a la orilla del lago (cf. Jn 21,1-14). Es decir, todo Jesús resucitó. No sólo una parte o una dimensión de Él. Su Resurrección fue total.

Y experimentó un cambio tan radical que sus discípulos no lograban reconocerle tras la Resurrección. Pero era el mismo Jesús que ellos conocían, el que murió en la cruz, no otro. Por eso Tomás –el incrédulo– pudo introducir su mano en la herida de la lanzada y su dedo en los agujeros de los clavos de la crucifixión (cf. Jn 20,24-29). Es decir, la Resurrección afectó a Jesús de forma plena. Todo Él, sin dejar de ser Él mismo, pasó de ser «el Crucificado» a ser «el Resucitado».

Lo mismo podemos decir de aquellos que tuvieron la experiencia de la Resurrección del Señor, es

decir, de aquellos que creyeron en ella y la asumieron íntimamente en su corazón gracias al envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés (cf. Hch 2,13): ellos, en cierto modo, también cambiaron radicalmente.

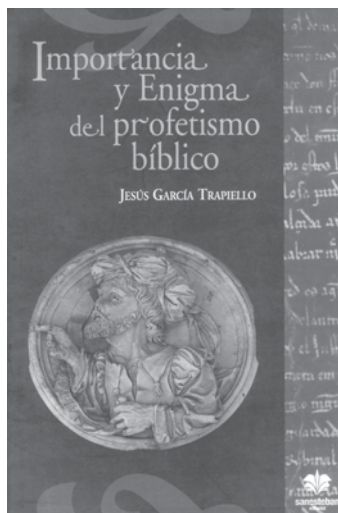
La experiencia de la Resurrección cambia a la persona, y esa transformación, siendo interior, a nivel del corazón, se muestra físicamente, pues es visible y palpable por los demás. En los Hechos de los Apóstoles se nos habla del amor fraterno que reinaba en la primera comunidad cristiana (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35). Ese era su mejor testimonio. Y, más tarde, dando su vida en el martirio, lo llevaron al extremo...

El amor derramado por el Espíritu Santo en aquellos que creen y experimentan la Resurrección del Señor es tan físico como lo es el propio Jesús resucitado. Es un amor que los gentiles podían constatar viendo cómo los cristianos vivían felizmente en familia, trataban como hermanos a sus sirvientes, se ocupaban fraternalmente de las viudas y cómo se formaban largas filas de pobres y desamparados en sus puertas para recibir una ayuda para su sustento.

El amor cristiano no se queda en lo conceptual, ni en una mera experiencia interior. Todo lo contrario. Como pasa con la Resurrección del Señor, se hace presente en medio de la vida cotidiana, es visible y palpable. Por eso para la gente no era nada difícil captar cómo vivían la Resurrección los primeros cristianos en sus familias y en sus comunidades. No había más que verlos y oírlos. Porque el verdadero amor cristiano es físico.

Y esa es la mejor muestra de que aquellos cristianos no creían en una mera utopía ni en una idea bonita, sino en una realidad que ocurrió hace casi 2000 años y que nosotros también podemos hacer presente aquí y ahora, en medio de nuestra vida cotidiana, con un amor visible y palpable.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **san esteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Lo sabio de la humildad

«Revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (1 P 5,5).

La sabiduría de la humildad es como una música interior que teje melodías con los acordes de nuestra miseria. Sí, cada uno sabe, y es bueno reconocer, aquellas notas de nuestra «nada», de nuestras debilidades, que distorsionan la dulce melodía del hombre pleno, aquel al que estamos llamados tú y yo.

La sabiduría de la humildad tiene su base fundamental en la experiencia del amor. Si te sabes amado y amas de verdad, desde y con toda tu potencialidad, eres capaz de experimentar un amor que te sobrepasa, un amor que te alimenta e impulsa, sacándote de ti mismo, porque ya no vives para ti sino para Otro y para los otros. Por eso Pablo dirá: «Ya no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí» (Ga 2,20), «porque para mí: la vida es Cristo» (Flp 1,21), «que me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20).

El amor redimensiona todas las cosas, y la humildad, junto a él y desde él, se desarrolla como una *sabiduría* capaz de darle el justo valor a los acontecimientos de tu historia, a las cosas, a las situaciones

y a las personas con las que te relacionas o a las que te rodean.

Si te glorías en tus aptitudes y capacidades, en la belleza de tu cuerpo o incluso en tus excentricidades, en tus logros o aspiraciones, en lo «bueno que eres», en lo bien que lo pasas, en los halagos que te hacen y que tú mismo procuras, entonces hay algo que no va bien... o le das demasiada importancia a cosas o situaciones que no la tienen, o sufres demasiado por pequeñeces sin valor trascendente y que no aportan nada a tu camino hacia una vida más plena y más llena de Dios.

Es hora de que te tomes el pulso de la humildad, de examinar de qué gloria estamos hablando, de remar adentro y contemplar qué lugar ocupa cada cosa en tu vida. Si te glorías de ti mismo (de tus capacidades y aciertos, de tu influencia sobre los demás, de lo poco o mucho que vales), entonces estás enfermo, y es bueno que lo sepas para que puedas hacer algo, por ti mismo y por los demás. No tengas miedo, el primer paso para sanar es reconocer lo que está enfermo o débil.

«Lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios» (1 Co 1,27). Estas palabras del apóstol Pablo, más allá de ser ofensivas, tienen su raíz en una gran verdad: *en la criatura se manifiesta el Creador*. Sí, Dios ha escogido lo pequeño, lo humilde, lo sencillo, lo débil, lo que para los ojos del mundo no cuenta o incluso desprecia, para manifestar su gloria; y su gloria eres tú. Y precisamente en Dios esto no es una opción, porque Dios es así, es su propia esencia: la sencillez, la simplicidad, la humil-

dad, por eso se hizo uno de nosotros, alguien como tú y como yo.

Jesús llama felices a los pobres, a los que lloran, a los hambrientos y sedientos de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, etc. (cf. Mt 5,1-12a); precisamente porque son éstos los anulados de la sociedad... éstos son en los que Dios ha puesto su mirada... María, su Madre, también lo proclamaba así: «Ha puesto su mirada en la humildad de su sierva» (Lc 1,48), y por eso su prima Isabel la llamó también «feliz» (Lc 1,45).

«Dios ha escogido lo que no cuenta para anular lo que cuenta» (1 Co 1,28). Lo que se desprecia en este mundo es lo que Dios escoge para transformarlo con la fuerza de su Espíritu. Tú, que escuchas esta palabra de Dios hoy, en estas circunstancias y en la situación real y actual de tu vida, ¿qué tienes para poner en manos de Dios para que lo transforme, para que él lo toque con su presencia sanadora? Esta es tu oportunidad de hacer un acto de humildad, de recurrir a la sabiduría de los humildes y los pobres.

Haz ante él un acto de fe y dile: creo, Señor, que tú puedes sanarme; creo que puedes transformar en mí lo que a los ojos del mundo cuenta para que desde una vida transfigurada pueda hacerte más presente y proclamar así, con mi testimonio de conversión, la felicidad que prometes a los pobres, a los que sufren, a los que esperan la justicia, a los que llevan limpio el corazón.

Por la gracia de Dios ahora estamos unidos a Cristo Jesús, a quien Dios hizo para nosotros sabiduría,

justicia, santificación y redención (cf. 1 Cor 1,30). Él es nuestra gloria y nuestra glorificación. Por eso, como dice el profeta Jeremías: «Así dice el Señor: que el sabio no se gloríe por su sabiduría, que el fuerte no se gloríe por su fuerza, ni se gloríe el rico por su riqueza; el que se gloríe, se gloríe en esto: en tener inteligencia y en conocerme, porque yo soy el Señor, el que practico la fidelidad, el derecho y la justicia sobre la tierra. Sí, es eso lo que me agrada –oráculo del Señor–» (Jr 9,22-23).

Jesucristo es nuestra gloria porque en él está la fuente y el fin de nuestra existencia, de nuestra vida, de todas las cosas, de nuestra historia. De él debemos aprender la sabiduría de la humildad y, con él, redimensionar toda nuestra vida. Para eso quisiera que tengas presente el *principio y fundamento* que propone san Ignacio para todos aquellos que, haciendo ejercicio de humildad, deseen vencerse a sí mismos y ordenar su vida a Dios:

«El hombre es creado para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden a alcanzar el fin para el que ha sido creado. Por lo tanto, que el hombre use de ellas en tanto y en cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe despojarse de ellas cuanto le impidan alcanzarlo. Por lo cual es necesario hacernos indiferentes a todas las cosas, con la libertad de nuestro libre albedrío; de tal manera que no queramos, por nuestra parte, más salud que

enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga o corta, etc.; que solamente deseemos yelijamos lo que más nos conduzca al fin para el que hemos sido creados»¹.

Que la sabiduría de la humildad de nuestro Señor Jesucristo sea nuestra fuente y modelo. Tal vez, para reposar todo esto en tu corazón, te sirva esta sencilla y profunda oración²:

*Cuando la noche sea oscura,
sé tú, Señor, la luna que ilumine mi caminar.
Cuando me cueste continuar mi camino,
sé tú, Señor, un reguero de estrellas que pueda
[rastrear.*

*Cuando la ceguera del egoísmo no me deje ver,
sé tú, Señor, el fuego devorador que queme mis
[impurezas.*

*Cuando mi orgullo no me deje sentir,
sé tú, Señor, la fuente viva que sacie mi sed de
[amar.*

*En todo caso, Señor, cuando no vea la luz,
dame al menos tu paz, tu amor y tu esperanza,
para que pueda alcanzar la sabiduría de la humildad.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)

1. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, [23].
2. CASTRO MIRAMONTES, F. J., *La sabiduría de la humildad. Espiritualidad de la vida cotidiana*, San Pablo, Madrid 2006, p. 180.

Newman y María

I. María en la vida del beato John Henry Cardenal Newman

INTRODUCCIÓN

La envergadura de la talla personal del Cardenal J. H. Newman (1801-1890) es tal que sigue atrayendo la atención. Esta atracción, que comenzó ya en vida del propio Newman y que no ha dejado de crecer con el paso del tiempo, se ha incrementado con motivo de su beatificación, realizada por el Papa Benedicto XVI el 19 de septiembre de 2010 en Birmingham (Reino Unido).

La peregrinación existencial de Newman está marcada por una sólida unidad de vida en coherente evolución. Por ello no resulta nada difícil descubrir en el escolar de Ealing, en el colegial del Trinity College, en el *fellow* del Oriel College, en el líder del Movimiento de Oxford, en el padre del Oratorio y en el cardenal de la Iglesia Romana a la misma persona. Entre el adolescente reflexivo y tímido y el anciano silencioso y venerable median los años de una vida en constante, pero coherente, evolución.

Los autores reconocen que la vida de Newman es en sí misma la clave hermenéutica de su pensamiento. Newman nunca se esconde detrás de lo que piensa

o escribe; de ahí que su doctrina sea intensamente autobiográfica. María va emergiendo en la vida y en el pensamiento de Newman con naturalidad lógica y coherente, con persuasiva discreción. Nunca lo hará con destellos cegadores, pues María no tiene luz propia sino en la medida en que refleja la de Aquél que es la Luz del mundo.

NEWMAN, PRESBITERO ANGLICANO

El 29 de mayo de 1825 Newman fue ordenado presbítero de la Iglesia Anglicana. El 20 de marzo de 1828 se hizo cargo de la Parroquia de Santa María Virgen en Oxford. Una de las actividades pastorales que más tiempo le ocuparán, mientras estuvo encargado de esta parroquia universitaria hasta 1843, será la elaboración de sus sermones. Pocos son los sermones en los que hay alguna referencia mariana o que estén dedicados enteramente a la Virgen; pero estos pocos son bien interesantes.

En el sermón del 25 de diciembre de 1828 Newman invita a sus oyentes a fijarse en el grupo de personas que están en el establo de Belén, centrando la atención en el Niño y en su Madre. En el sermón del 2 de febrero de 1831 encontramos un párrafo, explícitamente mariano, donde Newman pone de manifiesto que la condición singular y única de María sólo se explica en referencia al Hijo de Dios, que nació de Ella; y que lo acontecido en María era el comienzo de una bendición que estaba destinada a la entera raza humana. Con motivo de la fiesta de la Anunciación del Señor, el 25 de marzo de 1832, Newman predicó un sermón

enteramente dedicado a la Virgen María. El alcance mariológico de las afirmaciones que en él realiza descansa, no tanto en lo que ellas dicen, cuanto hacia donde apuntan.

LÍDER DEL MOVIMIENTO DE OXFORD

A mediados de 1833, a punto de finalizar su primer viaje a Italia, Newman es consciente de que una tarea especial le aguarda en Inglaterra: «*Antes de dejar la fonda, la mañana del 26 ó 27 de mayo, me senté en la cama y comencé a sollozar violentamente. Mi criado, que había hecho conmigo de enfermero, me preguntó qué me pasaba. Sólo pude responderle: "Tengo que hacer una obra en Inglaterra"*». El martes 9 de julio llegaba a la casa de su madre y al domingo siguiente, 14 de julio, John Keble predicó el famoso sermón sobre «*La Apostasía Nacional*». De tal fecha Newman escribió: «*Yo he considerado y celebrado siempre este día como el punto de partida del movimiento de 1833*». Entusiasmado, Newman se incorporó de inmediato en el llamado *Movimiento de Oxford*, colaborando en la divulgación, mediante la publicación de los *Tracts for the times*, de lo que dieron en llamar «*los principios católicos*».

Newman y otros integrantes del *Movimiento de Oxford*, tales como John Keble y E. B. Pusey, inquietos por recuperar el dogma cristiano en su integridad, reanudaron los estudios patrísticos. Y al hacerlo, no pudieron por menos de ocuparse de María y de su papel en la teología cristiana. Dentro del *Movimiento de Oxford* el más pro-romano fue Hurrell Froude, quien le abrió a Newman el horizonte del sistema

romano en una de las facetas más genuinas del mismo: la devoción mariana.

Podemos decir que en el campo concreto de la mariología así como en otras áreas de la reflexión y de la vida de la fe, durante los años de militancia en el movimiento «tractariano», se entremezclan en el espíritu de Newman lúcidas posiciones de avance con fuertes reticencias. Fruto de estos años es el sistema conocido como la *Via Media*. Newman postuló este camino intermedio entre los mínimos protestantes y las exageraciones romanas, haciéndolo coincidir básicamente con la Comunión Anglicana. Pero este equilibrio se tornaba tenso y dramático en la medida en que Newman se veía urgido por la búsqueda de la verdad y ello le hacía mirar inexorablemente hacia Roma.

PASOS HACIA ROMA

En 1841, a cuatro años de su recepción en la Iglesia Católica, Newman parece estar muy seguro de su posición antirromana. Pero será el mismo Newman el que se quite la tierra debajo de sus pies al tomar una serie de decisiones que le encaminarán hacia posiciones no tan seguras y que, de hecho, serán pasos resueltos hacia Roma.

El 27 de febrero de 1841 se publicó el último de los *Tracts*, el 90. En dicho *Tract*, Newman, que era su autor, denuncia el excesivo protestantismo que se daba en el seno de la Comunión Anglicana. Las reacciones críticas a la publicación del *Tract 90* fueron tales que se prohibió la publicación de nuevos *Tracts*.

Newman renunció en septiembre de 1843 a su puesto eclesiástico y pidió la reducción al estado laical. Predicó su último sermón universitario en Oxford el 2 de febrero de 1843. En él Newman escoge a María, que guardaba las cosas de Dios y las reflexionaba en su corazón, como modelo de la actividad de la Iglesia a lo largo de los siglos, al sacar a la luz lo que en el Evangelio ya le fue dado de una vez para siempre. Significativa es esta elección de María por parte de Newman en cuanto modelo inspirador de la penetración eclesial en los contenidos de la revelación, porque esta actividad da razón de la evolución dogmática en la Iglesia y porque la mariología se ha convertido, de hecho, en un exponente claro de dicha evolución.

Newman se retiró a vivir a la aldea de Littlemore. La posición mariológica de Newman en aquellos años de retiro, aun cuando su fe mariana es sólida, se ve afectada por una objeción de fondo: el culto a María en la Iglesia de Roma le parece incompatible con la gloria que sólo a Dios se debe.

A fin de encontrar más luz, Newman empieza a escribir una obra sobre la evolución y el desarrollo dogmático. Es el mismo Newman quien nos lo cuenta: *«Así que, a finales de 1844, tomé la resolución de escribir un Ensayo sobre el desenvolvimiento doctrinal, y luego, si al acabarlo no se habían debilitado mis convicciones a favor de la Iglesia romana, dar los pasos necesarios para ser recibido en su seno... A comienzos de 1845 comencé mi Essay on Development of Doctrine, y sobre él trabajé firme todo el año hasta octubre. Según iba avanzando, mis dificultades se aclaraban, de*

manera que dejé de hablar de los “católicos romanos” y los llamé con audacia “los católicos”. Antes de terminar resolví entrar en la Iglesia Católica, y el libro ha quedado como estaba entonces, inacabado».

Como en Newman vida y pensamiento van parejos, conviene señalar que durante aquellos años de retiro en Littlemore el mismo Newman va removiendo en sí las objeciones sobre María. A remover tales dificultades le ayudó el Dr. Russell, presidente del Seminario irlandés de Maynooth, quien puso en manos de Newman unos libros devotos sobre María, entre ellos los sermones de San Alfonso María de Liguorio. La lectura de los mismos le convence a Newman de que en la veneración católica hacia la Virgen el centro insustituible es el Misterio de Dios, cayendo así las últimas objeciones que todavía albergaba en relación al culto a la Madre de Dios.

RECEPCIÓN EN LA IGLESIA CATÓLICA

Newman fue recibido en la Iglesia Católica el 9 de octubre de 1845: se confesó, hizo profesión del Credo de la fe católica y recibió el sacramento de la Confirmación, añadiendo a su nombre el nombre de María. Newman consideró su paso a la Iglesia Católica como llegar a *casa*; como ver la *luz* después de haber estado encerrado en una gruta; como llegar a *puerto* tras la tormenta. Ya católico, Newman solía repetir con frecuencia: «*Debemos sumergirnos en el sistema*». Para ello emprendió viaje hacia el corazón de la casa que le había abierto las puertas: Roma.

Estando en Roma, Newman ingresa en enero de 1847 en la Congregación del Oratorio y como sacerdote oratoriano vuelve a Inglaterra para implantar dicha Congregación en suelo inglés. El comienzo del Oratorio en Inglaterra también se vio marcado desde un principio por un sello netamente mariano. Dicho Oratorio recibió el nombre de *Maryvale* (*El valle de María*) y comenzó su andadura en vísperas de la Fiesta de la Purificación de María del año 1848. El 2 de febrero de 1849 se inauguraba el Oratorio de Birmingham. Con motivo de la inauguración de este segundo Oratorio en Inglaterra, Newman compuso un poema, titulado *La Candelaria*, que termina así: «... *María será música en nuestra pobreza y Jesús, tesoro de luz en nuestra vida*». El 31 de mayo de 1949 se fundó el Oratorio de Londres.

Con motivo de la inauguración del Oratorio de Londres, Newman pronunció dieciocho conferencias. En la XVII, que lleva por título: *The glories of Mary for the sake of her son*, Newman no pretende probar doctrina sino poner de manifiesto la coherencia y trabazón interna de las creencias católicas sobre María y cómo María sólo es pensable en contexto cristológico, del que recibe toda la potente luz que ella refleja. La conferencia XVIII, que lleva por título: *On the fitness of the glories of Mary*, está vertebrada por argumentos de conveniencia a favor de los privilegios de María y, en concreto, del privilegio de la *Asunción*.

Cuando el Papa Beato Pío IX publicó la encíclica *Ubi primum*, pidiendo la opinión de los Obispos católicos y de sus diocesanos acerca de la posible definición

como dogma de la doctrina inmaculista, Newman escribió el 5 de noviembre de 1849 al Obispo Ullathorne, haciéndole saber su voto favorable a la proyectada definición dogmática. El interés de Newman en este asunto es fácil de comprender ya que la proyectada definición era un ejemplo en sintonía con las tesis, por él defendidas, acerca del desarrollo de la doctrina y el dogma.

LA CARTA A PUSEY

El Dr. Pusey publicó en otoño de 1865 una obra titulada *Eirenicon*. Lejos de ser un escrito pacificador –como su mismo nombre sugiere– era un ataque contra la mariología defendida por Roma. Newman se sintió entristecido por el tono hostil de la obra y se vio urgido a contestar públicamente a Pusey, publicando en 1886 *A Letter to Pusey in the occasion of his recent Eirenicon*. Esta extensa respuesta de Newman tiene cierto carácter de síntesis mariológica.

En la primera parte de la obra, Newman se centra en exponer la doctrina católica sobre María, apoyándose en los Santos Padres. Newman realiza esta apelación a los Padres de la Iglesia, convencido de que ellos son el campo más seguro para construir la verdadera unión entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia Católica. En la segunda parte de esta obra Newman se ocupa de analizar los conceptos erróneos anglicanos y los excesos católicos en la devoción mariana.

LA DEVOCIÓN MARIANA DE NEWMAN

En Newman pensamiento y vida no son separables y, por ello, a lo largo de todo lo que llevamos dicho hemos podido comprobar cómo los destellos de su pensamiento iban de la mano con los latidos de su corazón. El pensamiento mariológico de Newman se ha ido desarrollando a la par que su piedad y devoción mariana.

La *Positio super Virtutibus* reconoce que Newman fue un gran devoto de la Virgen María y que su devoción estaba llena de vida y no era meramente especulativa. Las iniciativas que tomó y las actividades que realizó para fomentar la devoción mariana fueron de lo más variadas. El lenguaje que usa Newman es moderado y el más indicado para el gusto inglés. En sus cartas, Newman habla de María con la mayor normalidad, mientras no deja de animar a otros a tener y a crecer en la devoción hacia la Madre de Dios.

Veía a María junto a él durante la celebración de la Eucaristía. Bajo el amparo de María puso el proyecto de la Universidad Católica de Dublín y de la libertad moral que en ella debía darse. María formaba parte también del elenco de temas a ser predicados en aquella Universidad. Las composiciones poéticas de Newman también dan fe de su acendrada devoción mariana.

Según el testimonio del Obispo Ullathorne, con sólo entrar en el vestíbulo del Oratorio comenzado por Newman, al ver el altar de la Virgen allí colocado, cualquier visitante comprendía que aquella casa y sus

moradores, tanto sacerdotes como alumnos, estaban bajo la protección de María. En el mismo testimonio del Obispo Ullathorne se recoge todo el elenco de las prácticas exclusivamente marianas que se hacían en el Oratorio de Birmingham.

Cuando quedó imposibilitado para celebrar la Misa, recitaba de memoria la Misa de la Virgen; y cuando la vista ya no le permitía rezar el Breviario, sustituía la lectura del mismo por el rezo del Santo Rosario.

Pensando en la hora final, Newman dejó escrita esta oración: *«¡Oh Señor y Salvador nuestro, ayúdanos en aquella hora con la fuerza de tus sacramentos y la suavidad de tus consuelos! Que las palabras de la absolución desciendan sobre mí, y el santo óleo me unja, y tu Cuerpo sea mi comida, y tu Sangre me rocíe. Que mi dulce Madre María respire sobre mí, y mi ángel me susurre paz, y mi querido padre San Felipe me sonría, de modo que yo obtenga el don de la perseverancia y muera, como deseo vivir, en Tu fe, Tu Iglesia, Tu servicio y Tu amor»*.

P. LINO HERRERO PRIETO CMM
Salamanca (España)

Presentación del artículo «Internet y la vida monástica»

Sabemos que Internet tiene cada vez más importancia en nuestra vida. Los que acompañamos espiritualmente a otras personas o celebramos el Sacramento de la Reconciliación podemos constatar que esta influencia abarca, y mucho, el ámbito espiritual, pues Internet puede ayudar o entorpecer nuestra relación con Dios. Todo depende del uso que le demos.

Esta cuestión se hace más patente en aquellas personas que han sido llamadas a la vida monástica, pues ésta trata de salvaguardar un ambiente propicio para el encuentro con Dios. La vida monástica está pensada para ayudar al monje y a la monja a vivir en íntima relación con su Amado. En un ambiente tan especial, surge la pregunta de si es conveniente o no tener acceso a Internet, pues éste es, en definitiva, una puerta abierta al mundo exterior, con todo lo bueno que hay en él... y todo lo malo.

Por eso, hace tiempo le pedí a Nacho Peiro, que es laico dominico, experto en Informática y alguien que aprecia mucho a las monjas, que escribiese un artículo al respecto. A pesar de sus muchos quehaceres como padre de familia e informático, accedió a hacerlo y tuvo la sabiduría de dejarse aconsejar por varias religiosas, por amigos informáticos y por un miembro

de la Oficina de Internet de los frailes dominicos de la península ibérica.

Ante todo es muy importante dejar claro que este artículo no trata de convencer a ninguna comunidad ni a nadie de que ponga un acceso a Internet en su monasterio o en su casa. Trata simplemente de informar de sus pros y de sus contras con el fin de que cada uno haga lo que considere oportuno. Lo importante es que el uso –o no uso– de Internet ayude a cada comunidad monástica –y a cada persona– a potenciar su carisma contemplativo. Por ello este artículo es útil para todos, no sólo para las monjas y los monjes, si bien está especialmente orientado hacia ellos.

Por último quiero decirles que Nacho escribe como un técnico informático. Su lenguaje contrasta un poco con lo que estamos acostumbrados a leer en *Vida Sobrenatural*, pero verán que es muy claro y ameno, y aprenderán muchas cosas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Internet y la vida monástica

EL FRAILE Y EL PUNTERO DEL RATÓN: LA BRECHA DIGITAL

Cuentan de un prenovicio que, en tiempo de recreación, comentaba en su comunidad religiosa lo intuitivo del aprendizaje de la informática y del uso de los ordenadores. En eso que uno de los frailes de la comunidad se levantó, fue a su celda, volvió con un libro de casi quinientas páginas acerca de informática básica y se dirigió al prenovicio: «cuatrocientas páginas y ni siquiera explican lo que es el puntero del ratón».

Algo similar a lo que le pasaba a aquel fraile con los conocimientos básicos de la informática, le sucede a mucha gente con Internet. Todo el mundo habla de la red de redes, de redes sociales, de blogs, de portales, de páginas web... Sin embargo la distancia, denominada «brecha digital», entre estas tecnologías y cantidad de gente que acerca de ellas todo desconoce, aumenta en lo que podríamos considerar una nueva forma de analfabetismo a combatir. Un ejemplo muy significativo y esclarecedor de esto es el reto al que muchos padres y madres de familia se enfrentan al ver cómo sus hijos han nacido, crecen, se educan, se divierten y se relacionan con tecnologías, programas de ordenador y máquinas que ellos apenas conocen.

Muchas son las alabanzas y críticas que escuchamos acerca de Internet, increíbles beneficios y los más

preocupantes peligros. Pero... ¿qué hay de realidad en todo ello? ¿Cuáles son las ventajas que como religiosos y religiosas podríais obtener de Internet? O lo que es más importante: ¿cuánto y qué de vosotros, como consagrados a Dios a través de la vida monástica, podríais ofrecer a través de la red? Por otro lado, ¿cuáles son los peligros que os podrían acechar en el uso de Internet? ¿En qué se podría ver perjudicada vuestra vocación y vuestra vida religiosa y contemplativa?

Desafortunadamente, al no ser monjes, nosotros no tenemos las respuestas a estas preguntas. Lo que sí tenemos es la fuerte convicción de que el inicio de la búsqueda de estas respuestas pasa por la formación, el saber aconsejarse de profesionales y, sobre todo, de la ausencia de complejos acompañada de una cierta prudencia.

Quieren ser estas líneas una breve introducción a Internet, sus beneficios y algunos de sus peligros. En definitiva, sólo un pequeño, pero decidido intento de alentar en vosotros el ánimo suficiente para iniciar el camino de la búsqueda de las respuestas a las preguntas que antes formulábamos.

Pensad que aunque una comunidad monástica no tenga instalada una conexión a Internet o ni siquiera lo tenga previsto, siempre será bueno para ella conocer este mundo, pues en nuestra sociedad es un elemento fundamental que provoca cambios que nos afectaran de una u otra manera, aun viviendo en la clausura de un monasterio sin Internet.

INTERNET: RED DE REDES

A finales de la década de los 60, cuatro universidades estadounidenses, tres en California y una cuarta en Utha, lograban unir cada una de sus particulares redes informáticas en una única interconectada. Surge la red Arpanet, precursora conceptualmente de Internet por el hecho de ser una red lógica única formada por la unión de varias redes físicas basadas en tecnologías diferentes.

Lo que para Arpanet era la unión a nivel lógico de cuatro diferentes redes universitarias, para Internet es la unión lógica de miles y miles de redes y servidores interconectados a lo largo y ancho del mundo. Esta visión de Internet, heredada de Arpanet, como una red que se conforma por la unión lógica de diferentes redes físicas, es la que le proporcionó el sobrenombre de «red de redes».

Esta «red de redes» es la plataforma sobre la que se ofrecen un conjunto de servicios. Quizá el más conocido sea la web o el WWW (Word Wide Web) –que podríamos traducir como «tela de araña de tamaño mundial»–. Originalmente WWW permitía la consulta remota de archivos de hipertexto: archivos digitales que contenían texto informativo y enlaces a otros archivos que, a su vez, contenían nueva información en forma de texto y nuevos enlaces a otros documentos. Y así sucesivamente hasta conformar una verdadera tela-araña de documentos informativos enlazados entre sí.

Con el paso del tiempo, al hipertexto original se fue añadiendo información en formatos multimedia, esto

es: imágenes, audios y vídeos, lo que ha supuesto el enriquecimiento y la mejora de la calidad de los documentos, hasta llegar a lo que hoy conocemos como páginas web. Estas páginas ya no sólo ofrecen información interrelacionada en distintos formatos, sino que son capaces de ofrecer un catálogo de soluciones del más amplio rango: comercio electrónico para la compra-venta de productos y servicios, aplicaciones para la gestión de contenidos, foros y blogs, redes sociales, periódicos digitales, etcétera.

Por supuesto, WWW no es el único servicio. Otros ejemplos de servicios ofrecidos en la red son:

- *El correo electrónico*, como medio de intercambiar mensajes de contenido multimedia a través de la red. Aparte de los privados, hay numerosos ejemplos de servidores de correo que son ofrecidos por grandes compañías (Microsoft, Google, Yahoo,...) de manera gratuita. Entre los más conocidos están Hotmail, Gmail, Yahoo,...
- *La mensajería instantánea o chat*, que permite las conversaciones mediante el intercambio de frases escritas en tiempo real. Entre los programas que permiten el uso de este tipo de servicios y que cuentan con más usuarios quizá el más popular es el Messenger.
- *La telefonía, radio y televisión* a través de Internet, con un enfoque similar al que ya conocemos pero que se diferencia en que la señal tanto de telefonía como la de radio y televisión viaja por Internet. Si hablamos de telefonía y

vídeo-conferencia por Internet, el más conocido de los programas que usan estos servicios es Skype. Es sobresaliente el gran ahorro económico que mediante el uso de este programa han conseguido muchos institutos religiosos en su comunicación entre las comunidades de sus países de origen y los más lejanos lugares de misión. En cuanto a televisión y radio, las principales cadenas, que hasta hace muy poco transmitían únicamente su señal al aire mediante antenas, lo hacen también ahora desde sus páginas web a través de Internet.

- *Servicios P2P* (Peer to peer, traducido en español como «punto a punto») donde usuarios de Internet comparten parcial o totalmente el contenido de los discos duros de sus ordenadores con objeto de intercambiar libremente la información que en ellos almacenan. En los últimos años el uso de estos servicios para el intercambio de música, películas y otras producciones culturales e intelectuales ha sido tal que ha supuesto la crisis del negocio tradicional de la distribución de discos, películas y libros; aparte de abrir un acalorado debate social entre usuarios de Internet y autores acerca de la legalidad y legitimidad de esta práctica. El más famoso –pero no único– programa P2P ha sido y es sin duda eMule.
- *Juegos en línea*, donde los jugadores han pasado de jugar contra la propia máquina a poder jugar junto o contra otros jugadores unidos a la partida a través de Internet.

Existen multitud de servicios más con orientaciones tanto profesionales como domésticas. Todos estos servicios han transformado nuestra sociedad en los últimos años, y siguen haciéndolo hoy en día; añadiendo un amplio abanico de nuevas formas de relacionarse, divertirse, formarse y hasta trabajar. Es previsible que, de igual manera que ha sucedido desde la aparición de Internet, surja la concepción de nuevos servicios o la renovación de los existentes en base a nuevas posibilidades tecnológicas y en respuesta a nuevas necesidades de los usuarios.

INTERNET: UNA OPORTUNIDAD PARA Y DESDE LA VIDA MONÁSTICA

Hace más o menos tres décadas, Paul Allen y Bill Gates crearon la que hoy es una de las más gigantes empresas del sector de las tecnologías de la información: Microsoft. El sueño de estos dos jóvenes emprendedores, para algunos incluso visionarios, fue el pensar en un mundo donde hubiera un ordenador en cada escritorio de cada oficina y de cada casa.

Algo que a estas alturas del artículo nos gustaría haber dejado claro es que Internet no es más que un medio de comunicación y de intercambio de información. En la medida en que los dispositivos usados para esa comunicación e interacción –esos ordenadores que Allen y Gates soñaron en cada casa o la infinidad de dispositivos móviles que nosotros mismos podemos encontrar hoy en día en el mercado tecnológico– son más familiares y cotidianos, mayor es el

número de personas con capacidad para comunicarse e intercambiar información a través de Internet.

Es en este preciso momento, en el que nos damos cuenta de la cantidad de personas que están potencialmente comunicadas a lo largo y ancho del mundo y cuando comprendemos el volumen de información que se puede intercambiar en cualquier momento del día o de la noche, cuando Internet se erige delante de nosotros no sólo como un verdadero prodigio tecnológico sino como un auténtico nuevo mundo que, por muy virtual que sea en la lógica de la interconexión de las redes informáticas que lo sostienen, es totalmente real en lo que respecta al modo en el que las personas lo viven y usan para infinidad de cosas como relacionarse y aislarse, buscar y ofrecer, divertirse y trabajar, enseñar y aprender, comprar y vender, y así un largo etcétera.

En cualquier caso, algo que ni Paul Allen ni Bill Gates pudieron llegar a imaginar nunca es que los ordenadores podrían llegar también a conventos, monasterios y abadías como finalmente ha sido. Y, así pues, también a nosotros, desde el mundo religioso en general y desde el mundo monacal en particular, no nos es difícil llegar, como al resto de nuestros contemporáneos, a la pregunta de para qué nos podría servir Internet o, lo que es lo mismo y de manera más cercana a vuestra realidad monástica, cuáles son las oportunidades que Internet puede ofrecer a los monjes y las monjas del siglo XXI.

Al hablar de Internet como oportunidad para y desde la vida monástica, vuelve a surgir en nosotros el

sentimiento de no ser nadie para ni siquiera insinuar lo que sólo vosotros y vosotras tendréis que discernir sobre cómo os podríais posicionar ante la realidad de Internet. No obstante, y solamente con el ánimo de ensanchar el horizonte de posibilidades, os ofrecemos algunas ideas que, como informáticos y como creyentes, pensamos que podrían ser tenidas en cuenta.

La oportunidad de la formación

Hablamos de formación que puede ser a título individual o comunitario, donde Internet posibilita el acceso a recursos en forma de profesores y documentos que hasta hace muy poco eran inaccesibles por la distancia a la que se encontraban, por el coste económico que suponía acceder a ellos, etcétera.

También hablamos de formación en una segunda dirección en la que vosotros podríais ofrecer formación acerca de temas y materias en las que es difícil encontrar verdaderos maestros: espiritualidad, mística, silencio, contemplación... Es sólo cuestión de planificar, de ser muy creativos y decididos.

La oportunidad de la información

Internet ofrece la posibilidad de difundir noticias de manera casi inmediata. Así, la diferencia de tiempo entre la publicación de la información y la posibilidad de acceder a ella, por parte de usuarios de la red, es prácticamente nula.

Al referirnos a la información, no nos referimos únicamente a la prensa –antes únicamente impresa,

radiotransmitida o televisada– en un sentido general; sino que queremos hacer una mención especial a la información que se genera en el seno y en el entorno de la Iglesia y de nuestras familias religiosas y que está disponible a través de las páginas web y servidores de las diferentes diócesis, movimientos eclesiales, congregaciones e institutos religiosos.

La oportunidad de una nueva forma de relación

La facilidad y la diversidad de posibilidades de comunicación a través de Internet suponen una oportunidad de estrechar el contacto entre personas y comunidades o, incluso, enfocarlo de una manera más social dando cabida a un número mayor de personas.

El poder hacer uso de *blogs* donde las reflexiones cotidianas de su autor –cualquiera de vosotros o vosotras– podrían estar disponibles para todo aquel que las quisiese hacer suyas, o, por otra parte, el poder compartir opinión, convicciones y complicidades a través de *foros*, son sólo dos ejemplos de cauces que podrían fomentar la comunión entre los miembros y comunidades de nuestras familias religiosas a través de la red.

Otra faceta de la oportunidad de una nueva forma de relación tiene que ver con vuestra disponibilidad hacia las personas que pudieran querer acercarse a vosotros. La oportunidad de compartir momentos de convivencia y diálogo en locutorios y hospederías de cualquiera de vuestros monasterios es algo que, los que hemos tenido oportunidad de vivirlo, valoramos en extremo. Pero lo cierto es que la mayoría de las per-

sonas no han tenido, ni probablemente tendrán, la oportunidad de vivir esta experiencia. Internet en esto es reflejo del mundo real, donde muchas personas anhelan, conscientemente o inconscientemente, el encuentro con el Misterio e incluso lo buscan, y donde a menudo sólo encuentran sucedáneos de espiritualidad –digamos «misticoide»– basados en la elección a la carta de valores místicos, esotéricos y/o espirituales propios de diferentes religiones y filosofías.

Pues bien, existe esta otra oportunidad de una nueva relación a través de experiencias de comunión al interior de nuestras instituciones y de acogida fraterna y acompañamiento espiritual hacia el exterior de los monasterios, ambas basadas en las nuevas formas de relación que posibilita Internet.

Estas nuevas formas de relación desembocan en ocasiones en experiencias vocacionales que trascienden la virtualidad de Internet.

La oportunidad de darse a conocer

Internet, por las posibilidades que tiene de plasmar de forma creativa contenidos, y por el público objetivo potencial que puede llegar a ellos, es una plataforma ideal para darse a conocer. Así, tanto empresas e instituciones públicas y privadas, como particulares aprovechan esta oportunidad para los más diversos fines.

No ajenas a esta oportunidad, la mayoría de las órdenes y congregaciones religiosas dispone de páginas web con objeto de dar a conocer sus carismas, rea-

lidades y obras de misión. En los últimos años no es difícil encontrar vídeos en Internet con el testimonio vocacional de monjes y monjas, o incluso que muestran parte de las actividades más señaladas de la vida de una determinada comunidad monástica.

Tampoco son nuevas las experiencias de monasterios que ofrecen el fruto de su trabajo –por ejemplo, mediante campañas navideñas de venta de turrón, mazapán u otros dulces; o por medio de la publicación del catálogo de las obras de arte que ellos hacen, etcétera– a través de Internet como alternativa a la tradicional venta en el torno del monasterio.

También hay comunidades que ponen a disposición del público o de investigadores el contenido digitalizado de sus archivos o de su patrimonio artístico con objeto de fomentar la cultura y facilitar determinadas actividades de investigación.

La oportunidad de un nuevo cauce de recursos

Dado su carácter universal y los recursos –páginas web, repositorios de materiales pastorales, digitalización de archivos y bibliotecas– creados y disponibles en la red (ya vimos en el punto anterior como hasta hay monasterios que han digitalizado archivos y publicado la documentación de su patrimonio artístico), Internet supone la oportunidad de un nuevo cauce de recursos, donde se pueden encontrar desde materiales para enriquecer la liturgia hasta textos para su uso en la lectio divina, pasando por cantos y sus partituras, reflexiones espirituales, pautas homiléticas, comentarios bíblicos,... y así un largo etcétera.

La oportunidad de la Predicación

Con Internet o sin él, no debemos olvidar que la misión de todo cristiano es la de ser seguidor de Jesús, testigo de su buena noticia y promotor del reinado de Dios. Es Internet por su capacidad, tanto de difusión masiva como de contacto directo, una de las mejores plataformas desde la que –unas veces de manera más explícita y otras de manera más creativa– poder ejercer el ministerio de la Predicación desde el ámbito monástico.

Un ejemplo concreto sería la página de Predicación de <http://www.dominicos.org/predicacion>, en la que participan algunas comunidades de monjas dominicas compartiendo con los usuarios de esta página lo que han reflexionado en comunidad sobre las lecturas de la liturgia de cada día.

LOS PELIGROS DE UN NUEVO MUNDO

Hasta ahora hemos visto muchas de las posibilidades que nos ofrece, pero cabe preguntarse ¿es todo bueno en Internet? Muchas noticias nos hablan de comisión de delitos, contenidos perniciosos, fomento de actitudes y hábitos poco saludables... a través de Internet. ¿Qué hay de realidad en todo esto?

Antes de seguir avanzando en el tema, nos gustaría plantear una cuestión acerca del mundo en el que vivimos en el contexto cotidiano de nuestra vida. Por ejemplo, nos podríamos preguntar si poseer un cuchillo en nuestra casa es bueno o es malo.

Siempre hemos escuchado que en el juicio moral, la casuística es traicionera; pero para abordar esta

cuestión, que sólo pretende ser un simple ejemplo, podríamos examinar los diferentes casos del uso de un cuchillo. Así pues, un cuchillo nos permite manipular alimentos para elaborar excelentes comidas. Desde este punto de vista, el cuchillo puede considerarse como bueno. Un segundo caso sería el de que, manejando el cuchillo, nos hiriésemos accidentalmente con él. Lejos de ser malo, lo cierto es que el cuchillo requiere cierta técnica de manejo y autoprotección. Otra opción es que el cuchillo fuese cogido por uno de nuestros hijos y se hiriese o hiriese a alguien con él. Parece normal considerar, en este caso, que no todo el mundo debería poder usar un cuchillo hasta no cumplir determinadas condiciones, en nuestro caso la edad o madurez suficiente. Y, por último, tendríamos el caso de quien coge un cuchillo con intención de herir a alguien. Este caso podríamos considerarlo claramente como malo.

Así concluimos que la bondad o maldad de poseer un cuchillo depende del uso que hagamos de él y la capacidad –madurez, destreza y habilidad– que tengamos para manejarlo y, en su caso, para protegernos de su, ya sea accidental ya sea intencionado, mal uso.

Volvemos de nuevo a nuestro mundo virtual para aventurar que, de igual manera que en el mundo real, lo bueno, lo no tan bueno y lo malo conviven en Internet. Y, de manera paralela, que la mayoría de las veces esa bondad o maldad, y en consecuencia los peligros que nos puedan acechar en Internet, dependen del uso que de él hagamos y de la intención con la que lo hagamos, junto con la capacitación que tengamos para

usarlo y para protegernos de accidentes o ataques. Es decir, como hemos visto con nuestro ejemplo del cuchillo, nada que no hagamos ya en el mundo real.

Sin pretender hacer una lista completa, sí nos gustaría resaltar algunos puntos que consideramos especialmente notables en relación a posibles peligros a los que pudierais llegar a estar expuestos en Internet.

Internet y clausura

Si bien el fin de vuestra vocación es la contemplación, sabemos que la clausura, como medio para poder llegar a tener una dinámica de vida contemplativa, es esencial.

Incluimos este asunto en este punto del artículo porque pensamos que Internet no deja de ser una ventana abierta al mundo exterior. No estamos seguros, por aquello ya comentado en el artículo de que no somos monjes, de si esto es bueno o es malo; pero sin duda supone una nueva realidad en el seno de vuestras comunidades que merece ser tenido en cuenta para vuestra reflexión y estudio.

La reflexión y toma de una decisión acerca de la instalación de un ordenador con acceso a Internet en un monasterio y cómo va a ser usado por la comunidad no debería ser muy distinta a la de la instalación de un teléfono o una televisión en el mismo monasterio. Así, si se va a instalar uno por comunidad o uno por celda, si para hermanos con determinados oficios o para el total de los miembros de la comunidad, si se establecen o no reglas de uso,... son decisiones

que se deben tomar en base a las características de cada comunidad, su realidad, carisma y misión.

En cualquier caso parece acertado no pasar de la nada al todo en el uso de Internet, y parece más aconsejado el uso gradual en tiempo, contenidos y herramientas y así poder evaluar el impacto en la comunidad y, sobre todo, en aquellos miembros de la misma que, por su edad y años de vida en clausura, menos familiarizados puedan estar con el uso de la informática en general y con el de Internet en particular.

Puede que Internet no sea una amenaza para la clausura de los monasterios, pero la introducción de este medio de comunicación en ella, como hemos visto, puede tener un impacto sensible en un estilo de vida tan exigente y sacrificado como es la vida monástica. Este impacto debe ser –en la medida de lo posible– previsto, evaluado y corregido –cuando sea negativo– o potenciado –cuando sea positivo–.

Páginas inadecuadas

Cuando hablamos de páginas inadecuadas hablamos de páginas que ofrecen alguno o varios de los siguientes contenidos:

- *Contenidos no deseables*. Aquellos contenidos que no ayudan al desarrollo de vuestra vocación o, simplemente, a vuestro desarrollo como personas. Un ejemplo serían las páginas de contenido pornográfico.
- *Contenidos insalubres*. Son contenidos que atentan contra la salud propia o la de los

demás. El ejemplo más conocido, y que es objeto de lucha de las instituciones de protección de menores, son las páginas que fomentan la anorexia y la bulimia en niñas y jóvenes.

- *Contenidos ilegales*. Son contenidos que por su naturaleza atentan contra la legalidad. Algunos ejemplos son las páginas que promulgan la xenofobia, el terrorismo o que ofrecen pornografía infantil. Un punto importante es que participar o manipular la información contenida en estas páginas (por ejemplo la descarga de pornografía infantil) podría ser, en algunos casos, un hecho constitutivo de delito de acuerdo a leyes nacionales e, incluso, internacionales.

Esta distinción no es ajena a cualquier otro tipo de medio de comunicación, como pueden ser cadenas de televisión o publicaciones escritas, pero el acento del peligro en Internet está en el fácil acceso a este tipo de contenidos, ya sea intencionado o accidental, en el que podemos incurrir al navegar por la red.

Adicción a Internet

Desde la generalización del uso de Internet, el problema de la adicción de algunos usuarios al uso de la red es más que frecuente y muy especialmente entre jóvenes, incluso menores de edad.

La adicción a Internet se detecta en hechos como la cantidad de tiempo de navegación, enajenación de la realidad manifestada en el desatendimiento de los deberes cotidianos: laborales o académicos (falta al

trabajo o a clase), domésticos (tareas del hogar) o personales (falta de aseo o falta de horas de sueño). Este tipo de adicciones, que suelen empezar en pequeños detalles sin importancia, adquieren efectos muy perniciosos y deben ser tratadas de manera tan contundente y especializada como cualquier otra adicción.

Un capítulo importante dentro de la adicción a Internet es la *prevención*. Esta prevención pasa por iniciarse en Internet gradualmente y por interesarse por la actividad en la red de los familiares, amigos o hermanos de comunidad que pudieran estar en riesgo de este peligro, no como expresión de desconfianza sino como un hábito saludable donde se comparte la vida de aquellos que nos son familiares, cercanos e importantes en nuestra vida.

En el caso de la vida religiosa y muy especialmente en la monástica, el mayor de los riesgos puede estar en el acceso brusco y rápido a Internet por parte de monjas, monjes y comunidades que no están familiarizados con el mundo informático y que podríamos considerar más vulnerables en este sentido.

Inseguridad

La vulnerabilidad en Internet depende de dos factores fundamentalmente:

- La seguridad de la infraestructura que utilizamos. Nos referimos a aspectos tales como tener programas que impidan el contagio de nuestros ordenadores por parte de algún virus informático, y mantenerlos actualizados, o codificar el tráfico de datos a través de nuestras

redes inalámbricas (redes Wifi) mediante el uso de contraseñas. En este sentido es conocido el caso de un monasterio cuya red Wifi no estaba protegida por contraseña y era usada por un vecino, sin conocimiento ni autorización de las monjas de la comunidad, para la comisión de un delito de gravedad.

- Nuestra manera de proceder en el uso de Internet y el modo en el que a través de él proporcionamos información acerca de nosotros mismos, nuestras familias o comunidades. Así, debemos tener un especial cuidado en la información que compartimos acerca de nuestros hábitos de vida en espacios de Internet que son públicos y accesibles para cualquiera. Especialmente nunca debemos facilitar datos de nuestros documentos de identidad, número de tarjetas de crédito o información que pueda poner en entredicho nuestra integridad o la de nuestra comunidad, tanto en el mundo real como en Internet. A modo de ejemplo, la policía constata que usuarios de redes sociales han sufrido robos en épocas estivales después de haber hecho público –habitualmente en diferentes momentos– su marcha de vacaciones y la dirección de su domicilio.

Para evitar ponernos en situación de vulnerabilidad debido al uso de Internet, las recomendaciones serían: ponerse en manos de expertos para la instalación y configuración de nuestros sistemas informáticos –redes, ordenadores y programas– y evitar dar información personal a través de Internet aunque nos la soliciten.

Ante la duda de si hacer o no determinadas cosas en Internet o de cómo hacerlas, el consejo es preguntar a expertos o amigos con mayor experiencia.

Anonimato, suplantación de la identidad y superficialidad de las relaciones

Internet, como ya hemos visto, facilita la comunicación entre usuarios que pueden estar a miles de kilómetros de distancia de nosotros y de los que no podemos averiguar su identidad real. Cualquier usuario de Internet puede constatar que, en muchas ocasiones, otros usuarios de la red se amparan en el anonimato o suplantando la identidad de otras personas para realizar comentarios o acciones inadecuadas, poco saludables o incluso ilegales.

Así mismo, muchas veces es más fácil hablar a través de Internet con un supuesto «amigo» que vive en la otra cara del mundo, que saludar a un vecino en el ascensor. Muchas veces el anonimato y otros factores, como la imposibilidad de mantener comunicación no verbal alguna, facilitan la falsedad en la identidad y la superficialidad en las relaciones.

Hay veces que es fácil intuir que la persona que está contactando con nosotros por Internet no es quien dice ser (por ejemplo, sería muy raro que alguno de nosotros recibiese un correo electrónico de Benedicto XVI); pero otras veces no es tan fácil (por ejemplo, cuando recibimos un correo electrónico con el membrete de nuestro banco en el que nos solicita el número y clave de nuestras tarjetas bancarias, o correos

enviados aparentemente desde el correo electrónico de amigos o familiares donde nos piden cosas que aparentemente no son extrañas, pero que resultan ser perjudiciales para nosotros).

Como norma general es recomendable usar el sentido común y la honestidad en nuestra manera de comunicarnos y relacionarnos por Internet, pero sobre todo no bajar la guardia. No obstante, e igual que haríamos en el mundo real, si creemos ser víctimas o testigos de un delito, no debemos dudar en acudir a las autoridades. La mayoría de los cuerpos policiales de los países desarrollados –la Policía Nacional y Guardia Civil en el caso de España–, cuentan con brigadas con un alto nivel de especialización y dedicadas a combatir los delitos informáticos y el crimen en la red.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Al hablar de Internet como un nuevo modo de relacionarse, de expresarse, de comunicarse, de intercambiar información y conocimiento... pensamos que realmente, o por lo menos en cierto modo, de lo que estamos hablando es de cultura. Al hablar de cultura y relacionarla con vida monástica no podemos olvidar que, hace algunos siglos y en nuestro continente, fueron precisamente los monasterios los garantes de la conservación y promoción de la cultura.

Hecha esta visión retrospectiva podríamos aprovecharla para formular una pregunta a modo de proyección hasta nuestros días: ¿Cuál podría ser vuestra responsabilidad –como religiosos y religiosas con-

templativos, herederos y herederas de la tradición monacal– para con este nuevo mundo, incluido su propio aspecto cultural, que Internet supone?

Así, pues, cuando hablamos de lo que nos supone Internet, hablamos realmente de dos dimensiones. Por un lado, hablamos de la oportunidad que se nos da como posibles miembros y/o usuarios de ese nuevo mundo –y que ya tratamos anteriormente–. Y en un segundo lugar, hablamos de la responsabilidad social y cultural que, como cristianos, creyentes y comprometidos, no podemos eludir.

Al hablar de responsabilidad queremos referirnos a la respuesta que cabe esperar desde una comunidad monástica ante el fenómeno de Internet. Esta respuesta es, a nuestro juicio, una cuestión a reflexionar a distintos niveles: por cada monja y cada monje, por cada comunidad y finalmente por cada familia religiosa.

A modo de sugerencia, en la dinámica de la reflexión os plantearíamos la contemplación de cada una de las oportunidades –las que os presentamos en este artículo y otras que se os puedan ocurrir– desde vuestros carismas, estilos de vida, intereses y realidades presentes, teniendo muy en cuenta los peligros con los que nos podemos topar, y sin olvidar a las personas que pueblan el nuevo mundo de Internet y, sobre todo, a la luz del Evangelio.

La decisión queda en vuestras manos. ¡Suerte con ello!

DON JOSÉ IGNACIO PEIRO ALBA, O.P.
Madrid (España)

Reflexiones sobre el Espíritu Santo

Muchas veces se ha hablado sobre la tercera Persona de la Trinidad como del «gran Desconocido». Si esto fuera verdad, intentaré brindar a los lectores algunos datos que nos permitan cambiar esa afirmación, pues el Espíritu de Dios es nuestro prójimo, compañero cercano de nuestro peregrinar cristiano.

El Señor Jesús, nos dijo, en dos pasajes evangélicos, cuál sería la obra del Espíritu:

- Una ayuda-memoria, para que la Voz de Cristo siga resonando en nuestros corazones, tal como lo hizo con sus contemporáneos, desde Pentecostés: «*El Espíritu Santo les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho*» (Jn 14,26).
- Además, nos guiará, paso a paso al conocimiento de toda verdad: «*Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él les introducirá en el conocimiento de toda verdad*» (Jn 16,13).

Y aquí tenemos que tomar *conocimiento* en su sentido bíblico, como *honda e íntima relación de desposorio con la Verdad plena que es Cristo*.

Esto nos conducirá a unirnos a Jesús haciéndonos uno con Él gracias al Espíritu.

Éste es el mismo Espíritu que transformó a la Iglesia apostólica, de *replegada* sobre sí misma, a *desplegada* sobre el mundo.

Hablando del Espíritu, el Concilio Vaticano II nos dice que es «*El Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rm 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál 4,6). Guía a la Iglesia a toda la verdad y la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y la embellece con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo (...)*» (Lumen Gentium 4).

Repasemos los verbos que nos pone el texto conciliar, para que –volviendo a ellos– constatemos el *trabajo* que el Espíritu tiene en la trama de la Iglesia y en la de cada uno de nosotros, los bautizados, piedras vivas del nuevo Templo en el que reside como en su casa, verdadero hogar.

Sin el Espíritu, alma de la Iglesia y sangre que recorre sus venas, no podríamos acercarnos ni al Padre ni al Hijo.

Volvamos a los verbos del texto de la Lumen Gentium acerca de la obra del Espíritu, Soplo de vida:

Él es *fuentes de agua*: y, como «fuente», manantial inagotable que fertiliza allí a donde llega.

También nos *vivifica* y hace volver a gozar la luz de la vida a quienes habíamos caído en las garras del pecado, porque dejar atrás el pecado y reingresar en la vida de la gracia, es una verdadera Pascua: pasar de la muerte a la vida, resucitar, es obra del Espíritu que viene de lo alto.

También *habita* en la Iglesia y en nuestras almas, pero no como haría un huésped en un hotel, sino como el que es familiar allí donde vive.

Conduce, unifica, provee y gobierna a la Iglesia con los dones que dicho Espíritu tiene como propios y, por lo tanto, necesarios, para quienes no los tienen. No olvidemos que no es suficiente ni la Palabra de Dios ni los sacramentos. Necesitamos la presencia dinámica del Espíritu que nos hace ahondar en la comprensión de la Palabra y en el significado de los grandes Signos de Jesús. El Espíritu que procede del Padre y del Hijo *rejuvenece* constantemente a la Iglesia, ora y testimonia en ella, haciéndonos otros-cristos y manteniendo a la Iglesia tan joven como lo es Dios, «el más joven de todos», según el decir de San Agustín.

Cuando en los primeros tiempos los cristianos decían, refiriéndose al Día del Señor: «*No podemos vivir sin el Domingo*», nosotros no nos equivocaríamos si hoy afirmáramos que no podemos vivir sin el Espíritu, porque Él nos rescata de la muerte, devolviéndonos al Reino de los vivientes y recomponiendo nuestro rostro según la suma belleza del rostro de Dios.

Además, sabemos que el Espíritu barre nuestros miedos, como lo hizo en Pentecostés (cf. Hch 2,1-13), abriendo las puertas cerradas detrás de las cuales los

discípulos de Cristo se habían refugiado, lanzándolos a la apasionante aventura de la misión.

Así como el Espíritu otorgó en el Sinaí la Ley al Pueblo de Dios, Ley que lo marcaría a fuego, así hoy, desde Pentecostés, estamos sometidos al leve peso de la Nueva Ley, no grabada ya sobre piedra sino en nuestros corazones. Vivir según el Espíritu es abandonar las obras *de la carne*, como nuevas creaturas que dejaron de ser *del mundo*, tomando «*mundo*» como ese cono de sombras que opaca la presencia de Dios y borra en nosotros su imagen y semejanza.

El Espíritu de comunión hace de lo múltiple, uno, forjando la unidad en la diversidad, tal y como en el hombre y la mujer muchos órganos se integran formando un solo cuerpo.

Cito, para finalizar, un texto esclarecedor de San Agustín: «*Puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, cual lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una colina rechazada, va en cascada [...]. En los humildes se encuentra capacidad para recibir al Espíritu*» (Sermón 270,6).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

El Maestro nos habla en el silencio

«Vosotros no os hagáis llamar maestro porque uno sólo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8).

«Vosotros me llamáis Maestro y decís bien, porque lo soy» (Jn 13,13).

Una «escuela de silencio» quiere significar que tiene un Maestro y ese Maestro no es otro que el habla en el silencio interior.

El rasgo de la condición de discípulo es la docilidad, la ductilidad. «Discípulo» es el que se vuelve dúctil. Pero uno sólo es nuestro Maestro.

Hubo en Grecia un maestro que sólo enseñaba después de que los alumnos habían estado cinco años en silencio. Sabía que después de ese tiempo se despierta en el corazón humano la otra «ladera». Cuando la ladera de la superficie se acalla, aparece la docilidad y la frescura de la otra ladera interior. Aparece el otro Maestro. El otro Maestro es el que está en el corazón, el otro Maestro es Jesús. El gran Maestro es realmente Dios.

En nuestra sociedad hay tendencia actualmente a buscar maestros, gurús. Pero Jesús decía: *«si un ciego*

guía a otro ciego ambos caerán en el hoyo» (Mt 15,14). ¿Quién puede guiarnos a esa dimensión de lo Absoluto, a ese clima de la plenitud? ¿Qué maestro nos puede conducir a ese más allá?

El Maestro habla en el silencio interior. El Maestro no es el que habla bien de la luz, sino el que puede abrir los ojos para ver bien. El Maestro es el que nos devuelve el arte de ver, el que nos devuelve el arte de escuchar. Por eso, nuestro silencio interior no se reduce a una idea, a una palabra, sino que es una profunda experiencia interior: ahí el Maestro prefiere no hablar sino ser. Ese ser que es pura desnudez, puro vacío, pura ausencia de exterioridad y superficialidad.

Hay dos clases de maestros: un maestro exterior y un Maestro interior. El maestro exterior pretende organizar la vida de los demás.

Jesús sabía que *«ningún profeta es bien recibido en su tierra» (Lc 4,24)*: el profeta era itinerante. En su tierra, la gente desconfiaba de Él por estar acostumbrada a su voz. Nosotros también desconfiamos de las voces que hay en nosotros, desconfiamos de las palabras de nuestro corazón, del Profeta que habla en el silencio de nuestra interioridad. Y no es recibido en nuestra propia tierra. Y buscamos otras voces. Voz de aquí, voz de allá... cuando la voz puede estar en nuestra propia heredad.

Aclimatados a las voces de lo divino que pueden resonar en nosotros, no les damos crédito. Siempre desconfiamos y nos gusta contrastar: queremos que se acredite lo que experimentamos...

El maestro exterior es el que nos organiza la vida. El otro Maestro, el íntimo, aparece cuando nosotros estamos disponibles, preparados. Cuando las voces de la exterioridad se callan. La voz del afán de reconocimiento, la voz del afán de protagonismo, la voz de la agresividad, del poder, la voz del afán de saber y saber...

Cuando la voz de nuestra superficie, que es la voz de nuestro ego, se calla: es entonces cuando la otra voz puede sonar. La voz del Maestro, que nunca es violenta.

Dios cuida mucho el tono de su voz: para escucharle hace falta un inmenso de silencio. Si se quiere encontrar al Maestro, el primer requisito es saber escuchar.

Dice el salmo: «*En la mañana hazme escuchar tu gracia*» (Sal 142,8). No hay escucha si no hay silencio interior. El arte de escuchar es el arte del silencio. Lo primero en nuestra relación con el Maestro no es hablar, expresar: lo primero es escuchar. No consiste tanto en lo que nosotros digamos ni en lo que sintamos. La oración no consiste en lo que yo le pueda decir, sino en lo que Él me pueda manifestar... pero... ¡si no estamos callados!

Se pone en labios de Jesús esta expresión en los evangelios apócrifos: «Tengo algo que decir a alguien, pero no encuentro a nadie a quien decírselo». Este Maestro siempre tiene algo que decirnos. Nuestra condición silenciosa consiste en disponernos a ello, para que Él nos pueda desvelar el gran misterio de la vida: «*si un ciego guía a otro ciego...*». Pero Jesús no es un ciego, sino todo Él es deslumbrante. Jesús es Maestro para cada una de nuestras pisadas.

Recordad la expresión del salmo que dice: «*Lámpara es tu palabra para mis pasos...*» (Sal 118,105). Es el Maestro quien va delante de nosotros. No vale pedir que nos dé un chorro de luz. Basta que nos dé una luz para cada paso. Cuando se está hecho a la casa, una lamparita es bastante. Cuando estamos callados, silenciosos, cualquier estímulo de la creación puede ser un medio para escuchar la voz de nuestro Maestro. «*Sin que hablen sin que pronuncien...*» (Sal 18,4). Toda la creación nos ayuda a escuchar a nuestro Maestro.

Cuenta una leyenda que a un monasterio llegó un joven deseoso de pasar un tiempo. En su primera conversación con el abad éste se dio cuenta de su barullo interior: ¡hasta hablaba al revés! Le mandó entonces: «*Vete al jardín y observa una rosa*». Pasadas unas horas, el abad conversó de nuevo con aquel joven y, en efecto, vio que ya había otro equilibrio en su interior. Había desaparecido el barullo en su corazón.

Una florecilla tiene el poder de ponernos en orden, de armonizar nuestra diversidad. Siempre detrás de su belleza hay otra belleza que es la belleza de Dios, que es la que está en lo íntimo del corazón humano.

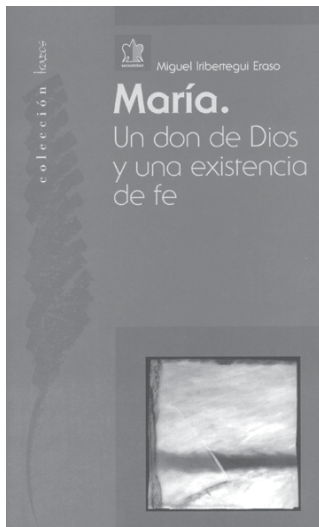
Otra leyenda cuenta que una monja iba de camino y pidió quedarse en un pueblo, pero todas las puertas se le cerraron. Cuando oscureció se acurrucó debajo de un árbol en un huerto. El árbol era un cerezo. Por la noche comenzó a nevar. Al cesar la nieve, todo el campo se quedó blanco y empezó a brillar la luna. Y cuando la monja vio todo el campo blanco y la luna brillando, sintió un profundo estremecimiento porque reconoció que toda aquella belleza era la blancura de Dios que estaba

en su corazón. Se levantó y se inclinó hacia el pueblo que no la había recibido agradeciéndoselo, porque si la hubieran recibido, se hubiera visto privada de esa noche de nieve que pudo disfrutar.

Cuando nuestra mirada es posesiva, las cosas no nos dicen nada. Las cosas huyen de nosotros cuando somos posesivos. Pero cantan y gritan de alegría si la mirada es fraterna con ellas.

El Maestro nos habla con su presencia.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Historia de una transformación

Relato novelado de inspiración bíblica

A ti, que entras en esta cueva y ves mis restos tendidos en este lecho de hierbas, va dirigida esta carta, como testimonio postrero de la obra hecha por Dios en mi vida. No muevas ni entierres mi cuerpo, pues has de saber que no importa dónde quede el cuerpo mientras el alma esté con el Amado, en abrazo seguro y confiado, por la eternidad.

Que ¿quién soy?... , que ¿cómo me llamo?... Lo segundo poco importa, pues pocas veces me llamaron por mi nombre; en cuanto a lo primero, te contaré mi historia, no por enorgullecerme de méritos que no poseo, sino para que contemples la obra que Dios –que me amó– hizo en mí, y renazca en ti la esperanza, y llegues a conocerlo y a amarlo como yo le amé, y le sigo amando mientras te escribo esta carta, y le amaré, como Él quiere –y yo intuyo–, por la eternidad.

La primera vez que le vi, iba apenas cubierta con una sábana y zarandeada de un lado a otro por hombres malos, lascivos, que me tendieron una trampa para acusarme y ponerle a prueba a Él; a todos ellos les conocía, en el más amplio sentido de la palabra, incluido aquel que les sirvió de cebo. ¿Mi nombre?, no les importaba, yo era sólo «la adúltera», una simple coartada para un vil intento de acusación, pero «el

adúltero» no estaba allí escarnecido conmigo; ya había hecho su trabajo y ahora les tocaba a ellos, «los adúlteros» de toda edad y condición, terminar la obra empezada.

Al llegar a donde Él estaba, me arrojaron al suelo, a sus pies, en medio del grupo que le escuchaba, con violencia inusitada, interrumpiendo su predicación. ¡Ah, esos benditos pies que fueron mi primera visión de Él y que nunca me cansaría de abrazar y de besar! Esos pies que se acercaron a mí después de que Él les dijera a todos que arrojaran su piedra sobre mí si estaban libres del pecado que me imputaban. Nadie quedó allí, ¡qué gran verdad! Sólo yo, como aceite derramado a sus pies, hecha un mar de lágrimas y confusión: la muerte había estado muy cerca esta vez y era fuerte, muy fuerte, su olor, pero más fuerte y cercana había sido «la Vida».

Entonces se arrodilló ante mí. La sábana hecha jirones apenas me cubría nada, pero Él me miró de tal forma que me sentí vestida y casta, como una de las vírgenes del Templo; nadie me había mirado nunca así. ¡Cuánta pureza y amor hallé en aquellos ojos! Me sumergí en ellos y fue como un bautismo en las aguas del Jordán; había encontrado mi sitio: mi sitio estaba allí, mi sitio era Él, que así me miraba. Y luego su voz, esa voz bendita que nunca olvidaré y que reconoceré enseguida cuando llegue a su presencia, me envolvió como un bálsamo, como un vestido nuevo de gala y de triunfo y me recreó: «Yo tampoco te condeno». ¡Ah, mi Dios bendito! Era el primer nacido de mujer que no me reprochaba ni me condenaba, sino que me bendecía.

En un momento vi pasar, como un torrente impetuoso, todos los pecados de mi vida, como una confesión silenciosa, pues no podía articular palabra, y, sin sentir vergüenza por ellos ante Él, lloré arrepentida, mientras que en el lugar que ellos ocupaban quedaron paz, perdón, amor, virginidad, pureza... estaba siendo recreada; ya no era más «la mancillada», ahora era «la regenerada» y todo se lo debía a Él, que así miraba. Sólo Dios podía hacer algo así; y en Él estaba Dios, y Él, ahora lo sé, era Dios, vivo y actuante, en forma humana, junto a mí y en mí, «la indigna», «la impura»... «la digna», «la pura», «la recreada». Después cubrió mi desnudez con su manto y me dijo en un susurro: «Vete en paz y no peques más». Y por Dios que así lo hice: no volví a pecar más, pues ya sólo a Él pertenecían mi corazón y mi alma, todo mi ser; ya sólo de Dios, para siempre, quería ser.

Entonces tomé una determinación: recogí todas mis joyas y mi perfume más caro, todo aquello que fue fruto y anzuelo de mi pecado, y ataviada con mis mejores galas, como la primera dama de un Rey mayor que David y Salomón juntos, le busqué, como la esposa del Cantar de los Cantares, por toda la ciudad, hasta que lo encontré en la casa de un magnate llamado Simón, apodado «el leproso».

No fue difícil entrar, pues frecuenté la casa en el pasado y todavía se acordaban de mí. En seguida me reconocieron, sorprendidos por mi osadía, tanto el dueño como los invitados. ¡Cómo no, todos ellos me habían «conocido» en la vida que había dejado atrás!, y muchas de mis joyas eran suyas y gran parte del perfume que traía, también. ¿Mi nombre?, no les

importaba, sólo mi cuerpo, me llamaban «la magdalena», pero para ellos era «la pecadora», y ellos, «los pecadores», sin remordimiento alguno de pecado y, al menos esta vez, sin piedras en las manos, entre miradas sucias, lascivas y cargadas de viles recuerdos, me señalaban y se hacían lenguas de mí, entre guiños y meneos de cabeza. Pero yo sólo tenía ojos para Él, el único que, recatado, aguardaba en silencio, sin levantar la mirada.

Olvidada de todo y de todos, me acerqué a Él por detrás y me arrodille junto a sus amados pies. Entonces, entre lágrimas de arrepentimiento y gratitud, comencé mi confesión: me fui despojando, una a una, de mis joyas, cada una de las cuales representaba un pecado o muchos pecados a la vez, y las ponía a sus pies, que regaba copiosamente con mis lágrimas y, a falta de toalla, secaba con mi pelo tanto atrevimiento, tanta gratitud, tanto amor, su perdón completo, mi candor recién hallado, mi pureza y virginidad recuperadas.

Entonces quise derramar para Él lo que fuera el arma de mi pecado y ungir aquellos benditos pies con algo más digno de Él que mis pobres lágrimas; mas como aquel unguento perfumado era más denso que mi antigua culpa y se negaba a salir, tuve que quebrar el frasco contra el suelo, como quebrada estaba mi alma cuando le conocí, y el aroma –antes pecado– subía ahora –regenerado– como el incienso de la tarde ofrecido a Dios en su Templo.

Ante los reproches de todos, que le salpicaban también a Él, mi Señor salió nuevamente en mi defensa y, en atención a mi devoción por Él, perdonó todos mis

pecados y expulsó todos mis demonios. Algunos dicen que eran siete –no los conté–. Sólo le miraba a Él, sólo le escuchaba a Él y salí de allí llena del Amor de Dios, renacida y con una esperanza firme en mi pecho: ¡renacería a una vida nueva en la que sólo existiría Él, en la que sólo viviría por Él y para Él!

Regresé a la casa familiar, y mis hermanos, Marta y Lázaro, me acogieron junto a ellos. Les conté todo lo que Él había obrado en mí y ellos me dijeron que Él era su amigo y que solía hospedarse en nuestra casa cuando asistía a Jerusalén para la Pascua. ¡Se me salía el corazón del pecho por la emoción! Si era así, ¡ojalá que la Pascua se adelantara aquel año para acogerlo bajo mi techo, lo antes posible, como Él me acogió a mí!

Y así, en la primera ocasión en que apareció por casa, durante la cena, dejé a mi hermana sola en la cocina y me escabullí para darle a Él mi sorpresa. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho. No sabía explicarlo, era un impulso fuerte, una necesidad imperiosa de repetir el gesto de «la pecadora» siendo ya «la renacida», «la recreada», y no en casa ajena, sino en mi propia casa. Me olvidé de mi familia, de los invitados y del qué dirán, y mi amor y gratitud se derramaron, una vez más, en forma de perfume, sobre aquellos adorados pies del Mensajero que trajo la Buena Noticia de la salvación a mi vida, mientras se los enjugaba, nuevamente, con mis cabellos.

Fueron, entonces, alguno de sus santos apóstoles y de mis invitados los que, con su incomprensión, me afrentaron en mi propia casa, poniendo a los pobres

por pretexto. Una vez más, no importaba mi nombre, yo era «la derrochadora» y nuevamente Él salió en mi defensa y dijo que aquello era para su sepultura. Sentí que una espada helada me atravesaba el corazón... ¡No, no era esa mi intención!... ¿A qué se refería?

Pero así fue. Poco después le mataron, colgándolo de un madero, y no pude hacer nada para impedirlo cuando todos gritaban enloquecidos al gobernador: «¡Crucifícale, crucifícale!»; sólo pude estar a los pies de la cruz, a sus pies. Y ya no eran mis lágrimas y mi perfume los que escurrían de ellos, sino su sangre preciosa, que yo no alcanzaba a enjugar con mi pelo, como siempre había hecho, para que no se perdiera en la tierra.

Cuando por fin lo bajaron de la cruz, cogí entre mis manos aquellos pies rotos que un día se me acercaron para darme vida y que ahora yacían muertos y los lavé con mis lágrimas y los enjuagué con mi pelo, como aquella primera vez, y no los solté hasta que lo depositaron en el sepulcro y me arrancaron de su lado para rodar la piedra.

El Shabbat transcurrió exasperantemente lento, pero por fin llegó el primer día de la semana y madrugué para ir al sepulcro, correr la piedra –ya me ayudarían los soldados– y ungir su cuerpo para la sepultura, tal como Él había dicho aquella vez en mi casa. Pero, cuando llegué, no había nadie, los guardias se habían ido, la piedra había volado y mi Señor había desaparecido. Desconcertada, me dejé caer al suelo y lloré de impotencia.

Entonces, una vez más, su voz resonó sobre mí. Yo no daba crédito a lo que oía. Él pronunció mi nombre:

«María» –a Él sí que le importaba mi nombre–, y lo pronunció con el mismo tono de voz de aquella primera vez, el día de mi visitación, en que me susurró que me fuera en paz. Levanté la cabeza. Volvía a estar como aceite derramado a sus pies, como aquella primera vez, pero esta vez no permitió que me abrazara a sus pies, sino que me levantó y me envió en misión a mis hermanos y, desde aquel momento ya no fui más una mujer que le seguía a todas partes, como tantas otras, sino su apóstol entre mis hermanos y su testigo entre mis semejantes.

Y ya que sabes mi nombre, te diré también el suyo. Él es Jesús, Jesús de Nazaret, el Mesías esperado, el Hijo de Dios y de María, mi Amado y Amigo, mi Rey y Señor, mi Salvador, el Amor de mi vida y de mi eternidad. Él te espera para hacer en ti lo mismo que hizo en mí, por eso te trajo hasta aquí.

Por favor, no te llesves esta carta, pues muchos más visitarán mi cueva y he de ser, también para ellos, testigo y apóstol de mi Señor; aun después de muerta, porque el Amor es más fuerte que la muerte y traspasa los cielos y salta hasta la vida eterna y sigue viviendo en Él para siempre, ya sin ataduras vanas.

Te dejo mi bendición. Vete en la paz de Aquel que te trajo hasta aquí y a Quien aquí has encontrado. Amén.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Salamanca (España)

Mayo y María

¿Por qué se ha dedicado el mes de mayo a María? ¿Cuál es el motivo de que este mes sea mariano por antonomasia? La respuesta quizá sea algo tan sencillo como asociar a María con la belleza.

Mayo es el mes propiamente primaveral, el mes en el que la vida estalla por todos los poros de la naturaleza y las flores se abren en nuestra tierra. Ciertamente, este hecho evoca otro tipo de belleza que no envejece ni se aja, que es más verdadera y transcendente.

Dios está en esta onda. Es la belleza suma, y, María, su Madre, el resplandor más nítido y fiel de esta belleza. «Prendado esta el Rey de tu belleza», dice el salmo 44 en frase fácilmente aplicable a la Virgen.

Mayo no es, pues, el mes típico de las gasas azules, los cestillos de flores y las poesías cursilonas de los niños de colegio que tan antipático resulta a las generaciones actuales, con mucha razón.

Mayo, igual que los demás meses, debería centrar nuestra atención en María, la mujer asociada al Redentor, María, Madre que engendra vida, que es vivificante toda ella, María, colocada por Dios en el centro del misterio de la salvación, unida a su Hijo. María, la fiel esclava del Señor que acoge y guarda su Palabra. Ella nos acerca, nos hace tangible la ternura de Dios, su

rostro materno. Ella, como dice la *Lumen Gentium* del Vaticano II, es el modelo de lo que la Iglesia, toda entera, ansía ser. La que antecede, con su luz, al Pueblo de Dios.

Por eso está bien, está muy bien, que le dediquemos el mes más hermoso del año, pero mayo debería ser siempre. Todos los meses y los días de nuestro calendario deberían ser marianos, estar impregnados de María, para que fueran auténticamente cristianos. Porque María conduce a Cristo, es pura relación a Él. Es el sí de la naturaleza humana que le acoge.

Para terminar, citamos algunas frases de una oración dirigida por Catalina de Siena, Doctora de la Iglesia, a María. Dentro del estilo colorista de su época, condensa muchos puntos clave de la mariología.

«¡Oh María, templo de la Trinidad!... María, portadora de fuego. María, dispensadora de misericordia; María, germinadora del fruto. María, redentora del género humano, porque sufriendo en Cristo, fue redimido el mundo. Oh María, mar apacible; María, donadora de paz, tierra fecunda en la que fue sembrada la Palabra...

Bendita seas entre todas las mujeres, por los siglos de los siglos, porque nos has dado el Pan de tu harina, amasado y cocido por la caridad».

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

11. La Víctima ya está sobre el altar

(ESTO ES MI CUERPO - ÉSTA ES MI SANGRE)

Las palabras de la consagración eucarística han sido pronunciadas. El mismo Jesús de la última Cena se ha hecho presente en este memorial de dicha comida pascual. El pan, sencillo alimento de los pobres, ha vivido su más privilegiada vocación: la de ser «Pan de Vida», gracias a la voluntad y a las palabras de Cristo, vivificadas en la Iglesia por la fuerza del Espíritu.

MIREMOS HACIA ATRÁS...

Si nos retrotraemos hacia el pasado –hacia más o menos el año 35– podremos ver a Jesús rodeado de sus discípulos, celebrando la Pascua de los hijos de Israel y diciendo: «*Tomen y coman: esto es mi Cuerpo que será entregado por ustedes*». Y a continuación: «*Este es el cáliz de la nueva alianza sellada con mi Sangre que será derramada por ustedes*» (Lc 22,19-20).

El Sacrificio se ha realizado. Sólo faltará nutrirse de la Víctima entregada. Todo, hasta este momento, fue *preparación*. Ahora vendrá la *consumación*. Hemos

dispuesto todo para el memorial. El Cordero está presente. La Sangre, derramada por la multitud para el perdón de los pecados, llena el cáliz sacrificial para perdonar hoy –una vez más– el pecado del mundo. Para sellar la reconciliación, como una nueva alianza, la *nueva y eterna alianza*, la que Jesús nos regaló desde la cruz.

Cuando nuestro Salvador multiplica los panes (cf. Jn 6,1-15), vemos en este acontecimiento, un anticipo maravilloso, una figura profética de lo que en la Misa será una nueva y portentosa multiplicación de los panes. Cuando leemos en los Evangelios que con lo que sobró «se llenaron doce canastas», también descubrimos allí un signo: el de la sobreabundancia de los bienes del Señor. Él no es mezquino en su donación. Por el contrario: es la muestra de la abundante gratitud para quienes tienen hambre. El Cuerpo entregado y la Sangre derramada son claros testimonios que definen a Jesús como una ofrenda, por nosotros y por nuestros pecados.

La última Cena de Jesús, representada en cada celebración de la Eucaristía, es la comida de los amigos junto al Amigo. Es un signo de la confianza depositada en quien nos lava los pies para convertirnos en servidores (cf. Jn 13,1-20).

El Cuerpo del Señor no sólo se entrega muriendo, sino también en la vida cotidiana, viviendo para Dios y para el prójimo, como «sacramentos vivos» que nos unen a lo alto y nos atan al otro. Jesús se entregó siempre a sus hermanos, «derramándose» por ellos. Por esto no sorprende que ahora esté presente en el

pan y el vino consagrados. Como lo hizo ayer, hoy sigue entregándose a nosotros, para la remisión de los pecados, para la salvación, para reunir lo disperso, gracias a la *comunión*.

En la última Cena hubo canto de salmos. Hubo Palabra de Dios. Se pronunciaron oraciones. Se bendijo y se dio gracias. Se comió el pan y se bebió la copa de bendición. La Historia de la Salvación y las intervenciones de Dios en favor de su Pueblo, se hicieron presentes en la comida de los amigos. En nuestros días, a veinte siglos de distancia, la Iglesia celebra hoy lo mismo que Jesús compartió *con los suyos*, pues eso somos los bautizados.

Hoy, en cada misa, *hacemos* memorial de ese hecho feliz. Trayendo al presente el pasado y también, trayendo al presente el futuro del banquete del Reino.

MIREMOS AL PRESENTE...

La Iglesia, al celebrar los misterios de Cristo, trae al presente un pasado que –de algún modo– dejó de ser pasado.

Jesús dijo sobre el pan: «*Esto es mi Cuerpo...*».

Jesús dijo sobre el cáliz: «*Esta es mi Sangre...*», son palabras presidenciales.

Pero el sacerdote –como *otro Cristo*– no afirma: «Esto es el Cuerpo de Cristo...», ni tampoco: «Esta es la Sangre de Jesús...», sino «*Esto es mi Cuerpo... Ésta es mi Sangre...*»

El misterio de la presencia del Señor en la persona de un ministro elegido para perpetuar en los

tiempos el misterio del Amor presente, se hace visible y palpable; se hace realidad sacramental.

Cristo se hace presente en la asamblea por Él congregada. En la Palabra que Él mismo proclama. En un ministro calificado que actúa en su nombre. De un modo pleno, en las especies consagradas.

Pocas palabras, pero gran realidad. Contenido inmenso que desborda todo cáliz y toda capacidad de entendimiento, como el amor desborda a quien lo recibe, pues antes desbordó a quien lo dio.

El Señor Jesús quiso comer la Pascua con los discípulos. Y la comió... Y dejó un mandato: «*repetirlo en conmemoración suya*» (1 Cor 11,24).

MIREMOS AL FUTURO...

Una frase muy breve, de la aclamación que sigue a la consagración, lo dice todo:

«*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección*»,

–*hasta que vuelvas...*–,

[clamando por esa venida:] «*¡Ven, Señor Jesús!*»

Ya dijimos que la celebración litúrgica es recuerdo del pasado, desde el presente y *mirando al futuro*.

El Cuerpo y la Sangre de Cristo son una profecía y un anuncio del banquete de la abundancia que comeremos en el Reino, gozando el vino nuevo de la nueva vid...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Salmo 131: Las madres que profetizaron mediante salmos

La –en mi opinion– *autora* del salmo 131 pasa desapercibida, pero el contenido de la poesía la manifiesta: «*Como niño destetado en el regazo de su madre, como niño destetado está mi alma en mí*» (v.2). El mismo versículo (v.2b), en el texto hebreo, la deja más evidente: «*Como crío (desmamado) sobre su madre (en las espaldas), como crío desmamado sobre mí (está) mi garganta*».

Lo que nuestras biblias traducen por «alma», viene del hebreo *nepex*, que significa «garganta». La *nepex* es el órgano que representa la vida. Es el signo visible de la respiración. Habla del aire divino aconteciendo en la dimensión humana para providenciar la existencia. La mujer en el salmo 131 experimenta a Dios, y en Él se sumerge como feto en útero. Ella está segura y confiada. Abrigada en el Dios de la *ruah*, aire en movimiento que la sustenta.

En el salmo 131 hay una pensadora que reflexiona y se da a conocer: «*No está inflado mi corazón, ni mis ojos subidos*» (v.1a). Si en el Antiguo Testamento el corazón es la sede del raciocinio, entonces la autora del salmo, sabia, ha escogido el camino de la humildad para andar con Dios: «*No he tomado un camino de grandezas ni de prodigios que me vienen anchos*» (v.1b).

Esta humildad materna (v.1) se entiende a la luz de las mujeres bíblicas que, fascinadas por la actuación de Dios, cantan. Recordemos a Ana (1 Sm 2,1-10) y a María (Lc 1,46-55). Ambas, mediante himnos, sintetizaron el júbilo que soñaron los pobres de la tierra. Se alegraron en Aquel que hace maravillas, las cosas extraordinarias que sobrepasan el intelecto humano:

...Un Dios que crea vida en la esterilidad y que confía a la humanidad a los cuidados de una campesina en Nazaret, haciéndola bailar con su canto: «*Mi espíritu exulta de alegría en Dios, mi salvador*» (Lc 1,47), quien «*levanta del polvo al mendigo, del estiércol retira al indigente, para hacerlos sentar entre los nobles*» (1 Sm 2,8). Estas mujeres son constructoras de justicia, y su humildad consiste en actuar sin invadir el espacio divino, dejando a Dios ser Dios.

Las madres de todos los tiempos, intelectuales y analfabetas, son «santas», incluyendo a las víctimas del trabajo sexual, que inscriben a sus hijos en buenas escuelas procurándoles un mejor destino; a las que, por la mala suerte con sus compañeros, tuvieron hijos coloridos, cada uno con «cara de su pai»; a las que se retiran el pan de la boca para dar de comer y se despojan de los caprichos personales para ver a los suyos estrenar ropa; a las que asumieron dar a luz y criar, aunque el padre se escapara sin reconocer el nombre del niño en un registro. El grito rasgado desde la cárcel también santifica a la madre desprendida del hijo de meses. Y el peso bendito de la que carga un niño

con problemas fisiológicos, día tras día, sin esperanza de alivio, también se torna «santa».

No pretendo ocultar el rol paterno de tantos hombres justos. Quiero desaprobar la condena moralista a las mujeres que, por muchos motivos, están sometidas a la soledad y a las críticas destructivas. Cuando castigamos con la lengua a personas inocentes, Dios acude en su rescate. Él asume la paternidad de los hijos sin padre para que ellos, lejos de ser vergüenza, se conviertan en adorno de la madre...

Divulguemos en nuestros salmos actuales, las entrañas misericordiosas de Dios, quien hace justicia a través de lo socialmente insignificante.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Vita Christi:

5. La Resurrección de Nuestro Señor¹

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Acabada ya la batalla de la Pasión, cuando aquel dragón rabioso pensó que había alcanzado la victoria sobre el Cordero, comenzó a resplandecer en su ánima la potencia de su divinidad, con la cual nuestro león fortísimo descendió a los infiernos, venció y prendió aquel fuerte armado, y lo despojó de aquella rica presa que tenía cautiva, para que –pues el tirano había acometido a la cabeza sin derecho contra ella– perdiese por vía de justicia el que parecía tener sobre sus miembros.

Entonces el verdadero Sansón muriendo mató a sus enemigos (cf. Jue 16,23-31), entonces el Cordero sin mancilla con la sangre de su testamento sacó sus prisioneros del lago donde no había agua y entonces amaneció aquella deseada y nueva luz a los que moraban en la región de las tinieblas y sombra de la muerte.

Y habida esta victoria al tercer día el Autor de la vida, vencida la muerte, resucitó de entre los muertos, y así salió el verdadero José de la cárcel del infierno por volun-

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentesnebro, Madrid, 1906, 393-396.398-399. Lo hemos adaptado un poco para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.

tad y mandamiento del Rey soberano, trasquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura e inmortalidad (cf. Gn 39,1-41,45; 1 Pe 3,19-20).

Aquí tienes que considerar la alegría de todos los aparecimientos que intervinieron en este día tan glorioso. Conviene saber: la alegría de aquellos padres del limbo, que tantos años esperaron y suspiraron por este día; la alegría de la Virgen, que tanto padeció el día de la Pasión, y tanto se alegró el de la Resurrección; la alegría de las Marías, especialmente de la bienaventurada Magdalena, que tanto amaba a este Señor y tanto se alegró de verle resucitado; la alegría también de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolación recibieron al verle; y con esto ruega al Señor te dé a sentir alguna parte de lo que ellos este día sintieron.

Y no sólo esta vez, más otras muchas veces y de otras maneras se les apareció el Señor por espacio de cuarenta días, comiendo y bebiendo con ellos (cf. Lc 24,1-49; Jn 20,1-21,25), para que con estos argumentos confirmase nuestra fe, y con sus promesas esforzase nuestra esperanza, y con los dones que del cielo nos enviase, encendiese nuestra caridad.

LA SUBIDA A LOS CIELOS

Acabados estos cuarenta días, sacó el Señor a sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete, y despidiéndose allí dulcemente de ellos y de su benditísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandeciente (cf. Mt 28,16-20).

Y de esta manera, abriéndonos camino para el cielo, llevó consigo sus prisioneros e introdujo los desterrados en su Reino, haciéndolos ciudadanos de los ángeles y domésticos de la casa de Dios. Y así como en este mundo nos ayudó con sus sacrificios, así allí nos ayuda con sus oraciones, haciendo en la tierra oficio de redentor y en el cielo de abogado. Porque tal convenía que fuese nuestro Sacerdote: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más alto que los cielos. El cual, sentado a la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando desde aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia y repartiendo diversos dones a los hombres para hacerlos semejantes a sí.

Por donde así como Él –que es nuestra cabeza– fue en este mundo afligido y martirizado con diversos sacrificios, así también quiere Él que lo sea su cuerpo, para que no haya deformidad ni desproporción entre la cabeza y los miembros. Porque grande fealdad sería, si estando la cabeza cubierta de espinas, los miembros fuesen delicados. Por esta causa fueron tan atribulados todos los santos desde el principio del mundo, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y los monjes, los cuales todos fueron ejercitados, afligidos y purgados con diversas tribulaciones y diversos sacrificios.

Y por esta misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el día del juicio –ordenándolo Él así desde lo alto– los cuales después con el Profeta cantarán diciendo: «*Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, a refrigerio*» (Sal 65,12).

De esta manera, sentado nuestro Sacerdote en aquella silla, gobierna este cuerpo místico de su Iglesia.

Gracias pues te dé, oh eterno Padre, toda lengua por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo para que fuese por una parte nuestro gobernador y por otra nuestro abogado, porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que Él no era bastante para remediarlas.

LA VENIDA A JUICIO

Después de esta subida al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora que de la misma manera volvería otra vez este Señor a juzgar el mundo (cf. Mt 25,31-46).

Considera, pues, las terribles señales que precederán este juicio, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra, donde andarán los hombres atónitos y adelgazados de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mira el sonido de aquella terrible trompeta que sonará por todas las regiones del mundo, y aquella voz del Arcángel que dirá: «Levantaos, muertos, y venid a juicio» (cf. 1 Tes 4,16). Mira el espanto que será resucitar todos los muertos, unos de la mar y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos que en este mundo tuvieron, para recibir en ellos según el mal o bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que estando los cuerpos de los muertos unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces y

otros de los mismos hombres, de allí sabrá Dios entre-sacar, al cabo de tantos años, lo que es propio de cada cuerpo, sin que se confunda lo uno con lo otro.

Piensa en la venida temerosa del Juez y en el espanto que los malos recibirán cuando lo vean venir con tanta gloria, pues dirán entonces a los montes que caigan sobre ellos y los cubran para no comparecer delante de Él.

Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos a la mano derecha, y los soberbios y desobedientes a la izquierda, y el espanto que los grandes de este mundo recibirán cuando vean allí los humildes y pobrecitos que ellos despreciaron levantados a tanta gloria.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá, pues nos consta por texto expreso del Evangelio que hasta de una palabra ociosa se ha de dar cuenta en aquel juicio (cf. Mt 12,36). Mete pues la mano en tu seno, y vuelve los ojos a toda la vida pasada, y acuérdate que todo el proceso y todas las torpezas que de ella han de ser pregonadas y publicadas en aquella plaza.

Por último, considera el trueno de aquella irrevocable sentencia que dirá: *«Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para todos sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed, y no me disteis de beber...»* (Mt 25,41-42). Donde verás el valor de las obras de misericordia y la alegría y contentamiento que allí recibirá el que aquí fue largo para con sus prójimos y, por el contrario, el tormento que recibirá el que, por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí despedido del Reino del cielo.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO

Después de esta sentencia irán los justos a la vida eterna, y los malos al fuego eterno (cf. Mt 25,31-46).

Pues para entender la condición de esta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los santos para esto nos dejaron. Imagina, pues, que el infierno es una oscuridad y un caos horribilísimo, y un lago que está debajo de la tierra abominabilísimo, y un pozo profundísimo lleno de llamas de fuego. Imagina también que es una ciudad horrible y oscura, la cual está ardiendo con terribles llamas, cuyos moradores están día y noche rompiendo el cielo con alaridos y desesperaciones, por la grandeza de los dolores que en ella padecen.

Piensa luego en la crueldad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duración de éstas. La crueldad de estas penas se describe por el crujir de clientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escritura que hay (cf. Mt 25,30).

DE LA GLORIA DEL PARAÍSO

Para contemplar la gloria que se da a los buenos, debes también imaginar el lugar de ella según las semejanzas con que los santos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad.

Imagina, pues, una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa.

Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y plantas que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad.

Después de esto mira primeramente qué gloria será ver aquella beatísima Trinidad, que es un perfectísimo dechado donde resplandece toda hermosura, toda bondad y toda suavidad, en cuya visión tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que desees, según la medida que te cupiere de gloria. Éste es al libro que llaman «de la vida»², cuyo origen es eterno, cuya sentencia es incorruptible, cuyo conocimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya ciencia es dulce, cuya profundidad no se puede medir, cuya escritura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar.

Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras ésta, que es la visión clara de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que para nuestra salud fue crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo, pues en esto hacemos ventaja a los ángeles, en que el común Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre y no ángel, aunque Él sea todo en todas las cosas.

Mira después el gozo que el ánima recibirá de la compañía y vista de la gloriosa Virgen, señora y abogada nuestra, y de todos los otros santos, apóstoles, profetas, mártires, confesores y vírgenes, que son innumerables, de cuyos gozos gozarás tu también con ellos,

2. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 24: «De libro vitae».

por la grandeza de la caridad que allí reina, y así lo que no tuvieres tú en ti, tendrás en ellos.

Considera también aquellas cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los santos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas a quien sirvieron, que son: inmortalidad, impassibilidad, ligereza y hermosura tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores las dotes de las ánimas, que son: plenitud de sabiduría en el entendimiento con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad con destierro de toda tristeza.

De estas dotes se siguen otros innumerables bienes porque aquí se sigue seguridad, para lo cual no temerás ni ser vencido por la tentación, ni ser jamás despedido de tan hermosa compañía. De aquí también nace suma libertad, y sanidad, y suavidad, y amistad, y honra, y concordia, y finalmente todos los bienes, porque allí habrá todo lo que quisieres, y no habrá lo que no quisieres.

¡Oh bienaventurado Reino, donde con Cristo reinan todos los santos, cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad, el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la desigualdad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas!

DE LA MEMORIA DE LA MUERTE

Antes de estas tres cosas sobredichas –que son juicio, paraíso e infierno– precede la muerte, que es camino y puerta para ellas, y así no menos aprovecha la meditación de ésta que las demás.

Pues para esto considera primeramente cuán incierta sea la hora de esta muerte, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está más descuidado y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mis seguros y más dormidos (cf. Mt 24,37-44).

Piensa luego todo lo que precede la muerte, y lo que interviene en la muerte, y lo que se sigue después de ella: el juicio final. Y para que mejor entiendas cada cosa de éstas, imagina que tú eres el que has de morir –pues a la verdad has de morir– y piensa desde ahora todo esto que por ti ha de pasar.

Bibliografía

RAFAEL PARDO FERNÁNDEZ, *Orar con... el cardenal Newman*.

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2011. 87pp.

El autor de este pequeño libro es un joven sacerdote navarro que atiende varias parroquias rurales de la archidiócesis de Pamplona. El esquema del libro es sencillo: introducción, doce capítulos y, al final, elenco de las notas de referencias, indicando la localización de los textos seleccionados en las obras de Newman.

Breves, aunque de gran densidad, son los textos seleccionados, a fin de que el lector se anime a orar con ellos. Se agrupan en torno a los siguientes temas: *Dios*, en cuanto ser personal y con el cual uno está llamado a relacionarse personalmente; *Cristo*, en cuanto Dios encarnado; *Iglesia*, en cuanto objeto de fe y de mi amor; *Fe*, adjetivada como recia, reflexiva y perseverante; *Lucha*, por Cristo a pesar de las dificultades; *Virtudes*, cuyo ejercicio acerca a la santidad de vida; *Oración*, entendida en cuanto vida de oración; *Vida diaria*, que debe ser aprovechada para la santificación personal; *Santidad*, vista como el proyecto y sueño de Dios sobre cada uno de nosotros; *Pecado*, del que poca conciencia se tiene de su extrema gravedad; *María*, modelo de fe y de inspiración cristiana. En el último de los capítulos el autor no recoge textos de Newman, sino que nos ofrece los rasgos de su vida santa.

Como el título del libro indica, en él se ofrece una selección de textos de Newman con los cuales el lector puede hacer oración y examinar a la luz de los mismos la propia vida. El libro, pues, no trata sobre el famoso beato cardenal Newman y, sin embargo, el lector se siente movido a leer y saber más sobre él; más aún, a imitarle en su vida santa.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

JOSÉ GUERRA CAMPOS, *Sacerdotes, ministros de Jesucristo*.

Editorial Sol, Madrid 2010, 206 pp.

El presente libro nos ofrece una recopilación de escritos y homilias de Mons. José Guerra Campos en torno al tema del sacerdocio. Fue publicado en el contexto del año sacerdotal proclamado por el Papa Benedicto XVI con motivo del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars.

Después de la introducción de D. Roberto Visier Cabezado, se recoge también en estas páginas, a modo de prólogo, la oración fúnebre pronunciada por el Sr. Cardenal Don Marcelo González Martín en la catedral de Cuenca, el día 17 de julio de 1997, en la misa exequial por Mons. José Guerra Campos.

A continuación el libro se divide en tres partes. La primera, la más breve, recoge un artículo, unos versos compuestos con motivo de su primera misa, una conferencia y una meditación cuaresmal de su período de sacerdote y de obispo auxiliar de la diócesis de Madrid-

Alcalá (1945-1972). La segunda consta principalmente de homilías, comenzando por la de la toma de posesión en la diócesis de Cuenca (1973-1989). La tercera recoge igualmente las homilías pronunciadas en su etapa de madurez (1989-1996).

Como se puede apreciar, estos escritos y homilías están presentados en orden cronológico con el fin de poder percibir la evolución de su pensamiento. En todos ellos se presenta con gran profundidad la doctrina tradicional de la Iglesia católica sobre el sacerdocio.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

JESÚS AZCÁRATE FAJARNÉS, *La escuela de María. Apuntes tomados para la vida cristiana.*

Editorial Cobel, San Sebastián de los Reyes 2010, 186 pp.

El autor de este libro nació en España en 1946, es sacerdote del Opus Dei, Ingeniero Industrial y Doctor en Derecho Canónico. Ha escrito numerosos libros y artículos de temática religiosa. Esta obra no sabríamos muy bien si calificarla como un pequeño tratado de Mariología o como una obra enfocada a la meditación, pues ciertamente, siendo de pequeño tamaño, llama la atención por su magnífica base doctrinal y, a su vez, por su profundidad espiritual.

El P. Azcárate sigue un esquema muy simple y bien conocido: los veinte misterios del Rosario. En pequeños capítulos subdivididos en escuetos apartados, nos

muestra con cierta minuciosidad las enseñanzas que nos ofrece la Virgen María –junto a su Hijo– en esta popular oración.

Para ello se apoya en las Sagradas Escrituras, el Catecismo de la Iglesia Católica, los Papas contemporáneos, san Josemaría Escrivá, los Padres de la Iglesia y santo Tomás de Aquino. Como les decía, este libro puede ser considerado como un pequeño tratado. Dada su sistematicidad y fundamentación, bien puede valer como base para alguien que tenga que hablar públicamente sobre la Virgen María o sobre el Rosario. O para quien, simplemente, quiera aumentar sus conocimientos sobre estas materias.

Pero, a su vez, el P. Azcárate emplea un lenguaje muy comprensible, apto para todos los públicos. Y sabe conducirnos hacia el interior del misterio mariano, para invitarnos a su meditación e interiorización. Por ello este libro también puede ser empleado para hacer un retiro espiritual de uno o varios días.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

RICARDO CUADRADO TAPIA, *El placer de vivir en valores. Para adolescentes y jóvenes*
Imprenta Amábar, Burgos 2011, 263 pp.

Como indica el título, este libro va destinado especialmente a los adolescentes y jóvenes. Y tiene por objetivo mostrarles dónde están las verdaderas fuentes de la libertad y de la felicidad. Se trata de una defensa entusiasta de una vida vivida en valores y en

positivo, con la convicción de que una vida así es más gratificante e incluso más placentera que si se opta por la denominada «cultura de la muerte».

El autor presenta 25 valores. La reflexión sobre cada uno de ellos ocupa un breve capítulo. Casi cada capítulo sigue el mismo esquema: una descripción del valor enunciado, unas razones en forma de decálogo que justifican la opción por ese valor, unas «pistas de luz» o serie de frases de autores célebres que han hablado sobre ese valor, y una enumeración de una serie de acciones o actitudes que expresan que uno ha optado realmente por ese valor.

Los valores de los que se trata en este libro son: la alegría, la amistad, el amor, la austeridad, la comprensión, la constancia, la convivencia en la naturaleza, el coraje, el deporte, los derechos humanos, el entusiasmo, la esperanza, la felicidad, la fidelidad, el ideal o los ideales, la ilusión, la libertad, la oración, el perdón, la personalidad, la reflexión, la responsabilidad, el ser cristiano, el ser uno mismo y la sonrisa.

Sin duda el libro puede ser de gran ayuda para el público al que va destinado, sobre todo en los ambientes en los que estos valores no son muy conocidos ni practicados.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La actitud suplicante

En el artículo sobre «El ejercicio de la oración según santo Tomás» que publicamos en este número de *Vida Sobrenatural*, descubrimos que este autor considera fundamental tener una actitud suplicante para orar, es decir, tener un corazón dócil y humilde que siente claramente que necesita a Dios (cf. STh II-II, 83, a.1).

Nos viene a la mente el salmo que dice: «*Como busca la cierva corrientes de agua, así te busca mi alma a Ti, Dios mío*» (Sal 41,2). Es eso exactamente: según santo Tomás, quien busca así a Dios, ora. En la oración es muy importante la actitud de nuestro corazón. Por eso santo Tomás dice que la persona que siempre tiene un corazón suplicante ora continuamente, incluso cuando está muy ocupada haciendo algo (cf. *Ibid.*, a. 13).

También nos acordamos de la «oración del corazón» de los cristianos ortodoxos: «*Señor Jesús, ten piedad de mí que soy un pobre pecador*». Es así como suplicaba el publicano en el Templo (cf. Lc 18,13). La

oración hesicasta consiste en repetir esta súplica continuamente hasta que se funde con nuestro corazón, de tal manera que pasa a formar parte de nuestro ser y late siempre en nuestro interior, consciente o inconscientemente, estemos dormidos o despiertos.

Así, con una actitud de constante súplica, se consigue la oración continua que nos pide san Pablo: «*Orad constantemente*» (1 Tes 5,17).

Pero esta actitud suplicante que nos recomienda santo Tomás no es nada fácil de conseguir. No se trata de una simple actitud de demanda, como quien está pidiendo una barra de pan al panadero. Ni de hacer como si suplicamos, teatralmente. Para llegar a tener constantemente una actitud de súplica debemos renunciar a nuestro ego, pues sólo suplica quien tiene realmente un corazón manso y humilde. Y para renunciar al ego hay que pasar por el duro trago de la verdad, de la amarga verdad que se esconde en nuestro interior: somos pecadores, imperfectos, infieles.

Recordemos cómo Jesús atiende la súplica de la mujer siro-fenicia cuando ve que ésta no tiene reparo en igualarse a un cachorro que come las migajas que caen de la mesa de su amo (cf. Mt 15,21-28). Jesús ve que la súplica de esta mujer es sincera, que nace de un corazón verdadero.

Tras el cataclismo interior que supone mostrar a Dios toda nuestra verdad, y cargando con la vergüenza de nuestras imperfecciones, estamos preparados para suplicar.

Pero suplicar no es agradable. Imagínense ser como esa cierva que en medio de los secos montes de

Judea busca una fuente de agua: está sedienta, cansada, agobiada... desesperada.

Como vemos, a la base de la súplica está la oración del huerto, en la que Jesús suplica con tanta fuerza y desesperación a su Padre que hasta suda sangre (cf. Lc 22,44).

Es ahora cuando cobra todo su sentido aquello que Jesús decía sobre la eficacia de la oración: «*Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá*» (Mt 7,7), porque cuando nos dirigimos a Dios con un corazón suplicante de un modo continuo, constante, como la viuda de la parábola (cf. Lc 18,1-8), de tal modo que la actitud suplicante ha pasado a ser nuestra forma de existir, entonces encontramos «eso» que tanto necesitamos: a Dios.

Y, así, tras una dura marcha por el desierto, en el que parece que no vamos a encontrar nada de agua, la hallamos, y en abundancia. Hallamos en nuestro corazón la «fuente de agua viva» que le ofrecía Jesús a la samaritana (cf. Jn 4,14). ¡Y vaya si lo es! Con esa fuente de amor puro en nuestro interior la vida nos cambia totalmente.

Aventurémonos a tener un corazón continuamente suplicante.

Claro está que a veces tendremos nuestros vaivenes y nuestros regresos al «desierto», pues no somos perfectos. Pero sabemos que si buscamos a Dios, lo encontraremos. Y merece muchísimo la pena encontrarle.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

El ejercicio de la oración según santo Tomás

Suma de Teología II-II, 83

Siguiendo la cuestión 83 de la II-II de la *Suma de Teología*, vamos a mostrar un pequeño esbozo de las ideas más importantes que aporta sobre este tema santo Tomás.

«¿LA ORACIÓN ES ACTO DE LA FACULTAD APETITIVA?» (a. 1)

Apoyándose en san Agustín y san Juan Damasceno¹, santo Tomás entiende la oración como *súplica*, es decir, como pedir humildemente algo con docilidad. Aunque no pidamos nada concreto a Dios, cuando oramos es muy importante tener una actitud interior de súplica, pues ésta nos sitúa correctamente en la presencia de Dios, ya que, como dice el salmo: «*El deseo de los humildes Tú lo escuchas, Señor*» (Sal 10,17).

Además, santo Tomás le aplica el sentido aristotélico: «la razón suplica para obtener lo más perfecto»². Así muestra que la oración es un *acto de la razón* y el

1. Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De Verb. Dom.*; RABANO MAURO, *De Univ.*, 1.6 c.14: PL 111,136; JUAN DAMASCENO, *De fide orth.*, 1.3 c.24: PG 94,1089.

2. ARISTÓTELES, I *Ethic*, C. 13, n. 15.

fin de la razón es la unión con Dios, es decir, el amor caritativo.

El amor es fundamental en la oración. Movidada por el *amor caritativo*, la oración tiende hacia Dios de dos maneras: una, por parte de *lo que se pide*, porque lo que principalmente hemos de pedir en la oración es nuestra unión con Dios (cf. Sal 26,4); y la otra, por parte de *la persona que pide*, que le conviene acercarse a Dios *mentalmente*.

En definitiva, según santo Tomás, orar es dejar que nuestro amor, guiado por la razón, nos eleve en actitud suplicante hacia la unión Dios.

«¿ES CONVENIENTE ORAR?» (a. 2)

No oramos para alterar la disposición divina, sino para *merecer* lo que Dios había determinado darnos desde el principio de los tiempos.

Tampoco oramos para informarle de nuestras necesidades y deseos, sino para que nosotros mismos nos convenzamos de que *necesitamos de la ayuda divina* para tales casos.

«¿LA ORACIÓN ES ACTO DE RELIGIÓN?» (a. 3)

La oración es un *acto propio de la religión* pues mediante ella el ser humano muestra reverencia a Dios en cuanto que se somete a Él y reconoce que le necesita como Autor de los bienes.

«¿SE DEBE ORAR SÓLO A DIOS?» (a. 4)

Podemos orar *directamente* a Dios, pues nuestras oraciones han de ordenarse para la consecución de la gracia y la gloria, que sólo vienen de Dios (cf. Sal 83,12).

También podemos orar a Dios *encomendándonos* por medio de santos y personas, para que por sus preces y sus méritos, nuestras oraciones obtengan el efecto deseado (cf. Ap 8,4).

«¿DEBEMOS PEDIR A DIOS EN LA ORACIÓN ALGO DETERMINADO?» (a. 5)

Ciertamente, podemos llegar a pedir a Dios cosas que nos pueden resultar *perjudiciales*, como podrían serlo las riquezas.

Pero hay bienes que el ser humano *nunca va a usar mal*. Éstos son los que constituyen nuestra bienaventuranza y, así mismo, los bienes que hacen que la merezcamos. Santo Tomás no pone ejemplos, pero consideramos que dentro de este grupo de bienes estarían las *virtudes*, pues nunca una virtud es excesiva ni perjudicial. Por otra parte, santo Tomás nos dice a este respecto que el Espíritu Santo nos inspira venerables deseos para que pidamos lo que nos conviene (cf. Rm 8,26).

Al pedir en la oración algo que pertenece a nuestra salvación nos conformamos a la voluntad de Dios (cf. 1 Tim 2,4).

«¿DEBE PEDIR EL HOMBRE EN LA ORACIÓN BIENES TEMPORALES?» (a. 6)

Sí pueden pedirse *bienes temporales*, aunque no como lo principal, poniendo en ellos nuestro fin, sino como *ayudas* para avanzar hacia la bienaventuranza, es decir, como medios para nuestra vida corporal y como instrumentos para la práctica de las virtudes.

«¿DEBEMOS ORAR POR LOS DEMÁS?» (a. 7)

Debemos pedir bienes para *nosotros*: por necesidad, y para los *demás*: por amor al prójimo. Pero es más grata a Dios esta segunda oración que la que hacemos por necesidad.

«¿DEBEMOS ORAR POR NUESTROS ENEMIGOS?» (a. 8)

Es *necesario* que en nuestras oraciones comunes que hacemos por los demás no excluyamos a nuestros *enemigos*.

Pero el orar *en especial* por los enemigos es propio del estado espiritual de *perfección*, no de la necesidad, salvo en algunos casos particulares.

«¿ESTÁN FORMULADAS CONVENIENTEMENTE LAS SIETE PETICIONES DE LA ORACIÓN DOMINICAL?» (a. 9)

Dado que, en cierto modo, la oración interpreta nuestros deseos ante Dios, el *Padrenuestro* no sólo regula nuestras *peticiones* –determinando lo que es

lícito pedir a Dios y el orden en que ha de hacerse—sino también nuestros *afectos*.

«¿EL ORAR ES PROPIO DE LA CRIATURA RACIONAL?» (a. 10)

Orar *es propio* de quien está dotado de razón y tiene un «superior» a quien suplicar. Por tanto, no es propio de las Personas divinas orar pues no tienen superior, ni de los animales pues no tienen razón, y sí lo es del ser humano pues es una criatura racional y tiene a Dios como superior.

Y santo Tomás nos apunta este interesante dato acerca de la oración de los animales: cuando se dice en las Sagradas Escrituras que Dios «*da al ganado su pasto, y a los polluelos de los cuervos que le invocan*» (Sal 146,9), se hace referencia a que los polluelos oran a Dios por el *deseo natural* que tienen todos los seres, a su modo, de alcanzar la bondad divina. También se afirma que los animales *obedecen* a Dios por el instinto natural con que son movidos por Él.

«¿ORAN POR NOSOTROS LOS SANTOS DEL CIELO?» (a. 11)

Efectivamente, los santos oran por nosotros, y su *oración intercesora* es más cuantiosa cuanto más perfecta es su caridad y es más eficaz cuanto mayor es su grado de unión con Dios.

«¿DEBE SER VOCAL LA ORACIÓN?» (a. 12)

La *oración pública*, es decir, la que hacen los ministros de la Iglesia en representación de la totalidad del

pueblo fiel, debe ser conocida y, por tanto, ha de ser vocal: en voz alta. Sin embargo, la *oración privada*, es decir, la que hace el creyente a título personal, no es necesario que sea vocal.

Pero hay tres motivos por los que *oramos privadamente en voz alta*:

- para excitar la *devoción* interior con la que nuestra ánima se eleva a Dios;
- para que, con todo lo que somos: ánima y cuerpo, *paguemos* a Dios la deuda que con Él tenemos;
- por cierto *desbordamiento del ánimo* sobre el cuerpo, debido al impetuoso amor que sentimos por Dios.

Es importante tener siempre en cuenta que no es lícito orar en público buscando *notoriedad*. Por eso, al orar públicamente no debemos hacer nada que llame la atención.

«¿ES NECESARIA LA ATENCIÓN DURANTE LA ORACIÓN?»
(a. 13)

La necesidad de la *atención* en la oración depende del *efecto* de la misma:

- cuando es el *mérito*, la intención con que acudimos a la oración la hace meritoria, no necesitando la atención de principio a fin;
- cuando se busca *impetrar* –es decir, pedir eficazmente una gracia–, basta también con la primera intención, que es en la que principalmente se fija Dios;

— sin embargo, cuando el efecto es la *refección espiritual* del ánima —es decir, su alimento o reparación— es necesario la atención durante toda la oración.

Hay tres tipos de *atención* en una oración:

- a las *palabras*, para no pronunciar nada erróneo;
- al *sentido de las palabras*, para saber qué decimos;
- y al *fin de la oración*, que es Dios y aquello por lo que se ora. Ésta última es la más necesaria y la pueden tener incluso los más ignorantes. A veces, esta atención eleva al ánima y olvida todo lo demás.

Hay que tener en cuenta que la *debilidad* humana hace que el ánima del orante no pueda estar largo tiempo en las alturas espirituales, pues, con el tiempo, comienza a divagar. Cuando el orante se distrae *por despiste*, no se pierde el fruto de la oración. Pero otra cosa es distraerse *a propósito*, lo cual es pecado y comporta la pérdida del fruto de la oración.

«¿DEBE SER LARGA LA ORACIÓN?» (a. 14)

Para contestar a esta pregunta santo Tomás distingue dos *modos de oración*: la oración *en sí misma* y la oración *en su causa*. Si bien la primera no es posible hacerse continuamente porque tenemos que atender otros quehaceres, la segunda sí, pues la causa de la oración es nuestro *deseo de albergar amor caritativo*, y ese deseo debe ser continuo en nosotros.

Cuando buscamos *orar por largo tiempo*, no ha de hacerse a base de muchas palabras sino manteniéndonos especialmente centrados en el *deseo* de la oración.

Santo Tomás nos dice que hay tres *modos de orar continuamente*:

- No omitiendo la oración en los *tiempos señalados*.
- Por el *efecto* conseguido en la oración, ya en el orante, que se siente más devoto tras la oración, ya en otras personas, cuando con sus beneficios las mueve a rogar por él, aun en aquel tiempo en que el orante ha dejado de orar.
- Por el *deseo* de orar sin interrupción (cf. a. 13). Es decir, si tenemos en cuenta la importancia que santo Tomás le da a la actitud de súplica –petición humilde y dócil– (cf. a. 1), podemos decir que una persona ora continuamente si en su corazón siempre late la *súplica de unirse a Dios*. Aunque esté muy ocupada en otros asuntos.

«¿ES MERITORIA LA ORACIÓN?» (a. 15)

La oración, como acto virtuoso, tiene *valor meritorio* en cuanto que procede de la raíz del *amor caritativo*, cuyo objeto propio es el bien eterno.

Según santo Tomás, en la oración, la petición es eficaz cuando se cumplen estas cuatro condiciones: pedir para sí mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, hacerlo con piedad y con perseverancia.

Llama un poco la atención la condición de «pedir para sí mismo». Pero tiene su lógica. Obviamente, podemos –y debemos– rezar por los demás, como ya hemos visto, pero, según santo Tomás, uno no puede *merecer* para otro ni siquiera lo que pertenece a la vida eterna. Por eso nuestra oración de intercesión, aunque en ella pidamos con piedad y perseverancia por la salvación de la otra persona, puede no ser atendida por Dios.

«¿CONSIGUEN ALGO DE DIOS CON SU ORACIÓN LOS PECADORES?» (a. 16)

Dios, por misericordia, no atiende la oración del pecador cuando éste *busca el pecado*. Aunque en ocasiones sí la atiende, pero para castigarle.

Pero cuando el pecador se guía por su buen deseo natural y cumple las cuatro condiciones que acabamos de ver en el apartado anterior, Dios se aviene misericordiosamente a atender su oración.

«¿ESTÁ BIEN DICHO ESO DE QUE LAS OBSECRACIONES, “ORACIONES, PETICIONES Y ACCIONES DE GRACIAS”, SON LAS PARTES EN QUE SE DIVIDE LA ORACIÓN?» (a. 17)

Son necesarias tres cosas para orar:

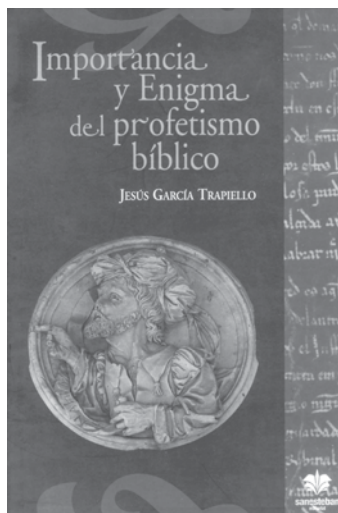
- que el orante se acerque a Dios;
- que haya una petición, ya sea concreta –postulación– o indeterminada –súplica–;
- y que tanto por parte de Dios como de la persona, haya una razón para alcanzar lo que se

pide: por parte de Dios es su santidad, por parte del orante es la acción de gracias.

CONCLUSIÓN

Como vemos, santo Tomás no da una metodología concreta para orar, sino que se limita a darnos una serie de claves importantes para que nosotros oremos como nos parezca más oportuno, en sintonía con el Espíritu Santo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Newman y María

II. La mariología como *ancilla et turris* de la cristología

INTRODUCCIÓN

Newman ha descrito el papel de la mariología respecto de la cristología utilizando las imágenes de la *sierva* y de la *torre*. Ésta es una de las claves del pensamiento mariológico del Beato Cardenal Newman.

Por un lado, el conjunto de las verdades dogmáticas sobre María se convierten en *ancilla/sierva* de la genuina y auténtica fe cristológica. María, respecto de Cristo, no es rival sino sierva protectora, de ahí que su papel en la historia de la salvación sea de naturaleza *servicial*: «A María se le confió la custodia de la Encarnación... Así como ella estuvo en la tierra, y fue personalmente custodia de su divino Hijo, llevándolo en su seno, cubriéndolo en un abrazo, y alimentándolo con su pecho, lo mismo ahora, y hasta la última hora de la Iglesia, sus privilegios y la devoción a ella debida proclaman y definen la recta fe acerca de Él como Dios y como hombre».

Por otro lado, María –sus dogmas y devociones– es *turris/torre* protectora y defensora de la verdad cristológica. En una de las conferencias pronunciadas en Londres con motivo de la fundación del Oratorio en aquella ciudad, Newman, al llamar a María *Turris*

Davidica, afirma: «Es la alta y fuerte defensa del rey del verdadero Israel, y por ello la Iglesia dice también de ella en la Antífona, que “destruyó sola todas las herejías en el mundo entero”».

Ahora bien, una torre para que sirva de protección y defensa ha de ser fuerte; se ha de convertir en fortaleza y necesita por ello de bastiones. En la citada conferencia Newman aplica esto a María: «No habría bastado, para traer a nuestra mente la idea de que Dios es hombre, que su Madre fuera una criatura corriente... Una Madre sin hogar en la Iglesia, sin dignidad, sin dones singulares, no habría sido en absoluto una madre por lo que respecta a la defensa de la Encarnación. No habría permanecido en la memoria, ni en la imaginación de los hombres. Si ha de testificar y recordar a todos que el Verbo de Dios se ha hecho hombre, debe ser colocada en una situación alta y eminente. Debe inundar la mente para sugerir esta enseñanza. Sólo cuando haya atraído nuestra atención y no antes, podrá comenzar a predicarnos a Jesús».

Las imágenes *ancilla* y *turris*, aplicadas a la mariología en su relación con la cristología, son plásticas representaciones debajo de las cuales se esconde una realidad más profunda, que Newman se encarga de explicitar en sus escritos. Newman no se contentó con justificar y exponer los dogmas concernientes a la Virgen María; se preocupó sobre todo de poner de manifiesto los grandes servicios que Ella y las verdades dogmáticas sobre Ella prestaron y prestan a la economía de la Salvación y que se resumen en la salvaguarda de la verdad total sobre Cristo, Verbo encarnado. La Madre *certifica* el misterio personal del Hijo. Todas las afir-

maciones que se hagan sobre la Madre, formando un todo armónico y reforzándose las unas a las otras, siendo coherentes y guardando trabazón interna entre sí, miran a *servir y defender* el misterio de la Encarnación del Hijo. Ha logrado Newman encajar sin violencia ni artificio alguno el cuerpo de verdades mariológicas en el edificio de la fe.

Los especiales privilegios que la Iglesia Católica reconoce en María guardan relación directa con el misterio de la Encarnación y con el misterio de Cristo en su totalidad. Afirma Newman que *«los privilegios de María miran a Jesús, y que nosotros la alabamos y bendecimos como la primera de las criaturas, a fin de confesarle a Él debidamente como nuestro único Creador»*. No se puede afirmar de manera más eficaz que Dios es verdaderamente hombre que confesando que tuvo una Madre. Y no se afirma de manera más eficaz que el hijo de María es personalmente Dios que reconociendo la alta dignidad de la que fue su Madre: *«Ha sido exaltada para servir mejor a Cristo»*, sentencia Newman.

Newman se acerca a la cuestión del *servicio* y de la *defensa* que presta la mariología a la cristología desde diversos ángulos. Se pueden identificar en sus obras tres acercamientos a la susodicha cuestión: un acercamiento *bíblico*, otro *histórico* y un tercero desde la misma *vida de la Iglesia*.

ACERCAMIENTO BÍBLICO

El *servicio* y la *defensa* que ofrece la mariología a la cristología fueron abordados por Newman, desde

una perspectiva bíblica, en tres de sus composiciones homiléticas. Significativamente cada uno de estos tres sermones fue pronunciado en épocas diversas y de capital entidad en la vida de Newman. El primero en cuanto anglicano, el segundo como líder del *Movimiento de Oxford* y el tercero siendo ya católico. Y en los tres la misma convicción: María *sirve y defiende* a Cristo.

En el sermón del 25 de marzo de 1832, predicado en la parroquia universitaria de Oxford, Newman señala que el relativo silencio sobre María en los Evangelios es tan elocuente como todo lo que sobre Ella se menciona. Este relativo silencio es un gesto de la benevolencia de Dios hacia nuestra debilidad; pues mucho es lo que se podría decir sobre la Virgen María, pero somos duros de oído. La figura de María, al igual que la de los otros personajes que aparecen en la Historia de la Salvación, está para introducirnos a Cristo. De la admiración hacia Ella pasamos a la glorificación de Dios en Ella. Con la Sagrada Escritura en la mano siempre que pensamos en María no podemos por menos que pensar en Cristo y nunca separada de Él. El mismo nombre de María se convierte en *memorial* del nombre de Jesús. Nada hay más eficaz para convencernos que Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre que pensar en Aquélla que fue su Madre. Termina Newman el sermón afirmando que María va a la cabeza de todos los fieles seguidores del Cordero.

Newman, en el sermón que predicó el 26 de febrero de 1843, militando por entonces en el *Movimiento de Oxford*, señala que en las bodas de Caná Cristo se

separa de su Madre, porque había llegado la hora de poner manos a la obra del Padre. Esta separación terminó cuando Cristo consumó su obra en la Cruz. En el inicio mismo de la separación de su Madre en Caná ya quedó anunciado el momento en que volvería a tener que ver con Ella. Hacia el final del sermón, Newman señala que en Caná Cristo no parece oír la petición de su Madre, aunque de hecho la realiza; por otro lado, en la última cena Cristo recuerda a los suyos que se alegrarán de su marcha, porque con ella recibirán dones insospechados, tales como la poderosa intercesión de la Madre.

Newman, siendo ya católico, en el sermón que predicó el tercer domingo de Cuaresma del año 1848, titulado *Nuestra Señora en el Evangelio*, señala que las palabras de Cristo en Lc 11,27 no han de ser interpretadas como un desprecio hacia la Madre por parte del Hijo, porque cuando Jesús dice que es más santo guardar los mandamientos que ser su Madre, no estaba afirmando que su Madre no los guardara. Según Newman la aparente frialdad con que Jesús parece tratar a su Madre responde a dos razones. En primer lugar Cristo quiere que los suyos superasen la idea de asociar la religión con las realidades terrenas y que den el salto de las realidades que se ven a las que no se ven. Y segunda razón: si durante treinta años Cristo vivió sujeto fielmente a María, ahora durante tres años, su celo será estar sujeto fielmente a la obra del Padre. Por otra parte, Cristo, al dejar a su Madre para realizar su Misión, estaba cumpliendo lo que a otros luego Él iba a pedir.

Señalar por último que si Cristo, mientras realizaba la obra del Padre, parece arrinconar a la Madre, es porque a su debido tiempo debía destacar la grandeza de Ella; de ahí que la Iglesia, *«gozándose en el gran misterio sagrado de la Encarnación, ha sentido siempre que, quien de manera tan inmediata participó en él, debe haber sido santísima y por eso, por el honor del Hijo ha exaltado siempre la gloria de la Madre»*.

ACERCAMIENTO HISTÓRICO

Newman también puso de relieve, desde una perspectiva histórica, el papel de *servicio y defensa* que ha jugado la mariología respecto de la recta doctrina sobre Cristo. En los comienzos de la Iglesia, María se mantuvo con exquisito cuidado en un segundo plano. De esta manera María siguió ocupando el puesto de discreción que ocupó durante el ministerio público de Cristo. Así lo afirma nuestro autor: *«Cuando el Señor comenzó a predicar, María se mantuvo en un segundo plano, y después de la Ascensión ella no asumió actividad pública alguna de predicación o de enseñanza, no tuvo oficio apostólico ni ejerció ministerio de sacerdote. Buscó humildemente a su Hijo en la Misa diaria de aquellos que, siendo menores que Ella en los cielos, eran sus superiores en la Iglesia sobre la tierra»*.

Pero llegó un momento en que Ella, desde el cielo, con influyente suavidad y gentil persuasión, empezó a atraer la atención sobre sí, para poner remedio eficaz al olvido, desprecio o deformación que la verdad sobre su Hijo tuvo que soportar. Afirma Newman: *«Por eso cuando el Nombre del Hijo se vio ofendido, desempeñó*

María su tarea de servicio. Cuando el Emmanuel fue ignorado, la Madre de Dios acudió, por así decirlo, en su defensa. Cuando los herejes afirmaron que Dios no se había encarnado, llegó el tiempo de exaltar a la Madre, y ella salió victoriosa de este combate, que no combatió sólo para sí misma».

En su famosa obra sobre el *Desarrollo de la Doctrina Cristiana* Newman señala que María empezó a despuntar con fuerza creciente en la conciencia creyente cristiana cuando la recta doctrina cristológica de la Encarnación empezó a ser puesta en entredicho desde diversos frentes. El título de *Madre de Dios*, dado a María en el Concilio de Éfeso, sirvió para proteger la doctrina de la Encarnación y salvaguardar así la verdadera humanidad y divinidad del Verbo encarnado en Ella.

Newman también puso de relieve la relación de la mariología con la sana doctrina cristológica acudiendo a otra época importante de la historia de la Iglesia: la Reforma protestante del siglo XVI. Agudo es el análisis de Newman al respecto: *«Cuando los herejes emergieron nuevamente en el siglo XVI y planearon la aniquilación de la fe cristiana, no encontraron expediente más eficaz para su propósito que el de criticar e insultar los privilegios de María, pues sabían con plena certeza que si podían lograr que el mundo deshonrara a la Madre, seguiría pronto la deshonra del Hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en que Hijo y Madre van juntos. La experiencia de tres siglos ha confirmado su testimonio. Pues los católicos, que han honrado a la Madre, adoran todavía al Hijo, mientras que los pro-*

testantes, que han cesado ahora de confesar al Hijo, comenzaron entonces burlándose de la Madre».

ACERCAMIENTO DESDE LA VIDA DE LA IGLESIA

La tesis de Newman según la cual María sale siempre a *servir y defender* a Cristo, se ve apoyada también desde la vida de piedad y devoción que en el seno de la Iglesia se alienta hacia la Virgen María. En la vida de piedad católica, la devoción a María no tiende en absoluto a debilitar la devoción a Dios. Un cuestionamiento en este sentido no tiene cabida en la piedad católica. El trato con la Madre honra al Hijo y toda súplica, poniendo a María por intercesora, es agradable tanto a la Madre como al Hijo.

Éstas son las ideas que sostiene Newman en una carta, fechada el Jueves Santo de 1866, dirigida a Lady Chatterton. El puesto que María ocupa en la piedad de los fieles es de naturaleza referencial: la grandeza del *referente* (María) se apoya en la grandeza del *referido* (Cristo). Afirma Newman: «... *es prerrogativa de María ser esa Estrella de la mañana heraldo del sol. Ella no tiene brillo propio, brillo que salga de Ella misma, sino que refleja al Redentor suyo y nuestro, y le da gloria. Cuando aparece en las tinieblas, sabemos que Él está cerca, al alcance de nuestra mano*».

Apoya Newman su tesis acudiendo a ejemplos concretos. Así, los grandes devotos de María, Alfonso de Liguorio o Pablo de la Cruz, se han destacado por su amor a Jesucristo, probado en los nombres que han dado a las familias religiosas por ellos fundadas: Las

Congregaciones del Redentor y la de la Pasión respectivamente. Otro ejemplo: la misma disposición de las Iglesias con sus imágenes y sus crucifijos, objeto de devoción por parte de los fieles, no se comparan con aquella otra Presencia que se guarda en los muros del templo y que recibe un culto diferente: La Santísima Eucaristía. Otro ejemplo más: la escasa mención que de María se hace en la celebración de la Misa prueba también el papel de sometimiento que desempeña María respecto a su Hijo.

Señalar, por último, que es María la más celosa en guardar y ocupar su justo puesto en la piedad de los fieles y es Ella la primera en aborrecer toda exageración devocional o que carezca de las debidas proporciones. Afirma Newman al respecto: *«María es, de manera preeminente, fiel a su Señor e Hijo. Nadie puede suponer, ni por un solo instante, que Ella no siente exquisitamente el celo por el honor de Jesús, ni como piensan los que no son católicos, que exaltarla a Ella significa serle infiel a Él. Los que de verdad son siervos de María son también verdaderos siervos de Jesús. María recompensa a quienes son sus amigos y, por eso mismo, consideraría que no son amigos suyos quienes la prefieran a Él»*.

Y es que las exageraciones devocionales marianas, lejos de agrandar a María, le hieren en la niña de sus ojos, o mejor dicho, en el Niño de sus ojos.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

El superior en la animación de la vida comunitaria¹

UNA CONFESIÓN DE PARTE Y UNA CONVICCIÓN

Mi experiencia como superior es muy reducida. Sólo fui prior un trienio en el convento de San Gregorio de Valladolid, y no fui elegido después nunca en ningún otro convento. Las conclusiones que de aquí cabría sacar sobre mi competencia para hablar del tema propuesto quedan de vuestra cuenta. No obstante, para no dejar tan maltrecho mi narcisismo, puedo añadir que, poco antes de haber sido asignado a Valladolid, los frailes de uno de los conventos de Asturias me eligieron prior, por unanimidad y en la primera votación, según me comunicó el provincial de entonces. A continuación añadió que esta circunstancia le había hecho desistir de su intención inicial de casar (anular) la elección, pero, a pesar de ello, me agradecería que le presentase la renuncia (nuestras relaciones eran, como se echa de ver, manifiestamente mejorables). Cosa que hice, en efecto. ¡Quien sabe si allí se quebró una carrera algo más brillante!

1. Texto de una intervención en una reunión de superiores. Se han añadido algunas referencias, pero se mantiene el tono coloquial de la intervención.

Como quiera que sea, ya que no puedo hablar a partir de mi experiencia como superior, me apoyaré en lo que en Metodología de las Ciencias Sociales llamaban en mis tiempos jóvenes una «observación participada».

Para situar y contextualizar lo que se me ha ocurrido ofrecer, respondiendo a la petición del prior provincial, quiero recordar algo que es conocido de todos, pero me parece importante tenerlo en cuenta desde el principio. En nuestro ordenamiento constitucional se mantiene desde 1221, como uno de sus principios básicos, la disposición de que, «con el fin de favorecer la unidad y la paz de toda la orden, queremos y declaramos que nuestras constituciones no nos obligan a culpa, sino a pena»².

En sus comentarios a la Regla y Constituciones, Humberto de Romans (ca. 1200-1277) da por sabido que fue idea original de santo Domingo: «En el capítulo de Bolonia, el mismo bienaventurado Domingo, para tranquilidad de algunos frailes pusilánimes, dijo que las reglas no debían obligar a pecado. Y que, si esto llegara a pensarse, iría por los conventos y rompería con su mano a cuchillo todas las reglas. Así me lo contó un fraile que estuvo presente»³. Este principio innovador –porque se trata de una innovación– equivale, tal como yo lo veo, a una concepción de la ley y de la autoridad religiosa que no tiene aún hoy un

2. A. H. THOMAS, *De Oudste Constituties van de Dominicanen. Voorgeschiedenis, tekst, bronnen, ontstaan en ontwikkeling (1215-1237)*, Lovaina, R.H.E., 1965, 311-2.

3. *Opera de Vita regulari*, Roma, 1958, II, 46.

paralelo muy visible en la Iglesia, y ni siquiera en la Orden se tuvo ni se tiene siempre claro lo que representa.

De hecho, se conocen intervenciones de varios capítulos generales, que muestran su preocupación ante el abuso de censuras, preceptos formales y penas de excomunión impuestas a los frailes, y recuerdan que el principio mencionado es una de las bases de nuestro ordenamiento y nunca se puede suspender. Así en el Capítulo General de Pavía, de 1507, se recomienda tener más confianza en el valor de nuestras leyes por sí mismas: «Deseamos librar a nuestros frailes de la multitud de ordenaciones y de trampas para su conciencia, confiados en que nuestra sagrada regla y las constituciones bastan a cada uno para vivir bien y felizmente. Por ello revocamos y declaramos nulos todos los preceptos y todas las censuras impuestas hasta hoy en los capítulos generales, salvo las que ya están contenidas en la regla y en las sagradas constituciones. Y remitimos a todos y a cada uno a la regla y a las constituciones, amonestando y exhortando a que sirvan religiosamente a Dios de acuerdo con el voto de su profesión y a que los transgresores sean castigados de acuerdo con lo que en ellas se establece»⁴.

4. *Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum Historica*, vol. IX, 63. Una de las primeras disposiciones de Bartolomé de Caranza, al ser elegido provincial el 2 de febrero de 1550 (Capítulo provincial de Segovia), fue suprimir los preceptos vigentes en todos los conventos de la Provincia: «El Reverendo Padre Provincial revocó todos los preceptos de los conventos de toda la Provincia» (RAMÓN HERNÁNDEZ MARTÍN, «Actas de los Capítulos provinciales de la Provincia de España de los años 1545, 1548, 1550 y 1551», *Archivo Dominicano* 29 (2008), 61).

Si bien tales rectificaciones muestran que nunca se borró la conciencia de dicho principio, son a la vez una prueba de las dificultades para prescindir de decisiones autoritarias ajenas a su espíritu. *El desafío para todos nosotros sigue siendo el de descubrir el modo de practicar comunitariamente la obediencia evangélica bajo la forma de vida religiosa, sin instaurar modos autoritarios y sin degradar las relaciones hasta difuminarlas poco más que en la gestión de los intereses individuales de cada persona o de una comunidad de vecinos, de la que el superior fuera el presidente.*

Dicho esto, y para que no haya dudas, voy a dejar sentada desde el principio la importancia que, en mi opinión, tiene el superior en la vida de cualquier comunidad. Se trata de una convicción o, si se prefiere, como le gustaba repetir al filósofo rumano Emil Mihail Cioran (1911-1995), de una *sospecha degenerada en convicción*. La formularé de manera rotunda, puesto que para mí tiene valor axiomático: *Una comunidad con un buen superior puede funcionar bien, a medias, regular o mal, porque no todo depende del superior. Pero una comunidad con un superior inconsciente o renuente a asumir sus funciones, o que por los motivos que sean no sabe, no se atreve o no acierta a situarse en ella como superior (no como compañero, ni como colega, ni como uno más, ni como el último...), funcionará siempre mal.* «Como es constante» (*constat, patet*), según decían nuestros clásicos.

GLOSANDO AL VENERABLE HUMBERTO DE ROMANS

Para centrar lo que sigue de mi intervención, voy a acudir al *De Instrukione Officialium Ordinis Fratrum*

Praedicatorum, del V. Humberto de Romans, capítulo III: «El oficio del prior conventual». Esta obra se imprimió con las Constituciones hasta el siglo XIX⁵. Humberto dedica al prior conventual 8 páginas, dos más que al provincial. Las diez secciones que integran el capítulo constituyen todavía hoy el campo de actuación de cualquier superior y me voy a apoyar en algunos de sus enunciados, aunque la interpretación corra ya de mi cuenta.

Circa seipsum

Me llama la atención que la primera reflexión del Maestro Humberto al hablar del prior sea ésta: «lo que a él mismo se refiere». Dice, entre otras cosas:

[El prior] «no debe estar fuera de la casa tanto tiempo, que descuide las cosas que se han de hacer dentro; ni residir tanto dentro, que su trabajo provechoso [fructífero] fuera se vea perjudicado. Además, por amor de la paz [del convento] no debe descuidar los negocios de los frailes y de la orden; pero no de forma que el excesivo afán por la atención a los demás le lleven a descuidarse de sí mismo [literalmente: «salir demasiado de sí mismo», *nimis a se exire*]».

Notemos esta expresión: *nimis a se exire*. En la terminología de los siglos XII-XIII, *essere, stare, habitare secum* (ser, estar, habitar consigo mismo) eran

5. En la edición de A. CLOCHE (*Regula S. Augustini et Constitutiones FF. Ordinis Praedicatorum*, Roma, 1690), el texto está en las pp. 77-85.

expresiones que indicaban una realidad antropológica y espiritual profunda, los momentos de mayor plenitud humana. Humberto, como el resto de la tradición dominicana, recibe el tema tanto de la orientación eremítica o monástica (Grand-Mont, Císter, *Epistola ad fratres de Monte Dei...*), como canonical (Pedro el Cantor, Hugo de San Víctor...). El Modo octavo de orar nos presenta a santo Domingo en una situación que le permitía mantenerse *consistendo secum et stando cum Deo*, presente a sí mismo y a Dios (la traducción castellana del siglo XIV interpreta: «fablando consigo e stando con Dios»). Esto indica el *stare secum*. En cambio, salir en exceso de sí mismo, *nimis a se exire*, es tanto como perderse, alienarse. En un lenguaje más familiar, equivale a no mantener o poner en riesgo la propia identidad o integridad personal⁶.

Pasemos ahora a nuestra experiencia. La tarea más común, más frecuente, la que más horas ocupa a un superior la hemos resumido hace tiempo en dos palabras: «Templar gaitas». Hay que reconocer que se trata de una expresión castiza, puesto que figura ya en el *Tesoro de la lengua...*, de Covarrubias. Pero la antigüedad no es prueba irrefutable de ningún honorable pedigrí.

¡El cansancio de los priores! Algo no va bien, cuando hay tan pocas ganas de ser superior. El que se tenga la sensación de haber perdido el tiempo de la vida durante el mandato, o poco menos, no es señal de

6. Cf. BERNARDO FUEYO SUÁREZ, *En casa, fuera de casa, en el camino... Los modos de orar de santo Domingo*, Salamanca, San Esteban, 2006, 73-79.

nada bueno. No hay ningún camino de rosas para ninguna peripecia personal, por lo mismo tampoco para la tarea de dirigir una comunidad. *Pero no parece que sea pedir la luna el esperar que, como ocurre en cualquier otra actividad, un superior llegue al final de su mandato con la sensación de haber hecho algo al poner su tiempo y su vida al servicio de la comunidad. Y de haberse enriquecido personalmente.*

Ne nimis a se exire! ¿Cómo lograrlo? Lo que sigue pretende apuntar alguna dirección viable. Antes, contrastemos nuestra experiencia, y la vuestra de superiores, con lo que escribía hacia 1260 el Venerable Humberto: «Más que por ninguna otra cosa, [el prior] debe preocuparse [*zelare*] en primer lugar por la religión y, en segundo lugar, por el estudio... *En cambio, raramente se debe ocupar de la cocina, la vestimenta, la huerta, los edificios y otras preocupaciones cotidianas y de menor valor, que corresponde atender a los oficiales*». Volveré en un instante sobre estas perspectivas.

Circa maiores

A medio camino entre el punto anterior y el siguiente, menciona Humberto las tareas del prior *circa maiores*. Con esta expresión no se refiere a los ancianos o de más edad, sino a la relación del superior con las jerarquías de la Orden y de la Iglesia: el Provincial, las Actas de los Capítulos Generales y Provinciales (nótese esta mención expresa), el Maestro de la Orden, la Iglesia local.

«También corresponde al prior.. exponerles fielmente el estado de su convento cuando se lo pidan o

convenga; aceptar devotamente sus mandatos y ordenaciones y las de los Capítulos generales y provinciales; conocer [las Actas] de memoria y recordarlas con frecuencia a los frailes y trabajar para que se cumplan plenamente... [Si no es atendido en ocasiones por los Superiores Mayores, piense] que le toca más compadecerles ante el agobio por la multitud de problemas y su impotencia para satisfacer a todos, que indignarse por el rechazo de su petición».

La comunidad es parte de una realidad que la desborda: la sociedad, la Iglesia, la institución religiosa misma. Corresponde al superior, en buena medida, activar esta conciencia de pertenencia y servir de vínculo real entre la comunidad y las diversas instancias que la trascienden. Algo que es especialmente importante en estos momentos, ante la necesaria reorganización y abandono de ciertas tareas, incluso casas, y la conveniencia de caminar hacia una mayor colaboración intersectorial.

Circa conventum

Agrupo bajo este epígrafe tres aspectos centrales:

1. *Circa oficiales*: «Corresponde [al superior] nombrar o remover a los Oficiales adecuados, con el consejo de frailes discretos; informar con diligencia a los nombrados de sus tareas y fijar de manera determinada la autoridad de que puedan disponer, incluso por escrito, si se juzga conveniente; y concederles algunas licencias generales para intervenir, o dispensarles de algunas Horas y cosas semejantes, que se consideren

necesarias para el cumplimiento de los oficios. No le es lícito reservarse algunos oficios ni entrometerse mucho en ellos, sino más bien corregir las negligencias de los oficiales y animarlos e instruirlos a que hagan las cosas que les corresponde hacer».

Humberto habla de la clave del edificio, o sea, de la necesidad de vertebrar la comunidad. Utilizo el término «vertebrar» en el sentido que da el Diccionario de la Real Academia Española de 1985 (que admitió por primera vez la forma verbal): «Dar consistencia y estructura internas, dar organización y cohesión». Una de las carencias más graves de las comunidades es su falta de vertebración. Y si he de decir lo que pienso, como se supone hay que hacer en este foro, temo que en algunas comunidades y grupos las cosas hayan seguido una deriva cuyo curso va a resultar de muy difícil rectificación.

Y, sin embargo, los ordenamientos jurídicos suelen poner a disposición del superior recursos suficientes, que tanto él como el resto de la comunidad debieran estar interesados en activar. En nuestra legislación datan del siglo XIII y son básicamente dos:

- a) Una organización funcional, ajustada a la realidad de la comunidad, basada en los Oficiales del convento: comenzando por el superior, todos los llamados «cargos» –término que haríamos bien en desterrar– son oficiales de la casa. Y
- b) Un mecanismo de información y decisión comunitarias que son el Capítulo y el Consejo. En nuestras Constituciones el Capítulo

tiene prioridad sobre el Consejo y figura en primer lugar tras el texto que trata sobre el prior. De hecho, el Consejo responde al criterio de agilizar la vida de las comunidades numerosas, y por eso las Constituciones prevén la posibilidad de unificar los órganos cuando hay ocho o menos vocales en el convento.

Una sensata combinación de corresponsabilidad y de información, un juego limpio a practicar por todos y exigible a todos, intolerante con la mentira y el chismorreó, y también con los silencios suicidas, no garantizan que se resuelvan todos los problemas de una comunidad, pero creará el ambiente necesario para seguir haciendo frente a nuestras tareas y a nuestra vida. El prior tiene en su mano los recursos que le dan las leyes, cuya aceptación previa es de todos. Me asusta oír, como se oye, que algunos superiores preguntan a su comunidad si creen conveniente celebrar alguna reunión o capítulo. Esto es sencillamente dimitir de sus funciones. No se pregunta si se quieren tener. Se convocan, se preparan y se sigue su cumplimiento. *Nada sustituye en una comunidad la función más importante que ha de cumplir un capítulo o una reunión comunitaria: devolver a la comunidad sus propios compromisos.*

2. *La corrección fraterna:* La corrección fraterna es asunto delicado. Un cantor que tuvo el convento de San Esteban a mediados del siglo XVIII, fr. Manuel de Soba y Ocariz, aconseja lo siguiente a sus colegas: «Está precisado el cantor a hacer frente a todos, con

igualdad y, en ocasiones, con su poco de aspereza. Porque bien visto está que no todo se compone por el amor de Dios y con *Deo gratias*».

Atención a los idealismos: no formamos la comunidad escatológica. Por lo mismo no nos hagamos la ilusión de poder desterrar de nuestras relaciones ni los conflictos, ni la violencia en todas sus formas. Un aspecto importante, que muestra la importancia del principio mencionado al comienzo: la corrección discurre sobre la «pena» (responsabilidad ante los demás), no sobre la «culpa» (pecado). No se juzga la conciencia sino la fidelidad a los compromisos comunes, y en este aspecto el principio constitucional no otorga patente de curso a nadie. *La corrección fraterna, de la forma que sea, ha de acoger nuestra condición frágil y nuestra debilidad. Pero nos debemos la lealtad de recordarnos algo elemental: que en el convento, como en la familia y en la relación de pareja, pueden convivir personas falibles y pecadoras. Pero no tramposos. La mentira tolerada lleva las relaciones comunitarias a carecer de la más elemental densidad.*

3. *Una relación pacificada.* Un paso más lo constituye lo que Humberto considera tarea también importante del prior: *de pace conventus conservanda*. Y añade que el prior ha de resistir a toda presión que le desvíe de la concordia conventual, «en cuanto sea posible», concluye con realismo. *La vida comunitaria debiera ayudarnos a sanar nuestra memoria personal y colectiva, si puedo hablar así.*

De mis años dedicados al estudio de la familia, recuerdo el enfoque multidimensional de Stherling,

una de cuyas dimensiones es lo que llama el *libro de contabilidad familiar abierto*. Es increíble lo que duran las deudas pendientes entre nosotros; muchas no prescriben nunca y su ejecución se reclama de la manera más extemporánea. Junto con el incremento de las depresiones y de posiciones presicóticas que toleran la frustración, pero lo pagan con una estéril actitud de desengaño o resignación, que observo con más frecuencia de lo que me gustaría por dondequiera que voy, este punto constituye para mí uno de los índices más preocupantes de nuestra salud comunitaria y espiritual.

AGUAS ARRIBA

Mi última reflexión arranca de un poco lejos, pero no es la menos importante y enlaza con la primera afirmación sobre la desacralización de la ley y de la autoridad. Gran parte de la espiritualidad que ha ido cuajando en la Iglesia se apoya en una actitud de sospecha: frente al mundo, frente a la sociedad, frente a los demás. Es una relación de desconfianza mutua: *dif-fidentia*. Desconfianza frente a las trampas del mal, que se proyecta en desconfianza del ser humano y sus relaciones.

En nuestra Orden tenemos otra tradición, muy olvidada a veces: la confianza, de la que santo Domingo fue un ejemplo que llamó la atención de sus compañeros y que quedó grabada en un texto de las Constituciones primitivas, que incomprensiblemente se suprimió en la revisión posconciliar. Gracias a los estudios de fray A. H. Thomas, hoy conocemos los distintos

estratos que integran las Constituciones, y este texto pertenece a la primera redacción, hecha en tiempos de santo Domingo (1220-1221). Recomienda enseñar a los novicios a «pensar bien» y a no «sospechar»: «Que no juzguen a nadie internamente; y si ven algo hecho por otro que les parece malo, conjeturen que puede ser bueno o al menos hecho con buena intención, ya que el juicio humano se equivoca con frecuencia»⁷. Texto que Simon Tugwell glosa en los siguientes términos: «Este ethos de la confianza es esencial a la obediencia dominicana, si bien es totalmente contrario a la tradición más antigua de la desconfianza (*diffidentia*) monástica. Como dijo Beda Jarret, la obediencia dominicana significa que es “por nuestro honor” por lo que hacemos lo que se supone que debemos hacer».

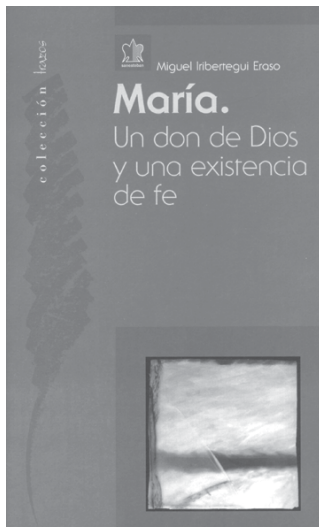
Esta es nuestra fuerza y nuestra debilidad. Porque una comunidad que pretenda construirse sobre estas bases será siempre una realidad frágil, ya que su única fuerza es la de recordar a cada uno cuál es su compromiso personal. Pero es una hermosa aventura, y el hecho de que esta inspiración haya llegado hasta hoy nos asegura que es una posibilidad humana practicable y habitable. Lo será si, en la más genuina tradición de la confianza, somos capaces de hacer aflorar en nosotros y en los demás el fondo de bondad que hay en todo ser humano (que también tiene un fondo de maldad), como recordaba el filósofo francés Paul

7. Cf. A. H. THOMAS, o.c., 323: *Ut neminem penitus iudicent, sed si que ab ullo fieri viderint, licet mala videantur, bona suspicentur vel bona intentione facta, sepe enim humanum fallitur iudicium* (Dist. I, cap. 13). En la edición de CLOCHE, p. 80.

Ricoeur (1913-2005) hablando de la función de las religiones. Esta dimensión teologal ha de ser permanentemente activada. Me temo que, si no se logra, la postración de la vida comunitaria continuará en progresión creciente.

En fin, ser superior es siempre un ejercicio de paciencia. Y como esta no es una cualidad con la que yo haya sabido adornar mi vida, me permitiréis que termine mi intervención agradeciendo la que a diario ponéis en práctica en vuestros conventos y la que habéis demostrado escuchándome.

FRAY BERNARDO FUEYO SUÁREZ, O.P.
Madrid (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Esperanza y consolación

*«Con la paciencia y el consuelo
que dan las Escrituras
mantengamos la esperanza» (Rm 15,4).*

Pablo ha realizado una certera síntesis de las virtudes que nos unen más íntimamente a Dios y a él nos conducen (por eso llamadas «teologales»), a saber: la fe, la esperanza y la caridad. Mientras caminamos hacia el encuentro definitivo con Dios, estas tres virtudes nos iluminan el camino y son, a su vez, un destello presente de aquella Luz futura. «Ahora vemos en un espejo –dice Pablo–, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres» (1 Co 13,12-13); por eso, mientras caminamos al encuentro de Dios, debemos revestirnos de estas tres (cf. 1 Tes 5,8), para que se manifieste la vida de Dios en nosotros (cf. 1 Tes 1,3). Estas virtudes se refieren directamente a Dios y disponen al hombre a entrar en relación con él¹.

La virtud teologal de la esperanza nos conduce a aspirar ese encuentro personal con Dios en la persona de Cristo. Apoyándonos no en nuestras fuerzas,

1. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1812.

sino en los auxilios de la gracia que nos mantendrá «firmes en la esperanza, pues Dios es fiel a sus promesas» (Hb 10,23). Esta esperanza de salvación perfecciona la espera del pueblo escogido y la Iglesia la define como «el ancla del alma», segura y firme, «que penetra... a donde entró por nosotros como precursor, Jesús» (Hb 6,19-20); es la que nos sostiene en la tribulación (cf. Rm 12,12).

La esperanza cristiana es sinónimo de la perseverancia en el amor de Cristo, animada, sostenida y perfeccionada por la gracia. «En la esperanza, la Iglesia implora que todos los hombres se salven (1 Tm 2,4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo su esposo»². La esperanza cristiana acuna en su seno la esperanza de la humanidad glorificada (plenitud de la promesa) revelada e inaugurada en Cristo, muerto y resucitado. La humanidad, consciente o inconscientemente, espera la comunión divina y la plenitud de su ser.

Pero, la esperanza no puede estar fundamentada en nuestras posibilidades, capacidades, aciertos, ciencia, etc. La raíz de la esperanza cristiana es la fe en Jesucristo. Sin él sería vana nuestra fe. Y «la fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (Hb 11,1). La Carta a los Hebreos nos manifiesta con claridad cómo la esperanza tiene una referencia explícita en la fe.

En Hb 11,17, la expresión «por la fe» precede el comienzo de cada afirmación, recorriendo la historia

2. *Ibid.*, n. 1821.

de los Padres, reyes y profetas que, sin este don, no habrían respondido con esperanza a la voz de Dios; y si no hubieran sido fortalecidos en la esperanza por medio de la fe, no habrían podido caminar, aún en la más grande tribulación, y eso que al final no llegaron a alcanzar el objeto de las promesas (cf. Hb 11,39). Aún así, el autor, invita: «corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, que inicia y consume la fe...» (Hb 12,1-2). Sólo si ponemos nuestros ojos en Jesucristo, la esperanza se mantiene firme y se fortalecerá, y se cimentará en la fe; en aquella fe que tiene a Dios como el Sumo Bien, de quien se puede esperar todo.

San Pablo, por su parte, nos exhorta: «pero esperar lo que no vemos es esperar con paciencia» (Rm 6,8), sostenidos en nuestra fragilidad por la presencia del Espíritu que ora en nuestro interior con gemidos inefables (cf. Rm 8,26). Aquí es donde la fe y la esperanza se estrechan con un lazo indisoluble.

Son la presencia y la acción del Espíritu, a quien Juan llama «el Paráclito», es decir: «el que nos Consuela», las que nos impulsan a degustar de la Palabra de Dios, en la que descubrimos a un Dios misericordioso y consolador (cf. 2 Co 1,3). La consolación de Dios es el fruto de la esperanza activa; de la esperanza puesta en Dios, que sostiene a la fe en medio del sufrimiento y nos da nuevos ánimos para poder sostener incluso a los que sufren como nosotros (cf. 2 Co 1,4).

Cuando hablo de la consolación de Dios me refiero a un don dado por él para experimentar o advertir su presencia que sostiene, pacifica y fortalece el

corazón y la fe en un momento determinado de la historia, querido deliberadamente por él (sea en desolación o no) con el fin de que todas las fuerzas estén puestas en él y seamos capaces de *abandonarnos en él como un niño en brazos de su madre*.

A la base de la mayoría de las experiencias de consolación de Dios se encuentra siempre algún tipo de soledad, de desolación, o de *ruina* que desea ser restaurada (cf. Is 51,3). Esa es la experiencia del pueblo de Israel, quien expresa su esperanza de salud escatológica con la espera de la consolación definitiva (cf. Za 1,13). Un enviado misterioso, el siervo del Señor, vendrá a realizar esta obra (cf. Is 61,2); y la tradición judía, testimoniada por el Evangelio mismo, lo llama «Mesías»: *Menahe*m, «Consolación de Israel» (Lc 2,25).

En la espera de la llegada del Mesías, el Dios del consuelo no abandona a su pueblo en el sufrimiento, ni lo deja solo, sino que lo consuela, se hace presencia viva entre ellos: «Sea tu amor consuelo para mí, según tu promesa a tu servidor» (Sal 119,76; cf. Is 40,1; 49,13; 51,12; 52,9). Es Jesús el *Menahe*m esperado (cf. Lc 4,18-21); y desde él, Pablo sentó las bases teológicas de la consolación: en sus sufrimientos descubrió que la consolación brota de la desolación misma cuando está unido a los padecimientos de Cristo (cf. 2 Co 1,7ss); de ahí se deduce que Cristo sea la fuente de toda consolación.

La esperanza cristiana es una actitud dinámica y permanente si se fundamenta en la fe en Cristo, y con esa fe se alimenta y sostiene; por la experiencia de la presencia viva de Dios, presencia que consuela y for-

talece interiormente para afrontar el sufrimiento (cf. 2 Co 7,6). Por otra parte, la fe y la esperanza pertenecen a un acto de confianza absoluta en Dios que implica la entrega total de uno mismo a la voluntad divina; lo cual supone una experiencia de su presencia que sostiene, anima y fortalece la esperanza; experiencia de un Dios que, penetrando en el corazón del hombre, consuela desde lo más íntimo. Sólo el corazón consolado por Dios puede mantener encendida la mecha (a veces casi humeante) de la esperanza.

El papa Benedicto XVI nos dice que el hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo uno de nosotros para com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real en la persona de Jesucristo; por eso en el sufrimiento está injertado por «el consuelo del amor participado de Dios, y así aparece la estrella de la esperanza»³. Y que esa consolación, término que procede del latín *con-solatio*, «sugiere un *ser-con* en la soledad»⁴.

La experiencia de la dulce presencia de Dios –experiencia de consolación– anima la esperanza de *agradarle*, de serle fiel en la obediencia, de responder con amor concreto –aún en la amarga sensación de la ausencia divina (desolación)–. Esta experiencia mística sólo puede ser iluminada por la antorcha de la esperanza, fortalecida por la experiencia de la presencia-ausencia del Bien Amado.

En esta experiencia de desolación y consolación resplandece el «ancla del alma» del cristiano. La expe-

3. BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe salvi*, n. 39.

4. *Ibid.*, n. 38.

riencia del amor de Dios se refleja en la ternura de la caridad que consuela al afligido suavizando los dolores con palabras que hacen dulce las amarguras, animando al enfermo a soportarlo todo, puesta la esperanza en Cristo. Ojalá, el Señor, nos conceda la gracia de «rebotar en esperanza» (Rm 15,13) para que permanezcamos firmes en él.

Para tu oración personal te ofrezco esta hermosa poesía de san Juan de la Cruz, que él mismo llama «cantar del alma que anhela conocer a Dios por la fe», y que escribió mientras vivió un intenso momento de *noche oscura* de la fe mientras estaba en la cárcel en Toledo (1578):

*¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!*

*Aquella eterna fonte está escondida.
¡Qué bien sé yo do tiene su manida
aunque es de noche!*

*Su origen no lo sé pues no le tiene
mas sé que todo origen della viene
aunque es de noche.*

*Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben della
aunque es de noche.*

*Su claridad nunca es oscurecida
y sé que toda luz de ella es venida
aunque es de noche.*

P. MARCELO BARVARINO
Fontiveros (España)

Todo se vuelve verdadero en el silencio

«Señor, no es orgulloso mi corazón, ni voy tras cosas grandes que superan mi capacidad» (Sal 130,1).

«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu que se nos ha dado» (Rm 5,5).

Expresar lo invisible con palabras es difícil. Nuestra palabra es el lenguaje de lo visible. La prosa es para lo ordinario. Decimos: «lo prosaico». Lo poético es para cuando la realidad nos rebasa... El silencio interior es el lenguaje de lo invisible. Las palabras siempre son insuficientes. El silencio es ponerse en la onda del mundo invisible, inefable.

Tenemos la oportunidad de que lo viejo, a lo que estamos acostumbrados, dé paso a lo nuevo. En el silencio interior vivimos la oportunidad de que ese amor derramado surja de nosotros. Pero no estamos acostumbrados al amor derramado en nosotros.

Somos unos seres muy condicionados: por nuestra cultura, por nuestra familia, por nuestro género, por nuestro físico. El niño es el que no está condicionado. Pero a medida que hemos crecido, hemos cogido

condicionamientos. Felizmente hay algo que no está condicionado: *es el amor que ha sido derramado en nuestros corazones.*

Cuenta una leyenda que *en un pueblo había un león que producía un gran miedo a todos. Al hombre más capaz le mandaron al bosque para ver si podía matarlo. Le forraron bien y en cuanto entró en el bosque apareció el león. Fue una lucha a muerte. A medida que iba arrebatándole todas las pieles que tenía, se iba desnudando y entonces se quedó como un niño. Y el león, al ver un niño, empezó a jugar con él.*

En español hay tres palabras que hacen referencia a la dicha: placer, felicidad y bienaventuranza.

El *placer* es producido por un objeto. Pero el objeto entra en desuso y es desechable.

La *felicidad* hace referencia a una persona. Una persona da gozo. Un rato de relación puede ser inolvidable.

La *bienaventuranza* es del mundo trascendente. Sugiere el encuentro con lo absoluto, con la otra dimensión de la vida, con el Señor, es el no va más. Supera toda aspiración, toda previsión, toda expectativa. Las expectativas nacen de lo que hemos vivido, pero la bienaventuranza es una gran revelación. Es el contacto con el «adentro». Ese adentro es la fuente de nuestra bienaventuranza.

Una leyenda judía dice que *Jesús, de camino, pidió a una muchacha un vaso de agua. Le dio agua con jasmín y le dijo: «¿Sabes?, me voy a casar la próxima semana. Me gustaría que vinieras a la boda». Jesús fue. Y la*

mujer contaba a sus hijos, ya pasado el tiempo: «En mi boda estuvo Jesús. Cuando nosotros cantábamos, Jesús se quedaba boquiabierto, pero cuando Él hablaba... era una palabra singularísima... y todos callábamos. Aquellas palabras de Jesús yo las recuerdo más que vuestro nacimiento».

El contacto con lo Invisible es inolvidable y dura para siempre. Se borra el placer, pero no esa comunicación con el amor que ha sido derramado. Ese amor empieza a brotar cuando entran en pausa nuestros pensamientos, fantasías, proyectos...

El verdadero silencio sólo aparece cuando se agota nuestro ego. Cuando nuestra ambición nada pretende, entonces puede manifestarse. Cuando estamos atolondrados no nos damos cuenta. En la prisa no podemos volvernos conscientes de lo que va dentro.

En el silencio interior se da la ocasión para entrar en una cierta pausa. Cuando se desactiva nuestro ego, lo de dentro puede salir. Nuestro ego siempre protesta. Nuestro ego sólo sabe estar al servicio de él mismo. Todas las quejas son de nuestro ego, de nuestra periferia. Nuestro ego se desactiva en el silencio, aquí no hay nada que pretender sólo acoger lo que va escondido en nuestro corazón.

San Pablo lo expresaba así: *Ya no vivo yo, ya no vive la exterioridad; es Cristo quien vive en mi, solo vive el amor* (cf. Gal 2,20). Después del silencio interior surge la armonía del amor, la serenidad. En el silencio se van liberando las fuerzas ocultas de nuestro corazón.

Todos estamos llamados a ser como Jesús. Si queremos que este planeta sobreviva, es necesario que esté poblado por hombres y mujeres que sean como Jesús.

Cuando se entra dentro, no hay vuelta.

Se cuenta que *un rey encargó un cuadro que fuera lo más real posible. Para pintarlo se presentaron varios pintores. Pero el último tardaba mucho tiempo, por eso le preguntaban los asesores: «¿Cómo va?». Y no acababa. Por fin, al terminarlo, se presentó el rey. El cuadro era un camino por el bosque, un camino sin fin. Estaban mirándolo y el pintor le dice: «¿Damos un paseo majestad?». Se internaron por el bosque y aún no han regresado todavía.*

El fruto del vacío es el amor. Por eso la inspiración viene después de la expiración. La creación surge de la nada. Al quedarnos sin nada, surge lo infinito, surge el amor. Porque el útero está vacío, se puede volver fecundo. Dios habla cuando nosotros callamos.

El salmo 130 es el salmo del silencio: «*Me mantengo en paz y en silencio, como el niño en el regazo materno. ¡Mi deseo no supera al de un niño!*» (v. 2). El niño en brazos de su madre es la expresión de toda plenitud. Soy como el niño bien amamantado. El niño es la imagen de toda confianza. Poder vivir en este mundo como un niño es vivir bien. Estando bien alimentados.

Dice otro salmo: *En mi corazón hay abundancia* (cf. Sal 4,8). Cuando buscamos lo de fuera nunca es suficiente para el ego. El ego no se sacia. Desactivar el ego es la cumbre de nuestras audacias. En el silencio inte-

rior el ego puede entrar en una cierta calma. Nuestro ego busca la revancha, busca otra salida... quiere ser libre.

Nuestra vocación es la libertad (cf. Gal 5,13), pero no lo es cuando vivimos haciendo lo que pretendemos en la exterioridad. La libertad verdadera es vivir siempre al servicio de nuestro interior, de las urgencias de nuestro corazón. La «libertad» en la actualidad es una palabra profanada, pero en verdad hace referencia al mundo secreto de nuestro corazón.

Se dice que «cuando llueve aparecen mil montañas»: la lluvia purifica la atmósfera y la lluvia deja el día limpio, lavado, purificado. El silencio interior también purifica nuestra mirada. Demasiados condicionamientos no nos dejan ver la vida. En el silencio todo se puede ir aclarando. Es cuando podemos recuperar la vida en su verdadero color.

Todo se vuelve sereno en el silencio.

Todo se vuelve verdadero en el silencio.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

Historia de una amistad

Relato novelado de inspiración bíblica

Querido Lucas, mi apreciado doctor:

Paz a ti en nombre del Señor resucitado, que reina por los siglos, a Él gloria, honor, poder y majestad por siempre jamás.

Espero que tu salud, entrañable amigo, sea óptima y que tu tarea, inspirada por el Paráclito Espíritu de Jesús, que nos recuerda y enseña todo, sea fructífera.

Dime, hermano: ¿Cuán avanzado llevas tu trabajo de investigación y recopilación de los acontecimientos que sucedieron en aquellos días, para escribirlos por su orden, según el encargo de nuestro ínclito amigo Teófilo? Sé por nuestro dilecto apóstol Juan que estuviste hospedado en su casa para saber, de labios de María, todo lo referente a la Natividad y primera infancia de nuestro bien amado Jesús; también me dijo que habías pintado un pequeño retrato de Ella, con su Hijo Jesús en brazos, para hacer después uno mayor. ¡Cuánto daría por verlo!... Pues bien, tal como me pediste en nuestro último encuentro, aquí te envío mi testimonio de cómo conocí a mi Señor y Amigo Jesús, para que aproveches de él cuanto estimes oportuno para el bien de la obra que tienes entre manos.

Todo comenzó hace unos diez años. Yo acababa de cumplir la mayoría de edad y estaba que me comía el mundo y me quemaban las cuatro paredes de casa; tantos pedagogos y materias a estudiar para saber gobernar los múltiples negocios paternos me sublevaban, necesitaba salir de casa y conocer el mundo, ver qué había fuera de aquellas cuatro paredes, probar mis alas, sentirme libre, tomar mis propias decisiones, fundar mi propia familia y establecer mi propio imperio comercial, que rivalizara en grandeza y poderío con el de mi anciano padre, pues él había comenzado a fundar el suyo cuando tenía mi edad. El propio día de mi natalicio, le hice saber mi decisión y le pedí, como regalo, mi parte de herencia. El disgusto que le di fue mortal, en vano suplicó que me quedara y tomara las riendas de todo aquello que un día sería mi herencia, pues yo era su único varón. Pero mi determinación era inamovible.

Él fue generoso: me dio todo lo que me correspondía, que era mucho, y su bendición paterna, pidiéndome volver a su lado, antes de que él muriera, para cerrarle los ojos y hacerme cargo de todo lo que con tanto esfuerzo había creado –ahora que él me falta, se me anega el corazón en lágrimas al recordar aquel momento y ver la dureza de mi corazón, que tomó sus palabras como un desesperado intento de cortarme las alas e impedirme volar.

Salí de mi casa sin siquiera volver la cabeza para un último adiós, no por crueldad, sino por miedo de que aquel gesto me hiciera arrepentirme en el último momento. Me dirigí a la cercana Jerusalén, con la intención de visitar el Templo y ofrecer una limosna

abultada para que «el Dios de mis padres» me fuera propicio en mi nueva vida lejos de casa..., precisamente a mí, que acababa de abandonar a mi padre... Cada vez que lo pienso..., ¡qué atolondrado fui!

Al entrar en el Templo, me dirigí inmediatamente a las mesas de los cambistas, para trocar mi dinero en moneda del Templo, y, desde allí, me dirigí al Arca del Tesoro, para depositar en ella mi donativo, que, aunque abundante, apenas era una micra de lo que había recibido. Sin embargo, el estrépito que provocó al caer en la alcancía aquel oro del Templo hizo que me sintiera satisfecho de mi acción, al ver el reconocimiento con el que todas las miradas se volvían hacia mí, haciéndose lenguas de mi ruidosa generosidad. Detrás de mí venía una viudita menuda que, a decir verdad, no sé si echó o hizo que echaba, pues no se oyó sonido alguno, aunque la luz de su cara hacía presagiar que había echado toda su fortuna.

Oí, entonces, la voz de un joven Rabí que, recostado contra la pared opuesta y rodeado de gente, observaba con aire majestuoso a todos los que por allí pasábamos para depositar nuestra ofrenda. Él decía a sus acompañantes: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir». Me sentí en evidencia ante aquellas palabras y me sonrojé ante aquella impertinencia que delataba mi verdad, pero no me encaré con Él, la verdad es que yo había echado de lo que me sobraba; ella, no lo sé. He de reconocer que algo en Él me sedujo, nadie antes me había tratado así; no es que quisiera

reprocharle nada, pero, de alguna manera, intuía que Él tenía la clave del siguiente paso que debía dar y necesitaba hablar con Él.

Cuando alivié mi vergüenza y estuve más tranquilo, comencé a buscarle por todos los recintos del Templo, hasta que di con Él en el pórtico de Salomón, dispuesto a hablar a una pequeña audiencia. Yo tenía prisa por seguir mi camino, así que me acerqué a Él antes de que comenzará su prédica y le solté a bocajarro: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?». El volvió a dejarme en evidencia al responder: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios» –tiempo después sabría que yo había acertado, que Él era el «Maestro bueno», porque Él era el «Hijo de Dios», el «Dios hecho hombre».

Para ayudarme a salir de la perplejidad en que me había sumido, continuó diciendo: «Los mandamientos ya los sabes: no adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre» –justo ahí, sentí un pequeño resquemor y una brizna de arrepentimiento que Él notó; yo creo que ya sabía todo lo que había pasado el día anterior, en mi casa, entre mi padre y yo–. Sin pensarlo dos veces, le respondí con una sonrisa de triunfo: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud». Y Él, entonces, me miró con un amor y una ternura infinitos, capaces de derretir cualquier corazón, por duro que fuera.

Pero poco me duró aquella sonrisa, pues, a continuación dijo: «Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme». ¡No daba crédito a mis oídos! Ahora

que, por fin, era rico y podía vivir mi propia vida, ¿tenía que deshacerme de todo y dárselo a los pobres, para ser ellos ricos a mi costa y yo pobre a la suya y seguir a aquel desconocido, sirviéndole y trabajando para Él para poder comer, cuando en la casa de mi padre no me faltaba de nada ni tenía que servir a nadie? ¿Pasaría la vida eterna siendo eternamente pobre por haberlo dado todo en vida a aquellos pobres que ahora serían eternamente ricos en mi lugar? ¿De qué me aprovecharía hacer un dispendio tan irracional como innecesario?...

De hecho, no le debía nada a aquel extraño que acababa de conocer y que se creía con derecho a alterar mi vida de tal manera. Y, así, poco a poco, con estas cavilaciones, me fui poniendo triste y arrugando el ceño, bajé la cabeza y me fui de allí abatido, arrastrando el alma y los pies.

El no me retuvo, me dejó marchar, pero a mis espaldas pude oír un comentario suyo que me traspasó el alma: «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!» y añadió algo sobre un camello y una aguja, que no entendí... Bueno, sí que lo entendí, aunque en mi interior me negara a aceptarlo, porque yo era rico y mi riqueza recién conquistada dominaba mi corazón y la realización de todos mis sueños dependía de ella; lo que el Rabí añadió fue: «Porque es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que entre un rico en el reino de Dios». Aquello me desgarró el corazón.

Muerto en vida, desahuciado, deambulé todo el día por el Templo, sin encontrar sosiego en mi alma ni

acordándome de comer. Así pasé tres días y tres noches; entonces, una luz nueva brotó en mí. Salí en dirección del valle de Ophel y di con la viuda de los dos céntimos, y le di el ciento por uno, el mil por uno, de lo que ella había echado en el arca de las ofrendas. Cuando salí de allí, no tenía ni dinero ni joyas ni adornos, había hecho una locura, la locura del Rabí: se lo había dado todo a los pobres, pero mi corazón volvía a latir y tenía una razón para vivir.

Regresé al Templo y le busqué por todas partes, como un niño pequeño busca a su madre, hasta encontrarlo en el pórtico de Salomón, como aquella primera vez, hace tres días, y me colé, otra vez, entre el grupo que le escuchaba y sin importarme nada más, le dije: «*Hola Rabí. ¿Te acuerdas de mí? Ya lo creo que te acuerdas. Yo soy el joven rico... Aquel que te preguntó qué había que hacer para ganar la Vida Eterna.*

Aquel que se sorprendió al comprobar que lo que hacía falta, ya lo cumplía; al comprobar qué poco hacía falta, pues él esperaba que hubiera más. Aquel que se asustó al ver que lo que hacía falta pasaba por desprenderse de todo, por quedarse sin nada, por no ser una salvación cómoda, aunque sí sencilla: dejarlo todo por seguirte a Ti. Aquel que, en un momento, descubrió que todo eso que cumplía desde niño tenía muy poco fundamento, pues, fallando el primer Mandamiento: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”, fallaba el resto. Aquel que vio cuán verde estaba en amor y por el amor, en entrega, y por la entrega, en el desapego, y por el desapego, en el despojo, y por el despojo, en el abandono a la Providencia de su Dios, en el abandono a Ti, Señor.

Aquel que se planteó, en un instante, cómo seguirte a Ti sin abandonarse a Ti; sin saberte amar sin ataduras ni apoyos que no fueras Tú; sin saber probar otro amor que no fueras Tú. Cómo seguirte a Ti sabiendo cumplir, pero no sabiendo amar; sabiendo dar el diezmo y no sabiendo darse entero. Aquel que se dio la vuelta cabizbajo, pues era muy rico... o muy pobre, tan pobre que sólo tenía dinero –o su dinero le tenía a él– y no se atrevía a levantar la cabeza ni a mirarte y se alejó triste de no saberse digno de su Dios.

Pero... ¡Ah Señor!, las palabras “vende todo lo que tienes” se prendieron en mi voz y el “ven y sígueme” me quemaba el corazón. Y entonces, pensé: He de tornar hasta mi Rey y Señor y le diré: “Mira, no soy nada, menos que el polvo que pisan tus pies; mira mis manos, están vacías; mira mi vida, está por llenar”. Te diré: “Mira, Maestro, soy el joven pobre o, peor aún, el pobre joven. Nada tengo dentro y nada tengo fuera, pero quiero tenerte a Ti”. Te digo: “Dios mío, Tú que eres el único bueno, Tú que amas primero, enséñame el Amor; hoy quiero dejarme amar por Ti durante toda la eternidad y aprenderé el Amor que se desborda y se da a los demás. Mira mi vida vacía, Tú la llenarás, y llenándome de Amor, viviré tu abandono, tu pobreza”.

“Te seguiré a Ti, que eres mi Señor; te miraré sólo a Ti, que eres la Luz de mi vida. Viviré como Tú vivas, sin reclinar la cabeza; velaré como Tú velas y no me dormiré antes de la hora; me descalzaré ante Ti y Tú me lavarás los pies, y mi alma quedará limpia; llevaré tu Cruz y tu Nombre por el mundo y, cuando mi nombre no exista y mi paso no sea ni recuerdo, te seguiré viendo, me segui-

rás mirando, te acordarás de mí, ya lo creo que te acordarás, sabrás quién soy y me llevarás junto a Ti”.

Ahora, Señor, si Tú me ayudas, quiero ser perfecto; lo he vendido todo y quiero seguirte a Ti».

Aquel día, Él se hospedó en mi casa y la llenó de bendición. Poco tiempo después falleció mi padre y yo estuve allí para cerrarle los ojos y continuar el negocio familiar como discípulo de Jesús, satisfaciendo sus necesidades y las de sus discípulos y sus pobres.

Desde entonces, mi hogar se convirtió en su hogar y mi amor por Él y el de mis hermanas, que creció hasta el extremo, lo acogieron siempre, a Él y a sus amigos; allí tuvo siempre dónde reclinar la cabeza y descargar sus cuitas y preocupaciones, pues le habíamos entregado nuestro corazón y nuestras vidas, cumpliéndose en nosotros aquella palabra suya: «He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» y eso hizo con nosotros cada vez que subió a Jerusalén, hasta aquella su última Pascua, su Última Cena..., ¡Bendito mío!, en que nos redimió a todos, pero ésa es una larga historia que te referiré otro día.

Espero haberte sido útil con mis palabras, mi querido doctor. Que Dios te bendiga en la tarea que llevas a cabo. Recibe los saludos y parabienes de Marta y de María, mis hermanas, y el abrazo entrañable de tu amigo Lázaro, el de Betania.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM.
Salamanca (España)

La complicidad femenina en la justicia de Dios

El salmo de Débora

El capítulo 5 del libro de los Jueces es uno de los poemas más antiguos en la literatura del Antiguo Testamento. Se presenta como una memoria femenina sistematizada, nacida en los pozos de agua (cf. Jue 5,11), donde las mujeres festejaban la justicia de Dios. El texto es un canto de victoria, después de la confrontación bélica entre sectores urbanos y segmentos campesinos.

Débora surge en el corazón de las aldeas como mujer, jueza y profetisa (cf. Jue 4,4). Denuncia la explotación que ella constata: nuestros campos están vacíos (cf. Jue 5,7). O sea, el pueblo del campo sufre despojo de los productos de la tierra, controlado por la ciudad. Sin dejar de cuestionar a su pueblo por los hechos idolátricos (cf. Jue 5,8) que, según la teología de la época, causaron la calamidad, ella canaliza sus fuerzas para dar respuestas al embate del presente: aunque Débora no ama la guerra, una manifestación bélica es necesaria para solucionar los problemas que acucian al Pueblo de Israel (cf. Jue 4,6-7). Pero las tribus, sin «escudo» ni «lanza», se enfrentarán a reyes dispuestos a vencer con sus poderosos armamentos (cf. Jue 5,8.19.28).

¡La profetisa despierta y contagia con su esperanza! (cf. Jue 5,12). Por la pasión a su pueblo, por su manera de argumentar y querer realizar sus sueños, Débora recibe el título de «madre de Israel» (Jue 5,7). La madre posee autoridad para congregar. Pero, de las tribus convocadas, cuatro estuvieron ausentes (cf. Jue 5,15b-16). Hay, pues, divisiones internas. Algunas de ellas estaban en mejores condiciones económicas y no asumieron el compromiso.

Recordemos que de las tierras ocupadas, no todas tenían las mismas condiciones. Sólo las tribus pobres se ofrecen para el combate (cf. Jue 5,2.9). Y, así, se desatan las cabelleras en Israel. Coraje no falta. Débora comanda (cf. Jue 5,21) cantando valientemente, desafiando a los príncipes poderosos (cf. Jue 5,3). ¿Por qué intimidarse si con ellos está el Dios de Israel? A su paso la tierra tiembla, los cielos caen como gotas, las nubes se fundieron en agua (cf. Jue 5,4), los montes se licuaron (cf. Jue 5,5), las estrellas combatieron (cf. Jue 5,20), el torrente de Quisón arrastró los adversarios (cf. Jue 5,21). Y los que antes eran considerados débiles, ahora son reconocidos como los héroes de Israel (cf. Jue 5,13). Podemos observar que en el episodio de este Dios guerrero no existían armas, son los enemigos los que salen corriendo espantados, y perecen. Toda la naturaleza, de forma extraordinaria, conspira con la justicia.

¿Dónde están los valientes? Sólo uno escapó, el jefe llamado Sísara (cf. Jue 5,26). Fue justamente a esconderse en la casa de Jael, una extranjera solidaria, también sometida por los habitantes de la ciudad al cobro

de absurdos impuestos. Él pide agua, ella ofreció leche; le sirvió nata en taza noble (cf. Jue 5,25). Él tomó confianza. Y Jue 5,25-27 narra la caída de este guerrero a manos de una mujer. Jael comparte el espacio teológico con Débora confirmando que la justicia de Dios, en el texto, tiene rostro femenino.

Las «Déboras» actuales son las mujeres constructoras de justicia. No quedan estáticas, aguardando que las señales de vida «bajen del cielo». Salen en busca de sus sueños y se esfuerzan en pequeñas conquistas. Conocen la realidad que las circunda. Analizan y reflexionan ejecutando sus pensamientos a favor de la comunidad. No son mujeres perezosas. Siempre están en camino e ideando nuevas acciones libertadoras sin dejarse intimidar por prejuicios. Ellas están revestidas de autoconfianza. Hablan poco y consistente. Para ellas, las amigas son aliadas en el proyecto y no competidoras que disputan el espacio. Saben dialogar y trabajar con hombres solidarios, aquellos que desarrollan, como Jesús, una nueva «masculinidad».

Ellas también saben llorar, porque no son de piedra. Mucha es la ternura que soporta una mujer de opción y pasión. Sienten el cansancio del camino, pero una curiosa fuerza interior las hace resistir. Saben de la soledad del árido desierto y su consecuente sed de equidad. Aunque sin ser mujeres tristes, experimentan momentos de tristeza cuando, en la impotencia, observan los derechos violados. En este dolor femenino nace su creatividad. Hacen de las tripas corazones. Transforman en pan las migajas que caen «de la mesa de los hijos» (cf. Mc 7,27).

Las constructoras de justicia se reconocen en camino de crecimiento y el día no termina sin descubrir un nuevo aprendizaje. A pesar de su debilidad, encuentran su firmeza y equilibrio emocional en Dios que, como madre, las instruye. Y, así, cultivan una espiritualidad a partir de su ser femenino.

Bajo una perspectiva profética puede decirse que forjan de sus lanzas podaderas (cf. Is 2,4). Estas podaderas de material reciclado son: la Biblia, el periódico, los libros y la comunidad; elementos que, utilizados por ellas, generan transformación teológica y social.

Entre los desafíos que tenemos las mujeres, destaco el sentido de confianza mutua. Cuando una mujer confía en otra mujer se renueva el abrazo santo de Jael y Débora, de María e Isabel, convirtiéndose solidariamente en cómplices de Dios y su justicia.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

El gemido de las criaturas

En los dos primeros capítulos del Génesis se nos describe con rasgos poéticos, coloristas y de gran imaginación ¿que no hay que tomar al pie de la letra? la creación del cosmos. Sobre todo en el capítulo segundo, que es mucho más adornado que el primero, como ocurre generalmente con los escritos bíblicos que pertenecen a la escuela yavista.

Al final de esa descripción que nos muestra cómo todos los seres van saliendo de la mano de Dios, se nos narra la creación del hombre al que constituye señor de todo, puesto que las demás criaturas estarán a su servicio. En Gn 2,19 se le manda poner nombre a todos los animales, lo que significa que le estarán sometidos y le servirán. La misma idea se encuentra en Gn 1,29, referida a las plantas: «*Os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la faz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente para que todos os sirvan de alimento*».

Era el primer plan de Dios: la creación, con toda su belleza, estaría al servicio del hombre para que por medio de ella pudiera remontarse hasta Él, su bienaventuranza y su fin último.

El orden era perfecto en este escalafón: las criaturas al servicio del hombre y éste al de Dios, viviendo

en la alabanza, el cántico, la gratitud y la participación en su misma felicidad.

Pero el hombre pecó, y a ese pecado que se extendió a todos sus descendientes, se sumaron y se suman los pecados de la humanidad entera.

Es cierto que en Cristo se restableció el orden y brilló un nuevo plan, que excede con mucho al primero, una creación nueva y transformada, porque «*donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*» (Rm 5,20) en frase paulina. Sin embargo, el pecado continúa existiendo y ésta es la razón por la que la creación entera gime con dolores inenarrables, con dolores de parto (cf. Rm 8,22), porque el hombre la violenta y la distorsiona. Las cosas creadas que debían servirle para ir a Dios, las utiliza para su placer, su egoísmo o incluso su pecado y las arranca de su fin.

Estos son los gemidos que la creación exhala, esperando la plena manifestación de los hijos de Dios (cf. Rm 8,22).

Todos los que esperamos esa manifestación hemos de pedirle que nos regale unos ojos nuevos capaces de ver su huella y su grandeza en la inmensidad del mar y en la cumbre de las montañas.

Que podamos arrancar de la esclavitud del pecado a las criaturas bellas que Dios creó para nuestro servicio.

Que sepamos alabarle al contemplar la belleza de una rosa y aspirar su perfume.

Que admiremos su sabiduría y su amor reflejados hasta en la más pequeña florecilla silvestre brotada al

borde del camino y en las minúsculas alas del más diminuto insecto.

Que disfrutemos ante la belleza de una puesta de sol o la serenidad de los primeros resplandores de la aurora.

Y que desde nuestros labios todo cante al Creador.

«¡Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor!» (Dn 3,57).

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.



www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

12. Somos un pueblo de hijos y de hermanos

(EL PADRENUESTRO)

Si al pronunciar esta bella oración dijera: «*Padre mío...*», podría pensarse que soy hijo único. Pero apenas a «Padre» le agregó «*nuestro*», manifiesto que hay otros que a la misma persona llaman «*Padre*». Esto significa que no sólo somos hijos, sino también hermanos: un pueblo en el que *muchos* llamamos a Dios «*Padre*».

Hay tres momentos de la Misa en los que nos definimos de algún modo: en el rito penitencial nos mostramos como *pecadores*; en el Padrenuestro, como *hijos y hermanos*; en el gesto de paz, como *reconciliados*.

En esta oración pedimos muchas cosas: *que el Nombre de Dios sea santificado*. Esto no significa otra cosa sino que Dios sea siempre proclamado y aceptado como «el Santo» entre los santos, fuente de toda santidad.

También pedimos *que su Reino venga a nosotros*. Cristo vino para instaurar en medio de nosotros y en nosotros el Reino del Padre. Si Jesús es –por excelencia– el mensajero del Padre, nosotros debemos vivir

anhelando ese bien del Reino que trajo y nos ofrece. Queremos ser y vivir como herederos de ese Reino.

Además, afirmamos el deseo de que *la voluntad de Dios se haga, en la tierra como en el cielo*. Porque Cristo vino a hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34), nosotros lo tomamos como modelo ejemplar: sus palabras son una buena pedagogía que nos enseña a cómo penetrar en el querer de Dios y también a cómo aceptarlo como «querer de Dios para mí». «Si Dios quiere», tendría que acompañar cada una de nuestras afirmaciones, para que ningún querer personal vaya por carriles paralelos a la voluntad de Dios. En el «que se cumpla la voluntad de Dios» tiene que radicar nuestra alegría, pues sólo allí se da nuestro logro y crece nuestra personalidad. Y sabiendo que la voluntad de Dios es nuestra santificación, la capacidad de perdonar, la aceptación de la redención, será –en el cielo y en la tierra– no otra cosa sino perdonar al hombre caído que regresa a Él como el hijo pródigo, indigno de ser llamado «hijo», pero a quien su padre continúa llamándolo así... (cf. Lc 15,11-32).

Necesitamos tanto «*el pan de cada día*», como el pan de su Palabra y de su Cuerpo. Pedimos que nos alimente y que no nos deje sin fuerzas, de modo que podamos seguir caminando y levantándonos de las inevitables caídas. Pero no pedimos que nos dé pan *por seis meses*, porque si lo hiciéramos, es más que posible que los 179 días restantes de ese semestre, nos olvidemos de reconocernos necesitados de ese pan y, por lo tanto, nos olvidemos también de Aquél que lo provee. Viviríamos afincados en la seguridad de quienes

por mucho tiempo tienen lo que necesitan y, por lo tanto, no recuerden pedir y reconocer quién es el Autor de todo bien y creamos que somos nosotros los que nos ganamos el pan y la gracia y el cielo y... y... La auto-suficiencia es, en efecto, un riesgo bastante frecuente entre los que tienen mucho y necesitan poco o nada. Frente a Dios, todos deberíamos sabernos pordioseros: no pedimos como quien tiene derecho a una respuesta, ni porque seamos buenísimos y cargados de méritos, sino sólo *por Dios* (de ahí viene «pordioseiros») y *por su misericordiosa bondad*.

Todos los hombres y mujeres que poblamos la Tierra, somos deudores de Dios y del prójimo. Debemos mucho porque ofendemos mucho. Por eso pedimos a Dios que perdone *«nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*.

No somos ni buenos hijos ni buenos hermanos. Tenemos la deuda del egoísmo. La deuda de la envidia; de la violencia que mata todo posible brote de mansedumbre. La deuda de estar inflados por la soberbia. No sabemos sufrir las ofensas. Somos rebeldes ante la Cruz. No sólo no ponemos la otra mejilla, sino que golpeamos otras mejillas... Caemos siete veces por día y no somos justos. Por eso pedimos al Padre de las misericordias, que perdone nuestras deudas. Pero hay algo interesante en el «Padrenuestro»: nosotros mismos condicionamos el perdón de Dios, al decir: *«...así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. Si perdonamos, nos estamos haciendo acreedores del perdón. Si no lo hacemos, la primera parte de la petición cae estrepitosamente. ¿Cómo podríamos pre-

tender recibir lo que no queremos dar? ¿Cómo podríamos usar una medida dura y estrecha con el hermano, y ansiar una blanda y comprensiva para nosotros?

Finaliza esta hermosa oración de los hijos y de los hermanos, con una súplica confiada ante la debilidad habitual que nos hace perder los dones de Dios: «*no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal*». No pedimos al Padre que extirpe de nuestras vidas las tentaciones (teniendo en cuenta el barro de que somos hechos, sería un imposible...), sino que no nos deje *caer* en ellas. El mineral se purifica cuando es sometido al fuego y, como dice el libro del *Eclesiástico*, «el que no ha sido probado, poco sabe» (Eclo 34,9). *Pasar* por las tentaciones (sin buscarlas) y *no caer en ellas*, es prueba de fortaleza y fidelidad. Lo mismo quiere Dios de nosotros. Aun cuando todo y todos nos inciten a negar al Señor, no lo negaremos. Esto es vivir la tentación, superarla y no sucumbir a ella. Pero eso supone lucha, librar el buen combate: no hay trofeo sin competición. Y en esa lucha hay sudor y dolor. Hay desgarrones y fracturas. Pero, desde el fragor de la batalla, sabemos que Él nos libra de todo mal...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

ESCUELA DE VIDA

*Vita Christi: 6. Conclusión*¹

DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

Después de la vida de Cristo y de estas cuatro pos-trimerías, es utilísima la meditación de los beneficios divinos, así para incitarnos a amar a quien tanto bien nos hizo, como para entender la obligación que tenemos a su servicio. Y es bien tener muchas cosas en que meditar, para que con la variedad de ellas tengamos con qué encender más nuestro corazón, y excusar el hastío que aquí podría intervenir.

Y aunque los beneficios divinos sean innumerables, todos ellos pueden reducirse a estos ocho más principales, a saber: al beneficio de la creación, conservación, redención, cristiandad, llamamiento, sacramentos, inspiraciones divinas y beneficios particulares y ocultos.

Pues en cuanto al primer beneficio de la *creación*, considera cómo antes que Dios te crease, eras nada, y de esa nada te hizo el Señor, no piedra, ni palo, ni serpiente, sino hombre, que es una nobilísima criatura, dándote ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa ánima con todas esas nobilísimas potencias que tiene para conocer a Dios y ser capaz del sumo bien.

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 401-408. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

En cuanto al segundo, de la *conservación*, mira cómo el mismo Señor que te creó y te sacó de «no ser» a «ser», Ése mismo te conserva en ese ser, de tal manera, que lo que una vez te dio, siempre te lo está dando y conservando. Y mira cómo para este efecto creó toda esta tan gran máquina del mundo con todas cuantas cosas hay en él. De las cuales, unas sirven para mantenerte, otras para curarte, otras para enseñarte, otras para regalarte y otras también para castigarte, porque de todo es razón que haya en la casa de un buen padre.

En cuanto al tercero, de la *redención*, ya has visto todos los pasos que este Señor dio por ti, y lo mucho que te dio, y lo mucho que le costó, y lo mucho más que te amó, por donde verás el amor y las gracias que por todo esto le debes. Y para sentir más la grandeza de este beneficio y del pasado, imagina que a ti sólo fueron hechos estos dos grandes beneficios, pues aunque hayan sido hechos para todos, no menos sirven para ti que si para ti sólo fueran hechos. Porque no menos gozas tú de todas las cosas de este mundo y de todos los sacrificios de Cristo, que si para ti sólo fuera hecho todo.

En cuanto al cuarto, que es de la *cristiandad*, mira lo que le debes por haberte hecho cristiano, y nacido en tierra de cristianos, pues tanta es la muchedumbre de hombres que hay por esos mares y mundos que nacen y mueren paganos. Pues ¿qué fuera de ti, si fueras uno de esos? Y ¿qué debes a quien hizo que no lo fueses?...

En cuanto al quinto beneficio, que es del *llamamiento* –si por ventura te ha Dios llamado, sacándote del pecado–, mira lo que le debes por este beneficio, considerando cuánto tiempo te esperó, cuántos peca-

dos te sufrió, cuántas inspiraciones te envió, y cuán benignamente te recibió y qué sería de ti si te tomara la muerte estando en pecado, como a muchos otros tomó, teniendo en cuenta que nadie puede saber de cierto si está fuera de él.

En cuanto al sexto, que es de los *sacramentos*, mira lo que le debes por el remedio que te dejó en los sacramentos de su Iglesia, y señaladamente en el sacramento del Altar, donde se te da Él mismo en mantenimiento y en remedio. Donde puedes considerar todos los favores y espirituales consolaciones que por medio de este venerable sacramento, habrás en este mundo recibido, y lo que por todo esto le debes.

En cuanto al séptimo, de las *inspiraciones divinas*, mira lo que debes a este Señor, porque continuamente te está siempre llamando y despertando a bien obrar. Porque todos cuantos pasos buenos das, todos cuantos deseos, propósitos, pensamientos, movimientos y sentimientos buenos tienes, todos son beneficios e inspiraciones tuyas y obras de esta especial providencia que tiene de ti. Pues, ¿con qué le podrás pagar tan grande deuda?

En cuanto al octavo, que son los *beneficios particulares y ocultos*, aquí tienes que considerar todas las particulares mercedes así espirituales como temporales que Dios te ha hecho, y todas las preservaciones de males así espirituales como temporales de que te habrá librado sin que tú por ventura lo hayas sentido. En esta cuenta entran todos los males de pena o de culpa que padecen todos los otros hombres, los cuales tú también pudieras padecer. Ves aquel ciego, el otro

tullido, el otro perniquebrado, el otro sacrílego, o blasfemo, o amancebado. ¿Quién quita que no pudieras tú también estar así? Pues ¿qué dieras –si así lo vieras– a quien te librara de esos males? Adora, pues, ama y sirve al Señor, porque Él fue el que de todos esos males te preservó, pues no es menos preservar del mal para que no venga, que curarlo después de venido.

Por aquí, pues, verás lo que debes a Dios por cada uno de sus beneficios, y por ellos mismos verás cuántas veces es Dios tu Padre, pues está claro que es Padre porque te crió, y Padre porque te conserva en ese ser que te dio, y Padre porque te redimió, y Padre porque en la cruz con tantos dolores te reengendró, y Padre porque en el santo Bautismo te adoptó por hijo, y Padre porque, después de perdido por el pecado este título, lo volvió a renovar con el beneficio del llamamiento. Pues si tanto debes y quieres al que una sola vez fue tu padre, ¡cuánto más debes al que tantas veces te ha sido Padre por tan excelentes maneras! ¡Cuánto más le debes querer, y servir, y obedecer y confiar en Él, y recurrir a Él en todas tus necesidades como a verdadero Padre!

Y para entender mejor la grandeza de estos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son: quién lo da, a quién se da, por qué causa y en qué manera se da. En cuanto a lo primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios. Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina de este mundo, con todo el conjunto de criaturas que hay en él. Considera también la grandeza de su sabiduría, la cual se conoce por el orden,

concierto y providencia maravillosa que hay todas ellas. Porque, si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey y Señor, había de ser muy estimada por la dignidad de quien la da.

Y no menos crece la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es comparando la vileza del que lo recite, con la excelencia del que lo da. Por lo cual decía David: «*Señor, quién es el hombre para que Tú te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que Tú le visites?*» (Sal 8,5). Porque si todo este mundo apenas es una hormiga delante la majestad de Dios, ¿qué será el hombre, que tan pequeña parte es de este mundo? Pues, ¿cómo no será grande misericordia y maravilla que un tan alto y tan soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes a tan pequeña hormiguita?

Pues ¿qué será si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien ni da un paso sin esperar o pretender algún interés. Sólo este Señor nos hace todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosa que redunde en provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola bondad y amor. Si no, dime, si eres predestinado, ¿qué otra causa te predestinó, y después te crió, y te redimió y te hizo cristiano, y te llama a su servicio? ¿Qué causa pudo haber aquí para tan grandes beneficios, sino sola bondad y amor?

Ni hace menos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos bienes, que es el corazón y voluntad con que los hace. Porque todo

cuanto bien nos ha hecho a lo largo del tiempo desde *ad aeterno*, nos lo determinó de hacer y, así, desde *ad aeterno*, con perpetua y grandísima caridad nos amó, y por esta caridad y amor que nos tuvo, se determinó a hacernos todos estos bienes y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual se ocupa con tanta providencia y recaudo, como si desocupado de todos los otros quehaceres, no tuviera otro en que ocuparse sino en la salud sola de cada uno.

Aquí, pues, tiene el ánima devota en qué rumiar –como animal limpio– noche y día, donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida.

DE LA MANERA QUE SE HA DE TENER EN LA MEDITACIÓN DE TODAS LAS COSAS SUSODICHAS

Habiendo hablado ya de la materia de la meditación –que es todo lo que hasta aquí se ha tratado– diremos ahora brevemente de la manera y forma que en este santo ejercicio se ha de tener.

Para lo cual debe el hombre primeramente buscar cada día tiempo conveniente, según la condición de su estado y de su vida, aunque el mejor tiempo de todos es el de la media noche o el de la madrugada. El lugar también ayuda para esto: cuando es oscuro y solitario, para que así esté el corazón más recogido, no teniendo en qué derramarse los sentidos.

Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima a considerar qué es lo que quiere hacer, que es tratar de Dios o tratar con Dios, para recibir el Espí-

ritu y gracia del mismo Dios. Y viendo cuán inhábil es él de su parte para tan gran negocio, pida a aquel dador de todos los bienes que recoja su corazón y lo guíe, y enseñe en este camino. Y para esto puede rezar algunas oraciones vocales o salmos al principio del recogimiento –como más arriba se dijo– para comenzar a encender su corazón con el fuego de las palabras divinas.

Luego puede tomar para cada día un paso, o dos, o tres, de la vida de Cristo para el tiempo de su ejercicio, y hacer cuenta que allí donde él está se celebra y trata este misterio como se trató en su propio lugar. El cual oficio pertenece a la imaginación, que sabe figurar y representar todas estas cosas como pasaron y como las dibujaría un pintor.

Mire, pues, al Señor en tal paso: lo que hace, o lo que padece, y mucho más el corazón con que lo padece. De manera que no sólo ha de mirar a Cristo por fuera, sino mucho más lo que está encerrado en su ánima, que es la caridad, y la humildad, y la benignidad, y mansedumbre con que hace todo lo que hace.

Y en cada uno de estos pasos podemos considerar aquellas mismas cinco cosas que señalamos en cada uno de los beneficios divinos, a saber: lo que se padece, quién lo padece, por quién lo padece, por qué causa lo padece y de qué manera lo padece, que es con aquel corazón y con todas aquellas virtudes que dijimos. Porque cada una de estas circunstancias declara mucho la grandeza del quehacer y del beneficio. Y no hay necesidad de pensar cada vez todas estas cosas juntas, sino unas veces puede el hombre detenerse en una circunstancia de éstas, y otras en otra, según que el Espíritu Santo le moviere.

Debe también tener aquí cuidado, cuando en esto piensa, en enderezar su atención a aquellas cuatro cosas que arriba dijimos, que son: a la compasión por los sacrificios de Cristo, a la imitación de sus virtudes, al aborrecimiento del pecado y al conocimiento de la bondad y caridad inmensa de Dios, que resplandece en estos misterios, para movernos a amar a quien tan amable aquí se nos mostró.

Mas cuando el hombre se ocupe de esto, no debe trabajar demasiado por exprimir a fuerza de brazos las lágrimas y la devoción –como hacen algunos– sino con un corazón humilde y atento –no caído, ni tibio, ni flojo– se presente a nuestro Señor, haciendo lo que es de su parte, porque el Señor hará lo que es de la suya. Y cuando ningún otro fruto de aquí sacare sino sequedad de corazón, conténtese con haber allí acompañado y hecho presencia al Salvador, y peleado con el desasosiego de su corazón, porque no carece esto de fruto, y grande fruto.

Ni debe desistir luego de su santo ejercicio si a las primeras azadonadas no saca agua, porque muchas veces se da al fin al que fiel y humildemente persevera, lo que se niega a los principios, y aquí está la clave de este quehacer.

Por tanto, sacrificate y persevera e insiste, porque tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer a veces, de tal forma que muchos años de sacrificio que se pasasen por ellas, serían muy bien empleados.

Verdad es que una de las principales causas de esta sequedad o demora de esta gracia es traer el corazón muy ocupado en asuntos exteriores y extraños, por

donde con dificultad y tarde se viene a tomar de las cosas de Dios. Por esto conviene mucho traerlo cuanto sea posible siempre ocupado en sus cosas, porque andando siempre caliente y devoto con esta memoria, fácilmente se levanta a Dios, cuando lo queremos levantar.

Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera: lectura ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazón ocupado en aquello de que anda lleno; y la segunda y mucho más principal: trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios y nunca perderlo de vista, o a lo menos levantar muchas veces entre día y noche el corazón a Él con algunas breves oraciones, tomando ocasión de las mismas cosas que vemos o que tratamos, y así debe el hombre tener su manera de oraciones y reflexiones preparadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer, o hablar, o negociar, para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, o cuando ve algunos males corporales o espirituales de prójimos: para que todo le sea motivo de levantar el corazón a Dios, y así pueda conservar siempre en él con estos tizones el fuego de la devoción.

Porque así como en la leña seca se enciende rápido la llama, así también se enciende la devoción en el corazón que anda siempre caliente con el uso de la continua oración, y lectura, y meditación de las cosas de Dios.

Acabada la meditación en la manera que dicho es, puede el hombre acabar su ejercicio con dar gracias al

Señor por aquel paso que ha meditado, y por todos los otros beneficios divinos, y luego ofrecer aquel misterio al eterno Padre y, con él, así mismo y todas sus obras, y luego pedir mercedes por esta tan rica ofrenda que le ofreció, que fueron los sacrificios de su unigénito Hijo.

Y lo que debe cada uno pedir es lo que su necesidad le enseñare que ha menester, porque éste es el mejor maestro de la oración. Por donde parece que pueden intervenir en este santo ejercicio cinco partes principales, a saber: preparación, meditación, acción de gracias, ofrecimiento y petición, no porque todo esto sea siempre necesario, sino para que tenga el hombre materia copiosa en que ocupar su corazón, y así tenga también más estímulos e incentivos de devoción, porque lo que no se halla en una parte, a veces se halla en otra.

Y después de acabado todo este glorioso itinerario de la vida de Cristo, y recorridas todas estas estaciones, con todo lo demás que se sigue después de éstas, debe tornar –como el sol después de recorridos los doce signos del cielo– a andar por esta misma rueda, porque no menor fruto consiguen las ánimas de este espiritual movimiento, que del sol se consigue en el mundo. De manera que mientras durare al hombre la vida, siempre ande por estos pasos de la vida de Cristo, aunque no debe por eso tener cerrada la puerta cuando el Señor le llamare a otra cosa con que su devoción sea más ayudada.

Bibliografía

ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Profetas de misericordia*. Ediciones San Pablo-Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2007, 221 pp.

Este es el segundo libro de la colección *Teología Comillas*, colección que tiene como objetivo ofrecer al público español y latinoamericano libros que creen pensamiento teológico en cualquiera de los ámbitos de este saber, excepto la Bioética, que cuenta con su propia colección en la Facultad Comillas.

El libro se estructura en torno a cinco capítulos. Los cuatro primeros se centran en relatos en los que están concernidos grandes personajes del Antiguo Testamento, y el quinto nos ofrece una presentación de las parábolas de la misericordia que encontramos en el capítulo 15 del Evangelio de san Lucas. En este último caso el interés del autor no está tanto en el sentido o en el contenido de las tres parábolas de la misericordia –aunque éste tampoco se descuida–, sino, sobre todo, en el marco de referencia en el que aparecen encuadradas, es decir, la relación de los publicanos y pecadores con Jesús, «*al que se acercan a oír*» (Lc 15, 1). En el último apartado de ese capítulo se nos ofrece una breve conclusión de todo el discurso mantenido hasta aquí, donde se afirma que también los pobres son *profetas de misericordia*.

Los otros capítulos tratan de: 1) la historia de José desde la perspectiva de la reconciliación; 2) de Samuel

como profeta del Dios de salvación; 3) de Moisés, quien vivió la experiencia del abandono y de la frustración a causa de Israel, el pueblo del que fue solidario y extremadamente fiel, pues no pudo conseguir lo que más anhelaba: que este pueblo conociera el don de Dios. En este capítulo encontramos un apartado dedicado a Ignacio de Loyola como mediador, y sobre el valor que el fundador de la Compañía de Jesús otorga a los sentidos en la contemplación; 4) el cuarto capítulo trata de explorar algunos aspectos quizás menos conocidos de la misericordia de Dios de la que habla el profeta Jonás.

Todos estos capítulos están recorridos por «dos ejes». El primero consiste en considerar que la misión del profeta no es otra que la de portavoz de Dios en el mundo. Eso significa que la palabra del profeta tiene su origen en Dios. El contenido de esa palabra se expresa con mucha frecuencia con términos como: misericordia, salvación y reconciliación. El segundo eje consiste en tener en cuenta que la Biblia subraya en numerosas ocasiones que el Dios que se comunica con su pueblo mediante los profetas es más que un Dios «esencial y estáticamente» misericordioso o salvador; se trata más bien de un Dios que salva a quienes viven en una situación desesperada (cf. pp. 17 y 18).

Este libro no es un tratado sobre la misericordia o la salvación divina, ni sobre los profetas o el profetismo de Israel, ni una introducción o síntesis teológica de los dos ejes señalados. Según su propio autor «*es, más bien, un libro que centra su interés en aspectos particulares y concretos de los temas presentes en los dos*

ejes mencionados, que aparecen en diversos textos bíblicos [...]. Su objetivo principal es, pues, explorar, comprender y presentar algunas características y peculiaridades que sobre ellos presentan cinco unidades textuales de mayor o menor extensión [...]» (p. 18). Se trata, en definitiva, de un esfuerzo por contribuir a enriquecer la comprensión de los citados temas bíblicos.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

XAVIER QUINZÁ LLEÓ, *Ordenar el caos interior. Una propuesta espiritual.*

Editorial Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander
2011, 181 pp.

El autor es un sacerdote jesuita español nacido en 1946, doctor en Teología, profesor en excedencia de la Universidad Pontificia de Comillas y autor de numerosas obras. Actualmente trabaja en el Centro Arrupe de Valencia. Esta obra se encuadra en la colección «Principio y Fundamento» que gira en torno a los *Ejercicios Espirituales* ignacianos, a los que alude en algunos capítulos.

Según Quinzá: «*Aspirar a la armonía es conocerse mejor, ver nuestras debilidades y fortalezas, reconocer nuestros límites, entender que vamos a dedicar toda nuestra vida a crecer como personas en la ascensión del corazón a Dios*» (p. 179). A eso nos ayuda este libro.

Comienza hablándonos de la metáfora del caos: vivimos sumidos en el caos y debemos tratar de recuperar la armonía (esa es una de las funciones de los

Ejercicios ignacianos). En el siguiente capítulo: «Los protocolos de la experiencia interior», se nos introduce en los *Ejercicios*. Después, en «Una hoja de ruta», se nos habla de la crisis y el desasimio interior. «Pulir el corazón» trata sobre el proceso de la madurez; sobre el cuerpo, la mente y la sensibilidad; y nos alienta a asumir la «sombra», es decir, la parte rechazada inconscientemente de uno mismo. En «“Resetear” la vida» se nos anima a rehabilitar el corazón, a transformar nuestros deseos junto a nuestro Maestro, Jesús. «Siete lecciones vitales» profundiza en varios elementos que pueden producir caos en nuestras vidas: la negación, la búsqueda de un culpable, la resignación, la ideología rígida, el escapismo de acuerdos, el repliegue en lo privado y el voluntarismo; y a continuación se nos habla de cómo ordenar dicho caos. En «La alteridad: escuela del don» se nos exhorta a abrirnos al don de Dios, que se abaja y sufre por nosotros. Y para finalizar, en «Recuperar la armonía perdida», se nos habla de los «ruidos» y «desajustes» interiores y de la rebelión de nuestro corazón que busca poder expandirse interiormente hacia la armonía, la compasión y la comunión.

Esta obra está orientada a la autoayuda, a que profundicemos en nosotros mismos, descubramos nuestro desorden interior y podamos alcanzar la armonía. Para ello Quinzá aporta ideas muy buenas y claves importantes para crecimiento interior.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Las cuatro montañas del rezo del Rosario

En el rezo del Rosario se nos anima a subir cuatro montañas, una en cada grupo de misterios.

Sabemos que las montañas son un elemento religioso muy importante para el pueblo de Israel. Al rezar los salmos decimos que Dios «*hace brincar al Líbano como a un novillo, al Sarión como una cría de búfalo*» (Sal 28,6), expresando así su gran poder; y también alabamos a Dios diciéndole: «*el Tabor y el Hermón aclaman tú nombre*» (Sal 88,13), pues las montañas participan de nuestra oración junto al resto de la creación.

El pueblo de Israel tenía dos montañas especialmente importantes por su valor religioso: el monte Sinaí, donde Dios se reveló (cf. Ex 3,1-6) y entregó los Diez Mandamientos (cf. Ex 34,28) y el monte Sión, donde se sitúa la Ciudad Santa: Jerusalén, en cuyo Templo Dios residía.

En este contexto religioso han de meditarse las ascensiones a las cuatro montañas en el rezo del Rosario:

1. En el *Segundo Misterio Gozoso* María sube desde Nazaret a visitar a su prima Isabel, que vive en una montaña de Judá (cf. Lc 1,39). Esta ascensión subraya el esfuerzo que María ha de hacer para poder acompañar a su prima en los últimos meses de embarazo. Todo ser humano ha de esforzarse para hacer el bien. El peregrino difícilmente destaca como alguien caritativo. María, ascendiendo a la montaña de Judá, se muestra como modelo de persona esforzada y generosa.

2. En el *Cuarto Misterio Luminoso* Jesús asciende junto a tres discípulos suyos a un monte para orar (cf. Mt 17,1) y allí se transfigura ante ellos. Qué importantes eran para Jesús los montes, y cómo le gustaba subir a ellos a rezar (cf. Lc 6,12). Orar es subir, ascender, elevar el corazón hacia Dios movidos por el amor. Mientras María estuvo en este mundo, su alma ascendía hacia Dios en oración continua. Y ahora sigue intercediendo ante la eterna Presencia divina por cada uno de nosotros.

3. El *Cuarto Misterio Doloroso* nos invita a contemplar la más dura y difícil de todas las ascensiones que se han realizado a lo largo de la historia: Jesús sube con la Cruz a cuestras el monte Calvario (cf. Mt 27,33). En cada paso hacia la cumbre Jesús va vaciándose, va entregando su amor por cada uno de nosotros. Y María participa en esta ascensión. Ella le acompaña hasta el final, hasta que Éste da su última gota de sangre en la Cruz. Y nos invita a todos a seguir los pasos de su Hijo, los cuales nos conducen a la salvación.

4. En el *Segundo Misterio Glorioso* subimos al monte que Jesús Resucitado indicó a sus discípulos (cf. Mt 28,16) y allí escuchamos sus últimas palabras antes de su Ascensión al Reino de los Cielos. En esas palabras Jesús nos invita a predicar el Evangelio por el mundo entero. Y mientras predicamos, ascendemos interiormente hacia Dios, a la espera de nuestra última y definitiva ascensión: nuestra resurrección. En el Cielo nos aguardan Jesús y su Madre para compartir con cada uno de nosotros la eterna felicidad.

En definitiva, María es, en sí misma, como una bella y esplendorosa montaña que se yergue en medio de nuestra vida para indicarnos dónde debemos estar asentados: en medio del mundo; y apuntando hacia dónde debemos dirigir nuestra alma: hacia lo Alto, hacia Dios.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Miguel de Molinos o la mística en entredicho

La herejía quietista y la verdadera mística

El sacerdote aragonés Miguel de Molinos fue condenado por la Inquisición en 1687 acusado de enseñar y practicar el *quietismo*, herejía mística reiteradamente censurada por el Magisterio. Esta condena lo ha mantenido relegado al apartado de la heterodoxia en los manuales clásicos de espiritualidad.

Sin embargo, la figura de este «clérigo oscuro», como le calificara Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, ha suscitado un enorme interés en la historiografía actual, que está intentando reconstruirla o, al menos, valorarla en su justa medida.

No son pocos los obstáculos por superar. La documentación que hubiese facilitado considerablemente la tarea –es decir, las actas del proceso– fue destruida por la Inquisición, en un gesto que invita a la sospecha, un siglo después de la condena. Por lo tanto, a falta de los documentos originales, los historiadores han tenido que recurrir, principalmente, a fuentes tan poco objetivas como los escritos de autores antimolinistas –en no pocos casos plagados de prejuicios y siempre basados en fuentes indirectas–, y a los del propio Molinos, de manera especial a su obra más importante: la *Guía espiritual*.

LA POLÉMICA

Este sacerdote, natural de Muniesa, es enviado a Roma en 1663 como postulador de la causa de beatificación del venerable Jerónimo Simón de Rojas. En la capital de la cristiandad desarrolla una fulgurante labor de cura de almas que le abre las puertas de los ambientes más selectos de la espiritualidad romana y le permite trabar amistad con cargos importantes de la curia vaticana, entre ellos el propio Inocencio XI.

Pero su doctrina sobre los modos de oración despertó ciertas dudas, que más tarde se tornarían enérgicas protestas, especialmente por parte de los jesuitas, que veían en la enseñanza de Molinos un ataque contra la práctica de la meditación según los *Ejercicios Espirituales* ignacianos.

En 1675, Molinos publica su obra cumbre, la *Guía espiritual*, que originalmente aparece en italiano y español. En muy pocos años es traducida a varias lenguas y alcanza hasta 20 ediciones. Va prologada por Fr. Juan de Santamaría, provincial de los Frailes Menores en Nápoles, y lleva la aprobación de destacados teólogos y calificadores de la Inquisición.

La intención de Molinos al publicarla no era otra que explicar su visión de la contemplación y mostrar a sus censores que no despreciaba la meditación, sino que, por el contrario, la consideraba un ejercicio santo y bueno, aunque inferior a la contemplación. De este modo pretendía acallar las protestas.

Según el P. Dudon, historiador que se ha ocupado en profundidad de la figura de Molinos, aunque

con cierta parcialidad, «la *Guía* provocó rápidamente los primeros contradictores. Entre el clero de Roma, los jesuitas, amén de algunos otros, reprochaban a Molinos que hablase de la meditación en términos tales que algunos lectores inexperimentados o pretenciosos pudiesen concluir que, en la vida espiritual, la meditación es un ejercicio superfluo cuando no despreciable»¹.

Toda Roma se implicó en la polémica. El 12 de abril de 1682, el Cardenal Albizzi lee ante el Santo Oficio un informe en el que da cuenta de la escisión de la ciudad en dos facciones por haberse introducido en ella un nuevo modo de practicar la oración mental, «que se llama oración de quietud».

Tres jesuitas combaten la *Guía* con especial ahínco: Paolo Segneri, Gottardo Bell'Uomo y el P. Couplet, misionero en China durante muchos años y primer traductor a una lengua europea, el francés, de los escritos de Confucio.

En un principio, Molinos cuenta con importantes apoyos, como el cardenal Petrucci y el propio Inocencio XI. Sus rivales arremeten contra la *Guía* con verdadero encono, pero sus ataques no prosperan.

Pero los enemigos no se rinden. Como sus argumentos contra la doctrina no han tenido éxito, cambian de táctica y atacan a la persona. Se mueven con prontitud y decisión. Se recogen testimonios de más que dudosa credibilidad y se busca la herejía en sus

1. FRANCISCO TRINIDAD SOLANO, en MIGUEL DE MOLINOS, *Defensa de la contemplación*, Editora Nacional, Madrid 1983, p. 37.

cartas. Para colmo, le buscan en España ascendentes judíos o moros y le acusan de inmoralidad sexual.

La nueva estrategia da resultado y pone al clérigo aragonés contra las cuerdas. El 18 de julio de 1685 es detenido por el Santo Oficio, junto con algunos de sus discípulos. Su detención produjo en Roma un enorme revuelo. Probablemente bajo tortura, la Inquisición consigue que Molinos se confiese culpable de ciertas inmoralidades sexuales. Se le llega a acusar incluso de prácticas de sodomía y bestialismo. Fausto Nicolini, uno de los más destacados especialistas en quietismo (*Sobre Miguel de Molinos y algunos quietistas italianos*, 1959), a propósito de las acusaciones de perversión sexual hechas contra Molinos, escribe: «Se pecaría de injusticia si no se recordase una vez más que en dos años de minuciosas pesquisas, durante los que se hurgó fatigosamente en toda su vida presente y pasada, es decir romana e ibérica, no se consiguió probarle más pecado carnal que algún *enfantillage* más o menos inocente, cuya falta de significación se suplió inflándolo hasta lo inverosímil, es decir, en medida no menos calumniosa que inverecunda»².

Dos años más tarde, el 2 de septiembre de 1687, el Santo Oficio lo condena. El 13 de septiembre abjura solemnemente en la iglesia de Santa María sopra Minerva. Es condenado a prisión perpetua en una cárcel de la Inquisición. El 20 de noviembre el Papa ratifica la condena en la Bula *Coelestis pastor*, en la que se reprueban 68 tesis declaradas como «heréticas, sospechosas

2. *Ibid.*, p. 47.

de herejía, erróneas, escandalosas, blasfemas, ofensivas para los oídos piadosos, temerarias, relajadoras de la disciplina cristiana, subversivas y sediciosas». Muere el 21 de diciembre de 1696.

CAUSAS DE LA CONDENA

Varios fueron los factores que se conjugaron en la condena de Molinos, y con una incidencia desigual. Muy resumidos, podrían ser los siguientes:

En primer lugar, una marcada atmósfera antimística generada a partir de la Contrarreforma, y liderada especialmente por los jesuitas, cuyo General prohíbe a los suyos escribir sobre temas de espiritualidad de frontera.

En segundo lugar, cierto miedo a que el pueblo llano se «contaminara» de misticismo. El cristiano sin preparación teológica no comprendía los oscuros conceptos expresados en los escritos de Ruysbroeck, Enrique Herp, Taulero, Susón, etc., y esa ignorancia lo mantenía a salvo del peligro de descarriarse por el camino de la herejía. Sin embargo, la *Guía* era una obra de una claridad expositiva como nunca antes se había dado en esta materia, escrita en un lenguaje fácil de comprender; una obra que, según un autor contemporáneo de Molinos, se podía leer en apenas dos horas. Este hecho facilitaba al cristiano común, sobre todo a las mujeres, el acceso a la experiencia mística como trato íntimo y personal, y por tanto libre, con Dios. Y esto preocupaba tremendamente a la jerarquía de la Iglesia, bien o mal asesorada.

En tercer lugar, la preeminencia de la teología escolástica sobre la mística. La Iglesia, entonces como ahora, abunda en teólogos y escasea en místicos, de manera que lo intelectual se erige en criterio y norma de una experiencia que, por ser sobrenatural, va más allá del intelecto. Francia nos ofrece un famoso ejemplo. En la polémica sobre el quietismo entre Fenelon –obispo de Cambrai y discípulo de Mme. Guyon– y el eminente teólogo Jacques-Bénigne Bossuet, éste, que al final logra la condena de su oponente en 1699, reconoce no saber nada de mística ni haber leído a los autores más importantes sobre dicha materia.

En cuarto lugar, la necesidad de un chivo expiatorio, un castigo ejemplar para acabar, no ya con el quietismo, sino con la mística tal y como se había conocido hasta entonces, para dar prioridad a la ascética.

MOLINOS REIVINDICADO

La bula de condena cubrió al personaje y su obra con el manto del desprestigio. Las acusaciones de sostener doctrinas demasiado cercanas al budismo –como hizo entonces Couplet y ha sostenido en época más reciente Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*– no han hecho más que aumentar la prevención contra Molinos.

Sin embargo, este «clérigo oscuro» ha contado, sobre todo en el último tercio del siglo XX, con entusiastas defensores de su doctrina mística y fervorosos partidarios de su rehabilitación para la ortodoxia. Ya algunos de sus contemporáneos defendieron firme-

mente su integridad moral frente a la gravedad de los cargos que le imputaban en materia de moral.

Ciertos estudiosos argumentan que Molinos no es en absoluto original, pues se limitó a recoger en la *Guía* lo que otros muchos, nada sospechosos de herejía, habían escrito y enseñado antes que él. Y es cierto. La falta de originalidad de Molinos es hoy ampliamente admitida, hasta el punto de imputársele el plagio de textos del mercedario Juan Falconi³. Por eso no se entiende cómo se condenaron en la *Guía* afirmaciones que en las obras de otros autores no levantaron sospecha alguna.

El Arzobispo Rojas escribe que la obra de Molinos abraza «la doctrina común al sentir de los Santos Padres y muy común a los místicos»⁴. Y entre los destacados teólogos que dan el *nihil obstat* a la *Guía*, fray Domingo de la Trinidad habla de «bellísimos documentos espirituales, proporcionados al precioso fin del autor, que es el de conducir al alma devota por medio de la negación de las cosas terrenas y de la aniquilación de sí misma a la perfecta contemplación»⁵; el jesuita Esparza estima que la *Guía* contiene una «profunda explicación de la contemplación divina [...] y encamina a ella hasta su cumbre y última perfección»⁶.

No es de extrañar que Ellacuría Beascochea (*Reacción española contra las ideas de Miguel de Molinos*,

3. E. PACHO, «Molinos, Miguel de», *Diccionario de Mística*, San Pablo, Madrid 2002, p. 1265.

4. JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS, en MIGUEL DE MOLINOS, *Guía espiritual*, FUE, Madrid 1976, p. 55.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

1956) sostenga que las 68 tesis condenadas no se encuentran, en modo alguno, en la *Guía espiritual*, y lo argumenta: «Si en esta obra estuvieran estas proposiciones contenidas explícita o implícitamente, sin duda alguna no hubiera tenido las aprobaciones que obtuvo de teólogos notables de la época»⁷.

El carmelita Fray Eulogio de la Virgen del Carmen escribe: «La *Guía de Molinos* [...] encierra capítulos de excelente doctrina espiritual, en nada diferente de la enseñanza tradicional. Si comparamos sus proposiciones más comprometedoras con las de otros santos y autores de alta reputación en la historia de la Iglesia, apenas si es dado a los muy versados en la materia hallar sensibles diferencias»⁸.

El propio Molinos había escrito en su *Defensa de la contemplación* que no había que condenar afirmaciones ni doctrinas porque en su corteza y por el sonido de las palabras se parezcan en algo a las falsas. Cuando se extraen proposiciones de su contexto, se puede retorcer su sentido original y dar lugar a situaciones tan patéticas como la ocurrida con el Arzobispo Carranza, en cuyo proceso se condenaron sentencias que no eran suyas, sino de San Agustín, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo.

EL QUIETISMO

Hay que destacar que casi todos los manuales de espiritualidad, incluidos los escritos en el siglo XX,

7. Citado en José Ángel Valente, *o.c.*, p. 44.

8. *Ibid.*

cuando abordan la figura de este sacerdote aragonés, siguen basándose en las 68 tesis condenadas, nunca en la *Guía espiritual* ni en la *Defensa de la contemplación*. Adolphe Tanquerey, el P. Arintero, el P. Garrigou-Lagrange, etc. realizan su crítica sobre la base de la *Coelestis pastor* y se limitan a repetir los mismos tópicos de siempre, bien tomándolos de los escritos antimolinistas de los siglos XVII y XVIII, bien del P. Dudon, a quien muchos historiadores acusan de falta de objetividad y de inclinar toda su labor de documentación, sin duda importante, en favor de las tesis oficiales.

El «quietismo» es un concepto escurridizo, difícil de definir, pues bajo esa denominación se aglutina una diversidad de sectas de lo más variopinto: begardos, cátaros, Libre Espiritu, alumbrados, etc.

En términos generales, podríamos decir que el quietismo que se pretendía condenar en Molinos, se trata de un camino interior por el que el hombre aspira a la unión con Dios sin mediaciones. La meta es llegar a cierto estado de quietud mediante el hábito del recogimiento, y perseverar en ese estado esperando a que Dios actúe, en total pasividad. En este tipo de oración, el hombre no ha de hacer nada, no ha de pedir nada, no ha de desear nada, no ha de pensar en nada, hasta alcanzar una total indiferencia hacia todo lo que le rodea. El hombre, mero instrumento en manos del Espíritu Santo, llega por esta vía interior a tal estado de inocencia que ya no sería responsable ni siquiera de una acción inmoral.

Pero esto, que es quietismo condenable y condenado, nada tiene que ver con la enseñanza de Molinos en la *Guía espiritual*.

LA CONTEMPLACIÓN EN MOLINOS

La *Guía espiritual* se inserta dentro de la tradición de la teología apofática o negativa. Esta sostiene que Dios es un misterio insondable para el intelecto humano, pues mora en una luz inaccesible. Nadie ha visto a Dios ni puede verlo en este mundo. Sobrecogidos ante su presencia ponemos, como Job, el dedo sobre nuestros labios (cf. Job 2,10).

Esta visión de Dios se origina en los Padres capadocios (los dos hermanos Gregorio de Nisa y Basilio de Cesárea, y Gregorio Nacianceno), y llega a su plenitud a fines del siglo V con la «divina tiniebla» del Pseudo Dionisio Areopagita, quien introdujo en el cristianismo el término de «teología mística» con su famoso tratado titulado con ese mismo nombre.

Gregorio Nacianceno afirma que de Dios solo podemos conocer su existencia, pero no su esencia. Curiosamente fue acusado de ateísmo por quienes sostenían que el intelecto humano es capaz de comprender y explicar la naturaleza de Dios (Eunomio). Él, sin embargo, parafraseando a Platón escribe: «Yo pienso que hablar de Dios es imposible, y entenderlo, más imposible todavía»⁹ (*Discurso 28, 4*, p. 98).

El hombre, incapaz de comprender a Dios por medio del intelecto, debe, como Moisés en el Sinaí, entrar en una nube de oscuridad (cf. Ex 19,16-20). Envuelto en esa tiniebla, desprendido de todo, incluido

9. *Los cinco discursos teológicos*, 28, 4, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 98.

el pensamiento, se adentra en esa nube del no saber. Y allí encuentra a Dios. De hecho, según Gregorio de Nisa, no hay para el hombre otra forma de conocer lo divino: «No ver es la verdadera visión, porque aquel a quien busca trasciende todo conocimiento. Por todas partes le separa como una tiniebla la incomprendibilidad»¹⁰. Todo concepto en el que se intente encapsular la naturaleza divina, se convierte en un ídolo de Dios. Y los ídolos caen.

Esta visión de Dios, que es, más bien, una no-visión, tiene consecuencias evidentes en el modo en que el hombre puede relacionarse con Él. Aquí el razonamiento discursivo, la especulación, toda operación de los sentidos ha de ser desechada. Solo mediante la fe pura y la fuerza del deseo, esto es, del amor, el hombre puede tener una experiencia de Dios, pues «lo que es inconcebible en la esfera del pensamiento lógico, es alcanzable por vía existencial» (Sophrony Sakharov).

El Pseudo Dionisio, el autor más influyente de la mística cristiana, utilizando conceptos neoplatónicos, explica la elevación del espíritu a Dios como un camino o proceso de despojamiento total. Según él, hay que arrojar por la borda cualquier fardo, romper cualquier atadura que impida el vuelo místico, pues, como todo tiende por naturaleza a su origen, el espíritu, libre de las adherencias de los sentidos y del pensamiento especulativo, tenderá a Dios como a su lugar natural:

«Entonces, es cuando libre el espíritu, y despojado de todo cuanto ve y es visto, penetra (Moisés)

10. *Vida de Moisés*, 163, Ediciones Sígueme, Salamanca 1993, p. 104.

en las misteriosas Tinieblas del no-saber. Allí, renunciando a todo lo que pueda la mente concebir, abismado totalmente en lo que no percibe ni comprende, se abandona por completo en aquel que está más allá de todo ser. Allí, sin pertenecerse a sí mismo ni a nadie, renunciando a todo conocimiento, queda unido por lo más noble de su ser con Aquel que escapa a todo conocimiento. Por lo mismo que nada conoce, entiende sobre toda inteligencia»¹¹.

Molinos ha bebido en esta tradición. En la *Guía* cita algunas de sus fuentes: el Pseudo Dionisio, San Buenaventura, Ricardo y Hugo de San Víctor, Tauleiro, Susón, Enrique Herp, Ruysbroeck; por supuesto, San Juan de la Cruz (a quien en la *Guía* cita continuamente sin nombrarlo) y Santa Teresa de Jesús. Aunque pretende haberlo sacado todo del pozo de su propia experiencia, lo cierto es que había leído mucho.

Su tesis central es el primado de la contemplación sobre la meditación. Sin rechazar ésta, sí afirma claramente que la contemplación es más perfecta, siendo la meditación una iniciación buena para principiantes:

«Dos modos hay de ir a Dios, uno por consideración y discurso, y otro por pureza de fe, noticia indistinta, general y confusa. El primero se llama meditación; el segundo, recogimiento interior o adquirida contemplación. El primero es de principiantes, el segundo de aprovechados. El

11. *Mística teología*, I, 3.

primero es sensible y material, el segundo es más desnudo, puro e interior»¹².

Después de que el alma se ha ejercitado durante cierto tiempo en la meditación, si siente la llamada de Dios a la contemplación, debe abandonarla. Así lo expresa Molinos no sólo en la *Guía*, sino también en *Defensa de la contemplación*:

«Siempre que se alcanza el fin [es decir, la contemplación] cesan los medios [es decir, la meditación], y llegando al puerto la navegación. Así el alma, después de haberse fatigado por medio de la meditación, llegada a la quietud, sosiego y reposo de la contemplación, debe entonces cercenar los discursos y reposar quieta, con una atención amorosa y sencilla vista en Dios, mirándole y amándole, y desechando con suavidad todas las imaginaciones que se le ofrecen, quietando el entendimiento en aquella divina presencia, recogiendo la memoria, fijándola toda en Dios, contentándose con el conocimiento general y confuso que de él tiene por la fe, aplicando toda la voluntad en amarle, donde estriba todo el fruto»¹³.

«El lugar y centro de Dios no está en la boca ni en la lengua: está en lo íntimo del alma [...] Si un hombre está hablando con el rey en su camarín,

12. *Guía espiritual*, proemio, «Advertencia» I, 1. Las citas pertenecen a la edición de José Ángel Valente en Alianza Editorial, Madrid 1989. En adelante citada como GE.

13. *Ibid.*, «Advertencia» II, 12, p. 39.

será locura salir a la sala para hablar con su retrato, dejando en el camarín el original y al mismo Rey. Si Dios está como en su centro en lo íntimo del alma, ¿para qué salir fuera y hablar con la boca? [...] Y es cierto que vale más, por mil razones, oír la voz de Dios que hablar de Dios y con Dios»¹⁴.

Dios inhabita al hombre. Está en el fondo u «hondón del alma», efectivamente, como un rey en su trono. Pero, como Dios nunca se impone, es necesario por parte del hombre un esfuerzo por desembarazar el alma de todo apego a lo criado:

«Has de saber que es tu alma el centro, la morada y reino de Dios. Pero para que el gran rey descanse en ese trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia, quieta, vacía y pacífica. Limpia de culpas y defectos; quieta de temores; vacía de afectos, deseos y pensamientos; y pacífica en las tentaciones y tribulaciones»¹⁵.

El alma sin paz interior es como una charca cuyas aguas han sido agitadas desde fuera: la turbiedad resultante impide ver el fondo. Pero cuando, al cabo de un tiempo, recupera su quietud original, ofrece a los ojos una vista clara y limpia:

«Tu principal y continuo ejercicio ha de ser pacificar ese trono de tu corazón para que repose en

14. MIGUEL DE MOLINOS, *Defensa de la contemplación*, XXIII, edición de Francisco Trinidad Solano, Editora Nacional, Madrid 1983, p. 240.

15. *GE*, I, c. I, 1, p. 45.

él el soberano rey. El modo de pacificarlo ha de ser entrándote dentro de ti mismo, por medio del interior recogimiento [...] Vuélvete a quietar siempre que te alteres; porque sólo quiere este divino Señor de ti, para reposar en tu alma y hacer un rico trono de paz en ella, que busques dentro de tu corazón, por medio del interior recogimiento y con su divina gracia, el silencio en el bullicio, la soledad en el concurso, la luz en las tinieblas, el olvido en el agravio, la resistencia en la tentación, la paz en la guerra y la quietud en la tribulación»¹⁶.

La tarea del contemplativo no es vaciarse de todo o quedarse quieto sin más, ensimismado o mirándose el ombligo sin pensar nada, como escribió Migne que hacían los hesicastas en el Monte Athos. Como muy bien escribe Francisco de Osuna en el *Tercer abecedario espiritual* –cuya lectura recomendaba Santa Teresa y conocía, sin duda, Molinos– los que practican el recogimiento no ponen la perfección en no pensar nada, pues, así, los que duermen, cuando no sueñan, y los pasmados serían perfectos. Si este no pensar se reduce sólo a eso, no sólo carece de perfección, sino que se pierde un tiempo precioso que se podía aprovechar en algún buen pensamiento.

Con ese «no pensar» se refiere el místico español a no ocupar la mente, durante el tiempo de la oración, en las cosas creadas, sino sólo en Dios. Y para ello es menester, sobre todo en los principiantes, aprender

16. *Ibid.*, I, c. I, 4-5, p. 46.

a desechar todo pensamiento que nos descentra y nos derrama¹⁷.

El alma no permanece en una pasividad absoluta. Sí es cierto que Molinos minimiza la importancia de la actividad exterior en favor de la interior. Pero con esto no dice nada que no hayan dicho otros muchos antes que él. Enrique Susón, después de años de durísimas penitencias que casi acaban con su vida, se dio cuenta de que su cuerpo estaba exhausto, pero su ego en perfecta forma. Así que, con decisión, cogió los instrumentos de tortura y los arrojó al Rin. La imagen del perro con un trapo en la boca simboliza el camino de la verdadera mortificación: el abandono absoluto en manos de Dios. En una de sus cartas lo expresa como sigue:

«El jirón de tela deja al perro hacer con él lo que quiera, que lo tire al aire, que lo arroje al suelo o que lo pisotee. Eso es –me decía yo– lo que tienes que hacer: te pongan arriba o abajo, o escupan sobre ti, tú debes aceptarlo de buen grado, como el jirón de tela si pudiera hablar»¹⁸.

Es en este sentido en que puede hablarse de «pasividad». Pero es el hombre exterior el que la percibe como tal, no el hombre interior, que experimenta la aspereza de la pedagogía divina, que purifica al alma con la «noche del sentido» con el único fin de unir-la a Él.

17. Cf. *Tercer abecedario espiritual*, trat. 21, 5.

18. BIENHEREUX HENRI SUSO, *Oeuvres complètes*, édition de Jeanne Ancelet-Hustache, Seuil, Paris 1977, pp. 485-486.

La obra que hace Dios en el contemplativo no es de construcción, sino de demolición. Dios siempre crea «de la nada», en este caso de la nada de la criatura, que ha de aniquilarse para dejar a Dios hacer. Esta aniquilación no es ontológica, sino moral. Así lo expresa Molinos:

«Sabrás que esta aniquilación, para que sea perfecta en el alma, ha de ser en el propio juicio, en la voluntad, en los afectos, inclinaciones, deseos, pensamientos y en sí misma; de tal manera que se ha de hallar el alma muerta al querer, al desear, procurar, entender y pensar, queriendo como si no quisiera; deseando como si no deseara; entendiendo como si no entendiera; pensando como si no pensara, sin inclinarse a nada, abrazando igualmente los desprecios como las honras, los beneficios como los castigos [...] ¡Oh, qué dichosa es el alma que así se halla muerta y aniquilada. Ya ésta no vive en sí, porque vive Dios en ella; ya con toda verdad se puede decir que es otra fénix renovada, porque está trocada, espiritualizada, transformada y deificada»¹⁹.

Por este camino de purificación el hombre conoce su propia miseria, es decir, su propia nada y su absoluta dependencia de la misericordia de Dios. Ambas son el mejor medio para que Dios obre maravillas en el alma:

«Vístete de esa nada y de esa miseria, y procura que esa miseria y esa nada sean tu continuo

19. GE, III, c. XIX, 185, p. 168.

sustento y morada, hasta profundarte en ella; yo te aseguro que siendo tú de esta manera la nada, sea el Señor el todo en tu alma»²⁰.

CONCLUSIÓN

Todas estas ideas, ciertamente, ya no se predicán. A la mística siempre le ha costado abrirse camino dentro de la Iglesia. Se prefiere la seguridad de rutinas devocionales a la libertad de dejarse moldear por Dios en una relación viva y profunda. Hoy tendemos a una espiritualidad más suave, más *light*, más en consonancia con el hombre moderno adicto a la tecnología y poco dado al esfuerzo ascético.

De ahí el éxito de la espiritualidad de la *new age*, que tanto habla de la necesidad de desprenderse del ego, aunque aspira a llenar el vacío interior del hombre con técnicas encaminadas a reforzar su autoestima. Lo importante, predicán los autores *new agers*, es sentirse bien con uno mismo, aceptarse tal como se es. La producción bibliográfica de este movimiento abunda en este tipo de terapias. Y el Dios presente en esas páginas no es más que un fantasma sin rostro, una energía fría y distante. Demasiado parecido al corazón del hombre actual.

DON SALVADOR SANDOVAL MARTÍNEZ, O.P.
Murcia (España)

20. *Ibid.*, III, c. XX, 187, p. 169.

Para hacer hablar a los símbolos

INTRODUCCIÓN

¿Por qué nos son imprescindibles los símbolos?

Porque todo cuanto nos rodea nos ofrece significados simbólicos. Además, ¿cómo podría el creyente hablar de las cosas de arriba si no es con los signos de aquí abajo? Un símbolo es un puente que nos permite el acceso a verdades que, sin ellos, permanecerían invisibles e inaccesibles. Son como barcas que nos permiten internarnos en el océano insondable del Misterio; son como los caballos a cuyos lomos podemos avanzar por territorios desconocidos, territorios que están situados más allá del alcance de nuestros sentidos.

El agnóstico y el positivista niegan estos territorios a los que nos conducen los símbolos, por eso, tampoco se impresionan con los símbolos religiosos. Para un agnóstico, nuestra vida y las cosas son como son, y basta. No encuentra en este mundo ningún mito o relato fundante que les hable de la realidad simbólica de lo suprasensible. Toda la realidad, para ellos, es la que se encuentra en la inmediatez cotidiana; aquí en este mundo está todo y todo lo que hay está aquí. Contrariamente a ellos, el hombre espiritual siente que vive en un universo simbólico dentro del cual va descubriendo continuamente sentidos nuevos en la Realidad que se les manifiesta (*hierofanía*) como una Presencia.

Para el espiritual, todas las cosas constituyen como un texto cargado de sentidos simbólicos, y que, por tanto, puede leerse. En este breve artículo, vamos a hacer algunos ejercicios de lectura de esos sentidos escondidos en las cosas que nos rodean.

La tensión simbólica

Hasta un niño o el hombre más ajeno a los símbolos percibirá en ellos dos planos: el plano inmediato del sentido literal, y otro plano escondido donde yace su verdadero sentido. Por eso, los símbolos presentan una inevitable tensión entre lo que se ve y se dice (esto apenas nos importa), y lo que no se ve ni se dice, y que es lo que realmente nos importa en los símbolos. Esto lo dejó dicho ya San Agustín con su repetido: «*Aliud dicitur, et aliud intelligitur*» (se dice una cosa, pero se entiende otra). La tensión simbólica viene producida por el hecho de que todo símbolo es una estructura de doble sentido. A primera vista, sólo se ofrece el sentido sensible, literal y directo; pero sobre ese sentido que sirve de soporte, se hace presente una realidad suprasensible, que no podríamos acceder a ella más que por la mediación de ese sentido literal y directo. Hacer hablar a los símbolos, consiste, precisamente, en conjurar esa presencia o significado escondido que todo buen símbolo encierra.

Y así, ante los símbolos, nos encontramos con esta situación paradójica: lo que nos dice no es importante; y lo importante no se nos dice.

En un cuento chino hay un tonto que, en vez de mirar a la luna, se quedaba como un lelo mirando el

dedo de quien le señalaba la luna. A esta postura poco recomendable se aproximaban aquellos que ante el rico despliegue de elementos significativos de un símbolo religioso, se quedan en la observación de los detalles sensibles, y desatienden su significado. En este caso, los símbolos no hablan y se quedan cosificados, esto es, convertidos en cosas en medio de otras cosas, y no en trampolines para saltar a la realidad suprasensible. Lo que se intenta en estas páginas es ofrecer algunas ayudas y reglas para dar ese salto desde lo que vemos u oímos a lo que entendemos en los símbolos.

Entre los incontables símbolos que ofrecen las ricas simbólicas cristianas, vamos a elegir sólo algunos ejemplos que toman como base simbólica o bien los objetos naturales (Sección I), o bien nuestras actividades cotidianas (Sección II), o, finalmente, nuestra misma experiencia del tiempo (Sección III).

I. CÓMO HACER HABLAR A SÍMBOLOS NATURALES

Si los símbolos son trampolines sensibles que nos hacen saltar hacia lo suprasensible, hacia el Misterio, el secreto para hacerles hablar ha de consistir primariamente en observar con cuidado el soporte sensible sobre el que se asientan. Es lo mismo que hacen los atletas en el trampolín de la piscina antes de lanzarse al agua: se afirman sobre la tabla, la tantean repetidamente y la pisan con fuerza. Hagamos algo similar con los símbolos que examinaremos a continuación.

Símbolo de la puerta sagrada

Solemos entrar en un templo con escasa atención a su puerta; atendemos, a lo más, al posible escalón para no tropezar en él. Sin embargo, al franquear la puerta de un templo, hay una mutación del espacio: dejamos un ámbito conocido (el espacio profano), para entrar en otro (el espacio sagrado) que nos resulta un ámbito inusual. A quien haya hecho esta sencillísima consideración mientras franquea la puerta de la iglesia, le resultará sencillo oír el lenguaje simbólico de esa puerta.

Imaginemos que la puerta es de una espaciosa catedral: al entrar, pocos son los que lo hacen mirando las baldosas del suelo, prácticamente todos expandimos la mirada, la elevamos hacia las bóvedas; dilatamos el pecho y respiramos una atmósfera sagrada que nada tiene que ver con las actitudes que manteníamos en la calle, antes de atravesar la puerta. Con estos gestos tan naturales, uno se interna en su propio espíritu casi sin darse cuenta.

A partir de ahí, los pensamientos religiosos que crucen por ese espíritu serán incontables e indescribibles. Este símbolo de la puerta, como todos, ofrecerá entonces significados múltiples. Por eso, no es sorprendente que acabemos pensando que la puerta de la catedral es nuestra puerta del alma, y que en ella hay Alguien llamando, según se nos asegura en el Apocalipsis: «*Estoy a la puerta llamando; si me abres, entraré y cenaré contigo*» (Ap 3,20).

Cómo hablan las campanas

Si continuamos nuestro empeño en hacer hablar a los símbolos de la iglesia, nos será aún más fácil oír lo que nos dicen las campanas. Hablan en todas partes, pero más fuerte aun que en las ciudades, su lenguaje se hace irresistible en el campo. Una torre de piedra alberga unas campanas. De su campanario se derraman olas vibrantes que se extienden en todas las direcciones y por todo el ámbito circundante. El tañido puede ser ligero, exultante y festivo; o puede ser lastimero, por ejemplo si doblan por un difunto. Pero en todos los casos, las campanas nos ayudan a dar el salto simbólico con facilidad. ¿Qué nos dice este sonido tan hermoso como generoso, y tan disponible para todo el que tenga oídos? No es difícil captar cómo un mensaje divino, que emana de la casa de Dios, se expande, se ofrece a todos: las campanas son para todos. A todos parecen estar llamando con insistencia: ¡ven, ven!

Los gestos simbólicos de persignarse y arrodillarse

Si los objetos sagrados son elocuentes, más lo serán los gestos del cuerpo humano, el cual es, de suyo, expresivo. Cuando alguien se persigna, el movimiento de su brazo envuelve el pecho y los hombros. Como este gesto no se hace por azar, sino con una intención de afirmación cristiana, por rutinaria que ésta sea, resultará que es la cruz la que abraza cuerpo y alma; la cruz se apodera de ellos y los consagra.

Quien se pone de rodillas expresa lo contrario del gesto altivo, un gesto imposible cuando estamos ante

Dios. Ante uno de rodillas, diríamos que él se empequeñece, que se achica. Porque nos parece que a aquel que se arrodilla ante el Altísimo, no le basta con inclinar la frente, no le basta con sentir su pequeñez. Parece que quien se arrodilla necesitase expresar todo eso agachándose, como reduciendo su talla, y diciendo: «Mientras que Tú, oh Dios, eres grande, Tú, el Creador Altísimo, yo soy una pequeña criatura, soy nada, y reconozco mi condición subordinada».

II. CÓMO HABLAN LOS SÍMBOLOS DE LA EXPERIENCIA RELIGIOSA

La luz y la llama

El símbolo favorito en todas las religiones parece que es el de la luz. El budismo considera la luz de los iluminados como la esencia misma de la religión. Otras conocidas religiones antiguas, como la religión egipcia, la de Zoroastro, la de los aztecas, de los incas, etc..., colocaban el símbolo del sol radiante en el eje de su universo simbólico. La Biblia misma está cruzada por la luz: desde el Génesis (cf. Gn 1,3) hasta el capítulo final del Apocalipsis que nos dice que al final de los tiempos ya no habrá necesidad de la luz del sol porque el Señor Dios será nuestra luz (cf. Ap 22,5).

¿Y hoy? Habría que decir que la luz «ya no es un símbolo que pueda hablar fácilmente al hombre de hoy»¹. La luz ha perdido para nosotros toda significa-

1. JOHN MACQUARRIE, *God-talk*, Sígueme, Salamanca 1976, p. 248.

ción numinosa (luz = vida divina), porque la tenemos demasiado domesticada por la técnica. Basta el leve contacto de la mano con un interruptor para que se nos haga la luz, y se nos convierta en una realidad más de la rutina diaria. Los antiguos tenían una experiencia de la luz mucho más sustancial: encontraban en ella la presencia del Misterio, y la reverenciaban como tal; nosotros «sólo con un tremendo esfuerzo de imaginación, podríamos percibir la luz tal como ellos la sentían»². Para ellos, la luz era el símbolo supremo de lo real, de lo verdadero. Nosotros tenemos dificultad para rescatar la riqueza significativa de la luz que crea presencias potentes y con plenitud de color y detalle.

Dios es luz. Nos ocurre con este poderoso símbolo lo mismo que ocurre con el símbolo del pecado: ambos necesitan una urgente obra de restauración, como esos lienzos de pintura desvaídos y oscurecidos. ¿Cabría encontrar una noción moderna para expresar el significado simbólico de la luz como hemos encontrado para expresar el de pecado?

El conocido teólogo Paul Tillich, encontró la noción de «extrañamiento» como una adecuada traducción del arcaico concepto de pecado. Peca quien se aparta, esto es, se extraña de la fuente de su ser, de la unión con el Padre y Creador. Así precisamente se nos describe el extrañamiento en esa incomparable parábola del *Hijo Pródigo*, que es un tríptico compuesto con poderosos símbolos.

Pues bien: el símbolo de la luz nos ofrece una línea simbólica que va en el sentido contrario al extraña-

2. *Ibid.* p. 249.

miento. ¿Cómo podríamos hacer que el símbolo de la luz nos hablase? Nos hablará si nos sitúa en el círculo divino, alejado de todo extrañamiento del pecado. Nos habla cuando experimentamos la unión de los dos espíritus: el divino y el nuestro. Y eso ocurre cuando lo conocemos porque «conocer a Dios equivale a unirse con Él, como los ojos con la llama en la visión de la luz»³. Esto es así porque si Dios es Espíritu y Verdad, Dios ha de vivir en el espíritu de quien piensa en Él con verdad.

Además, esta luz que nos penetra y nos une con Dios-Luz, nos calienta y enardece como a los discípulos de Emaús. Santo Tomás enseñaba que hay unión cuando el Dios conocido está en el cognoscente, y el Amado en el amante. Así resulta que con sólo amar el bien, ya lo hago mío, y me uno con él, como enseña la Primera Carta de San Juan: «*Dios es amor, y el que vive en el amor, permanece en Dios y Dios en él*» (1Jn 4,16). Esta unión es tan íntima como la que mantiene el fuego con el aire, según el conocido verso de Juan Ramón Jiménez:

*...Aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
De amor, lo mismo
Que un fuego con su aire*⁴.

El símbolo de la llama es igualmente muy idóneo para expresar estas relaciones alma-Dios. Porque la

3. ROMANO GUARDINI, *Los signos sagrados*, Editorial Litúrgica, Barcelona 1965, p. 80.

4. Tomado del poema «La transparencia, Dios, la transparencia» del libro *Dios deseado y deseante: I. Animal de fondo*, poema primero.

llama irradia luz como Dios irradia la Verdad; además, la llama despidе calor, igual que Dios derrama bondad. Cuando Jesús hablaba con los dos discípulos de Emaús, ocurrían precisamente estas dos cosas. En aquel encuentro los dos discípulos experimentaron la luz y la llama que enardecía sus corazones porque operó en ellos otro poderoso símbolo del que hay que decir dos palabras, antes de concluir este párrafo.

Cristo, luz

Así se autodefinió Él mismo: «*Yo soy la luz del mundo*» (Jn 8,12a). Aquí se combinan dos fundamentales símbolos de su realidad mesiánica: luz y vida: «*quien me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*» (Jn 8,12b). La luz y la vida son realidades simbólicas y constitutivas del ser de Jesús. Jesús es luz porque en Él se ha hecho manifiesta la total apertura de Dios para los hombres; y porque en Él es visible lo que pedimos en la tercera petición del Padre nuestro: pedimos que la tierra se abra al cielo *así como* el cielo se abre a la tierra. Esto es exactamente lo que ha ocurrido en Cristo, Luz-de-Luz. Quienes se adhieran a Él, naturalmente, se unirán al Dios-Luz que es Vida.

Pero esta unión con Dios-Luz se expresa todavía más hondamente –diríamos: más ontológicamente– mediante otros dos imprescindibles símbolos del cristianismo:

La unión por el pan y el vino

Al comer el pan, llevamos la unión ya no meramente al plano de la conciencia o de las operaciones

psicológicas superiores, sino que expresamos la unión en el mismo plano de la sustancia. Para expresar esta íntima realidad religiosa, se necesitaban los poderosos símbolos eucarísticos. Porque al verdadero creyente no le basta con conocer a Dios, necesita comerlo e interiorizarlo en la propia sustancia.

Para entender el poder de estos símbolos eucarísticos, partamos de esta verdad incontestable: la vida de los humanos es in-consistente en su misma raíz; dependemos tan íntegramente de Dios que sólo con sus dones podemos lograr cierta consistencia por algunos años, y vivir. Resulta ahora que para el Nuevo Testamento el compendio de todos los dones es el pan. A veces, este es un «pan de lágrimas» como se lamenta el Salmo 42,4 («*mis lágrimas son mi pan día y noche*»), pero corrientemente es el pan vivo que nos conforta.

Por esto, hacemos la cuarta petición en el Padre-nuestro, la cual, para que resulte eficaz, tiene que estar precedida por estas dos condiciones, a saber: el reconocimiento de nuestra mendicidad, y nuestra total dependencia del donante. Lo que pedimos en esta petición es que el Padre «que está en los cielos», nos conceda el pan del cielo que nos confiere la consistencia (física y mental) necesaria para seguir viviendo cada día caminando hacia el cielo.

El simbolismo del vino. Observemos cuidadosamente los elementos del vino que nos sirven como soporte para hacer el salto a su significado simbólico. El vino es un símbolo muy poderoso porque hace concurrir y pone juntos numerosos significados. (Recuérdese que eso era un símbolo *sym-ballo* para los griegos: poner juntos múltiples significados).

En el plano más inmediato, el vino expresa todo lo que agrada al hombre. Nada sorprendente, por eso, que sea tan apreciado por todos los hombres de todos los tiempos. Además, expresa –y produce– la alegría, la amistad, la consolación, la solidaridad con la que se cierran pactos y alianzas. En el campo religioso, esta consolación y capacidad para expresar alianza es tan fuerte, que, como dice Jesús, no soporta odres viejos: «a vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2,22).

En un plano religioso más profundo, el símbolo del vino nos conduce al misterio eucarístico, el cual simboliza la propia sangre de Jesús. La sangre que es sede y símbolo de la vida. Por tanto, se trata de sangre derramada, esto es, la vida derramada (entregada) «por vosotros» (cf. 1 Cor 11,24).

¿Qué hace que esta sustancia tan apreciada por los hombres, se torne en símbolo de unión divina? Ello fue debido al hecho de que Jesús, al entregar su vida (= derramar la sangre), le devolvió al Padre Viñador –«que plantó la viña» (Mc 12,1; cf. Jn 15,1)– precisamente aquello que los viñadores de Israel le habían negado. Con este comportamiento Jesús estableció una nueva Alianza con el Padre-Viñador. Consiguientemente, quien beba (esto es, participe) de ese vino-sangre, fruto de la vid verdadera, gozará de una alegría muy superior e incomparable a la que se disfruta con el vino terreno. Santo Tomás formuló esto diciendo que el «Sagrado Banquete contiene en sí toda delicia»⁵. El vino-sangre de Cristo, igual que hace nuestro vino, alegra y consuela, pero cuán diferentemente.

5. Estrofa del «Oh, sagrado banquete» del Oficio del Corpus.

III. CÓMO EXTRAER EL SIGNIFICADO SIMBÓLICO DE LA EXPERIENCIA DEL TIEMPO

El símbolo de la mañana

Al levantarse por la mañana, según la hermosa expresión de San Juan de la Cruz, uno se levanta de la cama y se pone en pie con «los levantes de la aurora». Al abandonar el lecho, uno abandona el mundo onírico, y pisa el mundo real; cada pisada es un símbolo de la actitud gozosa del *siglo viviendo, voy a gastar otro día*. Realmente, lo que sentimos es que estamos gastando la vida misma, tal como enseña el filósofo Séneca: *Considera cada día como un compendio de la vida entera*. Al saltar de la cama y empezar a vivir un nuevo día, un profundo simbolismo nos envuelve y nos habla de cómo *consumir* un día más para *consumar* nuestra vida.

Simbolismo del mediodía

Vivimos en dos mundos. Al abandonar el mundo onírico, cada mañana nos confrontamos a dos mundos: en el mundo visible de la inmediatez cotidiana en el que vamos a consumir las 16-17 horas de vigilia; y nos confrontamos también al mundo invisible, aunque sean multitud los que no se aperciban de ello. En ese mundo ya no meramente *consumimos* horas sino que nos *consumamos* para la eternidad, a la cual la vamos forjando precisamente consumiendo nuestras horas cotidianas.

Es una torpe idea la que presenta a la eternidad como un ámbito que está ubicado al final de este

mundo visible, y en el que entramos previo paso por el camposanto. En rigor, no entramos *en* la eternidad sino *por* la eternidad. Y esto es así porque la eternidad se forja en el tiempo; la eternidad es el fruto maduro de nuestra libertad en el tiempo. «Un tiempo –dice Rahner– que no hace madurar el germen del espíritu y la libertad, tampoco engendra ninguna eternidad»⁶.

Eternidad, pues, es la consumación y plenitud de nuestro paso por el tiempo, porque «cada momento del tiempo toca la eternidad»⁷. Cuando plenamente sensibles al instante que vivimos, aceptamos ese instante, y decimos *¡ahora!*, en ese preciso momento, tocamos lo eterno, y detenemos el flujo del tiempo para nosotros. Algo entonces sacude poderosamente nuestra conciencia, y nos deja la certidumbre de lo eterno⁸.

Para captar el poder simbólico de nuestra experiencia del tiempo, es preciso cambiar las ideas inadecuadas de eternidad. Solemos pensar que el tiempo está incluido en la eternidad; ocurre al revés, como aclara Rahner: «es el tiempo el que se convierte en el ámbito dentro del cual ocurre la comunicación de la eternidad de Dios»⁹.

6. KARL RAHNER, *Curso fundamental de la fe. Introducción al concepto de cristianismo*, Herder, Barcelona 1979, p. 502.

7. PAUL TILLICH, *The Eternal Now*, Scribner's Sons, New York 1963, p. 130.

8. *Ibid.*, pp. 130-131.

9. KARL RAHNER y H. VORGRIMLER, *Diccionario teológico*, Herder, Barcelona 1966, columna 230.

- Entrar por la eternidad con nuestros actos (pasos) del espíritu

Cierto que la eternidad está imbricada en el tiempo. No pensemos que ella está «detrás» de la muerte; la eternidad está aquí y ahora. Pero no está como están ante nosotros los objetos visibles y tangibles del mundo cotidiano. La eternidad no está ahí, a la mano; hay que ir por ella, hay que remontarse desde la fugacidad temporal hasta alcanzarla.

O, si preferimos usar la simbólica de lo profundo, a la eternidad se llega cavando en las capas profundas en la experiencia del tiempo hasta alcanzar el nivel profundo en el que se esconde la perla de lo eterno. En suma: que la eternidad, que es el atributo esencial de Dios, es, como Él, *abscondita (escondida)*.

Para encontrar la eternidad «escondida», ayudará mucho el símbolo del mediodía. En medio de la pausa de la actividad cotidiana, el hombre espiritual puede tener sentimientos como éstos: «He estado actuando hasta ahora, pero no actué yo solo porque yo no estoy solo». Siendo las cosas así, puedo pensar que si he vivido acompañado toda la mañana, puedo perfectamente esperar seguir hacia la eternidad con la ayuda de Aquel que, como nos asegura el Salmo 16,8: «*Está siempre a mi derecha*». A continuación vamos a describir tres pasos hacia la eternidad que podemos dar todos los días.

Primer paso: *ir a la eternidad por el instante*. El sentido común toma el instante por algo irreal. Tiende a verlo como suspendido de un endeble hilo entre dos realidades mucho más sólidas que él: el pasado y el

futuro. En realidad, ocurre exactamente al revés: para nadie el instante es algo irreal; los irreales son el futuro –que *todavía no es*– y el pasado –que *ya no es*–. En cambio, este instante, este punto en que mi tiempo toca la eternidad, es lo único real que tengo. De ahí que vivir con plenitud el instante es la más alta sabiduría.

Otro paso: *buscar en todo instante la Presencia*: he ahí lo decisivo para nosotros. Pero ¿dónde encontrar esta Presencia? No la encontraremos ni en el recuerdo de días pasados ni en la espera de los días que vendrán. La Presencia sólo se nos ofrece en el instante presente, y en ningún otro sitio. Ni en nuestro pasado ni en nuestro futuro experimentamos presencia alguna.

Otro paso: *vivir de tal manera que en cada instante experimentemos aquel verso*: «*He aquí que hago nuevas todas las cosas*» (Is 65,17; Ap 21,5), porque eso es, precisamente, la eternidad: la perpetua in-novación. Si lo que importa es la llegada de la Presencia eternamente nueva, poco pueden importar ya las presencias particulares y pasajeras. Ante ellas, todos los espirituales de todos los tiempos han aconsejado practicar más bien la indiferencia.

El paso final ha de consistir en *abrirse a una operación que viene de lo Alto*. Esta actitud parece pasiva, y más que un paso, parecería un alto en el camino a la espera de algo que desciende de lo Alto. Sin embargo, es un paso muy activo o, si se prefiere, es una actitud pasivo-activa de co-operación. Su carácter pasivo le viene por ser co-operación secundaria, puesto que la operación primaria no es la nuestra, sino que viene de lo Alto.

Las voces simbólicas de la noche

Antes se dijo que la eternidad estaba imbricada en el tiempo, lo mismo puede decirse ahora respecto a la muerte: está imbricada con cada hora de vida. El espiritual percibirá cómo a lo largo de todo el día ha estado resonando la voz del misterio de la muerte. Todos pueden oír esa voz; si no oímos esa voz es porque discurrimos por la vida con el ánimo henchido de deseos y proyectos. O porque vivimos desgarrados entre las pesadillas de un pasado –que *ya no es*– y las pre-ocupaciones de un futuro –que *todavía no es*–. Es decir, que discurrimos por la vida como sujetos irreales, muy ocupados con cosas que *no son realidad*.

En cambio, quien tenga sensibilidad religiosa, percibirá con fuerza que todo mortal, a impulsos de su propia naturaleza, se va precipitando en la densa oscuridad de la noche «en la que nadie puede obrar», como declaraba el mismo Jesús (Jn 9,4).

Enseñanzas simbólicas de la omnipresencia de la muerte

- Primera y capital enseñanza

La muerte es mucho más que el último día consumido de una vida; es, más propiamente, la consumación de ésta. Es la postrera palabra sobre los días vividos. Puede ocurrir que esa palabra sea negativa, fruto de la desesperación y del cansancio de vivir. En este caso, la muerte no consume nada, y sólo es la consumición de una vida que se abandona sin dignidad, y, diríase, que se deja incompleta.

Pero cuando la última palabra de la muerte la pronuncia un alma religiosa, que asume su mortalidad no como una condena, sino como una etapa dentro de un designio más amplio, entonces en su morir, como hizo Jesucristo, puede pronunciar el *consumatum est!* ¡Todo completo! La vida, irremediabilmente consumida, ha quedado definitivamente completada. Quien muere así, es aquel que ha aprendido y ha practicado el arte de morir¹⁰.

- Lo que enseñan los símbolos sobre el arte de morir

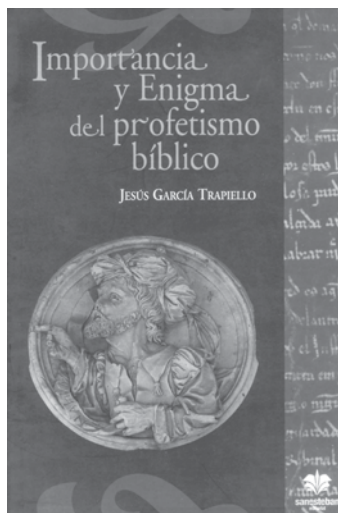
Este arte consiste en aplicar varias reglas con las que concluiremos este artículo:

- Es un arte que enseña a vivir como en el día, aun en medio de la noche de nuestra mortalidad (cf. 1Pe 2,9).
- Enseña a cuidar las lámparas y velar (cf. Mt 25,1-13).
- Enseña a desvestirse y revestirse las «armas de la luz» (Rm 13,12ss.).
- Enseña, finalmente, a vivir, trabajar y orar anticipando lo que nos va a venir. Eso es posible porque la muerte no es el cierre final de

10. Aprender a morir no necesita mayor aprendizaje para el hombre común. Porque, como escribía Montaigne (*Ensayos*, III, 12), la naturaleza le enseñará ese arte sobre el terreno, plena y suficientemente. Para el espiritual, el arte de morir consiste en aprender a llevar a cada hora de su vida, el *quotidie morior* (*muero cada día*), y aplicar en cada momento las reglas que se exponen en el texto.

la vida y se pueden, por tanto, hacer anticipaciones. ¿De qué? Podemos anticipar «aquel día en el que no habrá ya más noche» (Ap 21,25; 22,5). Anticipar el día en que no habrá ya más muerte porque «la muerte habrá sido absorbida por la victoria» (1Cor 15,55) y entonces, finalmente, «Dios será todo en todas las cosas» (1Cor 15,28).

FRAY JOSÉ M.^a GARCÍA PRADA, O.P.
Las Caldas de Besaya (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Newman y María

III. María y la evolución dogmática

INTRODUCCIÓN

Otra de las claves hermenéuticas de la mariología del Beato Cardenal Newman es aquella según la cual la mariología es uno de los ámbitos teológicos donde con mayor claridad aparece y toma cuerpo su teoría de la *Evolución dogmática*. Las verdades mariológicas le ofrecen a Newman todo un filón de ejemplos y casos concretos para ir demostrando cada uno de los principios y leyes que marcan el desarrollo de la doctrina cristiana.

Antes ya de que Darwin publicara en 1859 su famosa obra *El origen de las especies*, defendiendo la teoría de la evolución biológica de la humanidad, ya se hablaba y teorizaba sobre el desarrollo de las ideas. Newman aplicó esta gran construcción teórica a la misma revelación cristiana, poniendo de relieve la trabazón armónica, transida de coherencia interna, de las verdades reveladas. Y repetidas veces acudió a la mariología a la hora de exponer sus convicciones al respecto. Dos son los lugares donde expone Newman con mayor claridad la relación entre la *Mariología* y la *Evolución dogmática*. A saber: su último sermón universitario, predicado el 2 de febrero de 1843 y su obra sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana, comenzada en 1845.

EL ÚLTIMO SERMÓN UNIVERSITARIO

Newman predicó este sermón el 2 de febrero de 1843 y fue el último de la serie –15 en total– de los que predicó como encargado de la Parroquia Universitaria de Oxford entre 1826 y 1843.

En el cuerpo del sermón, Newman comienza por señalar que fue tarea de la Iglesia sustituir la sabiduría de este mundo por la de la Cruz. Ésta es la esencia de lo que él llama la *sublime idea*. Siempre viva y pujante, esta *sublime idea* empezó por anidar en los entendimientos. Fue creciendo y consolidándose hasta venir a ser un formidable edificio. Cuando las herejías han querido atacar el edificio de la fe, éste se ha visto incluso reforzado, pues la *sublime idea* se ha revelado con una belleza aún mayor.

El edificio teológico que hoy tenemos empezó a despuntar como la yema de una rama, tierna y humilde, pero con fuerza pujante hacia la plenitud del desarrollo. La herejía, en cambio, es estéril, careciendo de capacidad para el desarrollo. Por ello las herejías no conocen sino el desarrollo de la muerte: su completa descomposición.

El encuentro con la verdad revelada deja en el hombre la huella de lo que Newman llama la *idea-impresión*. Ésta tiende luego a buscar ser formulada, aunque no siempre ocurra de inmediato, pues se puede gozar de esta *idea-impresión* y no ser consciente de ella. Y es que esa *idea-impresión* es, de por sí, algo latente; bajo ciertas circunstancias emerge de forma patente en las formulaciones dogmáticas. Pero toda formulación explícita, para que sea genuina, ha de hundir sus raíces

en el suelo nutricio de esa *idea-impresión*. El desarrollo de la doctrina nace de esta *idea-impresión*, que encierra en sí el Misterio de Dios en su totalidad.

Hacia el final del sermón, Newman señala que las formulaciones de fe necesitan el soporte del lenguaje humano, que ha de ser de necesidad acomodado y regido por *el principio de analogía*. Por ello las formulaciones de fe siempre serán más pobres que la misma fe que intentan formular. Y, sin embargo, dichas formulaciones son auténticas, pues llevan en sí el sello de la impresión sublime que les da entidad y consistencia. Por otro lado, cuando la idea primera ha quedado plasmada en formulaciones, éstas han de ser aceptadas en su totalidad. La selección de alguna de ellas en detrimento de otras conlleva en sí la semilla del fracaso más rotundo.

Es significativo que la teoría del desarrollo de la doctrina religiosa, que expuso Newman en este sermón, la pusiera en conexión con María. Ésta, guardando y meditando en su corazón las cosas de Dios, es ejemplo de lo que luego se irá haciendo en la Iglesia con Ella. La Iglesia guarda en su corazón y medita y saca a la luz las cosas referentes a María. Destaca Newman que María es modelo de fe, creyendo en Dios y profundizando en lo que Dios ha tenido a bien revelarnos.

EL ENSAYO SOBRE EL DESARROLLO DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Cuando Newman predicó su último sermón como encargado de la Parroquia universitaria de Oxford, se retiró definitivamente a Littlemore. Allí, a solas con sólo

Dios, emprendió la tarea de estudiar, con el fin de vencer sus dudas y temores, el dogma de la Iglesia Católica aplicando al mismo la teoría de la evolución de la doctrina. A medida que avanzaba en su estudio, lo que antes eran objeciones hacia la verdad y autenticidad de la Iglesia de Roma se iban convirtiendo en pruebas fehacientes de su teoría. No terminó su estudio, pero los resultados hasta donde llegó fueron publicados bajo el título *An Essay on the Development of the Christian Doctrine*.

La teoría que adelantó en el sermón, antes mencionado, se expone aquí, en forma de ensayo, de una manera más sistemática. Si en aquel sermón, María, guardando y meditando la Palabra de Dios en su corazón, se convierte en ejemplo de cómo la Iglesia, aplicando el uso de la razón a la fe, hace evolucionar la doctrina sin traicionarla, en esta obra las definiciones dogmáticas sobre María se convierten en ejemplos para probar su teoría sobre la evolución dogmática. Hay a lo largo de la obra numerosas referencias a María y hay también en ella secciones enteras dedicadas explícitamente a María.

En la primera parte del *Ensayo*, sección segunda del capítulo cuarto, Newman trata la cuestión de la conexión entre la mariología y su teoría del desarrollo doctrinal de la mano de los Santos Padres de la Iglesia. Está convencido Newman de que siempre que ha aparecido la herejía en lo tocante a las verdades de la fe cristológica, la Iglesia no ha tenido a mano instrumento más eficaz para proteger la auténtica fe cristológica que embellecer a la Madre. Las controversias cristológicas han servido de hecho para el desarrollo mismo de las doctrinas mariológicas.

La definición del Concilio de Éfeso sobre la Maternidad divina de María tiene por objeto último defender la doctrina de la Encarnación. Si el siglo IV conoció los esfuerzos de la Iglesia en defensa de la divinidad de Jesús, en el siglo V la Iglesia se centró en la defensa de su verdadera humanidad. Y es aquí cuando la Iglesia, con mano resuelta y decidida, apunta hacia María, que en los siglos precedentes se había mantenido en la sombra.

Pero ya antes de que se diera la definición, año 431, existía en la conciencia creyente un sentimiento tradicional y espontáneo sobre el contenido mismo de dicha definición. Ya antes de la definición se llamaba a María *Madre de Dios, Siempre Virgen, Nueva Eva*. Enumera aquí Newman un largo elenco de las afirmaciones marianas, realizadas por los Padres de la Iglesia, anteriores o contemporáneos al Concilio de Éfeso. Todas estas afirmaciones reflejan un estado de convicción común, latente hasta que hicieron su aparición las herejías arriana, nestoriana y monofisita.

En el capítulo quinto de la segunda parte del *Ensayo*, Newman plantea la cuestión central a ser dilucidada y que consiste en saber si la fe católica de hoy es lógica e históricamente representativa de la fe antigua. El mismo Newman se da la respuesta afirmando que el Catolicismo de hoy es un crecimiento legítimo, un desarrollo natural y necesario de la doctrina de la Iglesia primitiva.

En ese mismo capítulo expone Newman las siete notas que caracterizan todo desarrollo genuino y que, en última instancia, lo legitiman. A saber:

1. *Preservación del Tipo*: En analogía al desarrollo que experimenta todo cuerpo humano –que aunque va creciendo conserva en sus rudimentos el tipo original y en medio de los cambios permanece idéntico a sí mismo– todo desarrollo de la clase que sea, si pretende ser genuino, debe conservar una identidad sustancial. Una idea evoluciona legítimamente si permaneciendo idéntica a sí misma, avanza. Toda evolución que traicione la identidad de la idea no es genuino desarrollo.
2. *Continuidad de los principios*: La vida de las doctrinas depende de la ley o principio que encarnan. Los principios son los que deben recorrer todas las etapas del desarrollo. La continuidad o la alteración de los principios sirven para distinguir si en un desarrollo hay verdad o corrupción.
3. *Poder de asimilación*: En el mundo físico dos cosas no pueden venir a ser una, mientras no se dé el poder de asimilación en la una o en la otra. Un desarrollo fiel acontece cuando una idea en su evolución tiene la capacidad suficiente de integrar armónicamente y sin violencia nuevos elementos.
4. *Secuencia lógica*: Todo pensamiento se organiza gracias a la lógica. Ésta es garantía que asegura la fiabilidad de los desarrollos intelectuales. No hay auténtico desarrollo al margen de la secuencia lógica. Una doctrina cualquiera de una filosofía o de una religión, si es

fruto de un auténtico desarrollo, debe ser una edición que reproduzca en lógica proporción la enseñanza original.

5. *Anticipación de su futuro*: Una idea viva lleva en sí la carga tendencial suficiente para mover su propio desarrollo. Y este desarrollo será fiel si en cualquier período de la historia anticipa la idea a la que pertenece.
6. *Acción conservadora sobre el pasado*: La sexta prueba que aquilata la autenticidad de un desarrollo auténtico es su tendencia conservadora sobre lo que ha ocurrido anteriormente. El desarrollo no es para abolir lo anterior a él, sino para plenificarlo.
7. *Vigor permanente*: Un desarrollo espurio no permanece. La permanencia en el tiempo con constancia en el vigor es otra prueba del desarrollo genuino.

En los capítulos sucesivos de la segunda parte de *Ensayo* aplica Newman las mencionadas siete notas características de todo desarrollo legítimo a los desarrollos existentes de la doctrina cristiana. Y en ellos podemos encontrar un buen número de referencias marianas bien interesantes. Me fijo en sólo dos de estas referencias: una que tiene que ver con la doctrina mariana y otra que se refiere a la devoción mariana.

En la que se refiere a la doctrina mariana, Newman sostiene que todo lo que la Iglesia sostiene sobre María, como doctrina de fe, está relacionado con el Misterio personal de Cristo y su obra soteriológica. El hecho de

que se haya tardado en evidenciar las verdades sobre María no significa que no hubieran estado presentes desde antiguo en la entraña misma de la revelación. Hablaron los primeros Padres de la Iglesia no sólo de la tarea, oficio o misión que María realizó, sino sobre todo pusieron de manifiesto cómo María, de manera voluntaria y personal, colaboró al éxito de tal empresa. La comparación entre los primeros capítulos de la Escritura y los últimos postuló la comparación entre María y Eva, destacando las consecuencias tan diversas que para el futuro de la humanidad tuvieron la obediencia de María y la desobediencia de Eva.

En la referencia relacionada con la devoción mariana, señala Newman que tal devoción no es ni mucho menos una fuerza disolvente de los contenidos fundamentales de la revelación cristiana. Al contrario, la devoción mariana refuerza la permanencia de lo que no puede cambiar. Añade Newman que la legitimidad de tal devoción no es sólo teórica, pues la práctica de la misma lo confirma. Así, el tono mismo de la devoción mariana es distinto del que se usa o tiene la devoción a las tres divinas Personas. Multiplica Newman los ejemplos prácticos para así demostrar lo útiles que han sido los desarrollos devocionales marianos a fin de mantener las verdades fundamentales de la fe. Analiza incluso la estructura de varios libros devocionales, sobre todo el *Libro de los Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola, para demostrar cómo María y la devoción a Ella no tienen en absoluto dimensiones desproporcionadas.

Termina Newman su *Ensayo* indicando que los desarrollos doctrinales, lejos de debilitar el cuerpo

eclesial, le confieren un vigor inusitado y un reforzamiento de lo que en la Iglesia no puede cambiar. Con cierta ironía indica que los polemistas tienen razón cuando sostienen que la Iglesia católica es *incoregible*.

Concluyo este artículo con una oración a María, la misma con la que Newman terminó la conferencia XVII, una de las que pronunció con motivo de la fundación del Oratorio de Londres:

«Por eso eres, Santa Madre, en el credo y en el culto de la Iglesia, la defensa de numerosas verdades, así como la gracia y la luz sonriente de toda devoción.

En ti se cumple, oh María, un antiguo propósito del Altísimo. Él había previsto venir a la tierra en su gloria divina, pero los hombres pecamos, y no pudo ya visitarnos, excepto con un esplendor velado y una majestad atenuada, porque era Dios. Vino, por lo tanto, en debilidad, no en poder, y te envió a ti, una criatura y el brillo que tolera nuestra condición.

Y ahora tu rostro y tu figura, querida Madre, nos hablan del Eterno, no como una belleza terrena, peligrosa de contemplar, sino como la Estrella de la mañana, que es tu emblema, clara y musical, respirando pureza e infundiendo paz.

¡Oh mensajera del día y esperanza de los peregrinos, condúcenos en la noche oscura, por el desnudo desierto, hacia nuestro Señor Jesús, y guíanos a la patria!»

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

Presentación del estudio de la espiritualidad de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz

Santa Teresa de Jesús (1515-1582) y san Juan de la Cruz (1542-1591) son probablemente los dos místicos más conocidos de la Iglesia. Ambos llevaron a cabo la reforma de la Orden del Carmelo y son doctores de la Iglesia. Su mística ha supuesto un antes y un después en la espiritualidad. Les ofrecemos un estudio desarrollado en siete partes:

— La espiritualidad de santa Teresa de Jesús:

1. Oración y sistema espiritual.
2. Oración ascética.
3. Primeros pasos de la oración mística.
4. Desposorio y matrimonio espirituales.

— La espiritualidad de san Juan de la Cruz:

1. Oración.
2. Purificación o «noche del espíritu».
3. Unión con Dios.

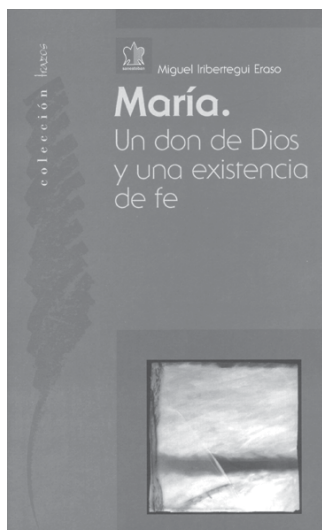
Las citas de las obras de santa Teresa y de san Juan de la Cruz han sido tomadas de la última edición de sus *Obras completas* publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos. Las siglas que empleamos para hacer

referencia a sus obras son las comúnmente utilizadas por los expertos:

- Obras citadas de santa Teresa: C: *Camino de perfección*; CC: *Cuentas de conciencia*; CE: *Camino de perfección* de El Escorial; CV: *Camino de perfección* de Valladolid; F: *Libro de las Fundaciones*; M: *Moradas del castillo interior*; MC: *Meditaciones sobre los Cantares*; V: *Libro de la Vida*.
- Obras citadas de san Juan de la Cruz: S: *Subida al Monte Carmelo*; N: *Noche oscura*; C: *Cántico espiritual*; Ll: *Llama de amor viva*.

Esperamos que les sirva de provecho en su camino espiritual hacia la unión con Dios.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

La espiritualidad de santa Teresa de Jesús:

1. Oración y sistema espiritual

En este estudio que ahora comenzamos y que nos encaminará por cuatro etapas, pretendemos mostrar a grandes rasgos la espiritualidad de santa Teresa. Para ello nos apoyaremos en grandes expertos y, sobre todo, en los propios textos de la Santa.

LA ORACIÓN TERESIANA

Santa Teresa nos habla de su modo de orar en *Camino de Perfección* (26-29) y en el *Libro de la Vida*. En V 4,8 nos dice: «*Procurava lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración: si pensava en algún paso, le representava en lo interior*» (cf. V 9,4).

Fr. Secundino Castro nos habla de la gran importancia que tiene Jesús, y sobre todo la humanidad de Jesús, en la oración de Teresa. Distingue dos tipos de encuentros con Cristo:

- Las *visiones intelectuales*, en las que experimenta la presencia trascendental de Jesús a su lado. Éstas son muy duraderas, incluso de más de un año –cf. 6M 8,2; 8,3–.

— Las *visiones imaginarias*, que duran muy poco, pero que le dejan una marca imborrable en su interior. Estas visiones las tiene cuando ya había tenido visiones intelectuales –cf. 6M 9,3–¹.

Vemos así la profunda humanidad de Teresa, que busca al calor de la proximidad del amigo, el encuentro personal. Ora para revivir y reactualizar para sí y en sí la persona de Jesús en las distintas situaciones de su vida, fundamentalmente en la Pasión. Es un acto vivo de amistad: «*Más sé de esta persona que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgava, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada a Cristo, procurava ella esforzar la fe para creer era lo mesmo y le tenía en casa tan pobre como la suya y desocupávase de todas las cosas estereiores, y poníase a un rincón, procurando recoger los sentidos para estarse con su Señor a solas, y considerávase a sus pies, y estávase allí, aunque no sintiese devoción, hablando con Él*» (CE 61,4). A veces se encarnaba en personajes bíblicos: la Magdalena (cf. V 9,2), la Samaritana («*¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!* [cf. Jn 4,10-14]» –V 30,19–), Pedro, Pablo, etc. Teresa buscará en la contemplación del misterio de la Resurrección, que Cristo transforme su vida en una vida nueva. Esta transformación tenía lugar en lo más profundo de su alma (cf. V 30,19; 7M 2,2; 2,6; CC 41,1).

1. Cf. S. CASTRO, *Cristo, vida del hombre. (El camino cristológico de Teresa confrontado con el de Juan de la Cruz)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1991, pp. 14-15.

Las escenas bíblicas que más le gustaba vivenciar eran aquellas en las que Jesús más «necesita» del consuelo y más abierto está a la compañía de una persona amiga (cf. V 9,4). Evocará a veces la entrada de Jesús en Jerusalén: «*Esto dijo porque ha más de treinta años que yo comulgava este día, si podía, y procurava aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo*» (CC 12,2).

Frecuentaba este tipo de escenas bíblicas para poder solucionar un problema que a ella le preocupaba mucho: la conciencia de su pecado, que se opone a su enamorada búsqueda de Jesús hecho hombre. Santa Teresa consideraba que Cristo, en sus situaciones de soledad y desamparo, está más dispuesto a acogerla a pesar de sus imperfecciones (cf. CC 12,2). En el momento de la comunión, el modo de orar teresiano cobra especial realismo (cf. 61,4).

Lo importante, por tanto, es el encuentro personal con Jesús hecho hombre, todo lo demás, lo que acompaña a la oración, es relativo. Santa Teresa aconseja abandonar cuanto antes los recursos que se emplean para ayudar a la oración. Tampoco le interesa el «ropaje» psicológico que a veces envuelve a la oración².

2. Cf. M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003⁶, pp. 37-39; S. CASTRO, *Ser cristiano según Santa Teresa. Teología y Espiritualidad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1985³, p. 111.

EL SISTEMA ESPIRITUAL DE SANTA TERESA

En opinión de Royo Marín, «a Santa Teresa de Jesús le debemos la clasificación más profunda y exacta de los grados de oración que se conoce hasta la fecha [...]. Para la gran santa de Ávila, los grados de oración coinciden con los de la vida cristiana en su marcha hacia la santidad»³.

La oración está a la base de la vida de Teresa. Su historia es una vida de oración. Ésta es la protagonista de su vida y narración. Es un proceso que cuenta con tres pasos importantes: el encuentro espontáneo, las relaciones tensas y la victoria de Dios⁴.

La oración desempeña un papel muy importante como posibilitadora de la relación del hombre con Dios. En esta experiencia, Dios actúa generando nueva vida en el ser humano. La oración pasa así a ser un elemento íntimamente constitutivo de la persona. Por eso, según Herráiz, Teresa puede presentar la vida espiritual en términos de oración: «Crecimiento de vida y oración son lo mismo»⁵.

Santa Teresa concibe la oración como un proceso en el cual el hombre ha de ir poco a poco pasando de lo exterior –de los sentidos–, a lo interior –el corazón–, donde habita Dios en nosotros. La oración es la puerta de entrada al corazón. Orando se entra en nuestro interior: «*La puerta para entrar en este castillo es la*

3. A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid 1954, n. 375, pp. 654-655.

4. Cf. HERRAIZ, *o.c.*, pp. 17-19.

5. *Ibid.*, p. 36.

oración» (2M 1,11; cf. 1M 1,7). Teresa subdivide todo el camino de la oración en varios niveles, según se va adentrando y profundizando en la historia viva de amistad con Dios. Estos aparecen definidos en *Moradas* y el *Libro de la Vida*.

La primera fuente del dinamismo de la oración es la *acción de Dios* que es vivida por el hombre en los estratos más profundos de su ser. A medida que crece la acción divina, el ser humano incrementa su *pasividad activa*, es decir, su aceptación de la actividad de Dios en él. Mientras que el proceso se desarrolla, evoluciona hacia la simplificación⁶.

El proceso comienza con una oración pobre que ha de poner en juego los sentidos y las potencias de la mente. Son unos comienzos difíciles y poco fructíferos. Pero poco a poco se va simplificando el ejercicio: van disminuyendo las palabras y aumentando el silencio. La presencia es cada vez más desde dentro. Es en la *última morada* donde el silencio se presenta como la forma plena y privilegiada de comunicación con Dios: «*Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oír ningún ruido: así en este templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay que bullir ni buscar nada con el entendimiento [...]. Aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas*» (7M 3,11).

6. *Ibid.*, p. 82.

Y así va Dios tomando protagonismo a medida que se camina en la oración. Porque ésta no es un camino en solitario de la persona a la casa del Padre. Es ante todo una obra de Dios. Es Él el agente principal de la oración. Esto lo muestra Teresa con los modos de regar un huerto que corresponden con los grados de oración (cf. V 11,7):

- 1.º con agua de un pozo (cf. V 11,9);
- 2.º con norias y arcaduces (cf. V 14,1);
- 3.º con agua de un río o arroyo (cf. V 16,1; 17,1);
- 4.º «*Con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mijor que todo lo que queda dicho*» (V 11,7; cf. 18,1).

Y así van haciéndose presentes los dos protagonistas de esta amistad: Dios –actuando– y el hombre –recibiendo la acción divina–. Cuanto Dios más actúa, el hombre más se transforma.

Santa Teresa nos cuenta de este proceso sus resonancias psicológicas: cómo el hombre *experimenta* la acción de Dios, pero no dice qué le comunica Dios, pues eso le desborda. De este modo santa Teresa narra lo que en el hombre acontece, pero sin traicionar su dimensión sobrenatural. Los *grados de oración infusa* son: recogimiento infuso, oración de quietud, sueño de potencias, unión plena, desposorio y unión transformante o matrimonio espiritual⁷.

7. Cf. *Ibid.*, pp. 79-86.

En *Camino de perfección* santa Teresa recomienda a sus hermanas tres cosas para que puedan llegar a progresar en la oración: «*La una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; otra, verdadera humildad, que, aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas*» (CE 6,1).

Pues bien, en las siguientes partes de este estudio iremos viendo los diferentes grados de oración, pero teniendo en cuenta esto que nos recuerda fr. Silverio de Santa Teresa en la introducción a las *Moradas*: «Debe advertirse que no son las únicas, ni santa Teresa se propuso fijar un número preciso y exacto de las estancias que el alma debe pasar antes que llegue a la que habita el Señor del Castillo, sin que las señaladas por ella tengan muchas contiguas» (cf. 1M 2)⁸.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

8. SILVERIO DE SANTA TERESA, «Introducción a “las Moradas”», SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras*, vol. IV, Monte Carmelo, Burgos 1917, pp. VII-L, p. XXIV.

Vivir en nuestro templo interior

*«Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo»*

(Sal 64,5; cf. Sal 83).

*«¿No sabéis que sois santuario de Dios
y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»*

(1 Cor 3,16).

El afán de los salmos 83 y 64 es vivir siempre en el Templo que uno es.

Hay un proverbio que dice que *nadie está más lejos de Dios que el que está en el templo*. En el templo material, claro. Pero se refiere a quien vive a expensas de lo puramente ceremonioso.

Recordad el relato de la curación de los diez leprosos (cf. Lc 17,11-19). Jesús los envió a que se presentasen a los sacerdotes, en el Templo. Y en ese camino Jesús les devuelve la salud, les cura. Pero resulta que de los diez leprosos sólo vuelve uno, los otros nueve se quedaron en el Templo... allí había muchos cantos, mucho incienso... y allí se quedaron entretenidos... y se olvidaron de Jesús.

Nosotros nos olvidamos del Jesús que vive dentro cuando estamos entretenidos en la exterioridad.

Pero lo nuestro es comulgar con lo de dentro. Y lo de dentro se comunica a veces en un gran silencio. La comunicación en el mundo de lo inefable a veces se da en un profundo silencio: sin que hablen, sin que pronuncien, sin que hable la creación... se comunica la gloria de Dios (cf. Sal 18,4).

Compartir sin palabras la paz que cada uno es... la luz que cada uno es... el misterio que cada uno es... es el compartir del silencio. El misterio de nuestro corazón se comunica en un sagrado silencio. En el silencio puede fluir lo de dentro y alcanzar al otro si está receptivo. Pero es imprescindible estar cada uno en su templo.

La casa la hacen los que en ella viven. Al llegar a una casa, si hay violencia o agitación se dice: «no hice más que acercarme y se mascaba la tragedia». Pero si nuestra conciencia está sosegada, al llegar a un lugar de silencio, los otros absorben el gozo, la paz, la luz y el alma de vuestro corazón.

¿No sabéis que sois el Templo de Dios?

Se cuenta de los padres del desierto que en una conversación hablaban del despertar, del estar despiertos. Y uno de ellos decía: «Yo creo que, por lo que comentas, no hay gran diferencia entre estar despierto y estar dormido. El hombre es hombre en un momento y en otro». Pero contestó el otro: «Pero hay una diferencia. El que está despierto está seis pulgadas sobre el suelo».

Estáis en el mundo sin ser del mundo. Estamos en el mundo pero tan despiertos que nuestro sitio no es el mundo. Un barco está en el océano pero no es el

mar. No se confunde con el océano. Estar en el mundo pero sin ser del mundo, estar a seis pulgadas sobre el suelo, bien despiertos, dándonos cuenta de que somos el templo del Señor el que habita en nosotros.

Ser pura mirada sin que interfiera nuestro ego. Nuestra mente enjuicia, compara, analiza, generaliza. Contemplar es vivir en el templo. Donde no mete baza ni nuestra mente, ni nuestro ego, ni nada. El que nos saca del templo es nuestro ego. En el templo uno no tiene que desear nada, porque lo que ya se es no hay que desearlo. En el templo uno lo es todo. ¡Qué felices los que viven siempre dentro, los que no tienen que buscar nada fuera con ansiedad, con angustia y expectativas! Es lo único necesario.

No hay cosa más urgente que estar uno siempre en su templo, en su casa. El símbolo del templo es el caracol. Él siempre va en su casa. El caracol es una obra de arte, es una fortaleza, y lo ha hecho él con su propia saliva. El que vive en su casa vive en su fortaleza, ahí nos podemos sentir seguros, y vayamos donde vayamos, vamos con nosotros mismos, no con algo adquirido, sino con lo que se nos ha dado en la vida, con el gran regalo de ser el templo del Señor.

Una pintura medieval representa una sucesión de secuencias: la primera es una tortuga que va por su camino tan tranquila pero aparece un perro. Y el perro la ve. La segunda secuencia es el perro ya ensalivándose, preparado para lanzarle. La tercera secuencia es la tortuga metida en su casa, que se ha vuelto como un canto. Y el perro queda desilusionado porque no puede comer un canto.

Es un buen símbolo: en nuestra casa no hay ningún peligro, no hay nada que temer, y nada que desear. La contemplación se inaugura cuando nuestro ego desfallece y se empieza a vivir a expensas de sí mismo. Porque mientras el ego está activo, estamos tentados de alcanzar algo, de adquirir expectativas. Pero dentro, nuestro ego entra en pausa. Porque mientras el ego esté activo, que nadie sueñe con ser contemplativo.

Así como se dice que el hábito no hace al monje, el monasterio no hace al contemplativo. El monasterio siempre puede despertar nuestra conciencia... pero no es imprescindible para ser contemplativos estar en un monasterio. No tenemos que hacernos «ocupas» de monasterios que están abandonados. Basta que cada uno viva en su casa.

Dejad que os cuente una leyenda. *Dios un día distribuyó este mundo y enseguida todos fueron a coger algo. Unos cogían los bosques, otros unos viñedos..., una tierra de cereales... Todos se adueñaban de algo. Menos uno que se quedó sin nada. Entonces se acercó a Dios y se lo dijo. Dios le respondió: «¿Dónde estabas cuando yo repartí este mundo?». Y el hombre no hacía más que decir: «¡Yo estaba extasiado mirándote!». Y le dijo Dios: «Pues ya no tengo más. Sólo tengo mi casa, si quieres puedes venir conmigo».*

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

Las sorpresas de Dios

El Concilio Vaticano II, en su Constitución *Sacro-sanctum Concilium*, que tanto ha contribuido a la celebración consciente y fructuosa de la liturgia, con su acertada reforma, entre otros aspectos más de fondo, ha introducido algunos pequeños detalles que pueden pasar desapercibidos y que también tienen su importancia, como por ejemplo las moniciones y los silencios.

Respecto a las primeras, habría que cuidar de que fueran breves, sencillas y claras. Porque puede ocurrir, y a veces ocurre, que el monitor utiliza explicaciones tan complicadas en estas moniciones, que se necesita otra monición para hacerlas inteligibles. O bien se centra en ideas tan concretas y personales que no dejan espacio para que la celebración, o el Espíritu Santo en la celebración, puedan sugerir otros aspectos a los participantes.

En cuanto a los silencios, resultan muy importantes, cuidando no obstante de que no rompan el ritmo de la celebración por ser excesivamente largos.

El beato Juan Pablo II, gran contemplativo, a los Obispos franceses, el día 8 de marzo de 1997, les habló de lo que él denominó *la sorpresa de Dios*. Efectivamente, Dios sorprende y hay que tender a unas celebraciones en las que la voz de Él no quede como ahogada por palabras humanas (moniciones, explicaciones...).

En resumen, unas celebraciones que sean menos catequizantes y más orantes.

Éstas nunca deberían ser una especie de clase que lo detalle todo, sino aptas para crear un clima de oración, porque Dios habla, Dios ilumina y sugiere aspectos siempre nuevos con su Palabra inagotable. Por lo cual, es necesario ese clima de silencio orante para poder escucharle, para dar lugar a las sorpresas de las que habla el Papa Juan Pablo II.

Esto se aplica tanto a la celebración de la Eucaristía como a la Liturgia de las Horas. Hay momentos que, por su misma naturaleza, están pidiendo silencio, por ejemplo en la Eucaristía, después de la proclamación del Evangelio o después de la homilía, así como después de la comunión.

En la Liturgia de las Horas, después de las lecturas –tanto breves como largas– es muy necesario el silencio. Incluso una breve pausa después de la antifona que sigue a los salmos para poder interiorizarlos o rumiar brevemente lo que se ha proclamado.

Todos tenemos la experiencia de que, a veces, el Señor ilumina aspectos de la Sagrada Escritura que nos resultan nuevos y sorprendentes, aunque hayamos leído esos textos en muchas ocasiones.

Estamos en la sociedad de los ruidos, en la que si la palabra humana calla es con frecuencia para escuchar programas de radio o televisión... Dios sigue hablando pero no se le escucha. Como dice San Juan de la Cruz, tiene sólo una palabra que pronuncia en el silencio y en ese silencio el alma la oye.

Hay corrientes que afirman que el silencio es un empobrecimiento de la personalidad. Nada tan falso, pues incluso a nivel humano se necesita para recaptar, para madurar y hasta para relajarse físicamente. Todos los grandes logros de la humanidad se han forjado en el silencio y jamás en el estrés del ruido.

Que el Señor Jesús, Palabra pronunciada en el silencio, nos comunique algo de esa «música callada y de esa soledad sonora» que es como una zambullida en el ámbito del Padre Dios. Sólo así los cristianos podremos ser testigos de su amor y anunciadores de su Reino y de su Vida.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O. P.
Salamanca (España)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

13. Estamos en paz unos con otros: por eso comulgamos

(EL SALUDO DE PAZ Y LA COMUNIÓN)

Cristo es «el Príncipe de la paz», el principio de paz que vino al mundo para reconciliarnos con Dios y con el hermano; para instaurar la concordia allí donde se había instalado la discordia. En este momento de la Eucaristía estamos cumpliendo con nuestra vocación de «construir la paz» para ser bienaventurados y comunicar al otro nuestra felicidad (cf. Mt 5,9ss.). Es un intento de quitar al Señor la tristeza que lo embargó al constatar que Jerusalén no había comprendido el mensaje de paz que Él traía al mundo (cf. Lc 19,42).

¿QUÉ PAZ NOS TRAJO JESÚS?

Jesús dejó bien claro qué paz era la suya: «Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, os la doy yo» (Jn 14,27). Esta frase ha sido puesta en la Liturgia de la Misa, en momentos previos a la comunión, para que nos detengamos en la paz de Cristo, una paz que es abierto combate contra el pecado y contra todo lo que pudiera ser etiquetado bajo ese

signo. Estamos acostumbrados a cierta literatura que nos habla del «dulce Jesús», manso y pacífico. Todo consistirá en entender qué significan su dulzura, mansedumbre y paz..., porque Él también nos dijo que no vino a traer la paz, sino la espada (cf. Mt 10,34) y que estaba para traer fuego y división (cf. Lc 12,49.51). Debemos resolver esta aparente contradicción.

La paz de Jesús es *signo de la Alianza*. Con frecuencia nos saludará deseándonos la paz (cf. Jn 20,19.26; Lc 10,5; Mt 10,12). Pero quiere una paz en la verdad, duradera, profunda, y no simplemente una ausencia de guerras o del tronar de los cañones. Quiere una paz rubricada por un «Tratado de paz», por un gran acuerdo, por una alianza donde las partes que antes peleaban, coincidan en poner punto final a esa anomalía. En última instancia, una paz sellada con la Sangre de Jesús, con su entrega de enamorado, con la cruz que reconcilia tierra y cielo, y que abraza a los hombres como hermanos.

La paz *de Cristo* nos obliga a hacernos violencia con nosotros mismos, cargando la cruz y siguiendo al Señor: sólo así seremos dignos de su amistad y de ser sus discípulos (cf. Mc 8,34ss.).

¿POR QUÉ EN LA MISA NOS DESEAMOS LA PAZ
CON UN PECULIAR SALUDO?

Porque queremos definirnos como «pacíficos» o, mejor aún, como «pacificados», porque no nos hemos ganado la paz sino que la hemos recibido, como regalo de lo alto. Cuando el sacerdote que preside la celebración nos diga: «*Daos fraternalmente la paz*», ello será

una invitación a sellar con el otro una relación que hará que deje de ser «otro» y, ambos, ingresemos en el mundo del «nosotros» y de «lo nuestro», pues no es otra cosa que la fraternidad que nos hace uno con aquél que ahora es nuestro prójimo, nuestro hermano.

Este momento litúrgico, casi inmediato a la comunión eucarística, puede ser una zanja o un puente. Si nuestra ofrenda y comunión no son realizadas desde la concordia, no será aceptada por Dios y la supuesta «ofrenda», será una burla y una farsa fruto de la «discordia», de corazones divididos o rotos. Sólo desde un corazón reconciliado podremos presentar ofrendas gratas a Dios (cf. Mt 5,23-24), y esto es así porque el don de nuestras vidas «presentadas/ofrecidas», tendrá sentido si el término es *la comunión*, con Dios y con los hermanos. En ese momento, al consumir la Víctima, se consumará el hondo sentido de una celebración eucarística.

LA MESA YA ESTÁ PREPARADA:
¡VENGAN TODOS A COMER...!

Caminamos para gozar este fruto del trabajo del hombre (el pan y el vino...) que por una singular intervención de lo alto, es también obra de Dios (el Pan *de Vida* y el Cáliz *de salvación*). Nos acercamos con alegría hacia el Señor que se ofrece como alimento de quienes somos peregrinos. Ahora, al constatar que un pueblo hambriento puede desfallecer, Él multiplica los panes (cf. Mt 14,13-21). Parte, reparte y comparte su Cuerpo. Sacia nuestra sed y nos lava, con la Sangre del que quita el pecado del mundo y, muriendo, nos da

vida (cf. Jn 6,51). Y todo con el sello y la firma del que garantiza algo: que quienes coman de ese Pan no morirán jamás, pues han sido hechos partícipes de la Vida de Aquél que murió y resucitó precisamente para que tuviéramos vida en abundancia (cf. Jn 6,50).

Muchas veces he pensado que llamamos «la comunión» a lo que en verdad es «una hostia consagrada». Decimos que un niño hizo «su primera comunión» y que el sacerdote «distribuyó la comunión», o que podemos recibir «la comunión» tanto en la mano como en la boca... La llamamos por uno de sus efectos. En realidad, recibimos el Cuerpo de Cristo en su presencia en un pan consagrado, y ese Cuerpo *causa comunión* en quienes lo reciben. El sacramento de la Eucaristía es causa de comunión con Dios y con los hermanos en el bautismo. Si creciéramos en la conciencia de quién es el que recibimos, repetiríamos –una y otra vez–: «*Señor, danos siempre de ese pan...*» (cf. Jn 6,34).

¡Cuántos pensamientos bellos y piadosos pueden tener nuestros espíritus cuando vamos a comulgar! ¡Cuántos buenos deseos pueden embargar a nuestras mentes en orden a esa común-uniión querida por Cristo para toda la Iglesia y pedida por Él al Padre! (cf. Jn 17,21). ¡Cuántos nobles propósitos en orden a brindar a los hermanos la caridad que produce la unidad y la paz, en medio de ambientes desamorados que no ayudan a forjar lazos de caridad, ni favorecen la unidad y la paz anheladas por Jesús!

LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA: ANTICIPO DE VIDA ETERNA

Si esto que hoy vivimos es «el anticipo», ¿qué será comer el Pan de los ángeles y beber el Vino nuevo en el banquete del Reino? ¿Qué será la presencia cara-a-cara, que esta comunión significa, en la plena comunión de mutuo amor que nos atará definitivamente a Dios?

Una cosa podemos dar por segura: la imagen de la Pascua eterna que comeremos en su Reino, y que Jesús nos dejó en su última Cena, no es arbitraria.

¿Cómo dejaría de reconocerlo el corazón enamorado de Cristo, herido pero enamorado de nosotros, y para quien nada tiene mayor sentido que la mesa compartida con aquéllos en quienes el amor se recrea?

No nos alcanzará la vida para agradecer al Salvador, que se hizo pan y vino para nosotros, y para que reconozcamos al que nos llamó a su luz admirable cada vez que participamos de esta mesa: sostén de los pobres, fortaleza de los débiles, corazón de la Iglesia, delicia de los santos y contemplación de los ángeles...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

La lengua como instrumento de violencia en el Salmo 52

Propuestas para educarla según el deseo de Dios

El título del Salmo 52 (cf. v. 1-2), acrecentado posteriormente, comienza con un chisme (cf. 1 Sm 21-22). Los editores finales del salterio relacionaron el texto con un hecho histórico que trajo como consecuencia escándalo y muerte. En el Salmo 52 hay una persona víctima de calumnia, y ésta denuncia a su agresor: maquina crímenes (cf. v. 4a), su lengua es afilada como navaja (cf. v. 4b), prefiere el mal al bien, la mentira a la justicia (cf. v. 5), ama todas las palabras de perdición (cf. v. 6a), es engañoso (cf. v. 6b). Observamos que aquel que es denunciado elige utilizar su lengua para destruir, por eso ésta es comparada con una herramienta cortante. El Antiguo Testamento deja claro que *muer-te* y *vida* están a merced de la *lengua* (cf. Pr 18,21). *Palabra* y *hecho* son la misma cosa, sin existir diferencia entre lo que se *es* y lo que se *comunica*.

La lengua del «héroe de infamia» (cf. v. 3) transmite falsedad en provecho propio. Y el indefenso, sin protección para evitar el veneno, recurre a Dios (cf. v. 7). En cuanto el inocente es calumniado, Dios sale en su rescate haciendo justicia. De esta obra son testigos los

justos que observan la destrucción de aquel que se gloriaba en su maldad (cf. v. 3). Aunque el proyecto del mentiroso parece triunfar, para el salmista no hay juicio futuro, el amor de Dios acontece en la tierra. El que ora promete cantar públicamente los favores recibidos, porque después del actuar de Dios, no es posible enmudecer (cf. v. 11).

Quizás no seamos como esos que, sin importar los medios ni las consecuencias, utilizan fluidez lingüística para *progresar*; pero en el día a día es posible encontrar señales de agresión verbal. Algunas veces lastimamos a personas amadas, a amistades o compañeros de estudio o trabajo, por no controlar el desequilibrio interno. Hay mujeres que sufren al escuchar palabras groseras de los maridos, que ofenden también a la madre de sus hijos. Y hay hijos, del mismo vientre, que se insultan sin consideración.

La manera de comunicarnos, el tono de la voz, la forma de responder al teléfono, manifiesta nuestro nivel espiritual. Pero callar cuando es tiempo de ofrecer palabras consoladoras también se torna agresión. No faltan ocasiones donde nosotros somos víctimas de mentiras cotidianas. Cuando ocurre esto, de nada vale correr a *limpiar* nuestra imagen: la tarea pertenece al tiempo y a la justicia. A nosotros nos toca permanecer centrados y decir la verdad, en pocas palabras, cuando nos cuestionen.

Si nos preguntamos: «¿Cuál es el asunto del que más habla mi boca?», es posible tomar conciencia del contenido de nuestro corazón. ¿Estamos usando la lengua para herir o para curar? Sea cual sea la respuesta,

importa considerar que es posible educar nuestra lengua según el deseo de Dios: para hablar del Reino y su Justicia. Meditar y observarnos son esenciales para crecer.

Y la respiración es útil si es usada conscientemente: permite armonizar las energías para expresarnos con dulzura y no con desahogo estresante.

Pero no se trata de *ignorar* nuestros derechos o evitar la crítica constructiva. Es preciso cultivar un interior saludable: si él está bien, nuestras palabras comunicarán sabiduría y recados amables y nutritivos (cf. Pr 31,26), difundirán la verdad y ornamentarán la ciencia (cf. Pr 15,2). Porque una lengua justa es como un tesoro finísimo (cf. Pr 10,18).

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Muy devota oración a Nuestra Señora¹

Dios te salve, excelentísima Señora y, después de Dios, entre los santos, santísima María, que con virginidad de Madre y maternidad de Virgen maravillosamente engendraste a Jesucristo Salvador del mundo.

Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Santo, tú recámara gloriosa de la Santísima Trinidad.

Por ti, Señora, vive la redondez de la tierra, contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las almas de los difuntos.

Inclina, Señora, los oídos de tu piedad a las oraciones de este vil siervo, y con los rayos de tu santidad destierra la oscuridad de mis vicios para que así pueda yo agradecer a tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón.

¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará a ti?

1. Esta oración pertenece al *Manual de diversas oraciones y espirituales ejercicios*, y ha sido tomada de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid 1906, 159-161. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

Tú eres en las cosas dudosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres después de tu unigénito Hijo, verdadera salud y esperanza nuestra. Tú eres la más excelente de las mujeres, la más graciosa y la más hermosa.

Bienaventurados los que te aman y los que por santidad de vida se hacen tus familiares.

A tu piedad encomiendo, Señora, mi alma y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía.

Dios te salve, magnífica sala y resplandeciente palacio del Emperador eterno.

Tú eres aquella mujer amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella Reina del cielo que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna y escogida como el sol.

Dame, Señora, que entre las tempestades de esta vida siempre tenga los ojos en ti, para que desprecias todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de la morada de la gloria.

Dios te salve, estrella resplandeciente y clarísima lumbrera, María, de quien nació el sol de justicia: Cristo, nuestro Salvador.

Tú eres Virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres Madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras a los hijos de la Iglesia donde quiera que estén por todo el mundo.

Tu dulce nombre recrea a los cansados, tu sereno resplandor alumbra a los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra a los justos, el bendito fruto de tu virginal vientre colma a los bienaventurados.

Tú, después del Señor, eres la primera que mereces todos los elogios de los ángeles y de los hombres.

Ruega por mí, Señora, para que ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses y a ti, Señora de las Señoras, en Sión, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna.

De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel Niño Jesús, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres.

Tu religiosa memoria consuela a los tristes, tu casta contemplación alegra a los santos, tu perfecta inocencia limpia a los pecadores.

Todos los hijos de Dios hallan en ti reposo cumplido. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón para que me cuentes en el número de aquellos que merecen ser amados por ti y por tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, Virgen bellísima, Virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas y más blanca que la azucena.

Tú eres fuente del Paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo vacío de toda amargura y lleno de toda consolación.

El Señor te crió Virgen sin manilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima.

Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el Universo.

No apartes, Señora, los ojos de mí, pecador miserable, y de sucio hazme limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan y eficazísima ayudadora de todos los desamparados, a quien tanta honra hace tu Hijo, que todo cuanto le pides concede, y todo lo que quieres cumple.

Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los serafines, y tú eres gloria y honra del linaje humano.

Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre.

Ensalzada eres, oh Señora, sobre los coros de los ángeles, y como a la primavera te acompañan las flores y rosas y las frescas plantas de los valles.

Sáname, oh bienaventurada, y seré sano, sálvame y seré salvo, y he de bendecirte por los siglos de los siglos para siempre jamás.

FRAY LUIS DE GRANADA

Bibliografía

JOHAN CHITTISTER y ROWAN WILLIAMS, *Vive agradeciendo. Ahondar en la gratitud.*

Editorial Sal Terrae, Santander 2011. 190 pp.

Johan Chittister es una religiosa benedictina estadounidense bien conocida por sus libros de espiritualidad desde hace ya más de tres décadas. Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury, ha escrito abundantemente sobre temas de filosofía, teología, espiritualidad y estética religiosa. Ambos se pusieron de acuerdo para escribir un libro que fuera una herramienta útil en la vida diaria de los creyentes.

Este libro trata de explicar de algún modo cómo la vida es el ejercicio de aprender a cantar «Aleluya» aquí y ahora, a fin de reconocer el rostro de Dios oculto en los recovecos del tiempo. A veces es difícil, por la misma crudeza de las circunstancias de la vida, reconocer el amor de Dios en ellas, y poder cantar «Aleluya» en medio del sufrimiento.

«Aleluya», «Toda alabanza a Aquel que es», es la palabra hebrea que hemos heredado los cristianos para hacernos una llamada a la reflexión, y poder descubrir la acción de Dios en el acontecer diario. «*En todas las cosas interviene Dios para bien de los que lo aman*» (Rm 8,28).

El libro está estructurado en diversos artículos independientes entre sí y escritos por uno de los dos autores. Una primera parte trata de «Descubrir lo que somos»; la segunda, «Llegar a ser quienes somos»; y la tercera,

«Adentrarse en lo desconocido». Toda vivencia humana, por difícil que parezca (pobreza, divisiones, conflicto, duda...), tiene en sí el valor de poder hacernos percibir lo positivo de la situación. Y esto no con un optimismo infantil o barato, ni con sentimentalismos, sino con la profundidad de quien se sabe amado por Dios. A nuestro alrededor, y dentro de nosotros mismos, descubrimos que el mal existe, que actúa y que nos afecta. Los autores escriben con ejemplos bien actuales y posibles, para exhortarnos a descubrir el bien que está oculto en la vida, y que, a veces, el encerrarnos en nuestro propio sufrimiento con una actitud de auto-compasión, no nos deja verlo.

Descubrir lo que somos... y cantar «aleluya», agradecidos. Llegar a ser quienes somos, con un camino trazado de antemano por Dios... y cantar «aleluya», agradecidos. Adentrarnos en lo desconocido que supone para nosotros el futuro y la muerte... y cantar «aleluya», agradecidos. En definitiva, ensanchar nuestro corazón en un agradecimiento eterno a Aquel que «*guía nuestros pasos por el camino de la paz*» (Lc 1,79).

SOR MARÍA JESÚS CUESTA, O.P.
Palencia (España)

ÁNGELES LINARES LORENTE, *La alegría de vivir*.
Editorial Noticias Cristianas, Barcelona 2011, 148 pp.

Este libro fue editado por primera vez en 1998 por la Fundación Dehon, entidad que tiene como objetivo la ayuda a la sociedad. En la presentación se recogen las palabras que D. José María Sánchez Cremades le dedicó en aquella primera edición, donde se destaca cómo en el trasfondo de los temas tratados en este libro late

el deseo de que las personas acierten al recorrer el camino de su propia vida, y afronten adecuadamente los diversos problemas y situaciones que se les presenten.

El libro se estructura en torno a cuatro temas que constituyen el contenido de sus cuatro capítulos. El primer tema se centra en el desarrollo de la propia personalidad. La escritora sostiene que la personalidad nace de dentro, pero hay que construirla, hay que crecer desde dentro, formar el propio carácter, dominar los sentimientos, formar el carácter, usar correctamente la libertad, autoeducarse y practicar un sano discernimiento. El segundo capítulo trata sobre las actitudes fundamentales que hay que cultivar en la vida: la alegría y el optimismo, la constancia en el esfuerzo, la veracidad, el olvido de sí, la paz y el equilibrio, etc. Su atención se dirige en tercer lugar a las actitudes que hay que desarrollar frente a las dificultades: superación de los obstáculos, trabajo y esfuerzo, afrontar las situaciones, vencer la pereza, enfocar bien el dolor y la enfermedad, sembrar la paz, abrirse al amor de Dios,... El último capítulo, titulado «Hacia la plenitud», trata de temas como el caminar con ilusión, la humildad, la necesidad de formación, la propia misión en la familia, la amistad, la fuerza del amor, la vida entendida como servicio...

Es un libro muy bien escrito, donde la autora hace gala de una gran capacidad de observación, reflexión, introspección, sentido común y sentido cristiano de la vida. Se palpa el equilibrio entre lo humano y lo sobrenatural. Lamentamos que no se detallen más las referencias de las citas que se hacen ni se especifiquen las siglas que se usan. Pero, aun así, nos parece un buen libro.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

ALFONSO SÁNCHEZ-REY, *Dios en mi agenda*.
Ediciones Palabra, Madrid 2011, 352 pp.

Ante todo hay que decir que el contenido del libro responde fielmente a su título, es decir, que realmente es una agenda práctica, y muy bien organizada, que nos orienta en cada momento de nuestra vida cristiana. A pesar de que el título pareciera que sólo aludiera a esporádicos e improvisados puntos de nuestra conducta creyente, la verdad es que hace un amplio recorrido por todo lo que abarca el amplio campo de la fe cristiana: moral, sacramentos, virtudes, principales devociones... Todos estos variados temas son tratados por el autor con una gran sencillez y pragmatismo, a la vez que con una encomiable profundidad.

Además del contenido fundamental del libro, el autor ha tenido la buena idea de completarlo con unas hermosas citas de las Encíclicas últimas de los Papas, de los grandes santos y autores espirituales, y por supuesto de San Josemaría Escriba de Balaguer, cuyo espíritu, a través de sus libros y discursos, está presente a lo largo de todo este libro, como buen hijo espiritual y discípulo que es de él Alfonso Sánchez-Rey.

Es un libro recomendable para toda clase de personas, pero especialmente para aquellos que quieran empezar a caminar por un camino de oración y práctica decidida de su fe cristiana. También es aconsejable para aquellos que estén pasando por una etapa de tibieza espiritual y deseen retomar el hermoso camino que años atrás les hizo felices con una vida de piedad seria y responsable.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El amor eterno

Sei sólo tenía diez años cuando se desataron las cruentas persecuciones contra los cristianos en Japón, a comienzos del siglo XVII. Tras un largo período en el que su familia estuvo escondida, los guardias les encontraron y les mataron a todos menos a ella, la más pequeña, que la enviaron como sirvienta del palacio del shogun, el jefe militar encargado de la persecución.

Al llegar al palacio, se la puso a cargo del jardín privado de la esposa del shogun. En su bolsillo sólo llevaba un recuerdo de su familia: una semilla de arce que cogió de su casa cuando, en medio de una noche lluviosa, salieron huyendo apresuradamente. Esa semilla le evocaba el calor del hogar, el cariño de sus padres y la fe cristiana que tanto bien les había hecho y por la cual decidieron dar su vida.

Sabiendo que todo culto cristiano estaba penado con la muerte, Sei hizo el voto secreto de entregar su corazón a Aquel por quien su familia lo había dado todo. Por ello buscó un apartado rincón del jardín donde poder abstraerse de todo y allí plantó la semilla de arce. Ésta germinó y dio a luz un bello arbolito

que creció sano y fuerte gracias a los esmerados cuidados de Sei.

A falta de una cruz y de otro objeto religioso, ese arce era la mejor imagen que Sei tenía de su amado Jesucristo. Cuando llegaba el otoño y sus hojas se ponían rojas antes de caer, Sei hacía memoria de la Pasión del Señor, antes de su muerte. También se acordaba con gran tristeza de la sangre derramada por su familia. Pero cuando el arce brotaba de nuevo en primavera, Sei festejaba en su corazón la resurrección del Señor, y la de sus seres queridos, y se alegraba pensando en ellos, pues ahora gozaban de la paz celestial.

Si bien tuvo muchos pretendientes, pues Sei era bella e inteligente, siempre fue fiel a su voto de amor a Jesucristo. Todos los días, aunque lloviese o nevase, Sei se arrodillaba a los pies del arce, lo besaba, lo abrazaba con ternura, y así pasaba largos ratos de oración. Cuando los guardias del palacio la veían junto al arce, pensaban que adoraba a alguna divinidad natural sintoísta, por eso nunca despertó sospechas.

Y así pasaron años y más años en los que Sei recogió las hojas secas, cavó y abonó la tierra de los macizos de flores, entresacó las malas hierbas, podó los frutales, hizo ramos de flores, recolectó la fruta, plantó nuevos bulbos, segó la hierba, dio de comer a los peces del estanque... Toda su vida la dedicó a cuidar el jardín de la esposa de shogun y a amar en secreto a su divino Esposo. Y a pesar de la tragedia que la llevó allí, Sei daba gracias a Dios por tener una vida tranquila, feliz y llena de amor.

Siendo ya muy anciana, y viendo que le faltaba poco para reunirse definitivamente con su Amado,

decidió desvelarle su secreto a la joven esposa del nuevo shogun y le pidió que la incinerasen y que echasen sus cenizas a los pies del arce. La esposa del shogun, conmovida por aquella historia, guardó cuidadosamente aquel secreto y, tras la muerte de su anciana jardinera, hizo todo lo que ésta le pidió.

E hizo algo más: plantó una parra virgen junto al arce para que ésta trepase por él y abrazase cariñosamente su fuerte tronco. En torno al arce y la parra levantó una pequeña cerca y colocó un cartel en el que escribió: «El amor eterno».

Poco a poco, con el paso del tiempo, aquel rincón del jardín se convirtió en un lugar famoso de peregrinación al que los novios acudían para declararse mutuamente su amor, sin saber que aquel arce y aquella parra simbolizaban en realidad al amor humano más fuerte que jamás ha existido: el de un corazón que lo ha dado todo por Jesús.

Así lo expresa el Cantar de los Cantares:

«La amada: ¡Desfallezco de amor!

*Ponme la mano izquierda sobre la cabeza
y abrázame con la derecha.*

El Amado: ¡Muchachas de Jerusalén,

*por la ciervas y gacelas de los campos,
os conjuro,*

que no vayáis a molestar,

que no despertéis al amor,

hasta que él quiera!» (Can 2,6-7).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIOS

El don de la fe

UN AÑO DEDICADO A LA FE

El 11 de octubre del 2012 (50° aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y 20° aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica) comenzó el Año de la Fe, que está previsto termine el próximo 24 de noviembre del 2013, solemnidad de Cristo Rey. Este acontecimiento eclesial fue convocado por el Papa Benedicto XVI el pasado 11 de octubre del 2011, mediante la Carta Apostólica, en forma Motu Proprio, denominada: «Porta Fidei».

LA FE EN DIOS

El objeto de nuestra fe cristiana no son primariamente verdades reveladas, hechos salvíficos o cosas sagradas. Nuestra fe se dirige a Dios, en cuanto comunidad de tres personas –Padre, Hijo y Espíritu Santo–, que nos ha amado. El amor de Dios y su benevolencia hacia nosotros es la razón última que nos lleva a creer en Dios. La fe, por lo tanto, es la relación de amor y amistad, que se establece entre Dios y cada uno de nosotros, en cuanto creyentes. La permanente fidelidad de Dios a su alianza de amor hacia nosotros suscita en nosotros una respuesta de amor hacia Él, que se ha de verificar de tres maneras: aceptando sus *palabras*, celebrando sus *sacramentos*, cumpliendo sus *mandamientos*.

CREO EN DIOS Y ACEPTO SUS *PALABRAS* COMO VERDAD

Los hombres necesitamos un punto de referencia que oriente nuestra existencia; necesitamos una sabiduría que dé sentido a nuestro vivir y nuestro morir; necesitamos un criterio orientador, que ilumine nuestros sufrimientos y alegrías, trabajos y esperanzas. Los creyentes cristianos encontramos ese punto de referencia orientador, esa sabiduría cabal, ese criterio iluminador en Cristo, que dijo de sí: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). Vivir en la verdad de Cristo produce seguridad y aporta estabilidad existencial. Es como saber que la casa de la propia vida está levantada sobre cimientos de roca y, si vienen tormentas, aunque zozobre, aguantará segura y firme.

Optar por Cristo como verdad existencial es escoger el camino que conduce a la vida (cf. Dt 30,15-20). Los que siguen este camino son como árboles plantados junto a corrientes de agua (cf. Sal 1).

CREO EN DIOS Y CELEBRO LOS *SACRAMENTOS* DE LA SALVACIÓN

La fe en Dios, que es relación de amistad con Él, se verifica como auténtica en la medida en que el creyente vive unido a Dios, participando de su vida mediante los sacramentos. Ha sido Dios, quien por iniciativa suya, ha querido hacer partícipe de su vida al creyente. Por pura gracia de Dios la vida misma de Dios corre por las venas del alma del creyente. A éste le toca mantener, restaurar, fortificar, alimentar esta vida, recibiendo y celebrando los sacramentos de la salvación.

El creyente cristiano sabe que en la medida en que, como sarmiento, permanezca unido a Cristo, Vid verdadera, podrá producir frutos de vida (cf. Jn 15). Unidos a Cristo, los creyentes podemos producir frutos, tales como: amor, alegría, paz, paciencia, castidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí. Separados de Cristo, otros son los frutos que producimos, bien distintos y contrarios a los primeros (cf. Gal 5,19-23).

CREO EN DIOS Y GUARDO LOS *MANDAMIENTOS* DE LA VIDA

La autenticidad de la fe en Dios encuentra en la guarda de los mandamientos de Dios por parte del creyente otra prueba de verificación. Si la fe es una relación de amistad entre Dios y el creyente, juzgamos que los mandamientos de Dios, que son para nuestro bien y para nuestra salvación, son una prueba del amor que Dios nos tiene. Dios nos manda lo que nos manda, porque nos quiere. Los consideramos hermosos, sabios, justos y rectos porque son portadores del mucho amor que Dios nos tiene. Y, en consecuencia, la razón última que nos debe mover e impulsar a la hora de vivirlos y de llevarlos a la práctica es nuestra respuesta de amor hacia Él. Cumplimos con lo que Dios nos manda porque le amamos.

Por ello cuando no cumplimos con lo que Dios nos manda, nuestro dolor no se apoya en el hecho de haber quebrantado sin más un mandamiento, sino en que nuestra desobediencia es una prueba de nuestra falta de amor a Dios.

LA SABIDURÍA DE LA FE

El creyente cristiano cuenta con una sabiduría, que se sustenta en un abanico de verdades, que –a modo de convicciones existenciales–, fundamentan su vida, tales como las siguientes: Desde siempre y antes de que nada existiera, Dios es Amor. Todo lo que existe fue creado por este Dios Amor, recibiendo de Él su sentido y finalidad. Dios Amor cuida de todo lo que salió de sus manos, garantizando su armonía y evitando el caos. El ser humano fue creado como hombre y como mujer a imagen y semejanza de este Dios Amor. El ser humano se ha de relacionar con Dios, con los demás y con el mundo, guardando las leyes, que este Dios Amor ha puesto en su interior y que están recogidas y resumidas en el decálogo. Dios Amor creó al ser humano libre, no para que dispusiera a su antojo de sí, de los demás y de las cosas, sino para alcanzar la perfección, a la que está llamado, guardando en esas relaciones la ley de Dios. Este Dios Amor puso en el ser humano una sed de felicidad, belleza, sabiduría, amor y verdad, que sólo se saciará cuando el ser humano se encuentre con Él. Dios Amor ha querido que el ser humano llenara y dominara la tierra; de ahí que el matrimonio y el trabajo sean, en cuanto queridos por Él, buenos y dignos.

Movido por su amor, Dios se ha hecho hombre en su Hijo Jesucristo para que el ser humano pudiera llegar a ser de la misma familia de Dios. En Jesucristo y en María, su Madre, los creyentes encontramos, si queremos llegar a ser lo que estamos llamados a ser, los modelos de humanidad a ser imitados. Con obras y palabras, Jesucristo nos enseñó que la verdadera

felicidad consiste en ser pobres de espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia. Al final de su existencia terrena, Jesucristo se entregó por nosotros y por nuestra salvación: habiendo muerto, ha resucitado y vive para siempre, obteniendo para el ser humano el perdón de los pecados y una plenitud de vida, que va más allá de la muerte.

Gracias a la Iglesia de Cristo recibimos la vida y las gracias del mismo Cristo; prescindir de ella, de su magisterio y disciplina es privarnos de Cristo, que se ha unido indisolublemente a ella. Los hombres no tenemos aquí morada permanente, pues mientras vamos mejorando ésta, esperamos aquélla otra, donde Dios lo será todo en todos. Por el uso que hagamos de nuestra libertad, Dios Amor nos juzgará según nuestras obras. Todo lo que ha sido creado encontrará en Él su consumación, quedando patente que detrás de todo lo que ocurre está siempre Dios.

QUIEN CREE, ORA

El creyente, en cuanto amigo de Dios, mira por mantenerse en permanente comunicación con Él, a fin de tratar con Él de las cosas de su vida. Cuando Dios ocupa en la vida del creyente el puesto que sólo a Él le pertenece, brota espontánea la oración. Hasta que no dejemos a Dios ser Dios en la propia vida, no sentiremos la necesidad de orar. Cuando Dios venga a ser para los creyentes como el aire, sin el cual nos es imposible vivir, entonces nos sobrarán motivos para orar: adorándole y alabándole por ser Él quien

es; dándole gracias por lo que por nosotros hace y por lo que nos da; pidiéndole perdón y ayuda desde nuestra pobreza.

El creyente sabe que primero ha de buscar el reino y la justicia de Dios, confiando en que luego todo se le dará por añadidura. De ahí que el creyente no pueda ir a la oración para que Dios haga su voluntad sino para aprender a hacer la voluntad misma de Dios. Con estas convicciones de fondo, el creyente cristiano no se preocupa de lo que va a decir a Dios ni de lo que le va a hablar, pues, al igual que el sol broncea con sólo exponerse a él, Dios le hace bueno con sólo estar y permanecer en su presencia ante Él.

LA FE COMO SERVICIO

Los discípulos de Jesús no sabían que aquella iba a ser la última cena con el Maestro. Jesús, que bien lo sabía, les dejó su testamento. Al terminar aquella cena de despedida, Jesús se puso a lavar los pies de todos ellos. Vuelto a la mesa, les explicará lo que acababa de hacer: Con este gesto os he hecho saber que he venido para servir y así os he dado ejemplo para que no dejéis de lavaros los pies unos a otros (cf. Jn 13,1-20).

Atardecer tenso y solemne en el que Jesús ama a los suyos hasta el extremo, anticipando el gran servicio que iba a realizar al día siguiente, cuando en la feliz marea de su sangre preciosa, hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación, iban a poder blanquear sus túnicas. Antes de volver al Padre, Jesús pedirá a los suyos que no dejen de servir por doquier el vino nuevo de la salvación (cf. Mt 28,16-20).

Enviada a todos los pueblos como servidora, la Iglesia y, en su seno, los misioneros saben que el mayor de los servicios que se puede prestar al ser humano es hablarle de Cristo, invitándole a aceptarle en la propia vida como salvador de la misma. Y mientras hacen esto, no dejan de ir lavando los pies de los hombres a los que predicán este Evangelio, atendiendo sus necesidades primarias y fundamentales.

LA FE SE FORTALECE DÁNDOLA

Dios nos ha invitado a la mesa de la fe. No es de recibo que, amparándonos en mil excusas, le dejemos plantado con la mesa puesta. Si secundando la invitación, nos hemos sentado a la mesa de la fe, es de esperar que valoremos, estimemos y apreciemos el alimento, del que tan abundantemente podemos disponer. No tendría sentido, pues, estar sentado a la mesa de la fe y no comer.

Por otro lado, debajo de la mesa de la fe hay muchos hombres y mujeres que, cual perrillos, ansían poder alimentarse con alguna migaja que cae de dicha mesa. Los que estamos sentados a ella nos vemos urgidos a hacer sitio junto a nosotros a los que están debajo. Cuantos más sean los que se sienten a esta mesa singular, tanto más fresco y reciente será el pan de nuestra fe. Se espera de nosotros, pues, que compartamos el pan de la fe con todos aquellos que tienen hambre de él. Es el mejor servicio que les podemos prestar y la mejor caridad que les podemos hacer.

LA PROPUESTA DE LA FE EN LA HISTORIA

María

A Joaquín y Ana les nació una niña preciosa, que llamaron María. Con el paso del tiempo esa niña vino a ser la Madre de Jesús, el mismo Hijo de Dios, y Madre también de todos los que seguimos a Jesús y que formamos su Iglesia.

No te olvides de tu Madre, la Virgen María. En tu vida de fe, María no es un lujo superfluo ni un adorno superficial. María, como toda madre, es una necesidad. Si le das la mano, te animará a hacer lo que dice Jesús y te llevará hasta Él.

Hombre

Dios llama a las puertas de la libertad de María para poder entrar como hombre en el mundo de los hombres (cf. Lc 1,26-38). Y en ella Dios se hizo hombre con una carne precaria como la nuestra: en todo como nosotros menos en lo que nos degrada (cf. Hb 4,15).

Se hizo como tú: débil, limitado, concreto. Y te marcó un ideal de humanidad: que vinieras a ser como Él. No se asusta, pues, de tus limitaciones. También te anima y urge para que des el máximo de tus posibilidades. Dios te toma en serio.

Navidad

Una pareja de desplazados. Ella a punto de dar a luz. No encuentran sitio donde albergarse. Se refugian

en un establo de ganado. Y se produce el milagro: Dios salta desde su trono a nuestro pesebre. Ángeles, pastores y sabios lo contemplan (cf. Lc 2,1-21).

Quizás te hayas olvidado que esto es Navidad. Otros te dirán que Navidad es... Vamos a ser sinceros: Navidad es Dios llamando a la puerta de tu casa, porque quiere nacer en ti y compartir contigo la cena de la vida. Lo otro es otra cosa.

Luz

Niño todavía, Jesús fue presentado en el templo como luz de las naciones (cf. Lc 2,22-40). Pasados los años, Jesús dirá de sí que es la luz del mundo (cf. Jn 8,12). Las naciones del mundo necesitan de Jesús Luz, capaz de ahuyentar las tinieblas y caldear el ambiente.

Aprovéchate tú también de Jesús, que quiere aportar luz a tu vida y calor a tu existencia. Luego, no escondas la luz recibida ni guardes el calor experimentado. Las naciones del mundo necesitan la luz de su verdad y el calor de su amor.

Vocación

Cuando Jesús fue bautizado en el río Jordán se revelaron cosas importantes sobre su identidad: que era el Cordero inocente de Dios, que venía a quitar el pecado del mundo, y que era el mismo Hijo de Dios, a quien el Padre amaba mucho (cf. Jn 1,19-34).

Tú también fuiste bautizado. Aquel día te bañaste en la inocencia del Cordero, quedando perdonado, y el

Padre del cielo te adoptó como hijo querido. Dios, que te ha soñado así, espera que su proyecto alcance en ti plenitud de realización.

Figura

En un principio los amigos de Jesús pensaban de Él que era un «profeta poderoso en obras y palabras» (Lc 24,19). En lo alto de un monte Jesús permitió a tres de ellos asomarse al pozo de su ser y comprobaron que también era Dios de Dios y Luz de Luz (cf. Mt 17,1-13).

El día de tu bautismo quedó impresa en ti la figura de Cristo. Quizá con el paso del tiempo se ha ido desfigurando. Nunca es tarde para empezar un proceso de transfiguración personal, que te lleve a quedar de nuevo configurado con Él.

Eucaristía

Genial invención divina: Jesús, escondido detrás del pan y del vino, se ha quedado para siempre con los suyos. Así de ingenioso es su amor. Sus discípulos le tienen ahora cerca y al alcance de la mano como alimento para el camino diario (cf. Mc 14,22-24).

Quizá eres de los que piensan que la comunión es como un dulce para los días de fiesta o como un premio para los que son buenos. Pero Jesús se te ofrece en comida para que, aunque débil, puedas seguir siendo un buen discípulo suyo.

Resurrección

Jesús murió de verdad. Lo enterraron, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Se apareció a los suyos, quienes han dado testimonio de que Él vive como Señor de la gloria (cf. Mc 15,33-16,20). En esto creemos, esto es lo que anunciamos y de esto vivimos.

Esto también va contigo. Tú le perteneces y te aguarda la misma suerte de la que ya goza tu Señor. Tú formas parte de una multitud de hermanos, con los que el Primogénito ha querido compartir su herencia. Alégrate y ten esperanza.

Espíritu Santo

Vuelto Jesús al Padre, sus discípulos –acobardados y tristes– se encerraron. La llegada del Espíritu cambió de raíz la situación. Llenos de alegría y dispuestos a dar la cara, salieron a la plaza pública a ser testigos del Evangelio (cf. Hch 2,1-13).

Me dices que vives tu fe sin alegría, con los hombros caídos y que vas escondiendo por la calle tu condición cristiana. Si le dieras una oportunidad al Espíritu, serías más evangélico y, en consecuencia, mejor evangelizador.

Misión

Antes de volver al Padre, Jesús dejó a los suyos la misión de ir por todo el mundo predicando el Evangelio y bautizando a todos los que se adhirieran a la fe (cf. Mt 28,16-20). Éste es el mejor servicio que la Iglesia puede prestar al hombre de todos los tiempos.

Andando el tiempo la misión de la Iglesia también te alcanzó a ti: creíste en el Evangelio y te bautizaste. En tus manos queda ahora que sean otros los que hoy se beneficien de la salvación de Jesús. No es una opción, es una vocación.

Vida

Uno de los amigos de Jesús se llamaba Lázaro. Cuando éste murió, Jesús lloró, hizo duelo por él y consoló a los suyos. Al resucitarle, devolviéndole la vida, quedó de manifiesto que ante Jesús, el Señor, la muerte no tiene la última palabra (cf. Jn 11,38-44).

Te puede extrañar que los que hoy somos de Jesús nos tomemos en serio la muerte, lloremos y nos consolamos entre nosotros. Pero lo hacemos llenos de esperanza en que Jesús nos resucitará y nos dará una vida nueva: plena y eterna.

Corazón

Dios es Corazón. Aunque las palabras se queden cortas, no la vamos a encontrar mejor a la hora de definir a Dios. Corazón, no de piedra sino de carne (cf. Ez 11,19), que «pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal» (Hch 10,38).

También Dios es Corazón para ti. Permite que Dios te lo demuestre, dándole la alegría de dejarte perdonar por Él y dándole la oportunidad de ser bueno contigo. Si te dejas querer por Él, le harás a Dios muy feliz. Y tú descansarás.

P. LINO HERRERO PRIETO CMM
Salamanca (España)

Vivir una espiritualidad encarnada: el reto de nuestro tiempo

1. El regalo de la encarnación

INTRODUCCIÓN

Simone Weil decía que «ninguna de las cosas humanas es tan provechosa para mantener siempre la mirada intensamente en Dios, como la amistad por los amigos de Dios»¹.

Este estudio –que en *Vida Sobrenatural* será publicado en dos partes– es homenaje a un amigo de Dios, el P. Arintero. Nos hace bien mantener la amistad también con esos que están ya con/en Dios, con nuestros santos amigos –canonizados o no–; su cercanía cumple con la función de iconos no ídolos: los traspasamos hacia Cristo, al modo de Juan Bautista, son camino para el encuentro con Cristo, con el Padre.

A modo de preámbulo: un matiz al título

Plantear una espiritualidad encarnada es el reto de *todos* los tiempos (no sólo del nuestro), porque hablar de «encarnación» es como hacerlo de «actualización». Es responsabilidad nuestra darle respuesta en cada momento, en cada contexto y en cada concreta vida humana.

1. S. WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 2000, p. 44.

EL REGALO DE LA ENCARNACIÓN: NADA SE DA EN NOSOTROS
DE VERDAD SI NO ES ENCARNADO

*«No tengo un cuerpo, sino que soy cuerpo [...].
“¡Soy bello!”.*

*Es una frase tan evidente
como excitante.*

*Mi cuerpo es la memoria de todas mis experiencias.
La palabra sigue todavía haciéndose carne [...].*

*La vida espiritual
requiere un cuerpo
con el que ser vivida:*

*una palabra, una carcajada,
un corazón lleno de corazón.*

*La fe es una disposición del cuerpo
y un modo de andar,
una forma de reír y de mirar».*

Meinrad Dufner, monje de la abadía benedictina de
Münsterschwarzach².

No somos, sino encarnados: no tenemos otro modo de ser. Y no nos sienta bien pretender lo contrario. Los angelismos nos llevan a un desastre personal: ya lo decía Pascal: «El hombre no es ni ángel ni bestia, y la desdicha quiere que quien quiere hacer el ángel hace la bestia»³.

La realización del hombre está en la armonía de su ser «animal» –no nos incomode reconocer la animalidad del ser humano– y de su ser «espiritual», siendo

2. W. MÜLLER, *Besar es orar*, Sal Terrae, Santander 2005, p. 41.

3. B. PASCAL, *Pensaments*, Seminarios y Ediciones, Madrid 1972. Núm. 329, p. 97.

que no son dos cosas independientes entre sí. Afirma Juan Pablo II en la Carta a las Familias (febrero 1994): «Es propio del racionalismo contraponer de modo radical en el hombre el espíritu al cuerpo y el cuerpo al espíritu. En cambio, el hombre es persona en la unidad de cuerpo y espíritu. El cuerpo nunca puede reducirse a pura materia: es *un cuerpo “espiritualizado”*, así como el espíritu está tan profundamente unido al cuerpo que se puede definir como *un espíritu “corporeizado”*. La fuente más rica para el conocimiento del cuerpo es el Verbo hecho carne. *Cristo revela el hombre al hombre* [afirmación del Concilio Vaticano II] [...]»⁴.

Las consecuencias de ello han sido el inadecuado aprecio –por no decir, en algunos casos, abiertamente el desprecio– del cuerpo en favor de un enaltecimiento de las cuestiones mal denominadas espirituales y el consiguiente desarrollo de beaterías poco consistentes. Y dentro de lo corporal, por supuesto, un apartado destacado en lo relativo a la sexualidad.

Coincidiría, pues, Juan Pablo II con Mircea Eliade –historiador de las religiones– a la hora de ubicar en la modernidad esta división entre el cuerpo y el

4. «La separación entre espíritu y cuerpo en el hombre ha tenido como consecuencia que se consolide la tendencia a tratar el cuerpo humano, no según las categorías de su específica semejanza con Dios, sino según las de su semejanza con los demás cuerpos del mundo creado, utilizados por el hombre como instrumentos de su actividad para la producción de bienes de consumo». «Carta a las familias del Papa Juan Pablo II (un fragmento)». En: L. SOBERÓN, *Perlas. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Edimurtra, Barcelona 2003, pp. 207-208.

espíritu del ser humano. Afirma Eliade que «siempre y en todas partes –salvo en el mundo moderno–, la sexualidad ha sido una “manifestación de lo sagrado”; y el acto sexual, un acto omniabarcante y, por consiguiente, también una ayuda de cara al conocimiento»⁵. Operamos con un conocimiento muy sesgado de la realidad, la propia y la ajena. Y al abordar las cosas del espíritu integramos con dificultad las del cuerpo. Olvidamos que «todo» el ser humano –también su corporeidad– es «fuente de espiritualidad viva»⁶.

Permítanme recuperar de nuevo a Dufner antes de continuar:

*«La vida espiritual
requiere un cuerpo
con el que ser vivida».*

Y si no nos encajamos, si no nos acomodamos, en nuestro ser corporal, no nos acomodaremos en el espiritual.

No alejar el misterio de la encarnación

«Por el hecho de que el Verbo de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado, diría, por la puerta principal en la teología, esto es, en la ciencia que tiene como objeto la divinidad». Son palabras de Juan Pablo II en la catequesis del 2 de abril de 1980, dentro de lo que se denominaron «catequesis sobre la teología

5. M. ELIADE, , *Imágenes y símbolos*, Taurus/Santillana, Madrid 1999.

6. MÜLLER, *op.cit.*, p. 13.

del cuerpo» (del 5 de septiembre de 1979 al 6 de mayo de 1981)⁷.

Lo diría así de simple y directamente: ser cristiano es dejar que Dios tome cuerpo a través de quienes vamos existiendo. Es dejar que Él sea en nosotros.

Jesús es sacramento de quién es Dios Padre por medio del testimonio de amor entregado, de servicio.

Si nosotros nos unimos a Jesús en el cómo amar, en el ir siendo amor, devenimos sacramento: signo de la presencia de Dios. Y el sacramento sirve para alimentar. Nos alimentamos de la Palabra de Dios, de los Sacramentos, de la vida de otros, para tener luz y fuerza a la hora de vivir ese proceso de morir al hombre viejo que hay en nosotros y nacer al hombre nuevo, que vive al servicio de los otros; ése es –o debería ser– el objetivo de cualquier propuesta de espiritualidad.

Mostramos quién es Dios, no tanto dándole culto, sino encarnándole, es decir, dejando que sea en nosotros, lo que se traduce en convertirnos en amor cada vez de mejor calidad, en amor benevolente, misericordioso. El amar a otro, el amarnos, nos configura, nos hace ser quienes somos, da razón de nuestra vida. Al amar nos convertimos en alimento para los demás; devenimos, de algún modo, sacramento.

Pero como eso nos impone mucho –y nos complica mucho la vida–, lo que hacemos es alejar la encarnación para no sentirnos interpelados. Eso de la encarnación es cosa de Jesús de Nazaret; nosotros no somos dignos...

7. SOBERÓN, *op.cit.*, p. 73.

La dignidad nos viene de Dios que nos creó a imagen y semejanza suya; y a Él no le importan nuestras limitaciones. Él asume la naturaleza y la eleva, como dice Sto. Tomás en el tratado de gracia. Y como decía Jesús a M. Teresa de Calcuta: «Confía en mí. Pídemelo todos los días que entre y que me encargue de tu vida y lo haré. Te prometo ante mi Padre en el Cielo que haré milagros en tu vida. Lo único que te pido es que te confíes plenamente a mí. Yo haré todo lo demás»⁸. Ése es el ofrecimiento que tenazmente nos hace Dios: que le dejemos entrar y encargarse de nuestra vida.

Sin embargo, al pensar la encarnación, a menudo soslayamos la libertad de Jesús. Prácticamente no consideramos que pudo decir «no» a Dios. La encarnación en Jesús de Nazaret, seguramente fue un proceso mucho menos suave de lo que sugiere la estampa de Belén. Un bebé no dice «no». Pero un adolescente, un joven y un adulto, sí pueden decir «no». Y los evangelios recogen momentos de tensión en Jesús en que también tuvo que discernir y decidir.

Lo que más nos asemeja a Dios es la libertad; y Él no violenta la de nadie –cuánto menos la de Jesús–, ni por el mejor de los planes de redención. La redención se sustenta sobre la libertad de Jesús que dice sí a Dios. Como «sí» le dijo María, como «sí» le dijo José; pero pudieron decir «no».

8. Comentario de las palabras de Cristo crucificado, que en el fondo de su alma escuchó la Madre Teresa el 10 de septiembre de 1946, y que ella misma escribió. Publicado en Alfa y Omega, n° 84. 20-IX-1997.

Como «sí» le han ido diciendo tantos hombres y mujeres –como el P. Arintero– a lo largo de los siglos. Sí a dejarse seducir por él, por la belleza de la propuesta de vida que nos ha hecho en el evangelio y que también encontramos escrita en la Creación. Pudieron decir «no», pero para fortuna nuestra dijeron «sí». Y nosotros también podemos decir «sí», «fiat», que se haga carne en nosotros. Con «temor y temblor», si quieren, pero «fiat».

Y eso es interpelación por el hecho de ser bautizados, no por la opción de vida consagrada, como bien entendía el P. Arintero que no se cansaba de repetir que «todos los cristianos estamos llamados a alcanzar las cimas más altas de la contemplación» y «llegar a las más elevadas cumbres de la santidad cristiana a las que [...] Dios nos llama»⁹. Ambas, contemplación y santidad, son don de Dios que espera tierra limpia y oreada donde poder enraizar y dar fruto. La espiritualidad –y las distintas propuestas de formas de espiritualidad– son los arados que han de favorecer que nuestro ser –*todo* nuestro ser– acoja adecuadamente el don de Dios.

Dimensión existencial de la espiritualidad (y la teología)

La mística fue convirtiéndose, para el P. Arintero, «en el centro de todos sus amores y en la razón suprema de su vida»¹⁰. Entendiendo mística como lenguaje

9. M. A. MARTÍNEZ JUAN, *El P. Arintero. «Restaurador de la Mística en España»*, Burgos 2007, p. 21; 24.

10. *Ibíd.*, Tomado de A. SUÁREZ, *Vida del M. R. P. Fr. Juan G. Arintero, Maestro en Sagrada Teología, de la Orden de Predicadores*, t. 1, Cádiz 1936, p. 185.

de la experiencia de Dios, de su Presencia indudable e indescriptible. Los místicos –coinciden los estudiosos– no pueden evitar hablar de lo que viven, sabiendo que no pueden decir lo que viven. En el caso de Teresa de Jesús: «Sus escritos nos dan testimonio de la tensión entre la necesidad de expresar lo que vive y lo inefable que es el mismo vivir desde el misterio que la habita y la circunda en todos los niveles de la existencia»¹¹.

Cristina Kaufmann –carmelita de profunda experiencia personal y conocimiento de los santos carmelitanos– señala la continuidad de Teresa con las místicas de la Edad Media a quienes no conoció por estar silenciadas (Hildegarda von Binden, Hadewijch de Amberes, Beatriz de Nazaret, Margarita de Porete, Ángela de Foligno, Margarita de Oingt...). Continuidad que se da en que «hace teología en primera persona del singular: lo que ella vive, lo que le acontece es saber saborear a Dios»¹². «En la Edad Media, con los escritos de las místicas, aparece la primera persona como sujeto importante del relato [...] la “aventura” en la mística no es tanto lo que alguien lleva a cabo, gestas singulares, sino más bien lo que le “acontece”, adviene a un sujeto por parte de Dios»¹³.

Por eso la mística es un aporte imprescindible para la teología. Porque el gran error en que incurrimos a menudo, como condensaba un fraile dominico hace

11. C. KAUFMANN, *La fascinación de una presencia*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2007, p. 53.

12. *Ibíd.*, p. 56.

13. *Ibíd.*, p. 57.

poco, es que el acercarnos a «*qué es*» Dios nos aleje de «*que es*». Objetivar a Dios para acercarnos en su conocimiento no puede ir nunca en detrimento del sujeto que es Dios y de la relación interpersonal que somos invitados a establecer con Él.

Tenemos que atrevernos a saborear a Dios, a gustar a Dios, ésa es la fuente de la verdadera sabiduría¹⁴. Por supuesto que es conciliable con el conocimiento de Dios, pero un conocimiento tal vez más en la línea del Cantar de los Cantares que del enciclopedismo europeo.

Edith Stein, co-patrona de Europa, hablaba en la primera mitad del S. XX de la necesidad de recuperar la dimensión existencial de la teología. Dicen que las palabras del P. Arintero iban al corazón: qué importante es la cordialidad de la teología, que sea también una «teología sentiente», por parafrasear a Zubiri.

No se trata de promover la tendencia a una emocionalidad poco sólida; pero si nuestra vida de fe –y las prácticas de piedad que comporte– no mueve nuestro corazón, mal va encaminada. Si la espiritualidad que guía nuestra vida nos envara en lugar de dulcificarnos, está errando en su función.

14. «La sabiduría no quiere decir ser sabio y no hacer tonterías. Sabiduría viene de *sapere*, la palabra latina que significa “saborear”, “degustar”. En ese momento degustabas lo bueno que es amar a Dios. Era Dios al que estabas encontrando y quien cantaba en tu corazón. Y por muchas bibliotecas teológicas que conocieses, tendrías ideas sobre Dios, pero no le conocerías. Mientras que en ese sentimiento de alegría, en esa alegría inexpresable, ahí saboreaste a Dios». Abbé PIERRE, *Mis razones para vivir. Memoria de un creyente*, PPC, Madrid, 1997, p. 57.

Las prácticas son rutas –de ahí las «rutinas»– que tienen su bondad para hacernos caminar. Pero nunca son destino en sí mismas. Por eso una espiritualidad no puede definirse desde el «hacer», sino desde el «ser». Se entiende que santa Teresa diga que no importa «qué hemos de hacer» sino «qué tales hemos de ser». La función de toda espiritualidad es desarrollar el ser de la persona para que sea lo más fiel posible a sí mismo, que es el mayor don que Dios nos ha hecho. Desarrollar el ser para tener los mismos sentimientos de una vida en Cristo Jesús (Fil 2,1-11). Y que dichos sentimientos se traduzcan en gestos lo más variados posibles, porque así llegaremos a muchas más personas y circunstancias.

Variaciones sociológicas: biografías electivas

En este aspecto del desarrollo del ser, conviene hacer una consideración de contextualización contemporánea. Qué o quiénes tenemos que ser es algo relativo a la identidad. Y esa identidad ha transitado en los últimos tiempos de una identidad *recibida* a una identidad *electiva*, que –como señala Daniel Innerarity– gravita más sobre la responsabilidad que sobre la herencia, en ella importa más la inventiva que la imitación. Como destaca este autor, la autonomía que antes sólo se exigía a algunos, ahora es deber general¹⁵.

Así, hoy se habla de biografía electiva (Ley), biografía reflexiva (Giddens), biografía de bricolage (Hitzler), identidad de retazos (Heiner Keupp)... «Es una

15. D. INNERARITY, *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2008, p. 63-66.

situación de riesgo permanente, en parte abierta y en parte oculta. [...] Los riesgos y las contradicciones siguen estando socialmente producidos, pero se carga al individuo con la responsabilidad y con la obligación de afrontarlos»¹⁶.

Eso que implica para el individuo una situación de riesgo constante es también una oportunidad que da respuesta a la irrepetibilidad de cada ser: somos seres únicos e irrepetibles, y nuestras expresiones, nuestro modo de vivir las cosas, participan de nuestra personalidad. Si de verdad la espiritualidad se encarna, entonces no valen las fórmulas magistrales aplicadas de forma estandarizada. Cada quien desarrolla –si quieren, a partir de ciertos referentes–, su modo de relación con Dios, su modo de crecimiento humano y cristiano. De algún modo, diríamos que las propuestas de espiritualidad deberían corresponderse a auto-vías de tres carriles por sentido, que permiten velocidades y modos de conducción bien distintos.

Con la vida nos es dado quehacer, decía Ortega. «Y lo más grave es conseguir que el hacer elegido en cada caso sea no uno cualquiera, sino lo que hay que hacer –aquí y ahora–, que sea nuestra verdadera vocación, nuestro auténtico quehacer»¹⁷. Cercana resulta la definición de santidad de San Ireneo de Lyon que dice algo así como que la santidad consiste en estar donde hay que estar, haciendo lo que hay que hacer, sin que te

16. E. GONZÁLEZ DURO, *Biografía del miedo. Los temores en la sociedad contemporánea*, Debate, Barcelona 2007, p. 153.

17. J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 19883 (1957), p. 52.

importe lo que digan los demás. Y Alfredo Rubio de Castarlenas diría que «Tenemos que estar en nuestro sitio para que el Espíritu Santo pueda encontrarnos. Y nuestro sitio es amar siempre incluso al enemigo»¹⁸. Ése es nuestro quehacer como cristianos: estar en la caridad.

La espiritualidad no puede ser abstracta. La espiritualidad es una propuesta de vida que se concreta en el misterio de la particularidad de cada persona. Hay un «aire de familia», claro que sí. Pero ese aire no tiene nunca que anular la personalidad, la idiosincrasia, el modo de cada uno de interpretar y vivir ciertas cosas. Eso es lo que también ayuda a que los carismas evolucionen y se desarrollen.

No hablamos necesariamente de sincretismo, pero sí de una especie de síntesis personal que cada uno, debidamente acompañado, debe elaborar a lo largo de la vida.

En la segunda parte de este estudio trataremos sobre los acentos para una espiritualidad encarnada y los beneficios de ésta.

NATÀLIA PLÀ VIDAL
Salamanca (España)

18. A. RUBIO DE CASTARLENAS, *Dichos al paso*, Edimurtra, Barcelona.

Encuentra la verdad de tu corazón

«Yendo Jesús a los términos de Cesarea de Filipos, preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”. Ellos contestaron: “Unos dicen que es Juan el Bautista; otros que Elías; y otros que Jeremías o algún otro profeta”. Jesús les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Entonces Simón Pedro declaró: “¡Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo!” Jesús le contestó: “¡Feliz tú, Simón, hijo de Jonás, porque ningún hombre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos!”» (Mt 16,13-17).

Os voy a contar una leyenda: *era un país donde había un templo llamado «el templo de los espejos». Un sacerdote iba allí todos los días y llevaba una flor que dejaba en el interior del templo, de modo que se reflejaba en todos los espejos. Pero un día, al entrar, se metió también una paloma. Y la paloma, en cuanto vio la flor, se tiró sobre ella y empezó a darse contra los espejos. Cuando la veía en otro espejo, se tiraba a por ella. Así estuvo un rato de un lado para otro hasta que cayó desmayada, medio muerta, desangrándose junto a la flor que estaba en el centro.*

El hombre es el único ser que hace imágenes, fantasías, ficciones. Y les damos tanta importancia, que nos creemos que son reales. Nos identificamos con la imagen, con los reflejos, más que con nuestra verdad.

Hay una edad en la que escuchamos –y hasta decimos– que hay que poner mucha ilusión en la vida, mucha imaginación. Después, el tiempo nos descubre que la vida es más hermosa que todas las ilusiones que nos habíamos forjado. Pero en muchas ocasiones nos interesa más la fantasía y la imagen que la propia verdad.

Sin embargo, lo nuestro es ir rompiendo las imágenes. O, por lo menos, ir alejándonos de ellas en el silencio interior. Porque mientras nos identifiquemos con ellas, nunca nos encontramos a nosotros mismos. Nos interesa más la impresión que damos que lo que realmente somos. Pero el que la gente piense que somos honestos, no nos hace honestos. El que piense que somos felices, no nos hace felices... no nos hace nada en realidad.

Los pensamientos nunca transportan la verdad que evocan. Por más que se piense en la comida, no se pasa el hambre. Hoy se habla de tener «pensamientos positivos». Pero los pensamientos son como una nube, se desvanecen y nos quedamos sin nada. Piensas que Dios te ama, y eso te encanta, pero al cabo de un rato, cuando enjuicias: te condenas...

Por eso, lo importante es que todo empiece a brotar de dentro. No se puede descansar en una ola... Así es un poco nuestro pensamiento: va y viene. Ahí no podemos descansar.

La palabra alimenta nuestro pensamiento, pero el silencio interior libera el misterio de la vida.

Lo de dentro no se refleja en ningún espejo. Se pueden describir sus rasgos puntuales, pero la médula de

la vida no aparece en ninguna imagen. Por eso no hay que recoger las opiniones de lo que piensan de uno. Hoy piensan que eres una persona maravillosa... y mañana que eres insoportable. La verdad de nuestra vida no hay que someterla a un referéndum. Lo que piensan de nosotros y lo que pensamos nosotros de nosotros mismos viene del mundo cultural en el que vivimos, el cual te dice que eres así o de otra manera.

Pero lo que realmente somos es una revelación interior. Nuestro ser se revela cuando abandonamos todo ese mundo exterior. El ser es el que nos espera dentro. Pero nosotros, envueltos y manipulados, nos vemos fijados por tantas imágenes que nos engañan...

Dejadme que os cuente otra leyenda: *Un día iba Nasrudí en un burro y junto a él iba un niño andando. Y la gente decía: «¡Mira que este hombre en el burro y el niño andando...!».* Lo escuchó y montó al niño en el burro y él fue andando. Pero la gente comentaba: *«¡Pero mira que este anciano andando y el niño en el burro...!».* Entonces se montaron los dos y oye comentar: *«¡Mira al pobre burro, con los dos encima!».* A continuación se bajaron del burro y oyeron este comenario: *«¡Qué tontos, los dos andando y el burro sin nadie!».*

¡Cuántas veces nos fiamos de lo que dicen! Es una dictadura si no estamos bien protegidos. Hay un afán por responder a la imagen que se han creado de nosotros.

Sin imágenes nos quedamos sin nada. Pero también cuando abandonamos a conciencia estas imágenes es cuando descansamos. Hay dos momentos, uno a la hora de dormir y otro a la hora de despertar, que

son «micro-momentos de abandono», de desnudarnos de todo. En esos momentos tenemos una gran paz y se entra en el descanso. En el despertar está también el descanso de nuestro corazón, pero al instante uno «se viste» de los compromisos, de las funciones del día y ya comienza la fatiga.

Vivir sin imágenes es un cielo. Nuestro ser verdadero está más allá de todas las imágenes.

El silencio interior no es popular ni multitudinario, pero sí que puede ocurrir que la multitud se sienta incómoda ante alguien que se salga de su carril. La sociedad quiere la uniformidad. Si hay algo distinto, surge el disgusto por esa disidencia. El ser humano teme lo singular, lo original.

Una aventura espiritual es una ocasión para vivir algo nuevo e inefable.

Vivimos en un régimen de cierto «escapismo» de todo lo que hay en nosotros de verdadero. La verdadera religión es retornar a aquello de lo que estamos separados, no el formalismo.

En la novela Al filo de la navaja el protagonista decide hacerse benedictino. Después de un tiempo de postulante, el Abad le indica que debe dejar la vida monástica pues han observado su comportamiento. Al hacer la maleta recordó que debía despedirse del amigo que había motivado su ingreso en la abadía. Y aquel amigo suyo en la despedida le dijo: «Verdaderamente tu eres muy buena persona..., pero no crees en Dios. ¡Cómo vas a estar aquí! Te gusta mucho la ceremonia y el modo de vivir aquí, pero no crees en Dios».

«Religioso» es el que vuelve a su corazón. Es ahí donde encontramos la verdadera individualidad. «Individualidad» significa en su etimología «no divididos».

Ese es uno de los grandes dones del silencio interior: la integridad, el no estar tocados. Nada te contamina, has encontrado la verdad de tu corazón. Eres un ser que recupera la inocencia primitiva.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

La espiritualidad de santa Teresa de Jesús

2. Oración ascética

LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN ASCÉTICA

Santa Teresa le da su debida importancia a la práctica de la oración ascética pues prepara el terreno para subir a las alturas de la mística. Sin su colaboración activa, el hombre no puede llegar a la verdadera y auténtica *contemplación*. Según Royo Marín, santa Teresa insiste mucho en que el alma debe hacer de su parte «todo lo que es en sí» con ayuda de la gracia ordinaria. Después Dios la llevará por el camino místico mediante la actuación de los dones del Espíritu Santo¹.

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA

Esta primera etapa de la vida de santa Teresa se prolonga entre los años 1515 (nacimiento) y 1554 (conversión). Se trata de los primeros 39 años de su vida, en los que Teresa, entre caídas y recuperaciones, tiene que luchar para mantener y mejorar su relación con Dios. En mi opinión, es en estos años dónde está

1. Cf. A. ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 2002, p. 343; *Doctoras de la Iglesia*, BAC, Madrid 1970, pp. 41-42.

la clave de que Teresa acabase siendo una de las más grandes místicas de la historia de la Iglesia y no una simple «buena monja».

Ahora se mueve Teresa en la *oración ascética*, en la que ella ha de poner mucho de su parte. Dios la ayuda, pero todavía Teresa no ha abierto suficientemente su alma a la acción divina. Por eso, lo que ella hace en estos años para llegar a la *oración mística* es muy importante. Después, como veremos más adelante, será Dios el que tome el mando de su vida, y lo que interesará será estudiar cómo Dios va obrando en su alma para alcanzar el *matrimonio espiritual*.

Oración y vida van muy de la mano en santa Teresa. No vamos a analizar paso por paso su biografía, pues sería una tarea demasiado extensa, propia ella sola de un estudio aparte, sino que nos detendremos a estudiar algunos de los elementos clave de su vida.

1.- Santa Teresa nace en 1515 en una familia con orígenes judíos, pero que la educa en un ambiente cristiano y culto: «*El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favoreciera para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos, éstos. Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme, de edad –a mi parecer– de seis u siete años*» (V 1,1).

2.- Tras su primera caída, recupera su relación gracias a sus conversaciones con una monja agustina –sor María de Briceño y Contreras–, del convento de Santa

María de Gracia, en el que Teresa fue internada en 1531 –con 16 años– tras la muerte de su madre, acaecida en 1530: «*Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgávame de oírla cuán bien hablava de Dios, porque era muy discreta y santa*» (V 2,1). Esta monja posibilita a Teresa tomar contacto con los evangelios (cf. V 2,1). Se mueve Teresa en un buen ambiente: «*Estuve un año y medio en este monasterio harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales*» (V 3,2; cf. V 3,5; 1,5; 3,1).

3.- Santa Teresa entra en el convento de la Encarnación en 1535 –con 20 años–. En 1538 –con 23 años–, estando ella fuera del convento por su enfermedad, lee el *Tercer Abecedario* del franciscano fr. Francisco de Osuna (1492-ca. 1541): «*Me dio aquel tío mío [...] un libro; llámase “Tercer Abecedario”, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros [...], no sabía cómo proceder en oración ni cómo recogerme, y así holgueme mucho con él y determíneme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas*» (V 4,7). Pero Teresa, a diferencia de fr. Francisco de Osuna, buscará también la humanidad de Cristo, no sólo su divinidad: «*Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre*» (V 9,6)².

Por entonces Teresa tenía ya un buen recorrido personal de oración, «por eso –según Herraiz– le produce unas vibraciones profundas, le aumenta su hambre de oración y la centra»³. En sus primeros años de

2. Cf. S. CASTRO, *Ser cristiano según Santa Teresa. Teología y Espiritualidad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1985², p. 59.

3. M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003^o, p. 21.

vida religiosa la oración es su mejor bien, llegando en momentos determinados a la *quietud* e incluso a la *unión*.

4.- Pero desgraciadamente en 1542 –con 27 años–, tras tres años de enfermedad sorprendentemente sanada, su vida de oración tuvo otra etapa de crisis: «*Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan entragada mi alma en muchas vanidades que ya no tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornar a llegar a Dios; y ayudome a esto que, como crecieron los pecados, comenzome a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltava esto a mi por faltaros yo a Vos*» (V 7,1). Llegó así a abandonar el ejercicio de la oración «*durante un año y más*» (V 7,11).

5.- Tras la muerte de su padre a finales de 1543, recuperó definitivamente la oración en 1544 –con 29 años– (cf. V 7,17). Le ayudó mucho el confesor de su padre (cf. V 7,16): el teólogo dominico fr. Vicente Barrón, que pasó a ser el suyo (cf. V 7,17): «*Díjome que no la dejase [la oración], que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé*» (V 7,17; cf. 19,12).

6.- La vuelta a la oración le supuso también el retorno a sus dificultades con ella. Así estuvo «*casi veinte años*» (V 8,2), desde los primeros años de profesa hasta su conversión definitiva en 1554, luchando para orar y dejándose llevar por las imperfeccio-

nes (cf. V 7,18), levantándose y volviendo a caer (cf. V 8,2)⁴.

GRADOS

1º.- *La oración vocal*

La *oración vocal* es la puerta del «Castillo interior». Según Teresa, bien practicada, puede ser para cualquier persona un íntimo diálogo con Dios: «*Porque a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quien habla y lo que pide y quien es quien pide a quien, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios*» (1M 1,7). Además, se puede llegar al nivel de *contemplación*: «*Será muy posible que estando rezando el Paternóster os ponga Dios en contemplación perfecta*» (CE 41,1).

Santa Teresa recomienda oraciones que no sean largas y complicadas. Ella prefiere: el Padrenuestro (cf. CE 65,3), el Avemaría (cf. CE 35,2), el Credo, los salmos, el gloria de la misa, el Rosario (cf. CE 37,3), etc. Antes de la *oración vocal*, Teresa considera que es importante hacer *oración mental* o *silenciosa* durante un tiempo (cf. CE 37,3).

4. Cf. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC, Madrid 1968, pp. 4-5, 17, 20, 34, 41-43, 49-50, 59-60, 70-72, 88-90, 95-96; «Introducción general», SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, BAC, Madrid 2003⁹, pp. 1-29, pp. 19-20; HERRAIZ, *op.cit.*, pp. 18-22.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* cita a santa Teresa para mostrarnos que la oración vocal se va interiorizando a medida que vamos tomando conciencia de aquel a quien hablamos (cf. CE 42). «Por ello –concluye este número del *Catecismo*–, la oración vocal se convierte en la primera forma de oración contemplativa» (CIC 2704).

Curiosamente, santa Teresa entiende la *oración mental* como una forma general de oración particular: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (V 8,5)⁵.

2º.- La meditación

No todos somos aptos para meditar (cf. F 5,2), pues es necesario que la persona tenga un buen entendimiento (CE 21,2). Desde la infancia Teresa tuvo tendencia a meditar: «Espantávamos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíamos estar muchos ratos tratando de esto y gustávamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre!» (V 1,5).

Ayuda para meditar el servirse de libros (cf. V 4,7-9; CE 30,1) y recordar a lo largo del día lo que se meditó por la mañana (cf. Av 31).

Respecto al tema de reflexión, Teresa considera que se puede meditar sobre muchas cosas de la creación

5. Cf. ROYO, *Los grandes...*, pp. 337-338; CASTRO, *Ser cristiano...*, p. 63.

(cf. V 13,13), aunque es preferible hacerlo sobre Jesucristo (cf. V 12,1-3; 13,11.13.22)⁶.

3º.- *La oración afectiva*

Si bien santa Teresa no emplea nunca esta expresión, dice Royo Marín que «describe sin género de dudas el tercer grado de oración que corresponde a esa expresión»⁷: «*Sólo quiero que estéis advertidas que para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os dispartare el amar, eso haced*» (4M 1,7). «*Sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con Él*» (V 13,11). Si bien Teresa ha dado mucha importancia en la oración al *entendimiento*, ella considera que su esencia es el *amor*⁸.

4º.- *El recogimiento adquirido*

Llegamos al final del camino ascético. Consiste en meter nuestra alma dentro de sí para encontrarnos en ella con Dios y conversar amorosamente con Él en forma cada vez más simplificada: «*¡Esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios y cierra la puerta tras de sí a todo lo del mundo! Y entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que podemos nosotros hacerlo (con el favor de Dios se entiende todo cuanto en este libro dijere, pues sin Él no se puede nada,*

6. Cf. CASTRO, *Ser cristiano...*, pp. 64-66; EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo...*, p. 1473.

7. ROYO, *Los grandes...*, pp. 337-338.

nada); porque éste no es silencio de las potencias, sino encierramiento de ellas en sí misma alma» (CE 49,3). «Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se entra de sí con su Dios» (CE 47,1).

DIFICULTADES QUE ENCUENTRA EN SU ORACIÓN

Incluso en los momentos de *infidelidad* (cf. V 4,2), la oración brota con gran naturalidad en la vida de santa Teresa. Llegó a aprender a rezar sin saber qué era: *«Muchos años, las más noches, antes de que durmiese –cuando para dormir me encomendava a Dios– siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron que ganava muchos perdones. Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener la oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir» (V 9,4).* Pero son muchas las dificultades que tiene que superar, provenientes tanto del interior de su propia persona, como de elementos externos de la vida⁹:

a) *Dificultades internas*

De orden psicológico: incapacidad de discurrir y de sujetar la imaginación

A Teresa le costaba mucho concentrarse y permanecer en la oración. Además, se sentía impotente para sacar conceptos, razonar y discurrir.

8. Cf. CASTRO, *Ser cristiano...*, p. 66; ROYO, *Los grandes...*, p. 338.

9. Cf. HERRAIZ, *op.cit.*, p. 18.

La imaginación, en vez de ayudarle en la oración, le atormentaba y le dificultaba su trato con Dios: «*no me dio Dios talento de discurrir con el pensamiento ni de aprovecharme con la imaginación*» (V 4,8). Esta dificultad no se limita a su etapa ascética, también en plena oración mística la imaginación le creará muchas dificultades (cf. 4M 1,13).

Pero su táctica respecto a su imaginación consistía en no hacerla caso, como no se hace caso de un loco, y seguir esforzándose en orar, pues las distracciones hacen más costosa la oración, pero no la impiden: «*El postrer remedio que he hallado, a cabo de haverme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud: que no se haga caso de ella más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y en fin, aquí por esclava queda. Hémoslo de sufrir con paciencia*» (V 17,7; cf. 17,5).

Santa Teresa desarrolló tres estrategias para controlar sus dificultades psicológicas de la oración:

- La lectura: «*muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más*» (V 4,9; cf. 4,8; 9,5).
- La contemplación de la naturaleza: «*Aprovéchame a mí también ver campo u agua, flores; en estas cosas hallava yo memoria del Criador, digo que me despertavan y recogían y servían de libro, y en mi ingratitud y pecados*» (V 9,5).
- La representación en su interior de la imagen del Señor: «*Procurava lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente*» (V 4,8). Ésta era una forma de proceder que le suponía mucho trabajo (cf. V 4,8). Con todo,

tenía como elemento positivo el llegar más rápidamente a la contemplación si en ella se persevera (cf. V 4,8)¹⁰.

De orden moral: la incoherencia entre oración y vida

Ésta es la dificultad que más le dolía a Teresa: cuando conscientemente no se ora en clave de amistad, cuando hay ruptura entre oración y vida.

Vemos que esta dificultad sí que atenta a la esencia de la oración concebida como amistad. Hay que *ser* amigo para que la relación de amistad sea buena. Herráiz considera que sobre los diez primeros capítulos del *Libro de la Vida* «campea una clara afirmación: la oración, a la que sin duda se ha dado con decisión, no acaba de ganar su vida. Ciertamente no en la medida, al menos, de las exigencias más elementales de la amistad: donación totalitaria, no pactar con la mediocridad»¹¹. Dice santa Teresa: «*Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuan atada me vía para no me determinar a darme del todo a Dios*» (V 9,7).

Por eso dirá Teresa que si se quiere progresar en la vida de oración es necesario empeñarse en la reforma de la vida con respecto a las exigencias del amor. También es importante identificarse existencialmente como orantes y no caer en la fácil tentación de con-temporizar cediendo a las presiones de fuera, aun

10. Cf. *Ibid.*, pp. 23-24; S. CASTRO, *Cristo, vida del hombre. (El camino cristológico de Teresa confrontado con el de Juan de la Cruz)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1991, pp. 24-25; ROYO, *Teología...*, n. 193, p. 400 y 402.

11. HERRAIZ, *op.cit.*, p. 25.

bajo el motivo de hacer el bien: *«Si queréis ser buen deudo, ésta es la verdadera amistad; si buena amiga, entended que no lo podéis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligadas tener a los prójimos»* (CE 34, 2).

Según Herráiz, podemos decir que en este periodo anterior a su definitiva conversión *«Teresa de Jesús hacía oración. Mucha [...]. Pero no vivía la oración. Consagraba tiempos, pero no era orante»*¹². Dice de sí misma: *«parecíame era mejor andar como los muchos –pues en ser ruin era de los peores– y rezar lo que estaba obligada [...] y que engañava a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias»* (V 7,1).

«Parece que quería concertar estos dos contrarios –tan enemigo uno de otro– como es vida espiritual, y contentos y gustos y pasatiempos espirituales» (V 7,17). Afirma Herráiz que *«se trata de integrar presencias no integradas en la Presencia. Más todavía: presencias rivales que la dividen y tensan, que no le dejan el corazón entero para el Amigo, libre para Él»*¹³.

Afortunadamente, Dios le ayudó a salir de esta situación: *«Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, u que devía oír mis clamores y haver lástima de tantas lágrimas. Comenzome la afición de estar más tiempo con Él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar a Su Majestad [...]. No me parece acabava*

12. *Ibid.*, p. 26.

13. *Ibid.*, p. 27.

yo de disponerme a quererle servir, cuando Su Majestad me comenzava a tornar a regalar [...]. Con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirle delante de sí y traerme a su presencia, que vía yo, si tanto Él no lo procura, no viniera» (V 9,9). El amor de Dios triunfó sobre la incoherencia de Teresa¹⁴.

b) Dificultades externas

Un ambiente poco propicio

La falta de compañía solidaria y estimulante perjudicó mucho a Teresa en su camino de oración. Nos dice: «*Por esto me parece a mí me hizo harto daño en monasterio cerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no devían más –que no se prometía clausura–, para mí, que soy ruin, huviérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes tuyas no me hubiera sacado de este peligro» (V 7,3; cf. 7, 2-4). Es por esta experiencia por lo que Teresa insistirá en la creación de una verdadera comunidad orante que salvaguarde y potencie la oración de cada uno de los miembros¹⁵.*

La falta de un buen maestro

Pero santa Teresa echó aun más en falta la guía de un buen maestro, letrado y con experiencia: «*...porque yo no hallé maestro –digo confesor– que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años de esto que digo, que*

14. Cf. *Ibíd.*, pp. 25-30.

15. Cf. *Ibíd.*, p. 31.

me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás, y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios» (V 4,7; cf. 4,10).

La falta de maestro y de un buen ambiente le hizo sentirse sola para tomar el camino de la oración: *«porque para caer, había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme, hallávame tan sola, que me espanto cómo no me estava siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era sólo Él que me dava la mano. Sea bendito por siempre jamás, amén» (V 7,22).*

Santa Teresa necesitaba poder hablar de oración con otras personas: *«Gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Paréceme a mí que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo» (V 7,20).*

Santa Teresa consideraba que era muy importante para los espirituales el que consultasen a buenos teólogos, aunque éstos no fuesen hombres de oración (cf. V 5,3; 13,16; 13,18-19; F 27,15; 5 M 1,7)¹⁶.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

16. Cf. *Ibíd.*, pp. 31-32; I. BENGOCHEA, *Teresa y las gentes*, Padres Carmelitas Descalzos, Cádiz 1982, pp. 147-153; Th. MERTON, *Ascenso a la verdad*, Sudamericana, Buenos Aires 1954, p. 95.

Emigrar no es un delito, delito son las causas que dan origen a la emigración

Llamó mi atención la frase escogida como título de este pequeño artículo¹. Recuerda que una de las principales razones de las emigraciones está relacionada con la economía y los degradantes contrastes sociales que corroen la dignidad humana. Por tal motivo, los especialistas en la materia consideran que «emigrar no es una opción, sino una necesidad que se asume de manera forzada». No quiero enfatizar aquí la riqueza que produce el compartir entre distintas culturas, sino el «desconocido» sufrimiento del emigrante sometido a las más rígidas políticas migratorias.

La emigración es un asunto antiguo. La Biblia nos menciona pasajes como este: «*El Señor dijo a Abram: Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré*» (Gn 12,1). Esto era común en el semi-nomadismo. Las personas procuraban nuevas tierras que fuesen apropiadas para el pasto y el cultivo. «Disponerse a partir», «levantar las estacas», «preparar la familia» y «agrupar los animales» porque el suelo está estéril, no fue cosa fácil y nunca lo será. Felizmente, y a pesar de los pesares,

1. LUIZ BASSEGIO, Luciane UDOVIC, «Defesa dos direitos dos migrantes», en *Direitos Humanos no Brasil 2009*, p. 271.

nuestros patriarcas y matriarcas no fueron engañados con falsas promesas. ¡Otros tantos no tuvieron ni tienen la misma suerte!

El pueblo de la Biblia es caminante. De Palestina, algunos partieron para Egipto. La sequía y el hambre fueron las principales causas. En el extranjero fueron sometidos a un sistema esclavista liderado por un faraón (cf. Ex 3,7-12). Dios se hizo solidario mediante hombres como Moisés, y mujeres como Séfora, Fuá y Miriam (cf. Ex 1,15). Ellos utilizaron las mismas trampas del Imperio para liberar los cuerpos sufridos. El éxodo marcó la historia bíblica porque la intervención de Dios se produjo después de un largo itinerario de profundo sufrimiento.

Una vez con tierra, algunas personas del pueblo de la Biblia se olvidaron de su pasado triste y esclavo. El Deuteronomio refresca la memoria de aquellos que la perdieron: «*¡Recuerda que fuiste esclavo en Egipto!*» (Dt 24,18.22). Esto se dice para promover la misericordia con los emigrantes desprotegidos del sistema cívico/judicial. La ley de la hospitalidad es seria en la literatura bíblica. Así como Dios tuvo compasión de Israel, ellos deben ser bondadosos con los demás que ahora pasan aprieto. Observe que hasta el propio Caín, condenado a ser fugitivo, se convirtió en un protegido de Dios (cf. Gn 4,15).

En fin, «partir» significa dejar la seguridad para experimentar lo nunca imaginado. No es capricho. Es un desierto que se atraviesa con dos muletas: una llamada «objetivo» y la otra «fe muy grande»: «*El Señor es el pastor que me conduce*» (Sal 22,1). El trabajo

esclavo, el prejuicio, las humillaciones vividas por los emigrantes internos y externos desenmascara maquinaciones políticas y sociales que beben los desprotegidos y marginados. Éstas son las aguas amargas del desierto. En ellas se resiste con la esperanza de celebrar la Pascua. La esperanza es «la única cosa» que no detectan los rayos X.

No es novedad: Europa crea entre sus países políticas económicas que favorecen a sus integrantes. Pero dificulta cada vez más el acceso a los extranjeros, olvidando que los europeos fueron los primeros emigrantes. Sin embargo, lo más triste es ver a los pobres quebrantando a los propios pobres: y me refiero a las fronteras de América Latina y el Caribe. El asunto de la emigración nos invita a conocer el componente internacional de los «Derechos Humanos», así como los documentos, las leyes y las asociaciones locales, nacionales e internacionales que trabajan con emigrantes.

Ahora, pasando al plano de la vida cotidiana, si usted no es emigrante, algún familiar o amigo suyo lo es. Recuerde eso sencillamente. Así como a usted le gustaría que su persona amada fuese acogida allá lejos, donde ahora ella se encuentra, acoja usted también a todas las personas con mucho respeto: a fin de cuentas, las fronteras y los estados son inventos humanos, creados en la tierra del mismo Dios.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

14. La misión comenzó en un templo y concluirá en la calle

(HEMOS CELEBRADO LA MISA, VAYAMOS EN PAZ)

ANTES DE LA MISA...

Hay un «antes» de la celebración. No vivimos en un templo. Tenemos nuestra casa de familia, nuestro lugar de trabajo. Vamos a descansar al mar o la montaña o al parque de nuestra ciudad. Nos recreamos en un teatro o en un cine. La vida cotidiana tiene un lugar en la calle. Nuestra vida cristiana no sólo tiene momentos de oración o de celebración litúrgica, sino de relaciones cotidianas que tienen que ser «bautizadas», compenetrándolas con la Palabra, la Liturgia y el testimonio. En la Eucaristía dominical que se desarrolla en un espacio sagrado, la Palabra quiere hacerse vida en la comunidad, y la Eucaristía recibida nos hace uno-con-Cristo. En un templo recibimos una misión que es fruto de nuestra vocación de celebrantes. Al celebrar la Misa, celebramos la vida en Cristo, alimentada por el Pan de la mesa de la Palabra y por el Pan eucarístico, Pan de Vida.

DURANTE LA MISA

Vivimos una hora en un templo, alabando, dando gracias y suplicando. Cristo proclamó la Palabra y se hizo realmente presente en la misma. Hemos pedido perdón. Glorificamos a Dios, tal como lo hicieron los ángeles en Belén. Adoramos como los pastores ante el Niño recién nacido. Cantamos e hicimos silencio. Nos profesamos como creyentes. Comunicamos la paz al hermano, para poder así presentar al Señor una ofrenda grata a Él. Comulgamos con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, Cristo pascual. Echamos una mirada hacia el pasado e hicimos memorial de la última Cena. Nos proyectamos hacia el futuro y trajimos al presente de nuestra Historia el Banquete pascual del Reino. Todo esto ocurrió en una celebración litúrgica...

¿Y DESPUÉS DE LA MISA...?

Nos despidieron. Salimos del templo. Vivimos una hora en la seguridad de una comunidad que nos albergaba. Durante la celebración no disputábamos. No había peleas ni puños en alto ni gritos destemplados... Nadie cuestionaba nuestra fe. No protestábamos contra los gobernantes de turno ni contra la inflación ni el desempleo. Aunque la Liturgia estaba íntimamente relacionada con la vida diaria, allí nuestras preocupaciones eran «otras». Nadie vive en un oasis, pero es necesario que existan, para hacer un alto en el camino, recuperar fuerzas y calmar nuestra sed y, así, poder retornar a lo cotidiano... ¡al desierto donde se libra la lucha!

Se nos despidió, pero no con un simple «¡Hasta luego!» o un «¡Adiós!», sino con un «¡Vayamos en paz!». Pero... ¿qué significa esto? ¿Qué nos vayamos a dormir, o a perder el tiempo, o a esperar la muerte? Nada de eso... Hemos intimado durante una hora con Cristo, Príncipe de la paz, y ahora se nos pide *traducir y prolongar en la calle* la paz recibida de lo alto. Hemos vivido un misterio de comunión que nos reclama ser «constructores de unidad», buscando y encontrando a la oveja perdida para reintegrarla al redil. Hemos recibido en la inteligencia y en el corazón la Palabra viva del Dios vivo, para traducirla a la Historia singular de cada hermano y así ser retransmisores de la misma, haciéndola comprensible y siempre presente. Se nos pedirá construir la misma fraternidad que hemos vivido durante una hora.

El reclamo, tras pasadas las puertas de salida de una iglesia, será *reconocernos como enviados a la misión*. El saludo podría haber sido: «*Hemos celebrado la Misa: vayan a la calle y hagan lo mismo que hemos hecho hoy aquí*». Vayan a la calle y hagan que las horas de cada día sean *Eucaristía*: ofrenda y banquete; comunión y paz en el amor; comunidad de hijos y de hermanos; sean hombres y mujeres que creen porque Alguien ha «misionado» en sus corazones e inteligencias, como quien ara y siembra en buena tierra la buena semilla, con la esperanza de futuras abundantes cosechas. Creemos y, porque creemos, hemos sido hechos capaces de vivir como enviados (misioneros...) para predicar el Reino al que todos estamos invitados.

LA MISA ES CONCLUSIÓN DE ALGO Y COMIENZO DE ALGO

Constantemente ratificamos-confirmamos nuestro ser cristiano de adoradores en Espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23), y también de orantes en la Iglesia de Cristo. Con frecuencia nos reunimos *para ser Iglesia y para significarla en el signo de una asamblea litúrgica congregada*. Nos encontramos porque los hijos y los hermanos debemos significarnos como congregados, no por voluntad propia sino por la de quien nos congregó.

Pero no somos una familia cerrada en sus propios límites; una familia que se complazca en su supuesta o real belleza y fidelidad. Somos una familia lanzada hacia otras familias que no son ni tan bellas ni tan fieles. Somos los miembros del Pueblo de Dios que –de modo especial en la celebración de la Misa– hemos descubierto nuestra más profunda y rica identidad en el signo de la *fracción del pan...* En la comida compartida. En el Sacrificio re-presentado para que sea también nuestro sacrificio.

¿Eucaristía sin misión? Sería la cena egoísta y solitaria de los que no comparten con los demás ni siquiera las migas sobrantes que caen de la mesa. Sería *mi* Misa, *mi* tranquilidad, *mi* encuentro con *mis* amigos, y donde *me* siento contento y muy a gusto. Sin embargo, la Cena del Señor hace estallar en mil pedazos los esquemas cerrados del *Yo*, y abre las compuertas que desembocan en el *nosotros* y lo *nuestro*, transformando la «solitariedad» en «solidaridad».

La despedida de la Misa es el equivalente a decir:

La Misa ha terminado pero lo más importante comienza ahora...

Vayan y vivan en coherencia con lo que han celebrado.

Vayan y comuniquen al Cristo que han recibido para darlo

a quien tenga hambre de Él...

Sólo así, traduciremos «el rito» haciéndolo «vida cristiana», vida del cristiano...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

ESCUELA DE VIDA

Presentación de «Textos escogidos del Manual del asceta cristiano, de fray Juan Justo Lanspergio»

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO, O.CART. (1489-1539)

Este egregio cartujo, uno de los escritores ascéticos más relevantes de la historia de la Iglesia, nace en la ciudad de Landsberg, Alta Baviera, a finales del siglo XV. Apenas poseemos datos sobre sus primeros años de vida. En 1508 acaba sus estudios filosóficos en la prestigiosa universidad de Colonia, donde se gradúa como *magister artium*. Pero un año después, estimulado por la vida edificante de los cartujos, renuncia a la perspectiva de una brillante carrera en el mundo para ingresar en la cartuja coloniense de Santa Bárbara, donde recibe las órdenes sagradas en torno a 1512.

En sus primeros diez años como cenobita se entrega por completo a la oración en el silencio y la soledad apacible de la celda. Durante ese periodo de vida retirada van perfilándose las líneas maestras de su espiritualidad, con las que más tarde, como maestro de novicios, iluminará el camino de muchos jóvenes cartujos: la lucha contra las pasiones, la renuncia a la propia voluntad, la humildad, la paciencia, la pureza de corazón, la paz y la quietud del espíritu, la soledad, el silencio. En 1520 le nombran vicario y maestro de

novicios, tarea esta última en la que Lanspergio se reveló como un experimentado director de almas.

En 1530 lo destinan como prior a la cartuja de Vogelsang, en el ducado de Jülich, cargo que aceptó por obediencia. Pero enfermó de tuberculosis por la insalubridad del lugar. Sin embargo, a pesar de las graves limitaciones físicas provocadas por la enfermedad, jamás pidió a sus superiores que lo relevaran del cargo y lo enviaran a otra casa más acondicionada a su frágil salud. Con un coraje espiritual poco común, mortificaba su pequeño cuerpo con todo tipo de prácticas penitenciales. Finalmente, en 1534, cuando sus superiores se dieron cuenta de que mantenerlo en aquel lugar era condenarlo a una muerte segura, le concedieron misericordia y le permitieron regresar a Colonia.

Aquí, el prior, Pedro Blomevenna, le asignó el oficio de vicario, pensando más en la edificación de los demás monjes que en su eficacia en el desempeño de tal cargo. En 1539, consumidas ya sus fuerzas por la enfermedad y después de treinta años de vida cartujana, entregó su alma a Dios. La Orden le concedió el *laudabiliter vixit*, reconocimiento explícito de su santidad y un rarísimo privilegio que la Cartuja concede a muy pocos monjes.

MANUAL DEL ASCETA CRISTIANO

Esta antología de textos pretende reflejar lo esencial del pensamiento espiritual de Lanspergio. Todos ellos, extractados de su obra *Enchiridion militiae christianae* (título adaptado aquí –creo que con necesaria

libertad— como *Manual del asceta cristiano*), han sido traducidos directamente del latín. Nos hemos servido para ello de la última edición de sus *opera omnia*, la de 1888 (vol. IV), realizada por los cartujos de Montreuil-sur-Mer.

Aunque los destinatarios originales de estos escritos eran monjes cartujos, su lectura puede resultar enormemente útil para el alma de cualquier cristiano deseoso de aprovechar en la vida interior. Su doctrina espiritual gira en torno a la pureza de corazón, a la que vuelve constantemente para abordarla desde distintas perspectivas. El tratamiento de ciertos aspectos de su espiritualidad, como la virtud de la humildad, puede impactar por su fuerza y radicalidad.

A la izquierda del título de cada texto indicamos entre paréntesis el número —en caracteres romanos— del capítulo correspondiente del *Enchiridion*. Cada uno de los capítulos guarda su propia unidad, por lo que pueden ser leídos de forma independiente.

ÍNDICE DE LOS TEXTOS ESCOGIDOS

De los 73 capítulos que tiene *Enchiridion*, vamos a publicar 13 en estas 6 entregas:

1. (XLVI) «Sobre la pureza de corazón».
2. (LV) «Quince principios necesarios para la vida espiritual», (XXVI) «Ha de evitarse juzgar a los demás».
3. (XXXV) «Sobre la humildad» y (XXXVII) «Más sobre la humildad».
4. (XIX) «Sobre el silencio».

5. (XLVII) «La paz del corazón y la quietud de la mente», (XXV) «Sobre la paciencia».
6. (LXVI) «El modelo del asceta», (XLVIII) «La quietud y la libertad espirituales», (XVII) «El valor de la soledad», (L) «La lectura espiritual» y (LVII) «El recuerdo de la muerte».

Deseamos que la lectura y meditación de estos textos les ayude espiritualmente.

SALVADOR SANDOVAL MARTÍNEZ, O.P.
Murcia (España)

Textos escogidos del Manual del asceta cristiano, de fray Juan Justo Lanspergio

1. La pureza de corazón

(XLVI) SOBRE LA PUREZA DE CORAZÓN

No ocupes tu corazón ni lo enredes en cosa alguna que no conduce a tu propósito. Vela con sumo cuidado sobre la guarda de tu corazón. En ello te va la salvación. Por eso, nada salga de tu corazón ni entre en él a no ser que antes hayas discernido atentamente si viene de Dios y lleva a Él. Ama a Dios y búscalo intensamente. Poséelo a Él solo en tu corazón, enciérralo dentro de ti recogiendo tus sentidos y unificando tus potencias. Sumerge tus pensamientos y enciérralos en la llaga del costado de Cristo. Y tú entra en ella, permanece allí quieto y acoge con amor al que desea descansar en ti.

Cuando te acosen imágenes y pensamientos carnales y sucios, acude presto a la santísima Virgen María, y dile: «Ave María purísima, ayúdame». Tan pronto como asomen esas imágenes y pensamientos obscenos, cierra las puertas de tu corazón y dirige tu atención a otra cosa, sobre todo a Dios. Cuando ese tipo de impresiones ilícitas llamen a tu corazón deseando entrar, recházalas con firmeza y reprímelas con desprecio antes de que ocupen un lugar en tu corazón.

No vuelvas a traer después a la memoria aquellos pensamientos que te acosaron, o que quisieron hacerlo, no sea que pierdas en la paz lo que has conquistado en la guerra.

No introduces en tu celda nada que no sea santo, sino que, antes de entrar en ella, déjalo todo fuera. Así, dentro de la celda, podrás conservar la soledad del cuerpo y, sobre todo, la del corazón.

Un hombre ocupado en algún pensamiento, si de repente sucede algo inesperado, como un rumor, un ruido, un sonido desacostumbrado, inmediatamente deja u olvida lo que tenía en su corazón y, aguzando los oídos, presta atención a lo que sucede fuera. Del mismo modo, cuando sientas en tu corazón malos pensamientos o una atracción por alguna cosa de la que quieras abstenerte, centra tu atención en algo santo, como las llagas y la pasión de Cristo, y da la espalda a lo anterior como si te hubieses olvidado completamente de ello. Retoma enérgicamente el ideal de vida que te has propuesto, hasta que esos pensamientos incordiantes se desvanezcan.

Si quieres crecer en tu vida espiritual, deberías renunciar a todo aquello que no te es necesario y a lo que la conciencia no te obliga, volverte enteramente a Dios y, en todas las cosas, escrutar cuál es su voluntad perfecta. Una vez conocida, hazla fervorosamente, pero siempre con humildad, para que no te formes sobre ti un concepto más alto que sobre los demás, sino siempre más bajo. De no ser así, el Señor te retirará su gracia y su auxilio.

Sé siempre contrito, y en ese sentimiento de compunción aparta tu corazón de todo vagabundeo inútil

y afiánzate en Dios por medio de la oración continua. Únete a Él solo por la voluntad y el amor, en el silencio del corazón y de la boca.

Si quieres responder a los malos pensamientos, di solo esto: «No sois dignos de que os responda ni os oiga». Si pretendes luchar con los pensamientos, sobre todo cuando ya les has dado acogida, sabe que caerás a menudo. Por eso, en cuanto los veas asomar o ya estén a las puertas, recházalos, desprécialos y dirige tu atención hacia algo santo. Haz como si no los hubieras visto o como si no fueran contigo.

El corazón del hombre no puede estar vacío. Por tanto, es imposible que puedas expulsar esos malos pensamientos si no lo haces poniendo en su lugar otros buenos. Cuando veas que se te insinúa un sentimiento de vanidad, vuelve de inmediato tu atención a algún salmo o lectura simulando no sentir nada, o agárrate a algún buen pensamiento.

Guarda el silencio del corazón y no prestes atención ni examines los pensamientos que te alejan de Dios. No des rienda suelta a tu imaginación sobre cosas ilícitas. Simplemente, ignóralas y no les respondas, esto es, desprécialas y arrójalas de ti con alegría. Como si cerraras tu corazón de un portazo, protégelo en el silencio para que nada entre en él sino solo aquel con quien tienes que tratar: Jesús, tu Dios. Que Él sea el único morador de tu corazón. Él nunca lo abandonará.

Todo pensamiento que no lleva a Dios o no gira en torno a Dios u otras cosas útiles y fructíferas, debe ser expulsado en su principio con energía. Haz, como

propósito general, un pacto con Dios por el que te comprometas a no admitir pensamientos inútiles, especialmente aquellos que proceden del mundo o los que tienen que ver con la situación de otros.

Si un pensamiento lucha contra ti, en cuanto lo sientas, di a tu conciencia: «Sabes que estás pensando lo que no debes; sabes que lo que te propones es ilícito. En tu mano está conservarlo o rechazarlo, acogerlo o expulsarlo. Si no lo arrojas de ti con fuerza y decisión, no tienes excusa para tu pecado, porque conoces y adviertes el peligro». Así pues, si das entrada a un pensamiento, en el momento en que te recreas en él, lo haces voluntariamente, pues no ofrecer resistencia ni luchar contra él es consentir. Esto ocurre especialmente con los pensamientos a los que va unida una pasión pecaminosa.

¡Oh Jesús!, por todas tus llagas, te ruego que guardes mi corazón para que no admita en él conscientemente ningún pensamiento, ninguna inclinación, ninguna maquinación maliciosa, y para que no me complazca en nada que te desagrade. ¡Jesús mío!, por tu amarga muerte, no permitas que yo consienta a ninguna de esas cosas para mi deleite o recreo. Hazte dueño de mi voluntad para que permanezca siempre unida a la tuya. Jesús bendito, haz que no consienta al mal ni sucumba a la tentación. Profiere esta oración mentalmente en el momento de la tentación.

Además, pon toda tu atención y empeño en obtener y conservar la pureza de corazón y el Señor alimentará tu devoción. Que tu intención sea simple y recta; tus sentimientos, puros; tu pensamiento, santo y fructífe-

ro, y no pecaminoso, vano y ocioso. La humildad y la caridad deben ir unidas a la pureza de corazón.

No permitas que pensamientos y sentimientos malos e inútiles arraiguen en ti: aplástalos en el mismo instante en que los sientas. Pues justo en ese momento podrás expulsarlos más fácilmente que cuando se hayan hecho fuertes por tu negligencia. Si demoras el momento de arrojarlos de ti, el enemigo se aprovechará de tu desidia para quitarte las fuerzas, de manera que, cuando quieras después, no podrás echarlos del todo, especialmente si les has dado permiso para introducirse en tu afecto. Entonces te verás implicado en una peligrosa disputa con ellos, pues, aunque hayas conseguido expulsarlos, dejan tras de sí tantos restos que no tardan en germinar y crecer de nuevo. Al marcharse, dejan también tras de sí el hedor de las inclinaciones pecaminosas, la corrupción y los malos sentimientos.

Una vela recién apagada y aún humeante atrae el fuego aun antes de haber sido tocada del todo. Así ocurre al corazón del hombre infectado una sola vez: basta con que vuelva una pizca del mal que había sido expulsado de él para que se infecte de nuevo. Por eso, opón resistencia al principio. Como dice San Jerónimo, mientras el enemigo es pequeño, mávalo. El mal se extirpa en su origen.

Si los pensamientos te combaten con fuerza, lee mentalmente y con gran recogimiento un Avemaría o cualquier oración acerca de la Pasión del Señor, de manera que, centrada toda tu atención en tal oración, pasen de largo aquellos pensamientos, porque el hom-

bre no puede pensar a la vez dos cosas distintas, aunque sí sea capaz de pensar una y leer otra.

Ojalá llegaras al convencimiento de que estás absolutamente solo en el mundo, sin tener noticia de hombre alguno ni de cualquier asunto humano, incluso convencido de que todas las cosas ya han pasado y hace tiempo llegaron a su fin, y de que ya no queda nadie, excepto tú solo, por comparecer ante el Juez.

Si abres la puerta a pensamientos inútiles y ociosos, te abrirás también a la posibilidad de caer en la superficialidad y en malos deseos. Cuando llame un pensamiento procedente del mundo, no discutas si es bueno o malo: simplemente échalo. Que se marche sin que se le oiga ni se le responda, a no ser con el más absoluto desprecio. En estos casos resulta muy útil una amorosa y enérgica vuelta del espíritu a Dios o una viva representación mental de cualquier buen ejercicio, hasta que ese pensamiento perturbador desaparezca.

Algunos, acosados por pensamientos inoportunos de los que no pueden desprenderse, se entregan a la investigación y el estudio de alguna cuestión difícil, entre las muchas que hay en los libros de los filósofos, para fatigar el intelecto con su oscuridad y repeler los recuerdos dañinos con este esfuerzo mental.

Elige lo que es más seguro. No vaciles en la expulsión de los pensamientos, sobre todo en el momento de la oración, aunque rechaces los que son buenos y hasta necesarios por el deseo de pureza en un momento en que estás obligado a pensar otras cosas. De este modo haces lo que tienes que hacer y como lo tienes

que hacer. Así pues, en todo tiempo no toleres ningún pensamiento, ni los malos ni los que parecen buenos, que por entonces son ociosos e inútiles para aquello que debes proponerte o pretendes hacer; es decir, para una vida de perfección en la caridad y la pureza y para la simplicidad en la vida solitaria.

Esos pensamientos especialmente ocultos y más peligrosos, como los de fornicación, debes rechazarlos desde el principio enérgicamente. Se te presentan del siguiente modo: «Si estuviese en el mundo, o en otro estado o casa, ¿qué cosas podría hacer o cómo? ¿Por qué este hermano ha dicho o hecho tal o cual cosa? ¿Por qué se te ha impuesto esto?» Asimismo, pensamientos sobre ofensas y molestias sufridas. Todos, pensamientos procedentes del mundo. Todos, sospechas y juicios del corazón. Curiosidad, sentimientos de amargura contra algún hermano a causa de sus defectos, etc. Estos y cualesquiera otros pensamientos inútiles e impertinentes, recházalos.

Ese buen propósito tuyo debe ser tan firme que, al irrumpir los pensamientos, puedas decir: «Jesús mío, con el auxilio de tu gracia, prefiero morir antes que hacer esto o pensar así».

Cuando se presentan los malos pensamientos, si no consigues expulsarlos totalmente ni puedes afianzar sólidamente tu corazón en algún bien espiritual, mantén firme tu propósito y dite con coraje: «Mira, bestia salvaje, no vas a pensar esto. No te voy a permitir este placer, aunque tengas que morir por ello. Señor, sé propicio a mí, pecador. Ayúdame a no caer». Aunque tu afecto por las cosas de Dios sea estéril y árido, oblígate

a luchar contra esa opresión y, de ese modo, no admitirás pensamiento extraño alguno ni vanos consuelos. Haz lo que te digo, persevera un poco y el Señor te iluminará desde el interior de tus tinieblas.

Como antídoto para el deleite de los pensamientos, ponte algo amargo en la boca, como ajeno. Y cada vez que te invada la tentación y mantenga su acoso contra ti, toma el ajeno y di riéndote de ti mismo: «¿Quieres darte un placer? Toma, come también lo que te desagrada». Asimismo: «Te maltrataré a ti que me maltratas, animal salvaje, hasta que aprendas».

Ante tales placeres, u otros de otro tipo, te impondrás la siguiente penitencia: cuando tengas mucha hambre y sed –excepto en tiempo de ayuno–, pon delante de tus ojos comida y bebida, y no comas ni bebas hasta que hayas mortificado tu apetito durante un rato, y di a tu corazón: «Mira, mala bestia, siempre me eres rebelde y desobediente, tomando lo que no debes. Pues ahora yo te niego lo que deseas lícitamente». Una vez pasado un tiempo en esa penitencia voluntaria, toma moderadamente lo que necesites.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO

POESÍA

Natividad

La Navidad es paz en los hogares
entra por la ventana, va a la mesa,
su luz nos ilumina y hasta besa
la frente y nos alivia los pesares.
Llega, cruza la estrella, tierras, mares,
entrega a cada cual lo que interesa,
se encarga de aquel alma que está presa
en su cárcel de penas o de achares.
Hagamos todos, alto en el camino,
encendamos candela con el tronco
del árbol más hermoso y diamantino.
Que el Niño brinde paz con nuestro vino,
no coja frío, no se ponga ronco,
se sienta humano, siendo tan divino.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

TODOS LOS QUE COLABORAMOS
EN *VIDA SOBRENATURAL*
DESEAMOS A NUESTROS LECTORES UNA
FELIZ NAVIDAD
LES ANIMAMOS A CAMINAR
CON HUMILDAD Y ALEGRÍA
HACIA LA PRESENCIA DEL NIÑO JESÚS
EN LO MÁS HONDO DEL CORAZÓN
Y ORAMOS PARA QUE EL AÑO 2013
NOS LLENE DE OPTIMISMO Y FELICIDAD

Bibliografía

WILLIAM A. BARRY y WILLIAM J. CONNOLLY, *La práctica de la dirección espiritual*. Editorial San Terrae, Santander 2011. 279 pp.

Ambos autores son jesuitas estadounidenses y cofundadores de uno de los primeros centros de formación especializada en dirección espiritual: el *Center for Religious Development*, fundado en 1971 en EE.UU. Esta obra es una segunda edición revisada, cuya primera edición data de 1982 y tuvo un gran éxito y difusión mundial, y sigue siendo empleada en muchos programas de formación.

Aunque ambos autores son jesuitas y los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio están muy presentes en toda la obra, ésta está abierta a todas las espiritualidades, de tal forma que el único requisito que se pide para ser dirigido espiritualmente es que «*la persona dirigida sea capaz de percibir sus experiencias afectivas de Dios y de hablar de ellas con un director*» (p. 15), de tal forma que el fin de la dirección espiritual no es otro que «*el cultivo de la unión con Dios*» (p. 28). Como vemos, en la dirección espiritual concebida por nuestros autores la experiencia de Dios desempeña un papel fundamental. Y dentro de esa experiencia, la oración es muy importante.

Como suele ser normal entre los autores estadounidenses, su lenguaje es claro y directo, y está amenizado y enriquecido con multitud de ejemplos sacados de la vida real. Además aportan mucha información adicional interesante. Todo ello hace que esta larga obra se lea con agrado y facilidad, sin restarle valor científico, pues Barry y Connolly, además de apoyarse en su amplia experiencia personal como directores espirituales, citan a teólogos, Padres de la Iglesia y otros autores.

Esta obra no pretende aportar una metodología precisa sino más bien una reflexión y profundización en los elementos más importantes de la dirección, los cuales han sido estructurados dentro de tres grandes apartados: I. «*Introducción a la dirección espiritual*»; II. «*El cultivo de la relación entre la persona dirigida y Dios*»; y III. «*Aspectos de la relación entre el director y el dirigido*». En su desarrollo toca detalles concretos y da respuesta a multitud de cuestiones prácticas.

En definitiva, este libro puede ser una magnífica ayuda para todo aquel que se sienta llamado a ejercer la dirección espiritual y para personas cuya tarea demanda este servicio: párrocos, maestros de novicios, agentes pastorales, etc.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*. Editorial Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2011. 205 pp.

El autor de este libro es sacerdote jesuita, profesor de Teología Espiritual –a mí me dio clases de «Diálogo pastoral y dirección espiritual» y «Psicología del sujeto espiritual» en la Universidad de Comillas–, ha sido formador en la Compañía de Jesús y actualmente colabora en el Centro de Espiritualidad «San Ignacio» de Salamanca desempeñando, entre otras, la labor de acompañante espiritual, en la que tiene una gran experiencia.

Luis María define así el acompañamiento espiritual: *«es una relación continuada entre dos personas en la que una de ellas, mediante frecuentes conversaciones, ayuda a la otra a buscar y realizar la voluntad de Dios según su vocación particular, buscada mediante el discernimiento espiritual, con el empleo de distintos recursos verbales y de otros instrumentos pastorales»* (p. 18). Obviamente, nuestro autor ha experimentado personalmente los muchos beneficios del acompañamiento: *«Me siento muy agradecido a las personas que me han acompañado espiritualmente a lo largo de mi vida por su atención y por su aportación a mi crecimiento humano y espiritual»* (p. 14).

Si bien Luis María trata el acompañamiento desde la perspectiva del «discípulo» –es decir, del acompañado–, este libro es muy recomendable también para los acompañantes, pues aborda los temas fundamentales: qué es el acompañamiento espiritual, de qué temas se habla durante una entrevista de acompañamiento, cuáles son las claves para discernir la vocación, cómo ha de desarrollarse una entrevista y cómo se practica lo hablado en ella. Acaba el libro con un

epílogo en el que Luis María nos habla de cómo nos acompaña Dios en nuestra vida espiritual.

Hay varios aspectos a subrayar en esta obra. Primero: la claridad pedagógica con la que escribe este autor, de tal forma que no hace falta estar iniciado en el acompañamiento espiritual para comprender el contenido. Segundo: la importancia que da a la libertad del acompañado, pues es él –y no el acompañante– quien debe llevar las riendas de su vida y su conciencia, según la voluntad de Dios. Y tercero: el detalle con el que trata temas prácticos y problemas concretos que surgen en el acompañamiento.

Luis María se apoya, lógicamente, en san Ignacio de Loyola, pero también lo hace en santa Teresa de Jesús, las Sagradas Escrituras y los documentos del Vaticano II. Este libro es muy válido para aquellas Órdenes o Congregaciones en las que no encaja lo «directivo» sino que, por el contrario, se enfatiza la libertad espiritual del individuo, como ocurre con la espiritualidad dominicana.

Se trata, en definitiva, de una obra muy recomendable para quienes quieran dedicarse al acompañamiento espiritual o a los que se les ha encomendado la formación religiosa de otras personas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

WILLIAM A. BARRY, *Aquí está mi corazón, aquí está mi mano. Vivir en plenitud la amistad con Dios*. Editorial Sal Terrae, Santander 2011. 232 pp.

El sacerdote Jesuita autor de este libro es un experimentado acompañante espiritual. Ha sido profesor en la facultad de Teología Weston –de la Compañía de Jesús– y actualmente es instructor de la etapa final de formación de los jesuitas, en la provincia de Nueva Inglaterra (EE.UU.). Ha escrito varios libros más, todos ellos impregnados de espiritualidad ignaciana, de la que se siente satisfecho. El tema principal de esta obra puede ser: «Nuestras decisiones tienen consecuencias; pero a pesar de nuestras equivocaciones, Dios es amor».

El libro se estructura en cinco partes, siendo la segunda la más larga y, a mi parecer, la más importante, pues nos da las pautas para discernir la vida que está más en consonancia con la sola acción de Dios. «*La persona más santa –nos dice en la página 77– es la que tiene una mayor consciencia de lo lejos que está de vivir en armonía con la acción de Dios*». Aunque utiliza las reglas de discernimiento ignacianas, en otras ocasiones escribe en gratuidad frases como: «*No me preocupaba de saber si estaba o no en el sitio apropiado o si había hecho o no lo que había que hacer. Vivía el presente sin ninguna preocupación por el futuro*».

La manera de afrontar los grandes cambios equiparándolos a las enseñanzas espirituales, compatibilizándolas con la fe judeo-cristiana, es una forma original y sabia de aprender de otras culturas la purificación del nuevo camino.

Su lenguaje es sencillo, dialogante, se aproxima al lector de una manera íntima contándole sus experiencias personales. Es muy válido hoy en día, sobre todo para la persona de oración. Presenta problemas actuales de la Iglesia como el descenso vocacional, la pedofilia, la homosexualidad... desde un ángulo muy espiritual y descansando en las manos de Dios, que cuida mejor de nosotros que nosotros mismos.

SOR MARÍA DE NAZARET ESPINO, O.P.
Palencia (España)

ALICIA CORREA FERNÁNDEZ, *Tu Luz en mi barro. Espiritualidad contemplativa agustino-recoleta*. Editorial Augustinus, Madrid 2011. 127 pp.

La autora es una monja agustina recoleta que nació en 1972 e ingresó con 20 años en el monasterio del Santísimo Corpus Christi de su ciudad, Granada. Leyendo esta obra podemos comprobar que conoce bien la Biblia y al santo inspirador de su Orden: san Agustín de Hipona (354-430), a los que cita abundantemente. En este pequeño libro sor Alicia nos habla con claridad, profundidad y belleza de la espiritualidad contemplativa de su Orden, y lo hace compartiendo con los lectores su propia experiencia Dios.

En mi opinión, debemos calificar a sor Alicia como una autora mística. En sus palabras se nota la sensibilidad femenina de una mujer contemplativa que personifica este conocido dicho de san Agustín: «*Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*» (Conf. 1,1,1). Podríamos decir que este libro es fruto del amor que ella tiene por Dios

y por la vocación que Él le ha dado, una vocación que quiere dar a conocer pues, ciertamente, a ella le hace muy feliz, y esa felicidad desea compartirla.

Al comienzo hay una interesante Presentación escrita por un agustino recoleto, fray Javier Guerra, en el que destacan las páginas en las que resume los puntos más importantes de la espiritualidad de san Agustín (cf. 16-19), en la que el amor tiene un papel muy preponderante. Tras la Introducción de la propia autora, ésta nos ofrece 24 variadas reflexiones que brotan de su vivencia interior. Este libro es muy aconsejable como lectura espiritual o para hacer un retiro. Aunque haya personas que, quizás, no estén especialmente interesadas en conocer la espiritualidad agustino-recoleta, el gran valor místico de esta obra la hace válida para todo el mundo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

FRANCISCO LUNA LUCA DE TENA, *Sacrificarse por amor*.
Ediciones Palabra, Madrid 2011. 80 pp.

Partiendo del deseo innato que tiene todo ser humano de la búsqueda de la felicidad como el sentido primordial de su vida, el autor de este pequeño librito ofrece las claves de la fe cristiana para encontrar esa felicidad que tantas veces tratamos de encontrar por caminos efímeros y equivocados, y que a la larga no pueden satisfacer los deseos ilimitados de los que han sido llamados a ser hijos de Dios.

La clave principal de la felicidad cristiana nos la da Jesús en sus palabras: «*El que quiera salvar su vida la*

perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará» (Mt. 16, 25). Cuando uno renuncia a sí mismo, y se «sacri-fica por amor» por los demás, imitando lo más fiel-mente posible a Jesucristo, entonces se encuentra con una felicidad difícil de explicar para la persona que no es creyente. Del autor del libro son estas palabras que pudieran explicitar lo que acabamos de decir: «Tene-mos miedo a la mortificación, porque nos parece que es un camino de renuncia en el que no se encuentra recom-pensa. Y es porque apenas conocemos al Señor y no hemos probado hasta qué punto compensa ser genero-sos con Él. Solamente se puede dar un consejo: probad y veréis que la mortificación no defrauda; la senda por la que nos lleva es más corta y hacedera de lo que ima-ginamos y, además, en ella nos encontraremos pronto con Jesús. Confiad y perseverad».

Como hemos indicado, es un pequeño libro, fácil de leer, sencillo y adecuado para cualquier persona que quiera reflexionar sobre la clave y sentido de la abnegación y renuncia cristianas.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

Índice general

EDITORIAL

COS, J. DE, <i>El nacimiento de Jesús en un corazón roto</i>	1-4
<i>Sobre el rigorismo y la vía mística</i>	81-84
— <i>Una espiritualidad visible y palpable</i>	161-163
— <i>La actitud suplicante</i>	241-243
— <i>Las cuatro montañas del rezo del Rosario</i>	221-223
— <i>El amor eterno</i>	401-403

ESTUDIOS

BARVARINO, M., <i>Abraham, amigo de Dios</i>	20-25
— <i>Hablar de Dios y con Dios desde el sufrimiento</i>	85-96
— <i>Lo sabio de la humildad</i>	164-168
— <i>Esperanza y consolación</i>	277-282
CABRERA, A., <i>La complicidad femenina en la justicia de Dios. El salmo de Débora</i>	296-299
— <i>Emigrar no es un delito, delito son las causas que dan origen a la emigración</i> ..	446-448
CEPEDANO FLÓREZ, J. J., <i>El consuelo de Artabán</i>	43-46
— <i>Historia de un encuentro</i>	116-119
— <i>Historia de una transformación</i>	211-217
— <i>Historia de una amistad</i>	288-295
COS, J. DE, <i>Presentación del artículo «Internet y la vida monástica»</i>	179-180

— <i>El ejercicio de la oración según santo Tomás. Suma de Teología II-II, 83</i>	244-253
— <i>Presentación del estudio de la espiritualidad de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz</i>	369-370
— <i>La espiritualidad de santa Teresa de Jesús:</i> <i>1. Oración y sistema espiritual</i>	371-377
— <i>La espiritualidad de santa Teresa de Jesús:</i> <i>2. Oración ascética</i>	433-445
FERNÁNDEZ MORATIEL, J., <i>El silencio es sendero de Encarnación</i>	40-42
— <i>La canción de la luz, la canción del árbol</i>	113-115
— <i>El Maestro nos habla en el silencio</i>	206-210
— <i>Todo se vuelve verdadero en el silencio ...</i>	283-287
— <i>Vivir en nuestro templo interior</i>	378-381
— <i>Encuentra la verdad de tu corazón</i>	428-432
FUEYO SUÁREZ, B., <i>El superior en la animación de la vida comunitaria</i>	263-276
GARCÍA PRADA, J. M., <i>Para hacer hablar a los símbolos</i>	342-359
HERRERO PRIETO, L., <i>Newman y María: I. María en la vida del beato John Henry Cardenal Newman</i>	169-178
— <i>Newman y María: II. La mariología como ancilla et turris de la cristología</i>	254-262
— <i>Newman y María: III. María y la evolución dogmática</i>	360-368
— <i>El don de la fe</i>	404-415
MAESO, M. E., <i>Luz que transforma</i>	47-49
— <i>Cristo ha resucitado y vive en su Iglesia</i> .	120-122
— <i>Mayo y María</i>	218-219
— <i>El gemido de las criaturas</i>	300-302

— <i>Las sorpresas de Dios</i>	382-384
MUÑOZ, H., <i>Reflexiones sobre el Espíritu Santo</i>	202-205
ORTEGA VILLAIZÁN, G., <i>El valor de la esperanza</i>	5-19
PEIRO ALBA, J. I., <i>Internet y la vida monástica</i>	181-201
PÉREZ CASADO, A., <i>Reafirmar nuestra esperanza en Cristo resucitado</i>	108-112
PLÁ VIDAL, N., <i>Vivir una espiritualidad encarnada: el reto de nuestro tiempo: 1. El regalo de la encarnación</i>	416-427
PRAENA, A., <i>Mirada contemplativa y cine contemporáneo: 3. Dogma 95</i>	26-39
— <i>Mirada contemplativa y cine contemporáneo: 4. La mirada de Europa: entre la decepción y la esperanza</i>	97-101
SANDOVAL MARTÍNEZ, S., <i>Miguel de Molinos o la mística en entredicho</i>	324-341

LITURGIA

CABRERA, A., <i>La Palabra de Dios con olor a pueblo llano. Reflexiones a partir del Salmo 12</i>	54-56
— <i>Oración para el camino –peregrinar con el Salmo 121–</i>	127-129
— <i>Salmo 131: Las madres que profetizaron mediante salmos</i>	224-226
— <i>La lengua como instrumento de violencia en el Salmo 52. Propuestas para educarla según el deseo de Dios</i>	390-392
MUÑOZ, H., <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 9. Dios es «tres veces santo»</i>	50-53

— <i>Cinco cantos navideños</i>	57-61
— <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 10. Que el Espíritu Santo consagre el pan y el vino y a quienes recibían el Cuerpo y la Sangre de Cristo</i>	123-126
— <i>Victimae Paschali Laudes: Secuencia del Domingo de Pascua</i>	130-139
— <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 11. La Víctima ya está sobre el altar</i>	220-223
— <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 12. Somos un pueblo de hijos y de hermanos</i>	303-306
— <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 13. Estamos en paz unos con otros: por eso comulgamos</i>	385-389
— <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 14. La misión comenzó en un templo y concluirá en la calle</i>	449-453

ESCUELA DE VIDA

LUIS DE GRANADA, <i>Vita Christi: 3. La vida pública de Nuestro Señor</i>	62-71
— <i>Vita Christi: 4. La Pasión de Nuestro Señor</i>	140-157
— <i>Vita Christi: 5. La Resurrección de Nuestro Señor</i>	227-235
— <i>Vita Christi: 6. Conclusión</i>	307-316
— <i>Muy devota oración a Nuestra Señora</i>	393-396
LANSPERGIO, J. J., <i>Textos escogidos del Manual del asceta cristiano, de fray Juan Justo Lanspergio: 1. La pureza de corazón</i>	458-465

SANDOVAL MARTÍNEZ, S., <i>Presentación de «Textos escogidos del Manual del asceta cristiano, de Juan fray Justo Lanspergio»</i>	454-457
---	---------

INFORMACIONES

EQUIPO DE REDACCIÓN, <i>Todos somos responsables de Vida Sobrenatural</i>	72-73
---	-------

POESÍA

DÍEZ SERRANO, I., <i>Natividad</i>	466
--	-----

BIBLIOGRAFÍA

AZCÁRATE FAJARNÉS, J., <i>La escuela de María. Apuntes tomados para la vida cristiana..</i>	238-239
BARRACA MAIRAL, J., <i>Vivir la humildad. Ensayos contra la soberbia</i>	77-78
BARRY, W. A., y CONNOLLY, W. J., <i>La práctica de la dirección espiritual</i>	467-468
CHIAPA, M. y INCAMPO, F. (eds.), <i>Historias de amistades espirituales</i>	76-77
CHITTISTER, J., y WILLIAMS, R., <i>Vive agradeciendo. Ahondar en la gratitud</i>	397-398
CROSSAN, J. D., <i>Cuando oréis, decid: «Padre nuestro...»</i>	158-159
CUADRADO TAPIA, R., <i>Reflexiones de luz</i>	160
— <i>El placer de vivir en valores. Para adolescentes y jóvenes</i>	239-240
DREWERMANN, E., <i>Sendas de salvación</i>	75-76
GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., <i>El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual</i>	468-470
GUERRA CAMPOS, J., <i>Sacerdotes, ministros de Jesucristo</i>	237-238

LINARES LORENTE, A., <i>La alegría de vivir</i>	398-399
LUNA LUCA DE TENA, F., <i>Sacrificarse por amor</i>	473-474
MARTÍNEZ CAMINO, J. A., <i>Ejercicios espirituales con el hermano Rafael</i>	74-75
PARDO FERNÁNDEZ, R., <i>Orar con... el cardenal Newman</i>	236-237
QUINZÁ LLEÓ, X., <i>Ordenar el caos interior. Una propuesta espiritual</i>	319-320
VÁZQUEZ BORAU, J. L., <i>La inteligencia espiritual o el sentido de los sagrado</i>	79-80
SÁNCHEZ-REY, A., <i>Dios en mi agenda</i>	400
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., <i>Profetas de misericordia</i>	317-319